



PATRICK FLANERY

*Tierra hundida*

Lectulandia

A la muerte de su marido, Louise, una maestra cercana a la jubilación, se ve obligada a vender la granja que su familia había cultivado durante generaciones a un constructor dispuesto a convertir el paisaje agrícola que tan amorosamente habían modelado los antepasados de Louise y su marido en una urbanización para nuevos ricos. Pero cuando llega la crisis del 2008, todo se viene abajo, apenas cuatro casas han sido construidas en medio de un paisaje desolado de bosques arrasados y solares vacíos. Sin embargo, para Julia y Nathaniel, que acaban de ser promocionados en sus empresas y que vienen de un pequeño apartamento en Boston, la casa que había pertenecido al arruinado constructor representa el sueño largamente acariciado de un futuro bucólico. Allí se instalan con su hijo Copley. Una mañana, al despertarse, ven que los muebles de la casa están desplazados de su sitio. Otra mañana, extrañas frases aparecen escritas en las paredes de las habitaciones. Copley está convencido que alguien vive en la casa con ellos. Pero nadie le cree.

**Lectulandia**

Patrick Flanery

# **Tierra hundida**

ePub r1.0

Titivillus 21.09.16

Título original: *Fallen Land*  
Patrick Flanery, 2013  
Traducción: Isabel Ferrer & Carlos Milla

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para las abuelas:*

*Ethel Marguerite Linville,  
que pidió que se la recordara como hija de granjero.  
1909-2000*

*y*

*Lucille Katherine Fey,  
que lo perdió todo.  
1903-1985*

## 1919

Durante el verano de 1919, llamado «Verano Rojo» por el escritor y erudito James Weldon Johnson, se propagaron disturbios raciales por todas las ciudades del país, y aquí, en esta ciudad provinciana situada entre dos ríos que por entonces era, después de Los Ángeles, la que contaba con una población negra urbana más numerosa al oeste del Misisipí, el juzgado del condado fue incendiado por una muchedumbre de cinco mil blancos coléricos decididos a linchar a dos negros, Boyd Pinkney y Evans Pratt. Pinkney y Pratt trabajaban en unos almacenes de una envasadora de productos cárnicos, y habían sido detenidos por agredir a una niña blanca de doce años; esta, siendo ya adulta, se retractaría y admitiría que esos dos hombres no habían hecho más que saludarla cuando ella los llamó. Los dos amigos fueron colgados de un árbol ante el juzgado, y sus cadáveres, una vez despellejados y quemados, fueron arrojados al río, donde, impulsados por las turbulencias de los vapores de palas, acabaron en los bajíos lodosos de la orilla, y allí, enganchados a los escollos, sus brazos y piernas asomaban como extremidades desprendidas del cuerpo, infestados de mosquitos en medio de un fluctuante hedor a descomposición.

Ese mismo día Morgan Priest Wright, hacendado de sesenta años que había sido elegido alcalde el año anterior en representación de una plataforma reformista, fue linchado por interceder en nombre de los dos negros, a quienes él y otros varios funcionarios municipales consideraban inocentes de todo delito. Se prendió fuego al juzgado, y Wright huyó de la ciudad en su Studebaker azul y buscó refugio en su granja, donde se guareció en el sótano antitormenta de piedra situado bajo su casa junto con los arrendatarios que trabajaban sus tierras. La historia no cuenta la sucesión exacta de acontecimientos que llevó a que Wright y uno de los labradores, George Freeman, de veinticinco años, fueran obligados a abandonar el sótano y ahorcados de un álamo junto a la casa de Wright, que posteriormente fue incendiada por individuos desconocidos. A Freeman lo vistieron de mujer, y los dos hombres, atados cara a cara, quedaron allí suspendidos cuando la turbamulta se retiró. El hermano y la cuñada de Freeman, John y Lottie, también arrendatarios de Wright, no se hallaban en la granja en el momento de los disturbios, porque habían ido a visitar a la amplia familia de Lottie en el condado contiguo. Mientras volvían a casa en el Modelo T de Wright, que este les había prestado, vieron humo desde lejos y, al corriente de los disturbios, se temieron lo peor. No podían imaginar que tanto su arrendador como su hermano estarían muertos, ni que la casa a la que habían sido invitados discretamente en varias ocasiones ya no se hallaría en pie. Para cuando John y Lottie llegaron, la casa de Wright había quedado reducida a cenizas, en tanto que su propia cabaña, al pie de una colina y en el límite de la finca, permanecía intacta, salvo por unas cuantas ventanas rotas. Al contemplar el álamo de más de diez metros de altura en el que colgaban, muertos, George y el señor Wright, sus cadáveres atados juntos, girando por el viento que empezaba a levantarse como

preludio de una tormenta de finales del verano, John dijo a Lottie que esperara en la cabaña con los niños mientras él iba a indagar.

Cuando John se alejaba del árbol de los ahorcados y de los escombros de la casa del alcalde, cuesta abajo hacia el granero, con la idea de coger una escalera de mano para descolgar los dos cadáveres, oyó un rugido atronador, «calamitoso y catastrófico, una poderosa avalancha de ruido», y sintió la tierra vibrar bajo sus pies. Cuando se dio media vuelta, el álamo de más de diez metros plantado en lo alto de la colina había desaparecido, y desde la posición de John la tierra parecía un páramo asolado. El regreso a la granja había sido traumático, y pensó que tal vez padecía algún trastorno por efecto de la pérdida. Al acercarse al lugar donde debería haberse alzado el árbol, empezó a distinguir una sombra de oscuridad expansiva en la superficie de la tierra, como si un círculo perfecto de hierba se hubiese chamuscado; sospechó que un fuego divino y purificador se había llevado el árbol y a los dos muertos en medio de una conflagración devoradora, un caso de combustión espontánea por designio de Dios. John había visto almiarés arder por completo durante épocas de sequía, sabía que las pilas de estiércol dispuestas en la periferia de la finca humeaban, e incluso había oído hablar de pinos enormes que estallaban en un repentino e inexplicable incendio. Pero, ya más cerca, vio que la tierra no estaba chamuscada ni mucho menos: sencillamente había desaparecido. Allí donde antes crecía el árbol había ahora un hoyo; una amplia cavidad, y cuando echó un vistazo desde el borde de ese hoyo, alcanzó a ver la copa del árbol, engullido por la tierra en toda su altura junto con los hombres atados y suspendidos de él. Freeman llamó a voz en grito a Lottie, que acudió corriendo, y los dos se quedaron al borde del hoyo durante largo rato sin saber qué hacer, mirando las ramas sumergidas del árbol y escuchando la espeluznante paz que reinaba en la granja, donde incluso los zanates y los tordos sargentos se habían callado. Cuando se levantó el viento y una lluvia taladrante empezó a horadar la tierra, azotando a la pareja en la piel con tal fuerza que escocía, decidieron que nada podía hacerse hasta la mañana siguiente.

Al otro día, mientras una cortina de lluvia caía sobre el suave paisaje ondulado de la granja, embebiéndose en los escombros calcinados de la casa de Wright, John y Lottie Freeman fueron a la ciudad con sus hijos en el Modelo T de Wright para informar de las muertes de su hermano George y el alcalde. Las fuerzas del orden municipales, con el apoyo de la Guardia Nacional pero aun así desbordadas por los sucesos de los tres días anteriores, en los que habían ardido no menos de treinta casas en la localidad y alrededores, no se quedaron indiferentes a la difícil situación de John y Lottie. Acompañados por el *sheriff* y varios ayudantes de este, regresaron a la granja, donde dos de los agentes de la ley se ciñeron arneses y descendieron con cuerdas al interior de la dolina, abriéndose paso entre las ramas del álamo; ya abajo constataron la presencia de los cadáveres y la identidad del alcalde. El *sheriff* comprendió que John y Lottie no tenían nada que ver con las muertes, no eran responsables en modo alguno, y que nunca se haría justicia: se dijo que desenterrar a esos hombres de su

insólita última morada suscitaría preguntas que la comunidad no podría afrontar, que quizá nunca fuera capaz de contestar, y no haría más que aumentar la tensión entre las razas, ya que el espectáculo de un hombre negro y uno blanco, arrendatario y arrendador, unidos en la muerte, no podía explicarse fácilmente. Se acordó que lo mejor para todos los afectados era dejar los cadáveres tal como estaban, llenar la dolina con los cascotes humeantes de la casa de Wright y tierra de los campos adyacentes. Los ayudantes del *sheriff* echaron una mano a John, y mientras despejaban los escombros de la casa, descubrieron la caja fuerte de Wright, la forzaron y hallaron un testamento y última voluntad chamuscado y todavía legible por el que legaba la hacienda en su totalidad, incluidas las tierras y todos sus edificios, a George Freeman, y en caso de muerte de George Freeman, a su hermano y coarrendatario, John. Se nombraba albacea al propio *sheriff*, y este, como hombre que no deseaba nada más que el retorno de la paz a la ciudad que se le había escapado de las manos, no permitió que se pusieran en duda los últimos deseos del difunto alcalde, por poco ortodoxos que fueran. Y por tanto Poplar Farm, sin anuncio público, pasó a manos de John y Lottie Freeman, hijos de esclavos.

El juzgado se reconstruyó al año siguiente. Ningún hombre blanco fue procesado por los sucesos del otoño anterior, y en una granja al oeste de la ciudad se plantaron en el suelo dos pequeñas losas de granito para señalar el lugar donde estaban enterrados un árbol y dos hombres en una tierra rica en porvenir y muerte.

# PRESENTE

En este país republicano, entre las fluctuantes olas de nuestra vida social, siempre hay alguien a punto de ahogarse.

NATHANIEL HAWTHORNE

Será la primera vez que esté entre los muros de una cárcel. No, eso no es del todo cierto, porque cuando todavía era maestra visitó un reformatorio donde habían estado recluidos algunos de sus alumnos. El condado lo llamaba «centro para menores», como si no fuera nada más siniestro que un club de actividades extraescolares para los menos favorecidos de la ciudad. Formaba parte de un conjunto de anodinos edificios institucionales que incluía los hospitales del condado y de la Asociación de Veteranos, todos revestidos de ladrillo de color tostado. No recuerda que la registraran ni haber pasado por un detector de metales, aunque en retrospectiva considera que muy probablemente la sometieron tanto a lo uno como a lo otro. Ya no importa, ni recuerda, si visitó a alguien en concreto, o si solo fue una oportunidad para ver las instalaciones a modo de ejercicio de relaciones públicas por parte del departamento penitenciario local, que pretendía ofrecer una buena imagen a los educadores cuyos alumnos pudieran acabar allí dentro. Louise está segura de que le advirtieron que no hablara con los reclusos con quienes se cruzara por los pasillos, jóvenes solitarios acompañados por celadores de uniforme, chicos que eludían la mirada de cualquiera alrededor, chicas de cabello largo, caído sobre los ojos, jóvenes con el pelo a cepillo y al rape y con la cabeza afeitada, que desviaban la mirada hacia las paredes o el suelo o el techo, y también otros más duros que se volvían a mirarla de maneras desafiantes y provocativas y desconcertantemente inquietantes. Parecían conocer la vida más que ella a su edad.

Por lo tanto, sí, había estado antes en un reformatorio, pero esta es la primera vez que visita una cárcel para adultos, un presidio estatal, aunque este en concreto no pertenece ya al estado. En algún momento de la última década se deshicieron de él debido a los recortes presupuestarios, y ahora es una lucrativa empresa de una corporación privada que se especializa en centros penitenciarios.

Cuando la cárcel se construyó, era una fortaleza de piedra arenisca enclavada en medio de maizales y prados, e incluso cuando Louise era niña, se hallaba en el remoto límite de las barriadas sudorientales, parte de la ciudad que hasta ahora nunca ha tenido ocasión de explorar pese a haber pasado toda su vida en la zona. Al aproximarse a la cárcel, la sorprende ver alrededor galerías comerciales y restaurantes de comida rápida y un silo de los tiempos en que aquello era aún una zona rural. Al otro lado de la calle hay un cubo blanco de 280.000 metros cúbicos en cuya parte superior se lee ALMACENAJE EN FRÍO INTEGRAL en altas letras rojas, rótulo que permanece encendido las veinticuatro horas del día. Unas vías de ferrocarril pasan ante el elevador de grano y la cárcel y entran en el almacén refrigerado.

Mientras espera la hora de su cita, toma un té con hielo y ve pasar los coches en un restaurante mexicano de la acera de enfrente. El aire está turbio y se estremece a causa del calor que despiden el asfalto. Mueve la cabeza de un lado a otro como si para ella los coches significaran algo más que libertad, pero su mirada está puesta más allá del tráfico, en el patio de la cárcel, abierto para que todo el mundo lo vea, donde los reclusos, en pantalón caqui y camisa blanca, pululan por detrás de la alambrada de

púas en lo alto bajo las miras de las nueve torres de vigilancia que delimitan el perímetro.

Una mujer blanca y sus dos hijos adultos entran en el restaurante, piden su comida y se sientan. Los tres son obesos, pero para el hijo, de veintitantos años, representa un gran esfuerzo encajonarse en la silla de plástico. Le tiemblan las manos y evita mirar a su madre y su hermana.

—Este debe de ser el restaurante más tranquilo del mundo —comenta, untando las tiras de pollo frito en diversas salsas picantes, queso fundido y crema agria. Al oírlos comer y hablar, Louise deduce que los tres vienen de la cárcel, donde han estado visitando al marido de la mujer, el padre del hijo y la hija, ausente desde hace mucho tiempo. En el extremo opuesto del comedor ocupan una mesa varios empleados penitenciarios que todavía llevan las placas. Esa es la finalidad colectiva del restaurante: dar de comer al personal del presidio y a las familias de los reclusos. Pero Louise no va a visitar a ningún ser querido, ni a nadie a quien hubiera considerado familia jamás.

Salvo por el pinar que hay entre la calle y el aparcamiento de la cárcel, no se ve un solo árbol en un kilómetro a la redonda, incluida la zona delimitada por la valla exterior del centro. Cuando accede en coche al aparcamiento, un cartel le indica que aparque en la zona reservada para visitantes, que no se entretenga en el coche y que se persone sin demora ante el vigilante de la entrada. Un penetrante olor a hamburguesa a la parrilla procedente de una de las numerosas franquicias de comida rápida cercanas satura el aire.

Hay una cárcel en este lugar desde 1866, aunque la mayoría de las estructuras de piedra almenadas se demolieron y se sustituyeron en la década de 1980 por una docena de unidades de ladrillo independientes, el mismo tipo de ladrillo de color tostado utilizado en el edificio del centro para menores y el hospital del condado al otro lado de la ciudad. A no ser por la alambrada de púas y las torres de vigilancia, el presidio podría tomarse por un colegio de las afueras. De hecho, podría ser el colegio donde la propia Louise dio clases durante más de cuatro décadas, periodo que a veces se le antoja una interminable condena de encarcelamiento diario, siempre sujeta a los mezquinos caprichos de directores sádicos, muchos de los cuales consideraban a sus alumnos poco menos que delincuentes en ciernes y a los profesores celadores sobrecualificados.

Cuando Louise telefoneó ayer para confirmar su cita, el secretario del despacho del director le indicó que vistiera pantalón largo en lugar de falda, y le explicó que los zapatos de puntera abierta y las camisetas sin mangas estaban prohibidos. La entrada al centro penitenciario está en la planta baja pero una vez dentro las escaleras van en una única dirección, hacia el sótano. Al final del largo pasillo subterráneo, decorado con fotografías antiguas de la cárcel en sus primeros tiempos, hay un escritorio y un único vigilante, alto y gordo, con una sonrisa de suficiencia en los labios. Lleva una placa de identificación: Kurt D. Tras comprobar que Louise está incluida en la lista

de visitantes admitidos de ese día, Kurt retiene su carnet de conducir hasta el final de la visita, le entrega una llave de una de las taquillas, donde debe dejar sus joyas y otros objetos de valor, y le estampa la cara interior de la muñeca izquierda con tinta invisible que sólo se verá bajo un escáner de rayos infrarrojos.

—Por si hay un motín y es necesario cerrar el módulo —explica—. Así sabremos que debemos dejarla salir.

Ella se echa a reír y de pronto se da cuenta de que Kurt no es hombre de bromas.

—Descálzese, por favor.

Ella obedece, y a continuación él, sin decir nada más, señala con la cabeza el detector de metales. Después de atravesar el arco gris, Louise espera mientras Kurt pasa sus zapatos por una máquina de rayos equis. Aunque el detector no se activa, él la cachea, invadiendo con los dedos zonas que ahora sólo tocan los médicos.

—¿Qué es lo peor que ha visto? —pregunta ella a la vez que, con los brazos levantados y las piernas separadas, siente una súbita e involuntaria sensación cuando Kurt desliza la mano por el interior de su muslo. Nota sus palmas calientes a través del pantalón de algodón y se pregunta si él ha sentido alguna vez la tentación de sobrepasarse, o si lo que está haciendo en este momento es, de hecho, sobrepasarse.

Con semblante inexpresivo y reacio a la conversación, negándose a sonreír o mirarla a los ojos, él deja escapar un gruñido en respuesta a su pregunta: lo han adiestrado para hacer su trabajo, para seguir un guión, no para improvisar. Es posible que las preguntas no incluidas en su guión ni las registre como palabras con significado, sino más bien como ruidos superfluos.

—Dese la vuelta, por favor —dice con un sonsonete—, las manos a la altura de los hombros, los brazos estirados, los pies separados.

—¿Alcohol? ¿Armas? ¿Limas de acero? ¿La gente todavía cree que puede fugarse de una cárcel con una lima?

Se muerde el interior del labio inferior y contrae las manos en un espasmo al ver un cartel que la advierte de que «las bromas sobre fugas, bombas o cualquier actividad delictiva son inapropiadas en un entorno carcelario y pueden considerarse amenazas reales».

—Ponga los pies aquí, primero uno y luego el otro. —Kurt señala una máquina parecida a una báscula donde está dibujado el contorno de un zapato de hombre. Louise adelanta el pie izquierdo, que se ve empequeñecido por el contorno estampado, y ve cómo la plataforma se ilumina y vibra por un momento—. Ahora el otro... No, todavía no... Ahora. —Ella cambia de pie, vuelve a notar la palpitación—. Supongo que no lleva nada en los pies pero voy a pasarle el lector óptico una vez más.

Coge el detector de metales manual y lo desliza en torno a su cuerpo a la vez que enumera una lista de prohibiciones y previene a Louise de que puede ser registrada en cualquier momento durante la visita y de que si no «acata alguna de las normas previamente explicadas o cualquier otra que pueda no habersele explicado pero esté,

aun así, vigente», su visita «puede darse por concluida en el acto y sin previo aviso», momento en que se le devolverán los enseres personales, será acompañada a la salida del recinto y se le prohibirá volver a entrar en el centro «hasta que la administración de la prisión lleve a cabo un examen formal de seguridad, cosa que se prolongará durante no menos de dos semanas».

Kurt devuelve a Louise los zapatos y aparece otro celador en una segunda escalera. A diferencia de Kurt, este no lleva placa identificativa, pero se presenta como Dave.

—La llevaré a la zona de seguridad, señora Washington, y la acompañaré a la sala de visitas —dice Dave.

Después de subir por la escalera al piso de arriba, llegan a dos puertas de cristal blindado sucesivas, contiguas a la Sala de Control Principal, donde una pared de luces verdes y rojas indica qué puertas están abiertas y cuáles cerradas en toda la penitenciaría. Dentro de la Sala de Control, un celador los ve y abre la primera puerta de cristal. Louise y Dave la cruzan, esperan a que otros dos empleados de la prisión se reúnan con ellos, y la puerta se cierra. Transcurren varios segundos hasta que se abre la segunda puerta, que les da paso a la zona de seguridad de la prisión, donde Louise, siguiendo a Dave por el corredor, pasa por delante de una celda en la que hay retenidos diez o doce hombres, recién llegados, que aguardan el trámite de ingreso, la entrega de las tobilleras electrónicas y los carnets de identificación con códigos de barras y fotos, y el paso por el Centro de Evaluación Diagnóstica, donde los examinarán y les asignarán un módulo. En espera del diagnóstico, los nuevos parecen aterrorizados.

Dave dobla una esquina y acompaña a Louise a la sala donde tendrá lugar la visita. Las paredes son de hormigón blanco, los marcos de las puertas de color azul vivo, y a lo largo de una pared se suceden media docena de cubículos, cada uno de ellos con sus respectivas cortinas azules, que no desentonarían en la sala de urgencias de un hospital pero en este contexto causan desazón a Louise, como si ese espacio pudiera destinarse a un repentino triaje. En la pared opuesta hay un dispensador de líquido antiséptico para las manos, y en medio de la sala una mesa de plástico blanca con dos sillas de plástico moldeadas, una a cada lado.

Louise se sienta en una de las sillas y espera a que Dave regrese con el preso. Sola en la sala, la asalta un súbito pánico cuando se detiene a pensar en qué se ha metido. No es por la proximidad de todos esos hombres peligrosos, aunque tal vez ese sea un temor subyacente o secundario: a lo que los hombres como esos son capaces de hacer, los daños que han causado y las transgresiones que han cometido, que aún pueden cometer y que probablemente perpetrarán en este recinto oculto a la vista del público, donde, que ella sepa, incluso los celadores son cómplices. Más bien es porque teme que, una vez entre estos muros insulsos, puedan tomarla por delincuente, y el sistema llegue a la conclusión de que en algún momento se la ha dejado en libertad por error y ahora, como de hecho se ha entregado a las autoridades,

permite así a la cárcel ingresarla durante unas cuantas horas, para juzgar la posibilidad de que incumpla las leyes de la propia penitenciaría, las autoridades detecten en Louise un rasgo delictivo del que ella misma no es consciente, y una vez identificado ese fallo intrínseco, previamente no reconocido, la aíslen del resto de la sociedad y la arrojen a su propio sistema séptico particular, la devuelvan a la tierra. En una ocasión, hace no muchos años, quebrantó una ley, poniendo en peligro su libertad, y escapó sólo gracias a la intervención de un hombre que ya no puede ayudarla. Quizá, piensa con preocupación, queda algún registro de esa transgresión.

Justo cuando está alcanzando el punto culminante del pánico y piensa en llamar a los celadores para que la saquen de ahí, para anular la visita, Dave regresa con Paul. Louise se recuerda a sí misma por qué ha ido: no por ella misma, sino por él, en un acto altruista. No es un comportamiento irreflexivo.

Paul lleva el pelo más corto que la última vez que lo vio en el juicio, una apretada mata de púas oscuras salpicada de destellos dorados, fruto de un proceso de teñido carcelario, que reluce incluso bajo el efecto amortiguador de los fluorescentes colgados del techo.

—Ha venido, pues —dice Paul tras sentarse en la otra silla de plástico.

—He venido —contesta Louise, y las voces de ambos casi se superponen.

—Para serle sincero, no esperaba verla por aquí.

Lo observa contraer las manos sobre la mesa. El celador, Dave, de pie junto a la puerta, se aclara la garganta en lo que parece una advertencia a Paul antes de volverse hacia Louise para ofrecerle la correspondiente mirada tranquilizadora y, piensa ella, para hacerle una advertencia: que no se sienta demasiado cómoda en esta sala tan blanca y sin ventanas, impenetrable como la cámara acorazada de un banco. En todo caso Dave no se va a ir a ninguna parte. Es su trabajo, en igual medida que su deber, protegerla de cualquier mal, de ese hombre que ha causado tal despliegue de daños.

Dadas las circunstancias y el entorno, Paul no presenta un aspecto muy distinto del que tenía antes. La cara, la curvatura musculosa del torso, el dibujo de sus venas le producen un escalofrío, y aparta la silla de la mesa, la acerca a la pared donde está el dispensador de líquido antiséptico. Tiene la certeza de que si Paul se lo propusiera, podría echársele encima antes de que ella supiese siquiera que necesitaba huir, echársele encima y matarla antes de que Dave pudiera desplazar su considerable humanidad desde el otro extremo de la sala. Con su corpulencia y su fuerza, Paul podría levantarla en brazos y cargar con ella, una *pietà* impía. Acude a su mente un antiguo versículo: «Quedaron embarazadas de ellos y parieron gigantes». Ese pecho duro y plano dibujado bajo la tensa camiseta blanca, esos voluminosos brazos que asoman de las mangas, no parecen tanto partes de una forma animal como piezas de un sistema de engranajes y pistones, componentes duros que se mueven en una sola dirección como consecuencia de la naturaleza de su diseño y manufactura, elementos contruidos con una única finalidad y no fácilmente adaptables a cualquier espacio aparte de aquel que están destinados a ocupar, un espacio que él ahora ha perdido,

que no podrá recuperar jamás. La libertad ha terminado. Nunca más será libre. Nunca saldrá de la cárcel. No a menos que el país se suma en el caos. Una lima de diamante no le devolverá la libertad. Se requerirían las bombas de la revolución o el mismísimo apocalipsis para sacarlo de allí, y Louise no puede por menos de agradecer que así sea.

Durante años el rostro de él ha aparecido en sus sueños, vociferando y haciendo muecas. Como si a causa de un tic nervioso o de demasiado tiempo en la oscuridad, dejara vagar la mirada y apretara los ojos, grandes y redondos, del color del agua del Ártico. Debe de haber estado en una celda de confinamiento. No sería extraño descubrir que es un recluso proclive a las peleas con otros presos o a las agresiones a los celadores, el cabecilla de bandas de hombres con tendencia a huir o a algo tan elemental como dominar el espacio donde se hallan confinados. Pero la piel bajo sus ojos, sobre los pómulos, aunque aceitunada porque ese es su color natural, presenta un malsano matiz parduzco, un bronceado tan intenso que la mayor parte de su rostro debe de estar precanceroso, los poros hinchados y protuberantes como carne de gallina. Los presos pasan la mayor parte de sus horas de vigilia al sol, incluso en invierno.

Al principio no tienen nada que decirse, y a ella le representa un esfuerzo mover la lengua.

—He venido, señor Krovik. Aquí estoy, tal como pidió en su carta. Así que...

Él taconeá en el suelo, dos mazos de goma en movimiento, y de pronto se interrumpe a la vez que el eco del golpeteo reverbera en la sala. En otras circunstancias podría tomárselo por un maniquí de grandes almacenes o un muñeco animatrónico de hombre prehistórico en el diorama de un parque de atracciones. Sus facciones son primitivas, dotadas de una sólida tosquedad apenas humana en la frente, la mandíbula y los pómulos.

Aunque no tenga ya pleno control sobre su aspecto, se lo ve aseado y huele a limpio. Tiene los ojos translúcidos, muy parecidos a otros ojos que ella ahora conoce, los iris de un sutil barniz transparente con resquebrajaduras de óxido férrico. Cuando recoloca las manos, buscando una posición más cercana a la comodidad, las venas se le marcan como si lo hubieran despellejado vivo. Este leve movimiento desencadena una serie de tics que contraen el lado izquierdo de su rostro y su frente, retroceden por su cuero cabelludo y descienden en cascada por su espina dorsal, de modo que todo su cuerpo se estremece por un momento antes de quedar otra vez tan quieto que parece sin vida salvo por las palpitations espasmódicas que bajan por su brazo, insuflando vida al tatuaje de su bíceps, un ave con el pecho traspasado por una flecha. «El tordo», dice en letra caligráfica bajo el pájaro moribundo. Se mira el brazo como si las contracciones no estuvieran produciéndose en su propio cuerpo, o como si el pájaro fuese una ilustración que pudiera escapar de su papel vitela.

—La verdad es que no imaginaba que fuera a venir a verme —dice él.

—Ya lo supongo. Y para serle franca, tampoco yo lo imaginaba.

Los tics de Paul se ralentizan, los intervalos de quietud se prolongan hasta que el pájaro queda otra vez inmóvil en la superficie de la piel, coincidiendo el arco de su ala con la curvatura del músculo, que se contrae con repentina determinación cuando él se echa contra la mesa.

—Pero al fin y al cabo éramos vecinos, más o menos. ¿No? Amigos, incluso.

—No. No lo creo —responde Louise—. En realidad no éramos vecinos y, desde luego, no éramos amigos.

Si bien el caso de Paul apareció en la prensa nacional, Louise, después de comparecer en el juicio, eludió los medios, rehusando toda petición de entrevista; cada vez que veía su rostro, apartaba la mirada de ese hombre a quien no deseaba recordar. Nunca habría imaginado que se pondría en contacto con ella, sólo una conocida, apenas una vecina, ni remotamente una amiga. Si algo sabe con certeza de Paul, es que nunca la ha apreciado.

La carta le llegó escrita a lápiz en papel pautado escolar. Paul escribía en mayúsculas, y las letras, al igual que las casas que construía, eran desproporcionadas: los trazos verticales demasiado largos, los horizontales demasiado cortos, las palabras dilatadas hacia arriba. Aunque la caligrafía era pulcra, Louise no pudo reprimir la sensación de que el uso exclusivo de mayúsculas tenía algo de siniestro.

QUERIDA SEÑORA WASHINGTON:

SÉ QUE NO TENGO DERECHO A ESPERAR UNA RESPUESTA PERO HE PENSADO QUE NO PIERDO NADA CON INTENTARLO. NO RECIBO MUCHAS VISITAS, Y ME PREGUNTABA SI PODRÍA CONVENCERLA DE QUE VINIERA A VERME. NO TENGO NADA QUE OFRECERLE, Y QUIZÁ ÉSTA SEA UNA PETICIÓN EGOÍSTA, PERO TAL COMO ESTÁN LAS COSAS, SERÍA AGRADABLE VER UNA CARA CONOCIDA, AUNQUE SEA LA SUYA.

CORDIALMENTE,

SU ANTIGUO VECINO, PAUL (KROVIK)

P. D.: TAMBIÉN LE ESCRIBO PORQUE AHORA MISMO NO ME VENDRÍA MAL UNA AMIGA.

La carta cogió a Louise por sorpresa hasta tal punto que, después de leerla una primera vez, la dejó a un lado, y la miraba de vez en cuando, allí en la mesa de la habitación que ahora ocupa en una casa que no es la suya. Al principio se preguntó si la carta era auténtica o una especie de falsificación. El remite era de la penitenciaría del estado y el código postal del matasellos se correspondía. Cuando pasaba junto al escritorio por la mañana o ya tarde por la noche, el papel parecía despedir un olor que le recordaba a la pólvora, los tallos de maíz secos y el estiércol.

Tardó semanas en decidirse a visitarlo. Reservas al margen, la intrigaba la posibilidad de que Paul la considerara «amiga» (de hecho, contrariamente a lo que le decía la intuición, la conmovía la idea), a la vez que la inquietaba y la alarmaba que él pudiera esconder otros motivos, o que cualquier declaración de amistad fuera sólo una manera de seducirla para que lo ayudara. Los más leves vestigios de pólvora prendidos a la carta se desvanecieron, y los residuos de descomposición se atenuaron, se endulzaron, adquirieron un olor a fertilidad semejante al del buen abono.

Louise sabe que no tiene nada que temer de Paul por el momento, dado que el

celador permanece al lado de la puerta y dos cámaras vigilan la sala desde ángulos opuestos del techo. Cuando Paul se desliza hacia un extremo de la mesa, Louise oye desplazarse la cámara detrás de ella, modificando el encuadre y enfocando la nueva posición del preso. No está claro si también se graba el sonido.

—¿Sabe para qué es el antiséptico de manos? —pregunta él, señalando el dispensador con el mentón—. Es para cuando tienen que practicar el registro de un orificio corporal. —Ladea la cabeza en dirección a los cubículos de la pared y lanza una mirada a Dave, que sonrío—. Aunque se ponen guantes, después se lavan igualmente. Sólo para verla a usted hoy, me han desnudado y registrado. Cada vez que recibo visita, tengo que quitármelo todo, levantar los brazos a los lados, inclinarme, toser, relajar el culo, y dejarlos meterme el dedo si consideran que hay motivo. Y cuando esta visita acabe, lo repetirán todo otra vez. Yo les digo, vamos, dejadme recibir a la visita desnudo, y así nos ahorraremos mucho tiempo. —Enarca una ceja como si esperara alguna reacción: risas o asco. Louise mira a Dave, pero este permanece inexpresivo, con las manos bajo las axilas.

—No lo sabía —dice Louise, preguntándose si Paul quiere que le dé las gracias, si cree que en cierto modo le hace un favor a ella por haber propuesto esta reunión.

—Sabe, supongo que tiene usted razón. —Él echa un rápido vistazo a la cámara—. Supongo que ni siquiera éramos vecinos, en realidad no.

—Siento curiosidad por saber qué hice yo para enfurecerlo tanto, señor Krovik. ¿Por qué me odiaba? —Desea decir: «Usted es el agente de mi destrucción, Paul Krovik, y no tiene derecho a tanta palabrería. Después de todo lo ocurrido entre nosotros, después de haber intentado destruir mi mundo por todos los medios, ese tono me ofende».

Paul echa atrás la cabeza y se ríe, como si no pudiera ni contar el sinfín de motivos por los que Louise le inspiró ese odio.

—Uf. ¿Qué no hizo usted, señora Washington? —Adopta un tono achulado y defensivo, el de un niño que aún pone a prueba los límites. Es una actitud que ella recuerda de innumerables chicos a quienes dio clase en el pasado, un comportamiento que siempre la inducía a ponerse en guardia. Si él no ofreciera una imagen tan serena, si no estuviera tan claro que todo odio se ha desvanecido ya, Louise saldría por la puerta y se echaría a correr por el pasillo. Paul contiene la risa y emite un extraño sonido, mitad gruñido, mitad gorjeo, como si fuera muy consciente de que es menos arriesgado dejar inexplorados los montes del odio existente entre ellos—. Pero eso ahora dejémoslo. Porque sepa que me complace mucho verla aquí.

Se le empañan y enternecen los ojos de una manera casi femenina, y a la vez agita la mano sobre la mesa, un zarpazo al espacio vacío entre ellos, sus dedos, muy delgados, las uñas blancas, cortadas en líneas rectas. Ella nunca ha visto a nadie realizar un movimiento así, como si Paul fuera ciego y no percibiera que las manos que desea coger están fácilmente a su alcance, justo debajo de las suyas. Louise comprende que él quiere que le coja los dedos, que convierta esta visita en algo

semejante a un vis a vis ante la mirada del celador y bajo los objetivos ojo de pez de las cámaras de seguridad de la cárcel. Se echa atrás en su silla, y de pronto, casi perdiendo el control del cuerpo, hace ademán de tender una mano hacia Paul hasta que, recobrando la sensatez en el último momento, la retira. Ninguna parte de ella desea tocarlo. Necesita salir de esta sala blanca y regresar a la luz del sol y el espacio abierto, donde la distancia visible se mide en unidades mayores que un metro, donde puede pensar con claridad, recordar su objetivo en este mundo, pisar tierra en lugar de cemento. Ha sido un error visitarlo. Nada de lo que él pueda decir cambiará lo que ha hecho.

Louise se marcha de la cárcel temblorosa, con náuseas y lágrimas en los ojos. Al verla abandonar su jurisdicción, Dave y Kurt actúan como si ella fuera lo más gracioso que han visto desde hace semanas, esa vieja llorosa. Ya al volante del coche, se dirige hacia el noroeste, circundando la ciudad, hasta que se encuentra frente a una casa con tejado a dos aguas, de vertientes muy inclinadas, y las molduras de los remates muy recargadas, como la orla de encaje de una servilleta almidonada. A su pesar, esta casa ha echado raíces en su cerebro: al despertar ve el hastial deformarse, el porche ensancharse, las ventanas parpadear. Bajo la luna, con el cielo despejado, la casa permanece inmóvil, el vecindario entero paralizado en medio de vapores calientes. Oye el zumbido que ahora es siempre audible, un ruido que acaso sólo sean cigarras, pero sabe que no es eso: el monótono sonido no tiene nada de natural.

La casa se encuentra a un paso de la prolongación de Poplar Road, la principal travesía este-oeste de la ciudad, y a cuarenta minutos en coche del casco antiguo, regenerado en etapas a lo largo de la última década: los almacenes convertidos en *lofts*, edificios abandonados demolidos y sustituidos por parques. No obstante, algunos barrios que eran refinados hace una década han visto cómo las casas se convertían en viviendas de alquiler, cómo se alabeaban los porches y se llenaban de hojas los canalones, que ya no se vaciaban para dejar paso al agua del deshielo en primavera y los aguaceros que caen a intervalos impredecibles en los meses cálidos. Aquí, en el límite oeste de la ciudad, todo se conserva nuevo. Cualquier cosa que envejece es eliminada para dar paso a flamantes reemplazos.

En la planta baja las luces están apagadas, las cortinas corridas, los cristales a oscuras, reflectantes. En la primera y segunda planta se advierten luz y movimiento; las cortinas están descorridas, olvidando la gente que vive dentro que alguien podría estar observando. Detiene el coche en el camino de acceso, se apea, cierra la puerta silenciosamente.

Son casi las nueve, y las casas vecinas están a oscuras, salvo por la diminuta palpación roja en las cajas de las alarmas. Mira a través del cristal de la puerta de la calle y ve luz filtrarse escalera abajo desde el primer piso, sombras en movimiento, alguien que se queda quieto y de pronto vuelve a moverse. Unos pies descienden por

la escalera. Louise se agacha detrás de una de las cinco o seis mecedoras rústicas colocadas en el porche, aguzando el oído mientras ese cuerpo se acerca a la puerta desde el interior. Se adentra más en las sombras cuando la puerta se abre por un instante y se cierra ruidosamente otra vez. En algún sitio se abre una ventana.

—¡No estaba cerrada con llave! ¡Has dicho que habías echado la llave!

—He dicho que no me acordaba.

—Cualquiera habría podido entrar. ¡No vivimos en los años cincuenta!

Este es el sitio al que se ha obligado a llegar por fin, el sitio donde ahora debe permanecer. Se sienta en una de las mecedoras, y mientras contempla las otras casas, se le nubla la vista y las estructuras empiezan a disolverse, dando paso a la masa negra de árboles a lo lejos, al apagado resplandor de poniente cuando la tierra gira una vez más sobre sí misma hacia la oscuridad.

# PASADO

Todos talados, talados, talados estáis todos... no se salvó siquiera uno.

GERARD MANLEY HOPKINS

# PRIMERA PARTE

## Refugio

El helicóptero permanece suspendido justo encima desde hace veinte minutos. Sabe que está oyendo el rápido tableteo de un cortacésped volador segando nubes, y si no lo oye debido al revestimiento de plomo del búnker, entonces no le cabe duda de que percibe la vibración de los rotores revolviendo el aire, azotando la tierra por encima de su cabeza, agitando la atmósfera, vibración concebida para provocar agitación también en él.

Cuando le preguntaban qué quería hacer de mayor, Paul Krovik no decía que sería bombero, soldado o piloto, como hacen algunos niños sin la monotonía y el peligro que entrañan esos empleos. No quería ser actor ni estrella de *rock* ni astronauta; tampoco albergaba deseos ocultos de bailar, diseñar ropa o escribir poemas, sueños que en su mundo la mayoría de la gente habría considerado prueba del fracaso de sus padres en el intento de criar un hombre de verdad, fuera cual fuese el significado de eso.

Siempre quiso construir casas.

Y ahora intentan quitarle la única casa que le ha pertenecido. No está dispuesto a renunciar a lo único que ha deseado en la vida.

Al principio, al oír el helicóptero, ha pensado que debía de volar en círculo por la zona, tomando imágenes del tráfico en hora punta para enviarlas a alguna de las cadenas de noticias locales. Luego los acartonados presentadores del Canal 7, con un rictus hierático grabado en el rostro, informarán sobre embotellamientos y accidentes y persecuciones de coches a cámara lenta, transmitirán en vivo desde el lugar donde se ha producido una noticia de última hora mientras inocentes sollozan en segundo plano o mirones hacen declaraciones absurdas sobre el furtivo comportamiento de un sospechoso de asesinato o la extraña conducta observada desde hace tiempo en una familia en la que algunos de los miembros han secuestrado a los otros en una autocaravana averiada que ninguno de los vecinos ha visto moverse del camino de acceso desde hace una década. Paul recuerda ese suceso en concreto: una madre, un padre, tres hijos que vivían en una casa decrepita. Los niños se armaron, dijeron a sus padres que ya bastaba, que la vida y las condiciones que ellos padecían no merecían vivirse. Después de un pulso de dos días, los padres anunciaron a gritos por la ventana que ya no eran rehenes, se arrodillaron delante de sus hijos adolescentes, aceptaron el arma en la sien y cayeron de espaldas, descendiendo a la muerte antes de poder ver a los chicos dirigir las armas sobre sí mismos. MATANZA EN LA

AUTOCARAVANA, así lo describió el Canal 7, el locutor rubio tan sonriente como si informara de la rendición en masa de un grupo terrorista. En su momento Paul sintió gran admiración por esa familia, la lógica de los hijos y el valor de los padres.

Si no es un helicóptero del Departamento de Tráfico, debe de ser de la policía: quizá sigue a una fugitiva que traza círculos por las circunscripciones, a fin de atraparla antes de que se escabulla en una madriguera o entre la maleza de las orillas llanas del río que discurre al oeste de la ciudad. Transcurren diez minutos, y la vibración no cambia de intensidad ni de frecuencia, porque el helicóptero flota sobre su vecindario. A menos que él esté confundido, a menos que todo sea fruto de su imaginación, el aparato se halla justo encima de la casa, observando y aguardando a que él delate su posición, quizá incluso utilizando cámaras termográficas. Con las extremidades tensas, toma aire en aspiraciones poco profundas e imagina que le baja la temperatura corporal, haciéndolo invisible al equipo que puedan estar empleando para localizarlo, sea cual sea. El revestimiento de plomo del búnker debería impedir su detección, pero siempre hay nuevos avances en la tecnología de sensores, maneras de ver lo que debería permanecer oculto. No entiende cómo las autoridades lo han encontrado tan deprisa, dado que nadie sabe dónde está, ni Amanda, ni sus hijos, ni sus padres. Todo el mundo cree que se ha marchado de la casa, que ha buscado un apartamento, que está rehaciendo su vida, partiendo de cero sin nada más que sus manos y sus herramientas. Y sin embargo la vibración del tableteo llega en ondas regulares, descendiendo por la pared, haciendo temblar el armazón de la oscura cámara acorazada del búnker. Por él, ya pueden ir en su busca con los ojos vendados. En su refugio subterráneo él es el único que ve.

Cuando Paul construía esta casa, descubrió los cimientos de una casa de labranza del siglo XIX que, según le contó la viuda Washington, se había incendiado hacía mucho tiempo. En el linde del bosque, halló el sótano antitormenta original, todavía intacto, las puertas de madera atrancadas y, al otro lado de las puertas, una escalera que descendía a un espacio de piedra de techo abovedado, tapada su entrada por arbustos y hojas muertas acumuladas. Tras retirar los desechos, recubrió las juntas de las paredes y la bóveda del sótano, sabiendo ya que ese espacio tendría un posible uso: construiría allí un refugio nuclear, un búnker, un lugar seguro para su familia. Le pareció tan lógico que cuando Amanda le preguntó para qué lo necesitaban, él se irritó.

—¡Tú lee los titulares! ¡Mira las noticias! ¡Echa un vistazo alrededor, nena! Con la base militar a un paso de aquí, esta ciudad será una de las primeras en volar. Cuando yo era niño, mi padre me dijo que en una guerra nuclear no tenemos que preocuparnos, porque en los primeros doce minutos la ciudad entera quedará borrada del mapa. Con eso su intención era... no sé, tranquilizarme, en la idea de que así no sufriríamos las secuelas. Tienes que entenderlo: yo hago planes con antelación. Intento protegeros. Vamos a sobrevivir sea lo que sea lo que esto nos traiga.

—¿Qué es «esto», Paul?

—El *futuro*. Escaparemos juntos del apocalipsis, estaremos a salvo bajo tierra.

En ese momento Amanda miró a Paul, por primera vez en su relación, como si no confiase en él, tal vez como si ni siquiera lo reconociese. Él recuerda cómo juntó las cejas en un pico de aspecto demoníaco. Una y otra vez intentó explicárselo, pero ella no se dejó convencer. Ahora, ya a solas, podría escribir un libro sobre las numerosas maneras en que su esposa le falló, y en retrospectiva ese fue el primer momento que supo que ella estaba distanciándose de lo que siempre había parecido un matrimonio feliz.

Tableteo y más tableteo. Quédate quieto, piensa en la otra vida, piensa en la muerte en vida, y en la quietud del otro lado. Cálmate, Paul, no seas niño. Estás solo, tu mujer te ha abandonado. No tienes a nadie más que a ti mismo. Debes mirar al frente. Recuerda que su padre le dio un sermón sobre la autosuficiencia cuando era niño. *Recuerda las enseñanzas del gran hombre, Paul. El arrepentimiento no es más que una plegaria falsa. Confía en el resplandor de tu propia mente. Sé valiente: Dios no quiere que los cobardes se manifiesten en Su obra. Tus manos son dignas de confianza. La sociedad no es más que una conspiración contra ti. Si el país está en guerra, el ciudadano medio tiene que cuidar de sí mismo más aún que en tiempos de paz, y maldito sea el Gobierno.*

Al construir el búnker, sólo pensaba en la seguridad y el bienestar de su familia. Quería a su mujer, todavía la quiere; quiere también a los niños, no pretendía más que protegerlos, y eso pretende aún. Si tuviera dinero, atravesaría mares en avión para localizarlos y traerlos de vuelta, consciente de que sólo él puede protegerlos realmente. Ya no basta con preocuparse por las ojivas nucleares de China o Rusia o Irán o Corea del Norte que puedan caer en la base aérea situada al sur de la ciudad. Es vital hacer planes no sólo pensando en el ataque de los terroristas o los gobiernos extranjeros, sino también en la posibilidad de compatriotas estadounidenses hostiles, de una nueva guerra civil, o de una finalización medioambiental, tecnológica o bioquímica de la era humana en este planeta. Aquellos que hayan previsto cómo serán las cosas al otro lado del ahora, los precavidos y preparados, serán los únicos que sobrevivan a la travesía del desierto plagada de incertidumbre que encontraremos en las próximas décadas.

En cuanto se le ocurrió la idea del búnker, la única duda fue cómo comunicarlo con el sótano de la casa, dado que ya había entregado los planos al ayuntamiento; introducir un cambio implicaba un coste aún mayor, y sería un quebradero de cabeza burocrático, y a esas alturas Amanda tenía la sensación de que ya había corrido riesgos suficientes en su esfuerzo para ayudarlo a salir adelante de maneras que en rigor no eran legales. Por tanto, en cuanto la casa estuvo acabada y los inspectores municipales quedaron satisfechos, Paul empezó a cavar el túnel para el búnker. Nadie podía verlo, excepto la señora Washington, desde su vieja y decrepita casa al pie de la colina. Los árboles ocultaban la obra por tres de sus lados, y levantó una valla en torno al jardín trasero a fin de asegurarse aún mayor intimidad para la obra que

llevaba a cabo sin permiso. ¿Qué permiso necesita un hombre aparte de aquel que le conceden su corazón y su Dios? *En todas partes la sociedad conspira contra la hombría de cada uno de sus miembros*, eso decía el gran hombre. Recubrió las paredes del búnker con pladur revestido de plomo, pidió prestada una grúa y ayuda a un colega para instalar las puertas de contención una noche, y recubrió toda la estructura con una capa de hormigón, para después comunicarla con el viejo sótano antitormenta en el linde del bosque por un extremo y horadar los cimientos acabados de la casa para acceder a su nuevo sótano por el extremo opuesto. El búnker dispone de electricidad y agua corriente, como si fuera una parte más de la casa, sólo que no lo es, porque no aparece en ninguno de los planos. Una vez acabado el búnker, tapió la entrada al sótano de la casa, dejando un pequeño hueco oculto detrás de una trampilla de madera bajo un estante al fondo de la despensa, justo de tamaño suficiente para que Paul pueda pasar por él a rastras.

Sobre el papel, el búnker no existe, pero bajo la tierra del jardín trasero, detrás de sus puertas de contención, tiene dos dormitorios, un cuarto de baño completo, una cocina abierta y una zona de estar, una reserva de comida enlatada y deshidratada, una provisión de agua y tabletas purificadoras, rifles de caza y fusiles de asalto, dos mil cartuchos, bombillas de bajo consumo, una segunda lavadora y secadora y un sistema de filtrado de aire con respiradores orientados al bosque, camuflado su tubo de escape en el interior de un árbol ahuecado por un rayo. Este es su refugio, la última parte de su casa que aún puede ocupar. Rendirse queda descartado. Cuando le falle la tecnología, se pasará el día en el bosque cazando y pescando, y por la noche descenderá a su cubil, vivirá a oscuras, comerá y dormirá como una criatura sin luz, un demonio mantenido a salvo por la tierra.

*Si soy el hijo del diablo, viviré, pues, conforme al diablo.*

Le preocupan las salidas, cree que tal vez deba perforar las paredes del búnker por otros sitios, crear nuevos túneles, ampliar los parámetros del espacio más allá de los confines de la estructura inexpugnable. Una noche pintó el contorno de media docena de puertas en sus paredes de color rojo riñón, imaginando los lugares de los que podrían partir otros túneles para adentrarse más aún en la tierra.

Sin darse cuenta desliza los dedos a lo largo del fusil, de alrededor de un metro de longitud, desde la culata hasta el gatillo y la mira, a lo largo del cañón azulado y ahusado. Cuando llegue el momento, estará listo. Se retiró aquí hace sólo unas semanas, más de un año después de que Amanda se llevara a Florida a los niños, casi todos los muebles y la vida entera de ambos. Al principio él intentó actuar de manera racional: sabía que había perdido la partida; lo sensato habría sido liar los bártulos con lo poco que quedara después de vender la finca, declararse insolvente y trasladarse a Miami. Había perdido los juicios por las demandas de los vecinos, y ese fue el tiro de gracia, el final de su limitada solvencia. Pasando una noche tras otra bajo tierra, a menudo durmiendo con todas las luces encendidas, Paul empezó a darse cuenta de que jamás podría abandonar su casa, ni siquiera después de la venta de la

ejecución hipotecaria. La necesidad lo obligó a esconderse bajo tierra, en la guarida de sus pesadillas, donde lo único que puede hacer es urdir su regreso. No hay razón para que alguien descubra su presencia si se anda con cuidado. Nadie excepto Amanda conoce la existencia del búnker, nadie, ni siquiera los niños. Esperará en silencio, se tomará su tiempo, hará lo que sea necesario para recuperar su casa, y en cuanto vuelva a tenerla en su posesión, su familia volverá. Tendrán que volver: no les dejará otra opción.

—¿Te gusta, nena? —preguntó a Amanda cuando el trabajo estructural de la casa estuvo acabado y sólo faltaba la decoración.

Sin decir nada, ella sonreía a la vez que iba de habitación en habitación, subía por una escalera hasta lo alto de la casa y bajaba por la otra al sótano. Salió al jardín y rodeó la casa hasta la parte de atrás, entró y apoyó las manos en la barandilla del recibidor. Cuando él volvió a preguntarle si le gustaba, temiendo haberla decepcionado, ella lloró al mismo tiempo que asentía con una sonrisa.

—Es una casa maravillosa, Paul. Has hecho algo magnífico —dijo ella, y se irguió para darle un beso. Entonces él la cogió en brazos, la llevó al porche delantero y otra vez adentro, para que fuera oficial. Ella se echó a reír y saltó de sus brazos—. Dijiste que me construirías una casa de ensueño. Me gustan los hombres que cumplen sus promesas.

Ojalá ella siempre hubiera sido así, tan sensible, tan fácil de complacer, no tan absorta en su trabajo. La relación empezó con buen pie, pero las cosas no tardaron mucho en cambiar.

Escuchando los rotores del aparato girar en el cielo y salpicar la tierra con retazos de nubes o plumas de aves cuyas alas han quedado atrapadas en las hélices, Paul intenta permanecer lo más quieto posible, obligando a bajar su temperatura corporal, confiando en que la tecnología de la policía, sea cual sea, no logre traspasar las capas de hormigón y plomo que envuelven el búnker, o si lo logra, que sus propios esfuerzos de control psicológico del cuerpo basten para camuflarlo, para desdibujar el contorno de su forma, transformando a un bípedo aterrorizado y de sangre caliente en una masa de radiación térmica de bajo nivel. En una ocasión su padre intentó enseñarle cómo enfriar la superficie de su piel sin sudar siquiera. «La guerra es psicología —explicó su padre, su voz siempre serena, paciente con él—. Si ganas la guerra psicológica, ganas también la física». Paul intentó concentrarse, pero cuando su padre le tomó el pulso y la temperatura, movió la cabeza en un gesto de decepción: «Eres buen chico, pero te falta disciplina mental, Paul. Se acabó el juego. Ya has perdido. Dios bendiga a tu madre, pero ha estado mimándote». Después de eso, empezaron a cazar juntos en «fines de semana de padre e hijo», durmiendo en el bosque en una tienda de campaña de dos plazas, cagando y meando al aire libre sin más intimidad que un árbol o un arbusto. Ralph dejó claro que esos fines de semana no eran sólo una manera de reforzar su relación. «Te estoy enseñando a sobrevivir, Paul. Necesito saber que estás preparado para este mundo, para cuando te marches de

casa y tengas que abrirte camino. Esa es mi responsabilidad para contigo. No voy a tratarte como a un niño pequeño, y a partir de ahora tampoco lo hará tu madre. He sido negligente. Te he fallado. Quiero que seas capaz de cuidarte por ti solo. Ese es el mejor regalo que puedo hacerte. Tienes que aprender a confiar en ti, pero primero necesito convertirte en el mejor custodio de ti mismo, ayudarte a desarrollar tu intuición animal. Tienes que aprender a ir con la cabeza muy alta tal como Dios te hizo, sin ser timorato, sin pedir disculpas. Tu estatura como hombre es tu virtud, al igual que la estatura de este país es la virtud de nuestra nación. Por ley natural los más grandes entre los hombres *se impondrán y someterán a todas las ciudades, naciones, reyes, hombres ricos, poetas que no lo son*. Lo ha dicho el gran hombre, hijo, y quiero que también tú seas un gran hombre, que ocupes el lugar que te corresponde en esta nación, la más grande de todas, que sometas a los inferiores que intenten derribarte». Oye la cadencia de conjuro en la voz de su padre, la manera en que las palabras inspiraban y apaciguaban a la vez.

No mucho después de terminarse la casa, sus padres fueron para una barbacoa. Su padre examinó los materiales de construcción y el diseño mientras su madre, Dolores, cabeceaba una y otra vez. La familia de ella, lejos de allí, en Arizona, siempre había estado en la cuerda floja de la indigencia, y Paul no supo si ella sentía orgullo o incredulidad o tanto lo uno como lo otro.

—Siempre dijiste que construirías casas, Pablito. ¿Te acuerdas de cómo te gustaban aquellos ladrillos? Así te tenía ocupado horas y horas. Te quedabas allí sentado en tu fortín hablando solo, jugando con tus muñecos y demás —dijo ella. Ahora Paul, tumbado a solas en la oscuridad, con las manos en la culata del fusil, ve a su madre hincarse una uña entre los dientes, como si ya hubiese adivinado cuál sería el final de aquello, que lo perdería todo, que la sociedad se volvería contra él, que todo el mundo, incluso ella, lo abandonaría—. ¿Te acuerdas?

—Sí, mamá. Me acuerdo.

—«Estoy construyendo una casa», eso decías.

—¿Una casa y no un fortín?

—Supongo que quizá a veces decías «fortín». Pero normalmente era «casa». «Me estoy construyendo una casa». Cuando venían tus amigos a casa, no les dejabas jugar con esos ladrillos. No te gustaba compartir los juguetes, y mucho menos los ladrillos. Sólo yo podía tocarlos; ni siquiera se lo consentías a tu padre. Decías: «Al que toque mis ladrillos lo descuartizo». Siempre estabas enrabiado. Nunca me obedecías en nada.

—*Un hombre tiene que ser su propia estrella*, mamá. ¿No es así, papá, no es eso lo que siempre has dicho?

Su padre, que conversaba con Amanda en el otro extremo del porche trasero, tomó un sorbo de cerveza y asintió a la vez que palpaba con un dedo el revestimiento de vinilo.

—Plástico —masculló—. Plástico en tierra de tornados. Aquí lo que conviene es

ladrillo y argamasa.

—Siempre supiste lo que querías ser. Siempre dijiste que ibas a construir casas. Eso lo vi desde el principio, *chiquito*. No como tu padre —susurró su madre.

En la primera infancia, sus juguetes preferidos eran una colección de bloques de cartón acanalado que, por su dibujo, parecían ladrillos rojos. Apilados, formaban paredes que se sostenían rectas pero, por su poco peso, podían caer sin causar daños. Paul construía paredes extraordinariamente rectas para ser un niño, y sólo se venían abajo cuando las derribaba él mismo a puñetazos o patadas, imaginando que era uno de los musculosos personajes sobrehumanos que veía en televisión. «No deberías ver tantos dibujos animados —decía su madre—, te enrabias demasiado. Vete a jugar con tus ladrillos».

En un rincón de su dormitorio —cualquiera de los muchos que tuvo en sus primeros doce años de vida, dormitorios en cuatro estados norteamericanos, así como en Inglaterra y Alemania—, construía fortines de doble muralla sin entrada ni salida, y allí se pasaba horas, fortificándolos y recontrafortificándolos con sucesivas capas de ladrillos de cartón hasta que estos se le acababan y ya no le quedaba casi espacio para moverse.

—Te has quedado encerrado en un rincón —decía su madre—. ¿Ahora qué vas a hacer?

—Quedarme aquí. Pon una manta encima.

Dolores extendía una sábana sobre el hueco de aquellas murallas de cartón, aislando a su hijo hasta que una necesidad fisiológica lo obligaba a abrirse paso a puñetazos a través de la estructura y salir al mundo exterior, gruñendo y rugiendo, en la casa que en ese momento ocupaban, fuera cual fuese.

—Demasiados dibujos animados. Te enrabias mucho. Eso me da miedo, Pablo. ¿Qué he hecho yo para que lleves dentro tanta rabia? ¿Por qué me muerdes continuamente? ¿Por qué me pegas?

Antes de instalarse en esta ciudad, durante unos años vivieron en pequeñas casas impersonales que su madre se esforzaba en domesticar: una vez, para cubrir los agujeros de los zócalos e impedir que entraran los ratones, tuvo que pegar con cola tapas de botes de aluminio; en otra ocasión, cuando vivían en un barrio donde las casas estaban tan cerca unas de otras que se oía todo lo que ocurría en las vidas de los vecinos, tiñó de azul marino sacos de arpillera para usar a modo de cortinas en el dormitorio de Paul. No había ningún sitio al que retirarse, ningún refugio. Todo hombre debería tener un búnker para protección suya y de su familia, pero ahora la familia de Paul había huido. Antes de la ejecución hipotecaria definitiva, recibió la petición formal de divorcio y las órdenes de alejamiento, que le prohibían acercarse no sólo a su mujer y sus hijos, sino también incluso a sus suegros, ahora a salvo en su comunidad, rodeada de una verja, en el otro extremo del continente. Ahora ni siquiera se le permite hablar con sus hijos.

El ruido parece ir en aumento: el helicóptero, cada vez más cerca, se prepara para

aterrizar. La policía viene a sacarlo de su escondrijo, a obligarlo a salir para que los francotiradores lo liquiden, lo rocíen con el fuego de sus lanzallamas, reduzcan a cenizas el bosque para obligarlo a abandonar su guarida. No ha cometido delito alguno. Las autoridades no tienen ninguna razón para echársele encima, pero el ruido sigue en aumento, palpitante, rítmico y mecánico. Las calles de Dolores Woods se concibieron para dar cabida a un helicóptero en caso de que se produjera en el vecindario un suceso digno de mencionarse en las noticias, o por si acaso un gran desastre natural o civil requiriera la evacuación inmediata de los residentes de la urbanización, o incluso ante la prosaica contingencia de que un vecino en peligro de muerte necesitara el traslado inmediato en aeroambulancia a uno de los varios hospitales privados de la ciudad. En un momento dado, cuando parecía que el negocio iría bien, incluso imaginó la posibilidad de talar más árboles para habilitar un espacio donde construir su propio helipuerto privado.

Cerrando con más fuerza los dedos en torno al fusil que descansa sobre su pecho, Paul comprueba para su tranquilidad que el arma está donde recuerda haberla colocado. Parece que los tres kilos de peso del fusil han cambiado y la insensibilidad de este ha pasado a formar parte de su propia insensibilidad, la incapacidad de sentir que sube desde sus manos y se propaga por los antebrazos hasta llegar a los hombros y el pecho. Conserva la lucidez, la mente despejada, sabe lo que hace, dónde está, qué armas tiene en su poder. Si no le queda más remedio, huirá por la entrada posterior y se adentrará en el bosque, atravesará el río de aguas poco profundas y cruzará este estado escasamente poblado hasta que ya no puedan seguirle el rastro. En la línea divisoria del condado, a varios kilómetros de allí, la densa arboleda del parque natural asciende hasta el borde de un precipicio que se alza sobre el río. Algunos de los álamos se desgajan de raíz y se precipitan hacia el agua parduzca, donde se sumergen y quedan ocultos, convirtiéndose sus ramas en escollos. Antiguamente, debido a ellos, los vapores de palas naufragaban y el limo del fondo engullía los equipajes y la porcelana y las cuberterías de plata, un tesoro que generaciones posteriores, al oír historias apócrifas de un cargamento de mercurio hundido, sacaron del fondo, devolvieron a la vida, limpiaron y albergaron bajo cristal en el museo del condado. Todo mercurio que pudiera haber allí se había dispersado hacía mucho envenenando el río y sus afluentes.

La casa siempre será suya; nadie puede quitársela. Él ha soñado con esta casa desde que era niño, desde que vio una parecida durante la breve etapa que vivió en Maine. En una de las pocas vacaciones que recuerda haber hecho en familia, bajaron en coche desde el remoto rincón nororiental del estado donde vivían, a menos de siete kilómetros de la frontera canadiense, hasta la costa meridional. Durante una semana se alojaron en un motel a pie de la Autovía 1, y cada mañana montaban en el coche e iban a la playa, a quince minutos. Allí permanecían en silencio hasta el almuerzo, se acercaban cansinamente a un chiringuito, comían perritos calientes en silencio y cansinamente volvían a la playa para pasar la tarde. A las cuatro se acercaban a otro

chiringuito a por un helado, y después, a las seis y cuarto exactamente, montaban de nuevo en el coche, un horno, e iban a cenar a un puesto de langostas. Al final de la semana fueron a una barbacoa en la casa de veraneo de un jefe de su padre. Antes de eso Paul no creía que la gente corriente viviera en casas de más de una planta. Había una criada, negra, que una y otra vez sacaba vasos de limonada en una bandeja de madera y ponche en una bandeja de plata, este ofrecido sólo a los adultos. Tal vez fuera porque se alojaban en la habitación de un motel desangelado, pero después de ver la casa aquella única vez, su forma se le grabó en la imaginación, pero con el tiempo se distorsionó y se convirtió en algo distinto y a la vez afín al modelo original, una casa de tres plantas, compuesta de hastiales y alas, simetría y luz. Era la casa que quería para sí.

Hace un tiempo —ya no recuerda cuántas semanas—, en la ejecución hipotecaria, su casa se subastó en la escalinata del juzgado del condado. Empezaba a llover cuando Paul se acercó al pequeño grupo de gente reunida para apoderarse de lo que le pertenecía. Cuando oyó la puja final, se aproximó a trompicones a una papelera y vomitó. Era una pequeñísima parte de lo que había costado la construcción de la casa, por no hablar ya de todo el dinero invertido en la decoración y los muebles, ni del coste del propio búnker. Para colmo, todavía debe a su suegro cientos de miles de dólares en préstamos que ahora ya nunca le serán perdonados. Ya ni puede contar lo que debe a los bancos. En la escalinata del juzgado la gente le lanzaba miradas como si fuera un vagabundo o un borracho.

—Intoxicación alimentaria —dijo entre dientes, tanto para sí como para cualquier otro. Una mujer asintió, y después un hombre mayor, con la ropa tan arrugada y los pies manchados de barro como Paul, salió de entre los arbustos para ofrecerle un pañuelo.

—Eh, hermano, límpiote la cara —dijo el hombre—. Enderézate. Vamos a por un poco de sopa.

Para entonces la casa estaba ya vacía. Cuando por fin quedó claro que era imposible impedir la ejecución hipotecaria, Paul organizó una subasta del contenido de la casa, quedándose sólo con los objetos pequeños que podía meter en el búnker por el hueco del tamaño de un hombre oculto al fondo de la despensa. Al final, hubo poco que vender, porque Amanda se había llevado casi todos los muebles. «Te dejaré los electrodomésticos —dijo ella cuando se iba—, no soy una desalmada. Pero me llevo las antigüedades y las camas. Al fin y al cabo, se pagaron con el dinero de mi padre. Puedes conseguirte un camastro hasta que decidas qué vas a hacer. Si tienes un mínimo de sentido común, vendrás conmigo. Podemos empezar de cero, Paul. Esto en realidad no es por ti, esto que estoy haciendo; es por las decisiones que has tomado».

Fue una estupidez no protestar en ese momento, una necesidad y una muestra de

debilidad no luchar por sus hijos, pero su conmoción era tan profunda que no pudo más que cabecear.

—Lo que quiero que entiendas, Paul, es que mi primera opción no es irme, eso desde luego, pero tengo la impresión de que no me dejas otra alternativa. Hago esto porque te niegas a ser sensato. Tengo que pensar en los niños. Y pienso también en mi propio futuro. —Mientras le hablaba, alisó con sus manos trémulas un copete en la cabeza de Carson, blanco de tan rubio y etéreo—. Todavía te quiero, Paul.

—Pero me dejas en la estacada.

Se le antojaba imposible que su mujer lo abandonara justo cuando las demandas de los vecinos estaban en su punto más crítico, cuando empezaban a incumplir los pagos de la hipoteca, cuando se multiplicaban las deudas de las tarjetas de crédito y se duplicaba el coste del seguro sanitario. Toda esa deuda figuraba exclusivamente a nombre de Paul. Amanda disponía de total libertad para volver a empezar.

—Te he dado muchas oportunidades para cambiar las cosas, Paul. Habrías podido vender el resto de los terrenos. Habrías podido cambiar de idea y hacer algo distinto cuando era obvio que ese sueño tuyo no iba a funcionar.

—No era sólo un sueño *mío*.

—No, cariño —dijo ella, con la mandíbula tensa en un esfuerzo para no llorar ni gritar, Paul no sabía bien si lo uno o lo otro—. Ya no actúas de manera racional. No sé si es por la casa, por los terrenos o por tu propia cabeza, pero te has convertido en otra persona en estos dos últimos años. ¿No ves cómo te eluden los vecinos?

—Me han llevado a juicio, Amanda. ¿Cómo no iban a eludirme?

—Te han llevado a juicio por lo poco razonable que eres. Estas casas son un *desastre* y te niegas a verlo. Construiste unas casas que al principio parecían maravillosas, pero empezaron a caerse a pedazos al cabo de seis meses. ¡Fíjate en esta! Todo cruje, hay goteras, da la impresión de que va a salir volando a la que sopla una brisa un poco fuerte. Los vecinos tienen razón.

Sus hijos lo observaban, Carson pálido, mirándolo a través de unas gafas de sol reflectantes, Ajax tendido en la alfombra, moviendo brazos y piernas como si nadara, meciéndose sobre el abdomen y riéndose de tal modo que Amanda le ordenó que callara de un grito. Nunca levantaba la voz a los niños. Paul apartó la mirada de sus hijos y la posó en las antigüedades que Amanda y él habían elegido juntos. Aquellos muebles le encantaban, le gustaba hasta el último detalle, la sensación de que todo parecía hecho ex profeso para esa casa. Los niños —al menos Ajax— parecían impacientes por marcharse. Carson era un enigma, la clase de niño que podría tirarse del tejado de un garaje convencido de que era capaz de volar, ondeando a sus espaldas una gran tela oscura a modo de capa y mortaja. Paul nunca entendió a Carson. Su rostro era inescrutable, un laberinto cambiante de intenciones y deseos. No era la clase de hijo que Paul habría esperado tener: tranquilo y estudioso, apegado a su madre, muy distinto de los chicos que fueron amigos de Paul en su infancia. Ajax era más comprensible, menos misterioso, más parecido al propio Paul. Pero era

a Carson a quien más echaría de menos, y con quien, por ley, según la orden que su mujer había obtenido, ya no podía tener trato. Si tuviera dinero y abogados, si gozara de libertad para perseguirlos hasta la otra punta del país, todo sería distinto. Podría coger un avión e ir en pos de ellos, rescatarlos antes del inminente cataclismo.

Después de media hora de silencio, Paul mueve las manos, desplaza el fusil, pone el seguro, se incorpora, deja el arma bajo la cama. Quizá el helicóptero controlaba el tráfico o buscaba a un fugitivo, no a él. No ha hecho nada malo. Sacude las manos y los brazos para recuperar la sensibilidad, y hace una mueca cuando la sangre vuelve a correr por sus dedos. Inmóvil durante unos minutos más, nota que los pies empiezan a palparle. Las raciones de su dieta son demasiado rigurosas. Tendrá que aumentarlas con alimentos que pueda recolectar o la carne de animales que pueda matar. Si es necesario, se retirará al bosque, donde permanecerá quieto y en silencio como le enseñó su padre, construirá una plataforma en los árboles o una paranza en el lecho del bosque, colocará el silenciador en su rifle, cazará sea cual sea la temporada. Hará lo que haga falta para sobrevivir.

*Entremos en estado de guerra.*

\* \* \*

La venta de la ejecución hipotecaria tuvo lugar en la escalinata del juzgado del condado, un edificio palaciego abovedado de estilo neorrenacentista francés, terminado en 1913, con paredes de ladrillo revestidas de arenisca clara, que ocupa toda una manzana. Una estatua de la Justicia, de cinco metros de altura, se yergue en lo alto de la cúpula, que es de hierro y metal laminado, envejecido para que parezca piedra. Nada más acabarse la obra, todos en la ciudad coincidieron en que el resultado no era precisamente satisfactorio, y el edificio se ganó un sinfín de motes poco halagüeños, entre ellos «La Cafetera», «La Escupidera» y el «Ayuntamiento Cazo de Hojalata». Nathaniel Noailles se enteró de esto cuando Julia y él ya lo tenían todo preparado para la mudanza, después de firmar los papeles, comprar una casa y vender su apartamento. Él nunca se había imaginado que viviría en una ciudad de provincias, no en una grande como Chicago o Nueva York o incluso Boston, donde había pasado toda su vida, sino un lugar más nuevo y menos seguro de su lugar en la historia. A su manera de ver, esta es una de esas ciudades que aún no sabe bien en qué se convertirá y poco dispuesta a aceptar lo que ha sido en el pasado. En esa posición hay posibilidades, pero también una especie de negación histórica que lo inquieta.

Nathaniel personalmente tiene una percepción muy clara de cuál es su procedencia y, hasta fecha muy reciente, de adónde creía ir. De origen francés, la familia de su padre lleva mucho tiempo asentada en Massachusetts, en tanto que la familia de su madre se trasladó a América a bordo del *Canterbury* en 1699, en el segundo viaje de William Penn. Las anécdotas de la travesía de tres meses se han transmitido de generación en generación: el antepasado polizón que sobrevivió a base

de sobras de comida hurtadas y no salió de su escondite hasta que el barco fue atacado por los piratas, y entonces se comportó con tal valor en la lucha sobre los bucaneros que, tras derrotarlos, le concedieron su propia hamaca durante el resto de la travesía. Nathaniel siempre había dado por supuesto que es una historia apócrifa, pero él mismo, sin proponérselo, se la cuenta ya a su hijo de siete años, Copley, en un intento de proporcionarle cierta noción de su patrimonio.

Habida cuenta de que Julia había sido elegida para dirigir uno de los principales laboratorios del país y Nathaniel había recibido de su empresa una oferta de ascenso a un puesto de rango superior en la sede central, que casualmente se hallaba a solo un par de kilómetros de la nueva universidad de Julia, parecía inapropiado quejarse por el lugar. Así que aquí están, con los bártulos liados, a punto de partir rumbo a una nueva vida en una nueva ciudad, y Nathaniel tiene una sola idea en la cabeza: que deberían dejarlo correr antes de que sea demasiado tarde. Ahora que el traslado está en marcha, siente que las manos frías de este tiran de él para obligarlo a seguir adelante, lo arrastran hacia abajo.

—¿Julia? —dice, y se vuelve para buscarla mientras los transportistas sacan sus últimas pertenencias del apartamento y el eco empieza a oírse en las habitaciones que han ocupado en la última década. Nota el sudor en las axilas, tiene las palmas de las manos pegajosas, y por las ventanas entra un sol deslumbrante.

—¿Sí, Nathaniel?

Las cajas desfilan por la puerta, y Julia marca los números correspondientes de su inventario de bultos, comprobando que cada una de las porciones de sus vidas va debidamente embalada.

—¿Julia? —repite él, levantando la voz pese a que están a sólo a unos pasos el uno del otro—. He estado pensando... Me pregunto... Bueno, no estoy seguro...

Percibe que Julia se da cuenta de que él quiere anularlo todo, pedir a los transportistas que vuelvan a entrar las cosas, vaciar las cajas y devolver el equilibrio a sus vidas que, aparentemente, en cuestión de horas, se ha esfumado en torno a él. Han dedicado una década a crear una vida equilibrada y hermosa, un espacio que inspira seguridad pese a todos los traumas que los acechan. En lo alto de un rascacielos con vistas a Back Bay, Nathaniel toma conciencia de lo poco que desea abandonar su mundo de paredes blancas, moquetas blancas, muebles blancos, persianas y electrodomésticos blancos: un refugio doméstico de calma minimalista. No sabe hasta qué punto puede aguantar el caos de esta mudanza, o el desafío de iniciar una nueva vida tan lejos de todo aquello que le es familiar, en una ciudad donde no tienen amigos ni conocidos, ni familia, ni redes de apoyo.

—Nathaniel, cariño, ya es tarde. Esto es lo que hemos decidido. —Julia lo coge del brazo, lo atrae hacia sí y, mirándolo a los ojos, le da un beso—. Te lo prometo, me he encargado de todo. No tienes por qué preocuparte.

—¿Dónde está Copley?

—Despidiéndose de su habitación. ¿Puedes decirle que ya casi es hora de

marcharnos?

Nathaniel quiere negarse a voz en grito, arrancarle el inventario y la tablilla portapapeles de las manos y adueñarse de sus vidas como nunca antes ha hecho. Los transportistas regresan una vez más, cargan las últimas cajas en su carretilla y al cabo de un instante el apartamento está vacío. ¡Qué eficiencia la suya! Unos ladrones no lo habrían hecho más deprisa. Julia sale corriendo por la puerta detrás de los dos hombres, y Nathaniel se queda solo en el apartamento con su hijo por última vez.

—¿Copley? ¿Copley? —llama, y encuentra a su hijo a unos pasos de las ventanas de su dormitorio, contemplando la plaza que se llama igual que él. Los amigos de la pareja se quedaron perplejos cuando Nathaniel y Julia anunciaron el nombre que iban a ponerle a su hijo, como si la elección delatara un deseo esnob de acogerse al localismo y la historia, y a ellos les dio vergüenza explicar que el niño fue concebido después de asistir a una fiesta de Nochevieja en el hotel de la plaza.

—¿Estás listo? ¿Qué haces? Ya está todo cargado. Copley. Mírame.

Su hijo se vuelve. Parpadea, emite un leve pitido y sale de la habitación a paso de marcha, dejando allí a Nathaniel. Sin muebles, el espacio no es más que una caja blanca con dos salidas a un mundo lleno de color. Nathaniel se apoya en el cristal y lo asalta una pasajera sensación de vértigo. Nunca ha deseado vivir en otro sitio, y sin embargo, atribulado como se siente por la rotundidad y la magnitud de este cambio, una parte de él reconoce que, por encima de todo, marcharse de Boston por primera vez en su vida le ofrece la posibilidad de escapar de sus padres.

Fue frente al juzgado, el «Ayuntamiento Cazo de Hojalata», donde una agente inmobiliaria, en representación de Nathaniel y Julia, compró la casa de Dolores Woods, una casa que, según tenían entendido, era la vivienda piloto de la urbanización inacabada. De las doscientas «lujosas casas de alto *standing*» previstas en el proyecto inicial, cada una en su propia parcela de tres mil metros cuadrados, sólo había veintiuna acabadas cuando quebró la empresa constructora; en otras diez, se habían excavado los cimientos, se había vertido el cemento del suelo y se habían levantado las paredes de hormigón del sótano. Ahora esos son espacios vacíos, invadidos poco a poco por la naturaleza, un conjunto de excavaciones arqueológicas abandonadas entre las casas terminadas, dispuestas sin orden ni concierto en media docena de calles anchas, más allá de las cuales se extiende un ondulado paisaje de campos vacíos que descienden hacia el río. La agente inmobiliaria les aseguró que las obras de construcción interrumpidas seguirían adelante ahora que otros contratistas habían comprado los solares restantes y las diez casas que el promotor original había dejado inacabadas. Parte del encanto de trasladarse al Medio Oeste era la perspectiva de tener una casa distinta de cualquier vivienda que se hubieran podido permitir en Boston. Con eso en mente, Nathaniel y Julia tenían la esperanza de poder comprar una casa elegante en uno de los barrios históricos de la ciudad, una construcción

antigua y con carácter, como las grandes casas de Nueva Inglaterra donde los dos se habían criado —Nathaniel en Cambridge, Julia en New Hampshire—, pero cuando la agente inmobiliaria, tras mucho insistir, les enseñó la casa de reciente construcción en Dolores Woods, Julia se sintió abrumada.

—El encanto de lo antiguo, pero con todas las comodidades modernas —comentó Elizabeth, la agente inmobiliaria—. Es una casa con un ojo en el presente y otro en el pasado.

—Me recuerda a la casa de mis abuelos, sólo que esta está más limpia. Todo es *nuevo* —dijo Julia—. Y vaya terreno. Imagínate el jardín que podríamos tener aquí. Transmite seguridad. Esta es la casa que yo quiero.

—La encuentro muy oscura, ¿no crees? —observó Nathaniel, fijándose en el papel pintado, las molduras de los remates con intrincados dibujos y las tupidas cortinas rojas.

—Creo que debemos imaginarla sin la decoración, cariño —dijo Julia—. Esta casa podría parecerse a nuestro apartamento, sólo que en grande.

—Pero no se parece en nada a nosotros. Es muy oscura. Y muy fría. —En todas las habitaciones Nathaniel oyó el susurro del aire a través de las rejillas de ventilación. La temperatura exterior era de 33 grados y la interior de 17—. ¿Necesitamos una casa con dos calderas y dos sistemas centrales de aire acondicionado?

—Todavía hace un poco de calor aquí dentro —dijo Elizabeth. Bajó el termostato a 15.

Nathaniel tuvo también sus reservas ante la idea de comprar una casa subastada en una ejecución hipotecaria, por temor a que no fuera una conducta muy ética, eso de aprovecharse de la pérdida de otra persona, y en este caso el anterior propietario había proyectado y construido él mismo la casa.

—El *creador* de la casa —dijo Nathaniel, pidiendo a Julia que lo convenciera de que era la decisión adecuada—. Eso es mal karma, ¿no?

—Ese hombre...

—Paul Krovik —la interrumpió Nathaniel.

—Ese hombre quiso abarcar demasiado —prosiguió Elizabeth. Cogiendo a Nathaniel del brazo, lo guio de nuevo a través del salón, la salita y el pasillo—. Permítame explicarle la situación. Ese Paul Krovik no era un buen hombre. Se endeudó... se endeudó *seriamente*, Nathaniel. Lo demandaron algunas de las personas que compraron las otras casas de Dolores Woods por no terminar el trabajo tal como había prometido. Podría haber devuelto las arras, pero en lugar de eso se enfrentó a ellos en los tribunales y salió derrotado. Como consecuencia, perdió el negocio, y luego perdió a su familia. Su mujer lo abandonó. Según rumores, ella incluso tuvo que solicitar una orden de alejamiento, porque cuando se marchó, él no paraba de telefonarla. Llamadas interminables a todas horas, maldiciones, amenazas. Debía de ser un monstruo. Sin duda estaba... trastornado. Y ahora ha desaparecido

por completo, y ha dejado facturas impagadas por toda la ciudad. Tenía una *triple hipoteca*. Los acreedores quieren su cabeza. Si compra esta casa, Nathaniel, hará una buena obra. Ayudará a que las aguas vuelvan a su cauce en el vecindario. Devolverá la esperanza a la gente. Contribuirá a que cicatricen las heridas. Esta casa es la joya de la corona en Dolores Woods, y necesita buenos propietarios, gente como ustedes, que saben cuidar de una casa, vivir entre vecinos, cómo ser sociables y cordiales.

—No somos...

—Claro que lo son, Nathaniel. La comunidad los necesita. Esta casa los necesita. Creo que su mujer ya se ha dado cuenta de eso. Y ella necesita esta casa, creo, ¿no es así? —susurró Elizabeth, y le dio unas palmadas en el brazo a Nathaniel.

Él pensó en lo felices que Julia y él habían sido en Boston, en cómo se habían asentado en sus empleos y su apartamento, satisfechos de la vida tal como se desarrollaba en torno a ellos. Su trabajo lo mantenía ocupado, incluso le resultaba estimulante; ganaba un buen dinero; Julia adquiría cada vez más prestigio con sus investigaciones; su hijo era inteligente y contaba con el aprecio de sus profesores, y habían cultivado un grupo de amigos agradables.

Al pasear por las tortuosas calles de Dolores Woods, Nathaniel comprendió la particular filosofía estética del vecindario, una filosofía en la que el pasado era preferible, los tiempos en que el país estaba en su máximo esplendor, antes de intentar autodestruirse a mediados del siglo XIX, antes de la escisión y la emancipación y el desarrollo urbanístico. Si bien cada casa tenía su propio diseño único, existía una armonía estilística entre ellas, pastiches de arquitectura victoriana pero desproporcionada: las líneas verticales demasiado largas, las vertientes de los tejados demasiado acusadas o no lo suficiente, como si las casas hubiesen sido estiradas o sometidas a una hormona del crecimiento deformante que dejase un aspecto de su forma agrandado, casas con elefantiasis o gigantismo localizado, casas cuyo lugar natural habría sido una feria de esperpentos arquitectónicos.

Los nombres de las calles aparecían escritos con letra caligráfica en tablillas de madera y la iluminación procedía de reproducciones de farolas de gas victorianas negras. La mayoría de los garajes eran construcciones independientes de dos plantas con aspecto de cocheras y afilados tejados de dos aguas con palomares falsos y mansardas. Se le antojó arquitectura de Nueva Inglaterra trasladada a un paisaje abierto e inhóspito. La parte acabada de la urbanización terminaba en un óvalo con un parque en miniatura en el centro compuesto por unos cuantos árboles, una pérgola blanca de madera, tres bancos de hierro forjado y unos cuantos parterres descuidados. Árboles jóvenes salpicaban las grandes extensiones de césped, y más allá de la pérgola las calles trazaban un laberinto gris e ilógico en un páramo cubierto de maleza, bordeado al este y al norte por el bosque que se fundía con la reserva natural.

El día que vieron la casa, un gavián colirrojo, posado en una farola en la zona de los solares, oteaba el césped. En los campos sólo se veían, aparte de las calles, tomas de suministros a intervalos regulares en espera de las casas que tal vez nunca se

construyeran. Alguien había hecho el esfuerzo patriótico de sembrar achicoria y margaritas y aguileñas de un rojo claro en la zona más próxima a las últimas casas terminadas, pero era evidente que lo que allí quedaba era una muestra de fracaso y derroche, tierra fértil en barbecho. El viento levantaba un limo fino en los lugares donde el terreno permanecía yermo. Todas las casas acabadas estaban ocupadas, pero el valor de las propiedades, en su mayoría, no ascendía ni a la mitad de lo que habían pagado sus dueños. Nadie compraba. Todo el mundo quería vender. El número de habitantes de la ciudad, después de aumentar durante décadas, descendía ahora a marchas forzadas. El índice de natalidad disminuía y la región entera se contraía. Según un artículo que había leído Nathaniel, quizá pronto la asamblea legislativa del estado aprobase una ley que proponía arrendar más de un tercio del estado al Gobierno federal para que lo convirtiera en reserva natural o construyera un gran centro de reclusión, un campo de trabajo agrícola, para inmigrantes ilegales, solicitantes de asilo rechazados, combatientes enemigos y terroristas nacionales. Debemos de estar locos para imaginar que querríamos vivir aquí, pensó Nathaniel, notando la arenilla que el tórrido viento veraniego arrojaba contra su rostro. La verdad era que no podían permitirse ni remotamente una sólida casa histórica como la que creían querer. Un simulacro era lo más cercano que iban a conseguir, y Dolores Woods, por inacabada que estuviese la urbanización, tenía unas pretensiones de conciencia histórica de las que en general carecían las zonas residenciales.

Esa noche, mientras cenaban en un céntrico restaurante recomendado por Elizabeth, el mejor de la ciudad según ella, construido en el sótano de un almacén recién reformado, Nathaniel intentó explicar a Julia las razones básicas de sus principales reservas. El problema no era sólo esa casa que a ella le entusiasmaba, una casa que incluso él, debía admitir, consideraba impresionante, tentadora a su manera, pero atractiva como una especie de trofeo más que como un sitio donde él querría vivir. Sería una compra irracional. Habían acordado que no tendrían más hijos, y tres personas no necesitaban tanto espacio.

—Pero además todo esto me ha llevado a pensar... en fin, me pregunto si estamos tomando la decisión correcta sobre este asunto. Nos encanta Boston. A Copley le encanta Boston. Le encanta el Colegio del Laboratorio —dijo Nathaniel, bajando la voz y observando a su hijo pasar apuros con un bol de fideos.

—No quiero cambiar de colegio —dijo Copley—. No dejaré nunca el Laboratorio.

—Vamos, chicos, aquí viviremos mucho mejor —atajó Julia—. Tendremos más espacio que nunca. Tendremos jardín y huerto. Podrás tener un cuarto de juego, Copley. Es lo que siempre hemos dicho que queríamos. Y si el colegio nuevo no está a la altura, Nathaniel... Bueno, somos personas inteligentes, podemos cubrir las lagunas, o contratar a un profesor particular.

Desde que tomaron la decisión de marcharse de Boston, Nathaniel empezó a pensar que *defería al criterio de Julia*. Esta, por su parte, le rogaba que confiara en

ella, le pedía que abandonara su por lo demás sensata tendencia a hacer el papel de abogado del diablo y dejara de cuestionar lo que, desde un punto de vista objetivo, era un avance profesional para ambos, además de una mejora del nivel de vida que en Boston habría sido inasequible.

—Estás dejando el mejor laboratorio del país. ¿Te haces cargo de lo que eso significa? La gente pensará que estás loca.

—Allí nunca habría llegado a directora. Esto tiene que ver con el poder y la autonomía, Nathaniel. Aquí puedo hacer cosas que nunca me habrían sido posibles en Boston. Puedo llevar a cabo otras formas de trabajo mejores y más éticas. No estoy interesada en las aplicaciones para la defensa ni en la exploración del espacio ni en la localización de pozos petrolíferos. Yo quiero crear herramientas *útiles* que mejoren la vida de la gente que necesita ayuda. Por eso elegí este campo ya de buen comienzo.

—Y necesitas esa casa, ¿no?

—Y *de verdad* necesito esa casa.

Nathaniel entendía que tener una casa como la de Dolores Woods —una casa que, debía admitirlo, superaba con diferencia a cualquiera que hubieran podido permitirse en Massachusetts—, era importante para Julia como nunca lo sería para él.

Después de ver la casa con Elizabeth, le dejaron instrucciones y regresaron a su apartamento en un rascacielos de Boston para esperar los resultados de la subasta de la ejecución hipotecaria. Nathaniel sabía que Julia estaba convencida de que la casa sería de ellos por un milagro del destino, aunque él, para sus adentros, esperaba que al final alguien superara su puja, y la difícil logística de encontrar un sitio donde vivir en una ciudad a mil quinientos kilómetros de distancia pusiera fin a los planes que estaban ya, en todos los demás sentidos, tan avanzados.

Cuando Elizabeth telefoneó para darles la «buena noticia» de que no sólo habían «ganado» la subasta, sino que además el precio final se situaba muy por debajo de su «tope», Nathaniel comprendió, pese a sus grandes recelos, que iban a disfrutar de una holgura económica mucho mayor de la que habían tenido en cualquier momento anterior de su vida juntos. A pesar de la caída del mercado, vendieron el apartamento de Boston con un beneficio sustancioso y las cuotas de la hipoteca por la nueva casa ascendían a menos de la mitad de lo que pagaban por el apartamento de Back Bay. Si bien aún no habían saldado sus préstamos universitarios, tributarían menos, el coste de la vida sería inferior, todo les saldría más barato, a la vez que los salarios de ambos aumentarían en más de un tercio. Desde un punto de vista objetivo, eran mucho más afortunados que la mayoría de sus amigos y contemporáneos.

\* \* \*

El sol se pone más temprano cada tarde, a medida que se despide el verano; aun así, veo a un hombre blanco en la parada de autobús a una manzana de distancia. Sólo cuando se sube, advierto que va de uniforme. Por un momento creo leer КKK en el

chaleco que lleva puesto, y el corazón se me acelera, pero aguzo la vista y veo que la primera K es una E y la única intención de ese hombre es revisar los billetes. Bajo esas tres letras mayúsculas aparece un concepto que desconozco: Protección de la Recaudación Pública. Quizá sea porque no he cogido mucho el autobús últimamente, pero antes bastaba con pagar al conductor y bajarse uno en su parada. Saco el billete del bolso, y el hombre de Protección de la Recaudación Pública lo mira y luego me mira a mí como si el pequeño trozo de papel blanco debiera corresponder de algún modo con la forma y las facciones de mi cara. Me lo pone otra vez en la mano sin decir nada y pasa a la siguiente persona. Todo el mundo tiene billete. Me pregunto qué ocurriría si alguien no lo tuviera. ¿Sacaría ese hombre de pronto un elegante talonario de multas o le plantaría unas esposas plateadas en las muñecas al infractor? Se apea en la siguiente parada, cruza la calle y espera un autobús que va en dirección a la ciudad.

Cuántas veces he pasado en coche por esta carretera, viéndola cambiar a lo largo de las últimas décadas, pero si volviese a ser la joven que fui, nada en ella me resultaría familiar, ni los conceptos ni las caras ni las casas donde antes había campos alrededor de la nuestra. Poco antes de la última parada pulso el avisador amarillo que hay junto a la ventanilla y, al bajarme, doy las gracias al conductor. Este ni siquiera me mira, como si yo fuera una aparición, como si nunca hubiera existido. Recorro cansinamente la sofocante acera donde antes crecía la grama, paso ante una tapia de ladrillo donde recuerdo cercas de troncos en zigzag. Llego a nuestras tierras, al lugar donde el bosque se extiende hasta Poplar Road, y los álamos de gruesos troncos, en su baile, se inclinan y dicen *aquí estás, Louise, ya llegas*. Recuerdo cuando este tramo de calle estaba aún sin asfaltar y Donald y yo, en el límite de la finca, observábamos a los hombres y las hormigoneras, conscientes de que era el final de la forma en que nosotros y los nuestros habíamos vivido en estas tierras que mis abuelos heredaron, tierras que mis antepasados de la rama Freeman tenían arrendadas antes de que un insólito golpe de fortuna las dejara en sus manos; antes, mis bisabuelos habían sido aparceros, llegados aquí recién liberados y en busca de un medio de vida en la tranquilidad de los tiempos, zumbando la esperanza en sus oídos.

Entre los árboles veo el dobladillo blanco de nuestra casa, un fantasma plateado, como mi difunto Donald, ceñida por el delantal del porche, cielo azul porcelana en lo alto, nubes orladas de oro. Voy por el camino del bosque para eludir las miradas de los vecinos allí donde antes no había ninguno, dejo que los pies me lleven por senderos que puedo recorrer con los ojos cerrados desde que aprendí a andar, cincuenta pasos al norte, el tirón de la estaca, luego el acostumbrado giro a la izquierda y otros veinte pasos entre los árboles hasta que piso los surcos del huerto, y el cielo se oscurece adquiriendo un color bronce morado. Ahora estoy sola.

Tampoco culpo a nadie. No culpo a mi marido por pedir créditos para instalar un sistema de riego, para mantener viva la granja, acumulando una deuda que al final me obligó a tomar medidas, una deuda con la Administración Federal de la Vivienda, y

deudas con los bancos para pagar a los federales. No lo culpo por morirse antes de tiempo. No culpo a mi hija por decirme lo que era obvio. Ni siquiera culpo a Paul Krovik con sus grandes planes y sus grandes inversiones.

Pero sí me culpo a mí misma. Me culpo por ceder ante Krovik cuando me pidió que le vendiera la granja, y por rendirme ante Rebekah cuando dijo que no me quedaba más remedio que vender: o vendía y salvaguardaba mi solvencia, me dijo mi hija, o conservaba la propiedad y dejaba que el banco se apoderara de todo cuando yo ya no pudiera hacer frente a los pagos. Toda esa gente molesta y vociferante, que chillaba incluso cuando no levantaba la voz. No la culpo, pero al final no tuve fuerzas para seguir resistiendo. Me culpo por esa debilidad, por no quedarme con la finca, por no permitir que los pies se me hundieran en el suelo, por no conservar la tierra con sus raíces carnosas, por no encontrar una manera de rentabilizar la labranza como siempre hicimos en el pasado.

Un pie apenas cabe en uno de los surcos de mi huerto, la tierra está caliente y blanda, las líneas bien definidas, todo ello obra mía: pasar la azada, desherbar, cubrir con mantillo, amontonar la tierra y rastrillar y regar. Entre los ásteres en flor de septiembre veo tomates y pimientos en la luz crepuscular, hojas amarillas y hechas jirones por el abandono. Eso me pesa, pero ahora debo repartir mi tiempo. He luchado para salvarlos a todos, lo poco que me queda. El desgarrón de un suspiro me hiende el pecho y se me hinca una garra surgida de la nada. No puedo dar nombre a la mano que ahora me araña, pero siento que su garfio provoca dentro de mí un sonido entre grito y tos. Me lo trago, formo un puño con la lengua detrás de los dientes, un nudillo de sal para acallarlo. No vaya a ser que vengan los vecinos a investigar o avisen a la policía.

Adoro esta vida y adoro mi libertad. Quiero que las dos duren, quiero vivir libre en esta finca que en teoría debía ser la tierra prometida de los míos, el nuevo hogar al final de su largo éxodo desde el sur. Mis bisabuelos, nacidos en la esclavitud, vinieron aquí con su nuevo nombre, en pos de su propia estrella. Mis abuelos, la primera generación nacida en libertad, la primera propietaria de sus tierras, empezaron como arrendatarios. Si ellos lo consiguieron, yo podría haber encontrado a alguien dispuesto a asumir la carga y la posibilidad de labrar una tierra ajena, labrarla tal como se ha labrado siempre desde que la gente vino a cultivar esta parte del país. Debería desprenderme de la culpa, pero aún me considero responsable de haber cedido ante todas esas personas en las semanas posteriores a la muerte de Donald, cuya vida se extinguió de repente, después de incorporarse en la cama, muy erguido, y poner los pies en la alfombra. Un defecto congénito, dijo el médico, agravado por toda una vida de trabajo, el tiempo pasándole factura después de décadas de recolectar y levantar pesos y madrugar.

No puedo dejar de pensar que si se hubiera retirado, si hubiera arrendado las tierras cuando era ya evidente que el trabajo minaba su salud día a día y que los beneficios, siempre escasos y en rápida disminución, no merecían ya su esfuerzo,

cuando había aún en la zona labradores en busca de tierras, quizá aún viviría. Pero no, *no soy un cacique*, dijo, *y no soy un capataz*. Trabajamos más que nunca para quedarnos en el mismo sitio, nos esforzamos para ir rezagándonos más despacio de lo que nos habríamos rezagado, a medida que los precios de las cosechas descendían y el coste de todo aumentaba. No habríamos sobrevivido sin mi empleo, mis desplazamientos al otro lado de la ciudad cada día del año lectivo, mis largas jornadas. Sin eso, nos habríamos ido a pique hace décadas.

Me desprendo de los zapatos y piso el suelo húmedo, siento la tierra entre los dedos de los pies, rompo hojas y tallos de las tomateras para oler el perfume de las finas hebras verdes, el aroma de mi hogar y mi herencia. En mí hay dos partes: la tierra y el cielo. Pero pensaré a través de la tierra por ahora, durante un rato, durante las últimas horas de mi vida en esta casa, al margen de cuantos días duren. Buscaré explicación a cómo ha llegado a ocurrir esto.

Una vez vendidas las tierras a Krovik, después de pagar el mar de deudas a los bancos, aún me vi envuelta en un manto todopoderoso de dinero. Pero llevaba el sello y las costuras de la culpa: el sentimiento de culpabilidad, la peor forma de culpa. Rebekah sostuvo que era la única opción racional dadas las circunstancias: «Tienes que ser razonable, y ver el asunto con lógica. Vendes estas tierras y no tendrás que pensar nunca más en trabajar. Nunca más. Te limpias de deudas por primera vez en tu vida. Mandas a la mierda al Gobierno por no aceptar nuestra reclamación. Mandas al carajo a los fanáticos y a los vecinos que nunca te han ayudado. Lo dejas todo atrás, mamá, y tienes una jubilación más segura. Libérate de las preocupaciones por las facturas y la comida. Se acabaron los mendrugos, como siempre dices. En lugar de eso, podrás comprar lo que de verdad quieres».

Rebekah siempre ha creído que ella sabe lo que yo *de verdad quiero*, pero podría imaginar que lo que más quiero ahora, e incluso en aquellas semanas posteriores a la muerte de su padre, era que Donald Washington saliese de su ataúd, se abriese paso a través de dos metros de tierra, viniera a casa, se sentara a mi lado en el porche, que los dos descansáramos allí sin más, meciéndonos en silencio y riéndonos durante un buen año o dos. Quizá ahora sería capaz de sobrellevarlo si hubiera podido disfrutar de esos dos años de Donald y yo sentados juntos, sin preocuparnos por la tierra ni los cultivos, dos años para acostumbrarme a la idea de que él no está aquí. Le dije a Rebekah que de ninguna manera iba a sacarme de mi casa.

—Nadie dice que tengas que marcharte —contestó ella—. Puedes conservar esta casa vieja, quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

Observé a mi hija, a Rebekah, siempre con sus miradas esquivas, y supe que estaba impaciente por mandarme a una residencia de ancianos. Le dije que ni soñara con que yo le otorgara poderes de representación o de atención médica, porque hasta el final me ocuparé de mis asuntos, organizaré mi funeral, me acompañaré yo misma a la tumba, por la gracia y en compañía de los muertos que me han precedido. Los errores que cometo son sólo míos.

—Por Dios, mamá. No voy a obligarte a ir a ningún sitio —dijo ella, blandiendo el dedo, con el brazo flexionado—. Dile a Krovik que quieres conservar la casa y cuatro mil metros cuadrados, pero no puedes quedarte con todas estas tierras. Krovik te ha hecho una *buena* oferta. Es dinero honrado. No hay nada de malo en vender algo que ya no necesitas una vez que ha cumplido su cometido. Dejemos que las tierras se conviertan en otra cosa. Quiere construir casas, pues deja a ese necio que construya casas. Si no lo haces, lo perderás todo igualmente, y sin recibir nada a cambio.

Pero estas tierras se hicieron para la labranza. No son aptas para la construcción de casas. Tienen sus secretos, sus movimientos.

—Vamos, mamá, sé realista. Estas tierras sencillamente están *agotadas*. Llevan *agotadas* mucho tiempo. No hay en ellas nada místico. Déjalas descansar. Deja que sirvan para otras cosas durante un siglo. Sé pragmática, como siempre has dicho que eras. Vende, quédate tranquila, busca algo en qué ocupar el tiempo.

Tendría que haberle explicado a Rebekah lo mucho que necesito estas tierras, que las rocas, el terreno, el suelo y los árboles no son simplemente el único hogar que conozco, sino que *son* mis huesos y mi sangre y mis extremidades. Todos los amaneceres de mi vida he despertado con el olor de estas tierras en el olfato, he vivido con ese aroma cada uno de mis días, me he ido a la cama por la noche pensando en gusanos y organismos, toda esa masa marrón que huele a vida y en la que bulle la vida. Siempre he tenido los pies aquí, en esta tierra tranquila. Cuando se hiela, yo me hielo. Cuando se deshuela, mis brazos y mis piernas empiezan a moverse otra vez. Cuando se calienta y se seca en verano, siento el calor en mi estómago, una llama que prende, corrientes de aire que bajan por mi garganta, atraídas para alimentar ese resplandor. Sin estas tierras, mis pies sentirían extrañeza a falta de un suelo: no podría pensar debidamente lejos de ellas.

Donald murió una mañana gris de finales de mayo, y en las semanas y meses posteriores padecimos una sequía peor que ninguna otra registrada en la historia. El maíz que él había plantado se secó, se volvió marrón, y el Cuatro de Julio unos niños encendieron candelas romanas y ruedas de santa Catalina en uno de los campos. Esos fuegos artificiales fueron como un fósforo en contacto con papel o algodón pólvora. Eso sí fueron llamas. De las sesenta y cinco hectáreas se quemaron todas menos cinco. Recorrer los campos después del incendio era como padecer tortura: la tierra ennegrecida me devolvía la mirada, me apaleaba los brazos y piernas y me quebrantaba el cuerpo. No había cosecha que vender, ni esperanzas de atender la deuda cuyo peso llevaba yo sola. Fue el tiro de gracia, la razón por la que ya no me quedó más remedio que vender a Krovik. Redujo la oferta de 1,2 millones a un millón escaso, y más de tres cuartas partes de esa cantidad irían directamente a los bancos, para pagar las deudas de la granja. Rebekah dijo que tenía suerte de embolsarme lo que Krovik me ofrecía, dado el estado de la finca. Mi hija no fue capaz de ver que el fuego no sólo me obligó a vender, sino que además despejó la tierra para él,

facilitándole el trabajo.

Pero ahora el desposeedor es el desposeído, después de perder más aún de lo que me quitó a mí.

Mis pies hurgan en las arrugas del terreno, la fragancia de la delicada tierra se eleva hasta mi nariz, los álamos susurran a mis espaldas al este, la monstruosidad de Krovik ocupa la colina situada a mi derecha, Poplar Road queda a mi izquierda, el fantasma plateado que es mi propia casa está al frente, bajo el cielo de poniente sombreado. Las raíces asoman de la tierra en forma de punto de cruz y alrededor oigo el monótono estridular de las cigarras pugnando por imponerse al zumbido eléctrico de las casas, esa fuerza letal que estrangula al mundo, que penetra en los hogares, que atrae a niños provistos de tenedores a los enchufes, que los seduce con la promesa de una fortaleza oculta para inducirlos a agacharse, para que los hundan en su corriente. Presto atención al ruido de las cigarras que ahoga todos los demás, subo el volumen de la naturaleza, dirijo la mirada al bosque para ver el parpadeo apagado de las luciérnagas, pero ya nunca hay oscuridad suficiente. En conjunto hay demasiada luz.

Después de la venta, la sucia estola del dinero de Krovik me envolvió y me lastró: dinero colmado de culpa, dinero colmado de sentimiento de culpabilidad, lucro sucio de culpa. Apilado en una cuenta corriente no servía para nada, me asqueaba, prolongaba el dolor por la muerte de Donald, y ahora ha desaparecido por completo, casi hasta el último centavo. Al igual que las tierras, el dinero es irrecuperable, gastado en abogados en su mayor parte.

Arranco un tomate cherry de la mata, lo froto en mi blusa, me lo pongo en la lengua, cierro los labios y, al morderlo, noto salir el jugo a chorros, agridulce y viscoso. Me doy la vuelta y veo el árbol donde Donald se me declaró. Quiso grabar nuestras iniciales en la corteza, pero no se lo permití. Los árboles no pueden devolver la herida. Los árboles no conocen la violencia, no conocen la maldad. Compruebo la salud del viejecito, deslizo los dedos por los profundos surcos de la corteza, arrimo el oído a su rugoso costado y oigo el latido que siempre he oído, el pulso de la savia.

Ahora que en principio ya no debería estar aquí, viviendo en una casa que me ha sido arrebatada por el gobierno municipal, compuesto por hombres y mujeres ricos que se hacen llamar demócratas, empujo la puerta mosquitera y espero el susurro del pestillo, un sonido que sólo oyen los pájaros y los perros y los insectos. Después de dictar la orden de expropiación, el ayuntamiento colocó un sólido candado con combinación en la puerta delantera, pero los muy idiotas se olvidaron de que una casa tiene más de una entrada. En ese momento yo ni siquiera estaba aquí. Al regresar de hacer la compra, sólo pude acceder a mi casa por la puerta de atrás. Dentro, los muy cretinos lo dejaron todo intacto.

Ahora, deslizándome en la oscuridad hacia la puerta de la cocina en la parte de atrás de la casa, entre los gemidos de los álamos movidos por una suave ráfaga de viento del oeste, cojo la llave que llevo colgada al cuello, la inserto en el ojo de la cerradura, noto el movimiento del pasador al girarla, acciono el picaporte y empujo.

Roza un punto donde las tablas del suelo se han levantado, emitiendo un delicado trino. He decidido quedarme en esta casa heredada de mis abuelos, legada a mi madre, luego a mí, la administradora de sus últimos días. Ahora vivo aquí ilegalmente, sin más luz ni calor de los que puedo crear con cerillas y velas, ni más agua de la que puedo sacar con la bomba que hay junto al granero, agua clara extraída del fondo de la tierra.

Las habitaciones están a oscuras, en un silencio polvoriento, pero, al igual que en el bosque, no necesito ver para saber dónde poner las manos. Seis años después de la muerte de mi marido, todavía huele todo a él: Donald en el entarimado del suelo y en las cortinas, elevándose desde la tolva del carbón y posándose en la borra y los restos acumulados en los rincones de todos los cuartos. Lo inhalo, huelo brazos y pies y sexo en esos cúmulos de células epidérmicas y pelo. Siento su contacto, la piel áspera de los dedos en mi espalda y mis nalgas, sus manos en torno a mí, atrayéndome.

Vuelvo a colgarme la llave en la cadena de color rojizo que llevo al cuello y miro hacia la casa de Krovik por la ventana de la cocina: la semilla algodonosa que germinó y de la que creció el árbol cuyo fruto ha sido mi desposeimiento. Sus ventanas vacías despiden destellos oscuros, un vigilante que vigila a otro. *Todos tendrán miedo, y los Vigilantes se aterrorizarán.*

Antes de que empezaran a llegar los nuevos vecinos, nunca cerraba con llave. Eran vecinos sólo nominalmente, y de pie en sus porches me miraban como si yo fuera una indigente mendigando de puerta en puerta. Cuando les expliqué quién era, la mujer en cuyas tierras ahora vivían, leí en su pensamiento que se consideraban mejores que yo de innumerables maneras. Miraron con recelo las bandejas de galletas y las hogazas de pan de calabaza que regalé a cada nueva familia que venía a instalarse. Ninguno de ellos me devolvió jamás la gentileza, y todos me volvieron sus carnosas espaldas cuando al final fui a pedirles ayuda, como si sospecharan ya desde el principio que mis anticuados gestos de amabilidad eran sobornos para exigir un futuro favor. No entienden el sentido de la buena vecindad. Que se queden con sus precarias casas nuevas de cartón y plástico. No aguantarán tanto como esta. Con el tiempo y el terror se vendrán todas abajo.

Las cerraduras tienen poca utilidad, incluso ahora. Aquí no hay nada que merezca robarse salvo las joyas: alianzas nupciales, la mía y la de mi madre; la de mi abuela Freeman ha ido a parar a otra parte, perdida, en la mano de la hija de una prima. Están también las fotografías, pero eso no se lo llevaría nadie, retratos de la abuela con su falda hasta los tobillos, su abrigo, sombrero de paja, y otros de mi madre con vestidos de guinga, sosteniéndome ante la cámara. En algún sitio guardo una foto del benefactor, el señor Wright, el viejo solterón con debilidad por sus arrendatarios, y otras de los abuelos, John y Lottie, los herederos, las ramas más altas del árbol de los Freeman. Sin duda esos viejos álbumes tienen valor sólo para los supervivientes, y ahora ¿quién aparte de mí puede considerarse superviviente? Mis primos nunca han mostrado el menor interés por este lugar, y se marcharon hace años, dejándome a mí,

la más joven, la única auténtica heredera, para que cuidara de las tierras en las que tantos se criaron. Soy la última que queda. Tuvimos suerte, una suerte fuera de lo común, al heredar unas tierras cuando otros sólo podían adquirirlas por medio del duro trabajo y el tenaz ahorro. Las fotos de mis antepasados valen más que el oro, pero ni siquiera yo conozco el nombre de todas esas caras en blanco y negro. Era ya tarde cuando pedí a mi madre que me ayudara a llenar las lagunas en mis conocimientos, trazos a lápiz en los dorsos amarillentos de rectángulos de papel muy mate con contornos ondulados. Me invento historias sobre personas que no identifico, imaginando que la mujer pechugona con el cabello ondeado es la tía abuela Claudette, perdida hace tiempo, que montó un negocio de productos cosméticos y se hizo millonaria en Nueva York, murió, lo dejó todo a su ama de llaves, provocó un escándalo, y nunca más fue mencionada en presencia de niños.

—¿De quién es esta casa, y quién es el que está al lado del abuelo? —quizá pregunté a mi madre, reclinada en su butaca no mucho antes de su muerte. La anciana ladeó la cabeza y miró a través de la parte inferior de sus bifocales, emitió un murmullo, surgido de pensamientos acuosos, y dijo que no estaba segura.

—Tal vez fuera un acreedor. No diré que lo reconozca.

—¿De quién es esa casa?

—Es esta casa, LouLou. Por entonces era más joven. No llevaba tantos años a cuestas. Igual que no me reconoces a mí en algunas de estas imágenes. Con las casas también pasa. Piensas que quizá sea el mismo sitio porque hay una especie de parecido familiar, pero el jardín no tiene nada que ver, y las ventanas son distintas, y el revestimiento exterior está nuevo. Fíjate —decía, señalando un ángulo de la casa en una fotografía—, esa es la esquina noreste, donde ahora está el fresnillo. Antes había una lila, pero murió cuando tú aún no habías nacido.

—Pero ¿dónde está el porche? —pregunté—. No puede ser esta casa. El porche estaría ahí.

—Mis padres no ampliaron el porche hacia el lado este hasta que yo me casé, cariño. Una casa cambia con la gente que la habita. En caso contrario, muere, y nosotros morimos con ella. Ahora esta casa es tuya, Louise, tuya y de Donald. Deberíais hacer vuestros propios cambios. Cuidad de ella tal como tengáis que hacerlo, tal como vuestra vida, y la propia casa, os dicten. Os dirá qué necesita y qué quiere. Os enseñará cómo quiere vivir, y cómo quiere que la ayudéis a vivir.

Lamento decir que me reí de ella, me reí y luego fui incapaz de hacer justicia a la casa cuando aún era mía, y pronto, en lugar de estas habitaciones, habrá aquí un nuevo desvío de la carretera y una avenida que lleve a la urbanización que en otro tiempo fue la granja de mi familia y ahora no es más que otro vecindario para gente que quiere pasar por rica. Gracias a un crédito avalado con esta casa pude ir a la universidad, estudié una carrera, poniendo en peligro mis padres su casa y su medio de vida para proporcionarme una educación. «No queremos que te quedes aquí atrapada», dijeron. Todo lo que tengo se lo debo a estas tierras.

La llave anida en la piel tersa de mi esternón, igualándose la temperatura del metal y la de su huésped, templándose a la vez que yo me enfrió en la casa vacía y oscura cuya destrucción, estoy casi convencida, Krovic tenía prevista desde el principio. Existe una palabra para definir a ese individuo, pero no voy a pronunciarla. Prefiero pronunciar una oración. La Biblia de la familia ha acabado en manos de la hija de aquella misma prima, la matriarca autodesignada, a la que le gusta pensar que ella es quien lleva la batuta, quien dice quién es y quién no es un Freeman: apellido de soltera, el de la familia de mi padre, con ese apellido hacen una firme declaración, una proclama, un autonombramiento. Llamadnos por lo que somos, por lo que seremos.

Así que vendí las tierras el mismo año que Donald murió, unos meses después de su entierro y del incendio del Cuatro de Julio. Un tiempo de locura, un tiempo de oscuridad, que reemplazó un breve tiempo tranquilo demasiado bueno para durar. Un año horrendo de ruido: la pérdida de Donald, la venta de las tierras, el mundo cada vez más enloquecido, un tiempo de sirenas y alarmas y el estruendo desgarrador de los aparatos aéreos. Detesto pensar que pasaré el resto de mi vida sola en un mundo de terror, donde el terror es lo único de lo que habla la gente, y el lenguaje de las Cruzadas se impone en las alocuciones de periodistas y políticos, una enfermedad de la tierra como la *macrophomina phaseolina* y su podredumbre carbonosa, que vuelve gris el lenguaje, que propaga el hongo en la sequía de nuestros tiempos, a través de la sequedad del discurso, unas condiciones no aptas para el crecimiento, para el florecimiento del debate: unos tiempos en los que sólo el parásito, el hongo o la mala hierba sobreviven para imponerse, conquistando todo lo razonable y lo racional y lo bueno.

Vende las tierras que nutren y quédate mirando cómo el mundo se desgarrar, se parte en dos mitades, desiguales en posición y estado, separándonos a los míos y a mí de aquello que nos daría sostén. Cuando la venta fue definitiva, y el dinero entró tintineante en mi cuenta un tórrido martes de septiembre, pagué al banco, y a continuación llegaron las tormentas otoñales, la lluvia y un granizo anormal para esa época del año, truenos y rayos más propios de otra estación, un aviso de tornado tardío y el reverdecimiento del aire húmedo, una ciudad esmeralda nómada que, aterradora y justiciera, quedó suspendida en el aire durante una hora, azotó la tierra y siguió su camino. Ya no tenía deudas ni tierras, salvo la parcela de dos mil metros cuadrados en la que se alza esta casa. Debería haberme sentido liberada, y en cambio me sentí encadenada a un futuro cuyos contornos no podía ya predecir sólo con atender a las exigencias de las estaciones.

El año que Donald murió no vinieron niños en Halloween, y no por primera vez. Yo ya sabía cómo llamaban a este lugar, los niños de las urbanizaciones circundantes construidas en otras granjas arrasadas, algunas no hace mucho, otras cuando Rebekah era niña. Durante años los había oído pasar en sus bicicletas durante la canícula veraniega, burlándose mientras yo estaba arrodillada en mi huerto, gritando:

«¡Deprisa, deprisa! ¡Es la casa de la bruja! ¡Os pillaré la bruja!». A veces yo era una bruja, a veces un trasgo, siempre un monstruo, nunca humana. *Llamadme Esteno* — respondí en una ocasión a voz en cuello entre carcajadas—, *ya veréis lo aterradora que puedo llegar a ser*, y vaya si gritaron aquellos chicos, pese a que sin duda el nombre no les decía nada.

Cuando Rebekah era pequeña, la llevaba a los alejados barrios del norte de la ciudad, vecindarios viejos con grandes casas de madera en estado ruinoso desde hacía mucho tiempo pero rebosantes de cordialidad y hospitalidad, siempre más limpias por dentro que por fuera. Allí Rebekah podía ir de casa en casa con sus primos por calles donde no los acosaban por ser ellos mismos. Donald se quedaba en casa, decía que esa no era una fiesta que celebrar: la noche del diablo, la noche del infierno, el recuerdo de impíos fuegos crepitando en formas sagradas, la manera en que antiguamente, en aquellos tiempos difíciles, los granjeros vecinos intentaban expulsarnos a fuerza de humo, no hacían nada para ayudar en los años de vacas flacas, se aseguraban de que si nos quedábamos, nos valiéramos por nuestros propios medios.

Pero ese otoño, mi primer otoño sin Donald, no fue sólo el silencio de Halloween; fue un silencio más hondo, más amplio, un mar interior de quietud, profundo y oscuro como el gran acuífero que discurre bajo la superficie de estas tierras. Durante semanas no sonó el teléfono: transcurrió un mes, y no hablé con mi única hija, en su casa y su empleo en la otra punta de este país. Soporté años de silencio en los largos días de otoño, cada vez más cortos, extenuada hasta los tejidos y los dientes.

La mala hierba creció entre los restos chamuscados del maíz, amarilleó bajo la luz cambiante. Procuré sobrellevarlo, ese tiempo anterior al invierno, como había hecho en el pasado. Era siempre una época dedicada a «poner»: poner el huerto a dormir, poner en botes los tomates y las judías verdes encurtidas, poner mantillo alrededor de las coles rizadas y las coles de Saboya. La primera helada llegó tarde, a mediados de noviembre, y el bosque adquirió por fin un color herrumbre maduro: todo estaba desquiciado, la tierra enloquecida por efecto de la gente que la habitaba. No sólo entonces, sino también ahora: *los tiempos están trastornados*, revueltos, reina la injusticia, los fantasmas acechan el país.

Si no hubiese sido por mi empleo, nos habríamos muerto de hambre, ido a pique, habríamos perdido las tierras, no habríamos tenido seguro médico ni prestaciones si yo no hubiese dado clases de lengua, historia, geografía y sociales. De pequeña ayudaba en las labores del campo desde mayo hasta septiembre, y de adulta seguía con ese calendario: conducía el tractor, recogía a mano el maíz cuando no era posible convencer a nadie de que trabajara para nosotros, lo recogía a veces a oscuras con una lamparilla de minero y el sonido de las cigarras que cantaban hasta reventar. Era una vida de largas jornadas, ampollas en las manos, tierra incrustada en los callos: un dibujo de espirales dactilográficas en la piel de madera, círculos anuales de árbol en las palmas, para contar la edad y el trabajo, los años de sequía y los de lluvias.

Mientras caminaba por los campos ennegrecidos la mañana de Acción de Gracias de aquel año, encontré los restos de los fuegos artificiales: fragmentos de papel brillante rojo, blanco y azul chamuscados en los bordes, una línea ondulada de color marrón humo. Había escarcha en el suelo, pero yo sentía aún los maizales arder ante mi cara, calientes como el dedo de Donald en mi costado, y me había sentado en mi casa a esperar, sin hacer nada, pensando en ese momento que quizá fuera esa la mejor manera de acabar: *cuando la tierra se calcina a causa de un ardiente calor... eres incapaz de caminar*. Y de pronto empezó a llover, un aguacero torrencial en plena noche que convirtió las llamas en vapor. Incluso en noviembre lo olía aún, el maíz quemado y el ozono de la tormenta, mientras miraba el suelo, mientras examinaba la escarcha blanca de cristales que bordeaba la marca negra. Tinta en el cielo lechoso, ocas volando rumbo al norte. Los cardenales se quedaban, fuego en pleno vuelo, y cuando al cabo de una semana el suelo se volvió blanco, sangre en las sábanas, salpicones que no dejaban marca.

La noche del solsticio saqué el calzado para la nieve y recorrí el perímetro de las tierras que ya no eran mías. Aun con nieve, era capaz de andar por ellas con los ojos cerrados, conocía el contorno de las tierras en sus elevaciones y descensos, la forma en que se proyectaban las sombras del cortavientos de árboles por el lado oeste y el linde del bosque que llevaba a la reserva en los lados norte y este, los álamos que invadían los campos allí donde el lecho del antiguo arroyo trazaba un arco en diagonal, donde en los años más lluviosos se formaba un río, inundaba las tierras, formaba charcas que no se secaban hasta finales del verano. Eran unas tierras sin tacha, poco comunes por su belleza compacta, al abrigo de los vientos del Ártico y las peores tormentas de poniente.

Ese año Rebekah vino de California por Navidad, se comportó como si me mimara, como si me hiciera un favor, un sinfín de pequeños gestos de condescendencia. El pavo era silvestre, cazado por mí en el límite del bosque. Había puesto la mira en él una mañana brumosa, lo había abatido mientras las otras aves huían en un vuelo bajo; luego lo había desplumado en el granero y había conservado las plumas más grandes, recordando las leyendas de un antepasado muscogui por el lado de los Freeman. Imaginé que confeccionaba una capa de plumas, me escondía en el bosque y me convertía en un gran pájaro negro resplandeciente.

En cuanto se derritió la nieve en primavera llegó Krovik con su excavadora o niveladora, o lo que quiera que fuese aquella máquina. El día que retiré las ventanas antitormenta y las guardé entre hojas de papel de periódico en el sótano, empezó a abrir una calle desde la carretera principal, trazó una perpendicular perfecta, hizo travesías e invocó a los muertos. Durante una semana lo observé ir y venir, desplazar tierra todavía semihelada, amontonar tierra oscura y rica que se llevaría el viento cuando llegase el verano. Al final echó grava, y cuando subió la temperatura, asfaltó encima, pavimentando así la nueva calle y su propio camino de acceso. Deseé decirle que en este clima el asfalto no duraría, que se agrietaría y rompería en cuanto se

sucedieran las primeras heladas intensas. En el deshielo y la nueva congelación, bajo la presión de los vehículos, aparecerían socavones. La única solución eran las placas de hormigón, e incluso estas requerían mantenimiento anual. Ahora que lo pienso, es posible que la chapucería fuera parte de su plan, unas obras que necesitaran la intervención del municipio.

Unas mañanas me acercaba por la nueva calle y le ofrecía un café. No era un hombre cordial. Asentía y cogía el café, se lo bebía delante de mí, me devolvía la taza como si yo fuera un jefe al que guardaba resentimiento. No me quería allí, eso lo dejó claro desde el principio. Cuando le dije que me interesaba ver los planos, contestó que estaban aún en elaboración, pero que serían doscientas casas en total, una urbanización agradable y amplia, parcelas extensas, casas grandes, no demasiadas familias, *gente bien*. ¡Doscientas familias en Poplar Farm! El corazón se me agitó en el pecho. Nunca habría vendido de haber conocido sus planes.

Krovik trabajaba a veces solo, a menudo con otros: hombres robustos, descamisados, cuya piel enrojecía al quemarse y luego se oscurecía hasta adquirir un tono marrón: espaldas de piel de zapato, cueros en lugar de epidermis, asomando la raja del culo de un color blanco rosado por encima de los vaqueros sucios. La desgarrada esposa apareció cuando empezó a hacer calor; apoyada en el coche, con un bebé silencioso en los brazos, hizo preguntas y dio órdenes.

Durante ese verano la casa alcanzó proporciones mastodónticas, como una cría de otra especie o el nacimiento de un trasgo, una mansión encantada de una antigua película de terror: *Las mansardas del miedo*, *El balcón de sangre*. Era una invasión de lo gótico, que colonizaba las tierras. Mi propia casa es neogriega, y siempre he estado orgullosa de sus líneas clásicas. La casa del benefactor, el señor Wright, era del mismo estilo que esta, con columnas y pórticos, proporciones perfectas, revestimiento blanco con postigos negros. Krovik estaba edificando casi en el mismo sitio donde se alzaba antes la casa incendiada de Wright. Me pregunté entonces si debía hablarle de las dolinas, la manera en que la tierra se abre sin previo aviso y se traga lo que sea que esté en ella. A lo largo de los años Donald y yo habíamos presenciado la caída repentina de un círculo de maíz, la desaparición de un árbol, y en una ocasión, un tractor dejado en el campo por la noche apareció a la mañana siguiente medio hundido en la tierra. Aprendimos a rodear las zonas sospechosas con piedras, llenarlas de broza y tallos de maíz secos, utilizar los puntos poco sólidos como pilas de compost natural que nunca pasaban de ser montículos de suaves pendientes por más que uno los llenara. Estaba también la dolina grande, en una propiedad que ya no me pertenece, un punto poco sólido rebosante de secretos, marcado con dos losas de granito.

Cuando la casa de Krovik se acabó de construir, emitía un ronroneo persistente como el de un coche al ralentí. Despertaba a horas en que debía reinar el silencio y oía un zumbido de maquinaria que me taladraba el cerebro. Una vez levantada la valla, un palmo más alta que yo, sólo veía ya las dos plantas superiores y nada del

jardín. Nunca he creído en el dicho «a buenas vallas, buenos vecinos», y ante la empalizada de Krovik, tenía la sensación de que vivía en la réplica de un fortín en un museo de historia viva, preguntándome cuándo aparecerían los bandoleros disfrazados para saquear la casa. Por la noche, incluso después de haberse terminado aparentemente la obra, oía ruidos de excavación y máquinas en movimiento. Veía sombras de formas imprecisas y monstruosas que acechaban en el bosque.

Un jueves de finales de ese año apareció un camión de mudanzas, descargó y se marchó a las 14:38 de la tarde según mi reloj, regalo de aniversario. Salvo por el lejano ronroneo de la casa nueva, volvió a imponerse el silencio, pesado y denso como la lana antes de hilarla. Recorrí mis antiguas habitaciones a través de un silencio blanco que me obligó a andar más despacio, a flotar erguida a través de una espesura de fibras invisibles, erizadas de electricidad estática.

Pero han pasado ya cinco años desde entonces, y ese hombre se fue hace tiempo, lo perdió todo: la casa, las tierras, la familia. Ahora, aquí de pie, percibo una clase distinta de silencio, menos espeso y menos elástico, tenso pero aparentemente gastado, que se desprende del ronroneo no de una casa, sino de veintiuna, todas ellas máquinas en lugar de edificios, al ralentí y en funcionamiento, engranando y cambiando de marcha, abriéndose y cerrándose, rotando y martilleando, absorbiendo la fuerza del mundo: la chispa que da vida y que quita vida. Percibo el sonido incluso si no hay nada que oír, el temblor que sacude los cimientos y el murmullo. Por la mañana iré al bosque, volveré a encontrar el silencio si es que aún existe allí, otearé los jardines de las otras casas, imaginaré que me echo a los hombros la capa de plumas de pavo, que me muevo sin ruido, con la cabeza agachada, el pelo recogido, el oído atento a cualquier crujido de ramas rotas y cualquier chasquido de unas pisadas en el barro, a los pasos furtivos del coyote taimado o al zorro veloz revolviéndose en su guarida.

\* \* \*

Cubre el techo del búnker un mosaico de plafones que parpadean y zumban, palpitando con luz blanca y fría, tan intensa que este espacio subterráneo está más iluminado que el día más radiante, alimentado todo con la electricidad procedente de las placas solares del tejado de la casa. Ateniéndose a una nueva norma, Paul comprueba las dos puertas de contención, la que da a la despensa del sótano de la casa y la que da al viejo refugio antitormenta de piedra en el bosque, ambas cerradas con candados de combinación y triple cerrojo. Aunque las considera «puertas de contención», no son más que antiguallas, rescatadas cuando se demolió un viejo banco en el centro de la ciudad, ambas de hormigón revestido de acero inoxidable: una se había empleado como puerta de la cámara acorazada y la otra en la sala donde estaban las cajas de seguridad. En cada extremo del búnker, empuja y tira de la puerta, hace girar las ruedas de la combinación, confirma que está a salvo y que nadie

puede entrar de ninguna manera. El ruido del helicóptero ha cesado, de momento no corre peligro, nadie lo busca, nadie lo va a descubrir.

Bajo tierra sólo existe el tiempo creado por él cuando enciende y apaga las luces, produciendo la ilusión del día o la noche, el crepúsculo o el amanecer. Por su reloj sabe que es la hora de cenar en el mundo exterior, pero él ya ha comido e intenta olvidarse del hambre que campa en su estómago. Nada más comprobar las puertas de contención, lo asalta el impulso de regresar a su casa una vez más: sabe que debe resistirse al deseo, pero en cuanto la idea aflora, no se disipa ya hasta que el anhelo queda satisfecho.

Introduce la combinación de la puerta de la despensa y hace girar la esfera, movimientos ya automáticos, los números tan integrados en él como su fecha de nacimiento, y cuando los pasadores retroceden, experimenta una eufórica sensación de vaciado. Una vez abierta la puerta, Paul se pone a gatas, se tiende sobre el vientre, abre el panel de madera que da al fondo de la despensa y, después de salir a rastras del búnker, deja abiertas a sus espaldas tanto la trampilla como la puerta de contención.

Palpando la pared fría, sale de la despensa y entra en el amplio espacio del sótano. El suelo de cemento que él vertió y pulió está húmedo bajo sus pies descalzos cuando lo cruza en dirección a la zona de recreo enmoquetada, donde hunde las plantas de los pies entre el pelo. Se detiene otra vez para ver si oye el helicóptero, pero todo sigue en silencio. Allí donde ahora no hay más que diversos botes de pintura medio vacíos, había antes una pequeña cama elástica, una mesa de billar, un bar bien abastecido, una gran televisión, colecciones de juguetes y restos de la vida en la superficie de la tierra. Amanda se llevó la cama elástica para los niños; Paul vendió la mesa de billar en la subasta y se llevó al búnker la bebida y la cristalería, aunque duda que vaya empezar a beber. Era Amanda la aficionada al alcohol. Esas eran las cosas propias de su familia, como cuando su padre servía copas de jerez antes de la cena. Paul nunca ha tomado nada más fuerte que la cerveza, no le gustan el *bourbon* ni el *whisky* escocés, pero puede que el alcohol tenga alguna utilidad medicinal en el futuro o sirva como mercancía de trueque en la guerra venidera. Ahora la mayor preocupación es que los nuevos propietarios, sean quienes sean, estarán en el bando contrario. No sólo tendrá que expulsarlos de su casa, sino que combatirá contra ellos por una simple cuestión de supervivencia. Si algo le ha enseñado todo este desastre es que los vecinos ya no existen. Está únicamente el individuo, solo en el mundo, sin nadie en quien confiar salvo él mismo, pisoteando las serpientes que se arremolinan a sus pies. Oye cómo le hablaba su padre de niño, la voz comedida, serena, de Ralph ofreciendo lecciones a Paul en los largos viajes de sus expediciones de caza, a la ida y a la vuelta: *La nación de hoy son los muertos de mañana, que no dejarán nada a su paso. La sociedad no es más que una ola. Piensas que te esperan buenos tiempos. No te lo creas.*

Se oye el ruido sordo de unos altavoces cuando un coche pasa sobre él por la

calle, se detiene y entra en uno de los garajes que él proyectó y que su cuadrilla, trabajando ahora para otros hombres y en otros sitios, construyó con sus propias manos. Cuando redactó la normativa de la urbanización, se le pasaron por alto los altavoces de los coches. Tenía que haber incluido una disposición estableciendo que los equipos de música de los coches nunca debían oírse en la urbanización Dolores Woods fuera de los propios coches. La normativa contiene reglas similares en cuanto al ruido en las casas. La música al aire libre —a excepción de la música en las reuniones sociales organizadas por los vecinos en la pérgola— está rigurosamente prohibida. Siempre quiso que ese fuera un vecindario tranquilo, la clase de refugio donde un hombre puede olvidar que vive en el siglo XXI y creer que está en el XIX, donde nunca lo invade el sonido sordo de los altavoces de los coches ni los ruidos no deseados de los vecinos, donde es posible llevar una vida en total silencio e intimidad.

Cuando todavía no había cumplido los treinta años, Paul compró la finca, sesenta y cinco hectáreas de tierras de labranza cerca del límite occidental de las zonas residenciales existentes, adquisición financiada casi en su totalidad por su suegro, Robert, un abogado matrimonialista de éxito de Miami. Después de comprar las tierras, Amanda lo ayudó a facilitar la recalificación del terreno, interviniendo para conseguir que se aprobara su solicitud, engrasando los engranajes e incluso presionando a un funcionario municipal que se temía que no hubiera suficiente demanda para otra urbanización. «Estoy arriesgando mi reputación por ti», le advirtió ella en ese momento.

Paul y Amanda pasaron los inicios de su vida juntos en un apartamento que ella compró justo después de trasladarse a esta ciudad para trabajar en el Departamento de Urbanismo del ayuntamiento, así que esa era la primera propiedad que compartían, concebida no sólo como vivienda familiar, sino también como unidad piloto para el resto de la urbanización Dolores Woods, la piedra angular del plan de Paul. Después de construir doscientas viviendas y vender cada una por un mínimo de 500.000 dólares, alcanzando las de mayor tamaño tres cuartos de millón o más, sería multimillonario. Sobre el papel todo tenía sentido. La gente querría las extraordinarias casas que él sabía que podía construir. O al menos todo tenía sentido antes de la crisis. La historia tenía otros planes, pero la historia no era la única culpable. La sociedad, la viuda Washington, y sus propios fallos de diseño y construcción, cree, son las verdaderas causas de su declive.

Al principio, escritura en mano, no había allí más que maizales, bosque y la viuda en su casa colindante con la propiedad que pasó a ser suya, que subdividió y parceló, vertiendo cemento en la marga. Pese a su determinación de hacer las cosas bien, ahora reconoce las deficiencias de sus planes. Donde debería haber habido doscientas casas, hay sólo veintiuna, pero incluso esas, pese a estar acabadas, aterrorizan cuando

su finalidad era ofrecer confort. Él deseaba construir una urbanización que evocara la historia bucólica del país. Pero ha creado, lo sabe, algo más próximo a un paisaje de pesadilla. La madera se alabeó, la tierra se hundió, las casas se agrietaron: el agrimensor era un amigo recién salido de la universidad que, aunque cualificado, hizo el trabajo deprisa y por poco dinero.

En sus planos Paul se inspiró en un viejo ejemplar del libro ilustrado de 1850 *La arquitectura de las casas de campo*, de Andrew Jackson Downing. Para su propia casa, Paul siguió los planos básicos realizados por un colega de Downing, el arquitecto Alexander Jackson Davis, para una casa neogótica con, como Davis la describió, «un hastial alto y en punta» en el centro de la fachada, con una altura de tres plantas, que contendría la puerta de entrada, un mirador en la primera planta y un pequeño balcón en la segunda. Al adaptar los planos de Davis, Paul realizó una versión agrandada: las modestas líneas del original se exageraron, la planta baja se ensanchó, y la primera y la segunda planta alcanzaron mucha mayor altura de modo que el balcón de la segunda planta no es simplemente ornamental, como parece en la ilustración de Downing, sino accesible a través de puertas balconeras.

Cada domingo al mediodía Paul encendía el cartel de neón donde se leía ABIERTO colgado ante la ventana delantera, sacaba el felpudo y ensayaba el discurso que tenía preparado para la venta. Algunos domingos recibían más de veinte compradores potenciales, en tanto que otras semanas no aparecía nadie. Una vez una mujer preguntó a Amanda si la habían contratado para posar en la cocina con Carson. Vivir en la unidad piloto era una estupidez porque implicaba tener que mantenerlo todo limpio, siempre con el aspecto de que alguien podía vivir allí, pero él opinaba que una casa habitada sería mejor promoción para la venta que la clásica unidad piloto que los compradores de casas veían en todas partes, casas en las que parecía que nadie hubiera respirado nunca. La gente que entraba y se maravillaba sabía exactamente cuál era la intención de Paul.

Al proyectar las casas para toda la urbanización, Paul adaptó los diseños decimonónicos de Davis a las necesidades y materiales modernos, añadiendo ornamentos tales como bodegas para el vino y *jacuzzis*, sustituyendo los revestimientos de madera por vinilo, poniendo una fachada de ladrillos o piedra en casas de armazón de madera, colocando placas solares en los tejados traseros para que no se vieran desde la calle. Se resistió a los proyectos de planta abierta que preferían la mayoría de los promotores, optando por la disposición más tradicional del espacio doméstico en estancias diferenciadas, cada una con su función específica. Todas las casas de Dolores Woods tienen en el alero un entarimado de talla barroca, tejados a dos aguas, buhardillas y torres y pináculos y vallas blancas o tapias de piedra. Para cada casa construida, utilizó parte de la madera de los álamos talados en el borde del solar, con la idea de que era una manera respetuosa de integrar las casas en el paisaje, pero esa madera rescatada no se curó debidamente y toda ella se alabeó y se agrietó de maneras anómalas. No sólo es la casa de Paul la que ahora presenta un

aspecto siniestro. Los abogados, los banqueros y los ejecutivos de bajo rango que compraron esas casas comprendieron sus ideas, compartieron su fe en que el pasado era un lugar mejor, en que viviendo en espacios que les recordaban los primeros tiempos de la historia de su país podían llegar a ser personas distintas y mejores, pero cuando las tablas empezaron a combarse y las paredes a rajarse exigieron que todo eso se reparara sin coste añadido, ya que las casas estaban aún en garantía, y cuando Paul se opuso, aduciendo «desgaste natural y asentamiento de la estructura», todos los propietarios se unieron y lo demandaron. Esa fue una parte importante de su perdición, la idea romántica de la madera de álamo, pero otra parte lo fue la propia tierra, y esos vecinos, que no se consideraban más que clientes.

Ahora el mundo lo ha derrotado. Paul cree aún que algún día terminará lo que empezó, plantará más árboles para sustituir los que taló, construirá el resto de las casas, verá su visión hecha realidad: toda una comunidad, una nueva localidad ideal en la periferia de la antigua, una utopía racional donde los vecinos velen unos por otros sin recurrir al Estado. Entretanto el bosque permanece indemne; sólo unos pocos árboles han sido talados, una mínima parte en comparación con los que quedan en pie. La viuda lo acusó de algo espantoso, de odiar a los árboles, de ser el autor de una masacre, pero eso no era en absoluto cierto.

Los árboles, no sólo los álamos, sino también los fresnos y los arces y los tilos, forman tal espesura que durante el verano el follaje de las copas impide casi por completo el paso de la luz del sol, mientras que, más allá, la reserva de bosque mixto, ennegrecido por las coníferas, posee la textura de los grandes bosques del viejo mundo, rebosantes de leyendas populares y amenazas, un lugar donde esconderse y desde donde acechar, a donde retirarse y donde aguardar agazapado. La arboleda es tan densa en la reserva que los días nublados, si uno se sitúa en un claro y mira desde allí la profundidad del bosque, no ve nada más que las primeras hileras de troncos, y luego una oscuridad absoluta que devora la luz: no sólo un agujero negro, sino una inmensa masa ondulante que irradia noche incluso a pleno día. Es la clase de bosque que llevó a los primeros colonos de la zona a pensar que habían encontrado un hogar cuyos obstáculos podían transformarse en refugio, donde los espacios amenazadores e inciertos se convertían en su mayor baluarte y protección.

Paul vio el bosque por primera vez cuando las tierras se pusieron en venta. Al contemplar aquella oleada de oscuridad verde, se acordó de los bosques vistos desde coches y trenes en Alemania y en Escocia, que parecían llamarlo a uno con su existencia ignota, una herencia de sus antepasados del norte de Europa: bosques de lobos y niños perdidos, bosques cuyos habitantes eran buenos pero astutos, obligados por los peligros del mundo a ser tan arteros como las fuerzas del mal que siempre amenazaban con devorarlos. A menudo pedía a su padre que parara el coche y le permitiera explorar, pero siempre iban con prisas, «y además —decía su padre— esas no son nuestras tierras, así que sería entrar en propiedad ajena. Por otro lado, la única manera apropiada de entrar en un bosque es con un arma». Paul había deseado

imaginarse en el pasado, fuera del presente, corriendo a toda velocidad entre los árboles, escondiéndose en una madriguera en la orilla de un río al amparo de unos helechos. Más adelante, cuando dejaron de ir de mudanza en mudanza, hizo una excursión con la escuela a la reserva natural que ahora linda con Dolores Woods, un bosque en una región de llanuras abiertas donde todo espacio forestal parece anómalo. Quedándose al final de la fila mientras avanzaban por senderos embarrados, se rezagó, hasta que ya no lo veían las profesoras, que no paraban de hablar de plantas y animales, identificando rastros y excrementos y advirtiéndoles que no se apartaran del camino. Quería silencio, pero esas mujeres hablaban por los codos con sus voces nasales sobre las ortigas y los robles, las garrapatas y las serpientes de cascabel, y el escarpado precipicio de Demon Point, con el río abajo. Allí donde Paul intuía posibilidades, ellas percibían un mundo de absoluto peligro. Se escondió detrás de un arbusto y, conteniendo el aliento, observó a la clase mientras desaparecía tras lo alto de un promontorio y oyó apagarse las voces de las profesoras. A solas de un modo desconocido hasta ese momento, sin ningún adulto cerca, se echó a correr en dirección contraria, entre los árboles, a través de la hojarasca descompuesta, resbalando por surcos lodosos, hasta que oyó que lo llamaban. Aceleró, alejándose de las voces, y siguió apretando el paso hasta que fue a parar de cabeza a los brazos de su profesora. Ese día su padre estaba ausente en una misión, y su madre lo reprendió, le lavó la ropa y lo obligó a comer pastel de tamal, no le dejó ir a la escuela al día siguiente porque se despertó con fiebre y dolor de oído. Desde luego debía de tener mermada la capacidad auditiva. Si hubiese oído bien, habría podido quedarse allí en libertad, solo en el bosque durante el resto de su vida.

Ahora su capacidad auditiva es sobrehumana: oye lo que ocurre en todas las casas de la urbanización y le sorprende que su percepción del sonido parezca agudizarse cuanto más tiempo pasa sumido en el silencio. Si contiene la respiración, oye lo que dicen los vecinos, y no sólo los vecinos, sino también sus propios padres en su *bungalow* abarrotado de trastos a kilómetros de allí, al otro lado de la ciudad. Todos ellos dicen que él no es más que un enano en un cuerpo de hombretón, un hombrecillo que se imagina que es grande sólo por su estatura. Dicen que fue tonto por no darse cuenta de que los tiempos cambiaban, un tonto que se arriesgó en exceso, gastó en exceso y pagó en exceso, que no podía librarse de la plaga que destruyó su negocio, minó sus cimientos y lo hundió en inmundicia emponzoñada. Sus vecinos y sus padres hacen poco más que hablar de él, denigrándolo, burlándose de su fracaso, como si no tuviesen nada mejor para llenar sus días. Cuando la casa de la viuda finalmente se derribe, la economía se recupere y los compradores vuelvan a Dolores Woods, él lo recobrará todo, todo lo que le fue arrebatado, y entonces ya verán.

Tendría que haberse dado cuenta desde el principio de que Amanda nunca permanecería fiel a sus obligaciones de esposa y madre. Era una mujer demasiado absorta en su trabajo, demasiado empeñada en desarrollar una carrera propia,

demasiado independiente: una mujer, como Paul comprende ahora, que debe de odiar a los hombres. En cuanto tenga el dinero, acudirá a los tribunales para demostrar que no es una madre apta, que permite a Carson y Ajax campar a sus anchas en Florida. Teme que sus hijos acaben frecuentando malas compañías, se conviertan en matones, se unan a bandas y roben coches, vendan artículos robados, consuman droga, se queden sin dinero, se extravíen mientras Amanda se concentra exclusivamente en sus propios avances, ajena a sus hijos, sin hacer nada para salvarlos. Paul sabe que tiene que hacer lo que sea necesario para reclamar a sus hijos y salvarlos de su madre. Corresponde a un padre convertir a sus hijos en buenas personas, imprimirles fuerza en el cuerpo, dotarlos de hombría. No deben temer la verdad ni el sino ni la muerte. Deben aprender a llevar una vida sin miedo, y eso sólo él puede enseñárselo. La fuerza procede de las batallas que el destino presenta. *Los dioses aman a aquellos a quienes otros hombres odian.* Esas son las lecciones del gran hombre que su padre le enseñó a él, lecciones que él debe inculcar a sus hijos.

En la planta baja las cortinas están corridas, bien cerradas para que los vecinos no vean el interior. Cuando todo empezó a venirse abajo, Paul confiaba en que quizá algunos de los compradores acudieran a ofrecerle ayuda, hablaran con el banco o abrieran ellos mismos una línea de crédito hasta que Paul se recuperase. Nadie lo hizo. Eran desconocidos que además, circunstancialmente, eran vecinos y clientes suyos, y aunque procuraba ser cordial, todas esas reglas de la urbanización quizá no se acogieran, supone, con el espíritu que él preveía, de respeto mutuo y cohesión comunitaria. Una comunidad necesita un líder, y Dolores Woods era su comunidad, así que tenía sentido que su creador fuese su primer líder. La democracia sólo puede florecer en una comunidad madura, y Dolores Woods se halla todavía en su infancia. Es necesario enseñarle a vivir, mantenerla en vereda, disciplinarla y darle directrices claras, igual que a un grupo de niños. Ninguno de esos hijos de puta se acercó siquiera a decirle que lo compadecía por perder su casa. Ninguno de sus malditos vecinos movió un dedo para demostrar un mínimo interés por el hombre que había proyectado esa comunidad. Ninguna de las mujeres se molestó en prepararle a Paul una hogaza de pan o en llevarle una comida cuando *sabían* que Amanda lo había abandonado.

Ni un maldito vecino, excepto la viuda. Esa vieja siempre rondaba por ahí, haciéndole preguntas y causando problemas. Desde el principio Paul vio claramente que la vieja zorra tenía sus planes, motivos ocultos tras esos cumplidos con que lo obsequiaba en sus primeros tiempos allí como propietario. El día que Amanda se marchó, la señora Washington le llevó un pan de plátano y dijo que lo sentía; por entonces ya no se hablaban, y él no quería su lástima. Sospechando que el pan podía contener raticida, lo tiró a la basura y ni siquiera leyó la tarjeta que ella le había escrito, convencido de que contenía algún sentimiento de doble filo. Desde el

principio esa mujer estuvo decidida a destruirlo. No le extrañaría que ella hubiera echado mal de ojo a todo el vecindario, que estuviera invocando a los demonios y las fuerzas de las tinieblas para que se alzaran y los devoraran a todos. No era casualidad que los niños del vecindario la llamaran bruja.

Con las cortinas corridas, Paul se mueve por su casa. La escalera del sótano va a dar a la cocina, donde armarios de madera esconden los electrodomésticos. Abre el grifo del fregadero y ve el agua irse por el desagüe, agua que sale del acuífero y vuelve al acuífero, un inmenso mar interno a muchos metros de profundidad. Por la noche, dormido en su búnker, sueña que el agua asciende entre las rocas sedimentarias y lame los cimientos de la casa. Algunas noches ha despertado presa del pánico, sudoroso. Convencido de que el búnker está inundándose, tiene que tocar el suelo con las manos, iluminar los rincones con una linterna, contener la respiración y permanecer atento al posible borboteo del agua, hasta que se persuade de que el búnker está seco y a salvo.

Al otro lado del pasillo, frente a la cocina, las paredes de la salita están revestidas de estanterías vacías. En el salón contiguo, en la parte delantera de la casa, las ventanas dan al oeste y al norte. De nuevo al otro lado del pasillo, el comedor es una réplica exacta del salón, y un espacio vestibular recubierto de alacenas devuelve a Paul a la cocina. Repite más de una vez ese circuito por la planta baja, deteniéndose para acariciar con los dedos los estantes vacíos. Cuando se mudaron allí, el interiorista llenó la salita de libros. Eran sólo dos paredes de estantes, pero aun así se quedó impresionado: sin duda sólo las bibliotecas públicas, los colegios y las universidades disponían de colecciones tan amplias; no podía creer que una sola persona pudiera tener tantos libros. Amanda no quiso ninguno cuando se fue y en la subasta de bienes Paul se los vendió al mismo interiorista, que los compró para otro cliente, otra vivienda piloto en otra parte de la ciudad. «Ya nadie lee libros —dijo el interiorista—, pero son decorativos, y son buenos aislantes acústicos en los apartamentos».

Atravesando otra vez la puerta corredera abierta que comunica la salita con el salón, Paul se arrellana en el asiento de la ventana en saliente y mira a través de la rendija entre las cortinas el césped verde negruzco y el muro bajo ornamental que separa su jardín delantero del de su vecino, ese director de banco de mirada esquiva que desde luego podría haberle echado una mano, con su pareja, un hombre igualmente sospechoso, que podría ser árabe o indio, imposible saberlo, pero parecía estar siempre en casa con la niña, haciéndose pasar por una familia normal. No engañan a nadie.

Paul recorre el eje que comunica la ventana en saliente del salón en el lado norte de la casa con la ventana en saliente del comedor en el lado sur, y luego pasa diez minutos rodeando el pasillo central, lanzando miradas a la escalera principal antes de animarse a subir a la primera planta, donde inspecciona las cuatro habitaciones vacías, cada una con su propio baño contiguo. Sin los muebles que en otro tiempo

llenaron esas habitaciones, es difícil evocar recuerdos de cómo Amanda, los niños y él las habitaron. Rememora risas al principio, una especie de alegría estridente, y luego, conforme pasaron los meses y los años y el negocio empezó a decaer, vocerío y lágrimas, los adultos siempre gritando, los niños haciendo mohínes o llorando.

La planta superior de la casa, a gran altura en el hastial delantero, es una única habitación iluminada por la ventana del balcón con su arco ojival, desde donde se ve el jardín de delante, todo el vecindario, el bosque y los campos y, más allá, las zonas residenciales, hasta la franja lisa y ancha del río al oeste de la ciudad. Cuando los niños aún vivían aquí, la habitación estaba atestada de juguetes. Había un caballito antiguo con balancín y piezas macizas de madera heredados de la infancia de Amanda, y, de la madre de Paul, relucientes máquinas de plástico repletas de ruido electrónico: muñecos de acción y naves espaciales grises, una pistola de rayos ultravioleta que disparaba chispas en el interior de una cámara de plástico cerrada, un esqueleto blanco risueño de ojos negros chispeantes.

Paul abre la ventana y sale al balcón. A esta hora de la noche nadie estará mirando. Los televisores destellan, las luces se encienden y apagan, pero las persianas y cortinas de las casas vecinas están cerradas. Cuando la casa se acabó de construir, Amanda salió al balcón y, con el pelo agitado por un viento frío de finales del otoño, dijo que se sentía como Julieta, o Rapunzel.

—¿Nos irá bien? —preguntó, volviéndose hacia él. Ya había empezado la crisis. Ya no se vendían casas.

—Vamos, Mandy —respondió él, y la abrazó—. ¿Es que no crees en mí?

—Claro que sí —contestó ella—. Pero creo que el mundo es implacable. Dime que nos irá bien.

—Debes confiar en mí. No te decepcionaré —dijo él, y allí en el balcón la levantó en brazos, se inclinó hacia delante por encima de la barandilla y la sostuvo en el aire. Notó que ella se tensaba entre sus manos, con la mirada fija en la de él—. Confías en mí, ¿verdad Amanda?

Con labios trémulos, ella asintió, y Carson empezó a llorar desde el cuarto de juego.

Ahora, solo en el balcón, Paul puede imaginar sin el menor esfuerzo que se lanza él mismo al vacío y una corriente de aire ascendente lo transporta por encima de las tierras. De niño a menudo se veía a sí mismo elevarse de su silla en el colegio y flotar cerca del techo, mirar al profesor y a los compañeros de clase, quienes, atónitos, por fin le concederían respeto y reconocimiento por lo que era: una persona nacida para dirigir el mundo. Con la misma facilidad, inclinándose sobre la barandilla, se ve precipitarse, rebotar en el tejado del porche y caer en las losas del sendero entre el acceso para coches y la puerta delantera, donde el impacto podría causarle una muerte inmediata. Levantando los pies en el aire, se agarra a la barandilla para ver si cede bajo su peso: balanceándose, desplazando su centro de gravedad, percibe la vertiginosa atracción, la sensación de precipitarse por encima, permitiendo que la

propia casa sea el agente de su muerte. La casa no es sólo una parte de él: él es la casa. La casa es la forma en que él se ve a sí mismo: los vértices y las alas, las líneas duras y onduladas y la escala desproporcionada. Si debe morir, tendría que matarlo la casa. El impulso lo inclina hacia delante: casi se excede, y en el último momento echa el torso atrás y aterriza en el balcón, estremeciéndose sus vigas bajo la repentina sacudida de su peso. Una casa sólida no se estremecería. Una casa construida para durar temblaría solo por efecto de fuerzas tectónicas.

Después de pasar tantos años en casas con una u otra carencia, en barrios tan estériles y geométricos que mermaban la felicidad, Paul soñaba con crear comunidades instantáneas, que protegerían a sus habitantes a la vez que propiciaban una forma de sociabilidad vecinal atemperada por la privacidad. No sólo quería trabajar en la edificación de casas, como había hecho durante los veranos en su etapa de instituto, no sólo montar una empresa de construcción y carpintería, sino proyectar viviendas tomando como referencia una visión de una América residencial tan depurada que sólo pudiera mejorar las vidas de quienes las habitaban. Su sueño de adolescencia había sido proyectar casas que serían lugares seguros, además de puntos de reunión, en vecindarios donde las calles y las zonas públicas, los parques y las aceras, se hallaran parcialmente rodeados de árboles y setos bajos, tapias y vallas, con pérgolas y kioscos y cenadores: esos espacios idílicos característicos de los pueblos americanos, con terreno suficiente entre las casas para que los vecinos no tuvieran que oír los secretos de sus respectivas vidas íntimas.

—¿Arquitecto? —exclamó su padre—. Yo nunca he necesitado a un arquitecto. No entiendo... debes comprenderlo, Paul... no entiendo qué razón hay para ser arquitecto. No digo que esté mal, pero sí digo que, en mi opinión, podrías elegir mejor. ¿Por qué no te alistás en las fuerzas aéreas?

—No me gusta volar —protestó Paul, según recuerda—. Ni siquiera me gustan los pájaros.

Sabía desde edad muy temprana que él no estaba hecho para la disciplina militar. Su padre lo obligaba a plegar su ropa conforme a las normas militares: las camisetas en cuadrados de quince centímetros, los calzoncillos formando compactas salchichas blancas. Desde los doce años se cortaba el pelo cada domingo por la noche después de la cena. Ralph ponía toallas en el suelo del salón mientras Dolores utilizaba la maquinilla eléctrica: al tres a los lados y al cuatro en lo alto. Eso era una concesión, porque en realidad Ralph quería que su hijo llevara el pelo más corto, a cepillo en toda la cabeza, y Paul lo quería más largo. Sentado en la silla, observado por su padre mientras su madre manejaba la maquinilla, Paul sabía que aquello no era más que una pequeña muestra de la verdadera vida militar.

Su padre dijo que si Paul quería ir a la universidad en lugar de servir a su país, tendría que arreglárselas por su cuenta. Para Ralph, comprendió Paul, era una cuestión de principios; no había resentimiento en su postura. Los Krovik siempre habían sido militares, y Paul era el primero que se apartaba de ese legado. Sus notas

eran aceptables, pero no tan buenas como para obtener una beca, y sabía, pues, que si quería formación universitaria, tendría que mantenerse él mismo. Ralph le pidió que se marchara de casa al cumplir los diecinueve años, lo que, a Dios gracias, le dejaba todo un año después de acabar el instituto, y así dispuso de tiempo para organizarse, ahorrar dinero y presentar la solicitud a la universidad. Otros amigos suyos no tuvieron tanta suerte, y sus padres les señalaron la puerta nada más cumplir los dieciocho. Al menos su madre le repetía una y otra vez: «Creo en ti, Pablo. Tú puedes. Lo conseguirás». Le daba dinero a escondidas, le compraba comida furtivamente, hacía cuanto podía para ayudarlo a espaldas de Ralph.

Paul fue aceptado en la facultad de arquitectura de la universidad del estado. Pidió préstamos y encontró tres empleos. Estudió durante dos años, pero no pudo seguir pagando la matrícula y las cuotas y lo dejó sin titularse. No mucho después conoció a Amanda. Ella trabajaba ya en el Departamento de Urbanismo del ayuntamiento, camino de labrarse un porvenir. Así que mientras Paul intentaba salir adelante con la constructora y obtenía una licencia de contratista, ella lo mantuvo. Seis meses después de conocerse, se casaron.

Contemplando ahora la urbanización, Paul comprende que carecía de formación suficiente. Es obvio que las casas, en su forma acabada, presentan deficiencias tanto en el diseño como en la realización, en su disposición en las parcelas, en la división misma de las parcelas y el trazado de las calles. Fallaba algo incluso en el paisaje: aceras demasiado estrechas, paseos demasiado anchos, terraplenes para amortiguar el sonido del tráfico de la carretera principal demasiado angulosos, demasiado empinados, demasiado altos. La urbanización tiene un aspecto expansivo y sin embargo insulso, el decorado de fondo de un plató de cine chapucero donde las casas existen sólo como fachadas, los jardines y los paseos demasiado immaculados para dar la sensación de que algo de eso creció orgánicamente, casa por casa.

La escalera principal lo lleva de regreso al vestíbulo. Construyó las dos escaleras con la idea de que algún día Amanda y él quizá tuvieran una criada residente a la que sólo se le permitiría utilizar la empinada y estrecha «escalera de servicio» mientras que la familia usaba la ancha escalera de delante. Era uno de los aspectos destacados de la promoción de la urbanización, y la mitad de las casas terminadas incluían ese elemento, pese a que, por lo que Paul sabe, ninguna de las familias de Dolores Woods tiene ayuda doméstica residente.

Cuando abre la puerta y olfatea el aire cálido en busca de algún indicio de la presencia de otras personas, percibe olores de césped cortado, pesticidas y el ozono despedido por los aparatos de aire acondicionado, de una barbacoa a última hora del día, pero no le llega el olor de ningún cuerpo. Deja la puerta abierta y recorre el sendero hasta el camino de entrada y el buzón, este una miniatura tallada a mano de la propia casa, colocado sobre un pilar de ladrillo. Dentro encuentra varios sobres, todos para los nuevos propietarios, Nathaniel y Julia Noailles. ¿Cómo se pronunciará ese apellido? ¿No-eils? ¿No-els? ¿No-ils? Parece extranjero. Con las cartas en la

mano desanda el camino, abre la tapa de la pequeña caseta que alberga los cubos de basura y tira el correo. La gente debe aprender a ser más responsable. Hay que enseñarles.

De nuevo tras la puerta cerrada, se deja caer al suelo. A su lado ve una mancha, una huella de tierra dejada por él, pero cuando intenta limpiarla con el puño de la camisa, la mancha se extiende —alquitrán, no tierra— y a la luz procedente de la calle la ve propagarse, afilados trazos negros incrustándose en las vetas de la madera. Escupe y frota pero sólo consigue agrandar la mancha, y mientras se afana en quitarla, se le saltan unas lágrimas surgidas de muy hondo, de sus vísceras. Para cuando la mancha se ha extendido a lo ancho del pasillo, desiste. Esa ya no es su responsabilidad; ya se ocuparán de la limpieza los nuevos propietarios.

En el sótano, Paul enciende todas las luces en la zona de recreo para leer la placa de latón grabada de la pared: PAUL KROVIK CONSTRUYÓ ESTA CASA. Palpa las pronunciadas hendiduras de las letras. Salvo por un leve zumbido, la casa está en silencio, y de pronto, en algún lugar más lejano, al otro lado de los muros de contención, percibe una vibración irregular, una fricción roce que no ha captado antes.

Después de apagar las luces y arrodillarse, entra en la despensa y, a rastras, pasa por debajo del estante del fondo, atraviesa la trampilla abierta, siguiendo el resplandor rosado procedente del interior del búnker, la luz fluorescente reflejada en sus paredes de color rojo oscuro, y cierra la trampilla. Luego echa el endeble cerrojo, se levanta, cierra la puerta de contención con un solo movimiento y echa el correspondiente cerrojo. Apoyando la cabeza en la fría superficie metálica, escucha los pasadores deslizarse y encajar en sus alojamientos mientras hace girar la rueda de la combinación. Tiene la respiración agitada; le tiemblan las manos, le flaquean las piernas como a un ternero.

Cuando llegue la nueva familia, él tendrá que entrar y salir por el sótano antitormenta situado al fondo de su búnker, acceder a su casa a través del bosque. Necesitará tiempo y determinación para dar la vuelta a la situación, para reconstruir su empresa y luchar por su familia. Aparte de la furgoneta, todas sus pertenencias están ahora en los dos dormitorios, el cuarto de baño, la cocina y la zona de estar del búnker, habitaciones que se distribuyen todas a lo largo del prolongado pasillo. La distancia entre ambas puertas de contención es de unos setenta metros, más que suficiente para poder correr de una punta a la otra a fin de mantenerse en forma. Ha colocado una barra en la puerta del segundo dormitorio y hace flexiones cada mañana antes de salir por la entrada trasera en busca de trabajo. Tiene un teléfono móvil por un pequeño coste mensual y las herramientas necesarias para realizar pequeños trabajos de albañilería. Construirá estanterías, reformará cocinas y llevará a cabo reparaciones estructurales. Aparca la furgoneta en una calle distinta cada noche. Hará planes, se preparará y estará listo para recuperar a sus hijos, para rescatarlos antes del apocalipsis, de devolverlos a este lugar absolutamente seguro.

Entretanto, esperará lo inevitable: la llegada de unas personas cuyo apellido no sabe pronunciar.

\* \* \*

Ya no recuerdo cuándo talaron los primeros árboles, pero fue más o menos en la época en que Krovik tendió las calles, hará unos cinco años, a finales del otoño del año que terminó su propia casa, antes de volver a helarse la tierra y colocar yo las ventanas antitormenta en preparación para otro invierno. Lo vi hendir aún más la tierra con su tortuosa serpiente, derribar como una exhalación álamos dispersos en el límite de los labrantíos. Me acostumbré al sonoro silbido y el posterior estruendo de los árboles al caer, el atronador rugido de las astilladoras, el chirrido en dos tiempos de las sierras cuando las cadenas de corte penetraban en la carne de los árboles. Era como si estuviese acampada en una pista maderera. Cuando pregunté en el ayuntamiento si era posible impedir de alguna manera que Krovik talara más árboles —leyes de protección de la naturaleza, leyes sobre la alteración del orden público, leyes de calificación del suelo—, una joven cáustica del Departamento de Urbanismo dijo:

—Ahora el dueño de esas tierras es el señor Krovik, y él puede hacer lo que quiera, señora Washington. Yo no tengo la impresión de que esté violando ninguna ley.

—Pero esos son buenos árboles. No les pasa nada, salvo que están un poco viejos.

—La salud de los árboles no viene al caso, señora. La finca es suya. Usted se la vendió, él puede hacer lo que quiera, dentro de lo establecido por las leyes de calificación del suelo, y ha conseguido que la finca se recalifique con fines residenciales. Ya puede alegrarse de que, con la construcción de esas casas, aumente el valor del suelo. Es bueno para la base imponible.

—No veo cómo mejora eso el valor de unas tierras que ya de entrada no necesitaba mejorarse —respondí, y colgué sin dar tiempo a la mujer a contestar.

Examiné las ordenanzas municipales, pero no encontré ninguna ley para frenar la tala de Krovik. Las leyes de protección de la naturaleza no servían. Las ordenanzas municipales no incluyen ninguna ley contra la destrucción de unas tierras que, en su composición, constituyen un lienzo tan equilibrado como un magnífico cuadro. Esos árboles vieron pasar guerras, sequías e incendios por estas tierras, crímenes y buenas obras. Eran árboles de la memoria y el testimonio.

Al final, me armé de valor para hablar con él, me erguí cuan alta soy, marché camino arriba para encararme con él y su cuadrilla de taladores, temblándome los brazos de rabia.

—¿Va a echarlos todos abajo? —pregunté a voz en cuello, señalando el cortavientos de árboles intacto y la arboleda que penetra en la reserva natural. Como ya no reconocía la pendiente del terreno allí donde las máquinas lo habían allanado,

tropecé y uno de los hombres me agarró del brazo para que no me cayera. Olí su aliento a carne y el sudor que abría surcos a través del serrín de sus brazos.

Krovik se quitó los protectores auditivos y la gorra de béisbol y alzó una mano para indicar a sus hombres que se detuvieran.

—¿Qué ha dicho?

—¿Tiene usted la intención de alla... quitar, quiero decir, *talarlos* todos? —Las palabras se convirtieron en balbuceos puntillosos y se me trabaron en las encías.

—Quitar ¿qué, señora Washington?

—¡Los árboles! ¿Va a quitarlos todos? Cuando le vendí las tierras, dije que no quería que cortara los árboles. ¿Se acuerda?

Confuso, miró alrededor, un saqueador burdo. Separó los labios, finas hojas de acero de color rosa intenso, y se rio: no era una risa maliciosa, sino de poder y falta de respeto.

—Usted no se preocupe por eso —dijo, y soltó una carcajada—. Sólo estoy quitando unos cuantos para dejar espacio a las calles y las casas. Plantaré otros si luego esto queda muy desangelado. No se preocupe. Soy buena persona, señora Washington. También a mí me gustan los árboles.

—Pero cuando le vendí estas tierras, *insistí* en que quería que los árboles se conservaran. Entendí que usted iba a construir casas, pero no hay razón para talar árboles. Por Dios, *prometió* usted que no los talaría, ni uno solo. ¡Dijo que ni siquiera los *tocaría*, que construiría entre ellos!

Él volvió a reírse, en mis propias narices, mofándose de una mujer a la que le importaban los árboles.

—Yo no prometí nada. ¿Firmé algo donde dijera que no los talaría?

—Me dio usted su palabra, señor Krovik. Juró claramente delante de mí y de mi hija y de mi abogado que no cortaría un solo árbol.

—Señora Washington, puedo decirle con toda sinceridad que esa conversación no la recuerdo. Y ahora más vale que siga con lo suyo, o si no puede acabar debajo de un árbol.

—A mí no me amenace, señor Krovik.

—Yo no la amenazo. Sólo le estoy diciendo que tenemos que seguir trabajando. Y en este momento nuestro trabajo consiste en talar árboles. Si quiere quedarse, usted misma, pero estas son mis tierras, y en rigor usted es una intrusa. Así que si le pasa algo mientras está en mis tierras pese a que yo le he pedido que se marche, no se me podrá considerar responsable, por lo que yo veo.

Por la noche, cuando apagaron las sierras de cadena, salí con una linterna, conté los tocones, constaté el fallecimiento de los testigos, oí su caída y observé sus muertes. En total se derribaron ciento sesenta árboles, dos hectáreas. Me incliné sobre cada tocón, apoyé la mejilla en la herida, palpé los anillos con los dedos, vi los acontecimientos de siglos grabados en medias lunas ondulantes, grabándose la sangre en la veta.

En el transcurso de los dos años siguientes, se edificaron más casas. La mujer de Krovik tuvo otro hijo, y sus calles surcaron la tierra, en preparación para doscientas casas donde sólo hay veintiuna: *blackjack*, gana la banca. Aunque no por ello la construcción de las que terminó dejó de ser una pesadilla. Aprendí a no acercarme durante las horas de trabajo. Al principio no hacía más que dar vueltas en coche por la ciudad, consternada ante la forma en que se propagaba la infección urbana, consumiendo la tierra que la había creado en un principio. Después empecé a ir a una librería, hasta que la cerraron, como antes habían cerrado las bibliotecas públicas. ¿Dónde encuentra la gente libros en esta ciudad? Pensé en aprender por mi cuenta otro idioma, pero no le vi el sentido porque no tengo previsto viajar. Pensé durante un tiempo en investigar sobre algún tema que me interesara, como el ciclo vital de la araña, o la elaboración del vino, o la mitología, pero tampoco a este respecto sabía muy bien para qué me serviría el conocimiento aparte de para llenar las horas. Al cabo de un mes empecé a pasar las tardes de los fines de semana viendo dos o tres películas seguidas en el multicine, quisiera verlas o no. Después del cine me iba en coche al centro y comía unos espaguetis en un restaurante del casco antiguo, rodeada de familias y grupos de adolescentes, la única mujer que comía sola. A veces me tropezaba con exalumnos que me saludaban llamándome «Madre Washington», me echaban los brazos al cuello y me preguntaban cómo me iba, expresando lo que siempre parecía un sincero pésame cuando se enteraban de la muerte de Donald, pese a que en su mayoría no lo habían conocido.

Sin Donald, no le veía sentido a nada. No era una cuestión de tener a un hombre al lado. Nunca me sentí condicionada por Donald. Vivir sola, lo veía claramente, no era bueno para mi cordura. Un nieto mejoraría las cosas, o incluso las facilitaría. Un nieto podría reavivar mi relación con Rebekah. No hay razón para que mi hija, hija única de una hija única, deseara ser granjera ella misma, y yo nunca se lo eché en cara. Ser enfermera es una profesión tan buena como la de granjero, cuidar de la gente en lugar de proporcionarle alimento, y en espíritu no es muy distinta. Si hubiésemos tenido otro hijo (desde luego lo intentamos), alguien que se hubiera sentado en el regazo de Donald a aprender sobre la tierra y sus idiosincrasias: que no se puede confiar en la meteorología para que nos provea un año tras otro; que uno puede sacar unas discretas ganancias en una cosecha y no tener casi nada al final de la siguiente; que la mayoría de la gente en estos alrededores no quería aceptar órdenes de un hombre como Donald... en fin, en ese caso habría sido mucho más fácil estar sola. Ver crecer a ese niño, asumir las responsabilidades de la casa, expandirse, comprar tierra para convertir sesenta y cinco hectáreas en ciento treinta o doscientas, eso sí habría sido un sueño. Pero esa clase de esperanzas ha quedado atrás. En lugar de eso espero un nieto que pueda convertirse en buena persona y tener sus propios hijos. La esperanza no es un ave. Las plumas son demasiado frágiles para la esperanza. La esperanza es un árbol envejecido que aún podría echar sus semillas en un mundo yermo.

Fue entonces, en los fines de semana del multicine, en las cenas en el restaurante de los espaguetis, cuando empecé a pensar en volver a trabajar. La enseñanza ocupa a una todo su tiempo, le consume las horas libres con la corrección de exámenes, la preparación de clases y la lectura. Siempre intenté mantenerme al día, ampliando mis conocimientos con avidez. La enseñanza —el cuidado y la educación de los niños— volvería a darme un sentido de la finalidad, eso en el supuesto de que encontrara el camino para reincorporarme, de que mis antiguos colegas no pensarán que había perdido la práctica hacía demasiado tiempo, estaba demasiado rezagada y era demasiado vieja para hacer frente a las demandas de un aula en continuo cambio. Pero el peso de los días tira de mis brazos; mis pies son perros viejos y cansados, y ya he superado la edad de jubilación. Quizá eso realmente me superaría. Quizá ya no poseo la energía necesaria, la paciencia y el vigor requeridos para conducir e ilustrar a toda una clase de niños.

Aquí de pie ante el fregadero de la cocina, contemplando la casa de Krovik, enderezo la espalda, creo ver movimiento en el piso de arriba, una presencia, un fantasma, pero la casa está desocupada. Debe de haber sido el reflejo de un avión al pasar. No hay quietud en este mundo. El movimiento de las máquinas está en todas partes: si no en la tierra, sí debajo, encima o surcando los mares. Deseo pedir a gritos que todo se detenga, que la humanidad calle y se quede quieta, apague las luces y apoye la cabeza colectiva en la mesa de nuestra ruina autoinfligida y deje que el mundo se recupere.

No es que no tenga una finalidad, porque sé, al margen de cómo le haya fallado a la tierra, que sigo siendo la guardiana de su historia. Nunca se lo he contado a Rebekah como debería. Todavía es posible que llegue un nieto, que sea receptivo, que escuche la historia del tío abuelo George y el señor Wright, benefactor de la familia Freeman, protector en tantos sentidos, que daba y también recibía, beneficiario de cuerpos libres y mano de obra barata. Condiciones justas, según se contaba siempre en la familia, el señor Wright ofrecía condiciones justas desde el principio, nunca intentaba obtener más de lo que le correspondía, tomaba menos que otros. Era un hombre peculiar, Morgan Priest Wright, un político poco común que sabía que era raro y ocultaba sólo aquello que podía costarle la vida, y al final no fue capaz de ocultarlo y perdió la vida. Reformista de una familia de reformistas, descendía de generaciones de abolicionistas y librepensadores. He conservado su historia, la he escrito más de una vez, mientras otras versiones surgen de la memoria: la forma en que mi madre la contaba, los datos que mi padre excluía, detalles recabados de tías y tíos y abuelos, las habladurías de amigos de la familia e historiadores sociales. He consignado todo lo que puedo recordar y descubrir. No he parado de consignar y recopilar, con la esperanza de que algún día pueda plasmar lo que sé en una versión que dejar a la posteridad. Las palabras pasan como el viento, sus efectos son efímeros, a menos que sean un tornado que arrase la tierra y revele nuevas superficies para vegetación nueva. ¿Qué semillas sembraré?

En los años posteriores a la llegada de Krovik, el sueño se convirtió en una pesadilla: los árboles en llamas de sangre, Donald en llamas, Krovik con una cerilla y una sierra, un monstruo de una película de terror como las que vi hace años, también como las nuevas, las peores que vi esas largas tardes de los fines de semana en el multicine, personas unidas a animales, cuerpos descuartizados y vueltos a juntar, individuos más mecánicos que humanos. Yo había oído hablar de hombres así, que creaban armas a partir de herramientas, hombres que se instalaban sigilosamente en mi mente y de pronto, sin previo aviso, florecían con la fuerza de la mala hierba en un entorno inhóspito. Intenté erradicar a Krovik de mis sueños, o convertirlo en un ser mejor, pero mi concepto de él se volvió espantoso y repulsivo, propagándose en tallos rastreros que colonizaban hasta el último rincón de mis pensamientos. Una vez arraigado, sólo podía eliminárselo envenenando todas las hectáreas que ocupaba, erradicando también a los inocentes, reduciéndolo todo a cenizas. Era demasiado fuerte para mí, demasiado implacable, difundiendo su colonia de casas del terror por una tierra que ya no puedo llamar Poplar Farm. Ese lugar ha muerto, su nombre carece de sentido para todos excepto para Rebekah, a quien nunca le gustó su casa ya de buen comienzo, nunca se contagió del espíritu granjero.

Algunos días, para huir del horror de las obras de Krovik, iba al cementerio, me sentaba en una silla plegable junto a la tumba de Donald, donde escribía y reescribía lo que ahora sé sobre el señor Wright, y no sólo sobre él, sino todas las historias de mi familia. Llené una pila de cuadernos de espiral, registros escolares, de mis tiempos en la enseñanza. En esas cuadrículas sombreadas donde en su día habría anotado la asistencia y la evolución de los alumnos, encontré la manera de dar forma a mi finalidad. Muy adecuado, me pareció, consignar la presencia de mi familia en esta tierra, su propia evolución, los éxitos y los fracasos, las despedidas y los asesinatos, los años de vacas gordas y de vacas flacas, en cuadernos concebidos para medir el sometimiento y la resistencia de los alumnos a un régimen educativo. Al igual que los estudiantes, las familias Freeman y Washington eran súbditas de la nación, que unas veces se sometían y otras se resistían, que con excesiva frecuencia pagaban un precio arbitrario, como si tuvieran la mala suerte de haber sido asignados a la clase de un pequeño tirano. Yo conocí a profesores así, vociferantes y aficionados a la palmeta, gorgonas de ojos saltones maltratadas por sus maridos como esposas y por sus padres como hijas, u hombres autócratas que pegaban a sus mujeres y sus hijas, todos ellos personas que no debían haber tenido cabida en un aula. Yo me enorgullecía de ser firme pero amable, una madre para niños que demasiado a menudo no tenían madre.

No puedo vencer mi odio hacia ese hombre. Sus vehículos desplazaron la tierra hasta que aquello ya no eran campos de labranza, sino algo más duro y más liso. Incluso la hierba que plantó parece artificial, césped sintético que podía limpiarse con aspiradora y restregarse con detergente para eliminar la suciedad, flores que parecían no marchitarse nunca, un parque temático antinatural compuesto de casas de cabeza

puntiaguda y vientre dilatado que gruñen y braman y zumban.

Hasta este año, en verano, cada noche recorría la calle desde mi casa hasta la última de las casas acabadas de Krovik, balanceando una linterna a un costado para que la gente, dentro, supiera que no pretendía pasar inadvertida. No quería que avisaran a la policía de la presencia de un merodeador, a sabiendas de qué verían mis vecinos, una sombra agrandada por la luz de la luna, un *espectro*, y yo sabía que al decirlo se referirían a algo más que un simple *fantasma*, que escupirían esa fea palabra con el fuelle oscuro de la historia en sus pulmones. La gente así ve oscuridad en todas partes e intenta crear un mundo sin noche, en la creencia de que la luz es la única fuente del bien. No conocen la belleza de la negrura, el esplendor de la tierra oscura. Sus luces están en todas partes, inundando los jardines y las casas, impidiendo ver las estrellas. Por primera vez conocí noches de verano sin luciérnagas, como si estas criaturas vieran la luz de esas deslumbrantes casas y comprendieran que no podían competir con ellas.

Ahora enciendo mi vela en esta casa que supuestamente ya no debería ocupar, condenada por cometer el delito de sobrevivir al desarrollo urbanístico circundante. Ajusto bien las cortinas allí donde se unen y espero que se me permita dormir sin molestias durante otro periodo de ocho horas. No pienso abandonar mi casa. No pienso abandonarla hasta que venga el ayuntamiento a derribarla, y entonces saldré con los pies por delante, después de haber sufrido bajo su desmoronamiento, arrepentida por la venta que fue la causa de todo esto, por mi falta de fe en la tierra y lo que aún podría producir. Camino por el entarimado, me quito los zapatos y los calcetines, para sentir en los pies el contacto de las tablas gastadas por el transcurso de las vidas, tablas cálidas en esta noche de finales de verano, como si la madera poseyese su propia fuerza vital, interrumpida por la tala y el desbastado, pero aun así todavía palpitante a un ritmo latente, en espera de que un sentido de la finalidad la volviese a despertar: madera usada con función y utilidad, sentido práctico y razón de ser, a diferencia de la madera resultante de la tala arbitraria de árboles para mejorar la vista o aumentar el valor del suelo, para dejar sitio a las piscinas y los entarimados hechos con tablones procedentes de lugares a miles de kilómetros. Nada de echar árboles abajo y usar algún que otro tronco para tallar molduras muy recargadas destinadas a casas deshonestas. Ese nunca fue el espíritu de esta tierra. En las fotos de los tiempos de la abuela Lottie y el abuelo John aparecen los árboles que conozco desde que nació. En ellas se ven más intactos, les faltan menos ramas, por las muchas que han arrancado los vientos huracanados y los tornados habidos desde entonces. Pero aún se los reconoce. La mayoría de ellos han sucumbido ahora a la sierra de Krovik, abatidos los álamos de la historia. Sólo se conserva la gran masa del bosque, y debo dar gracias por ello: por que Krovik no haya penetrado en su corazón, por que se haya conformado con el descuartizamiento y la decapitación. El bosque ya no puede pensar ni moverse, y sin embargo seguirá latiendo a su manera reblandecida y aturdida, pero vivo.

En medio del viaje de tres días en coche desde la costa este, soportando el embate de los tráilers y los cuatro por cuatro con los que se cruzan, a través de una lluvia tan densa y cegadora que al final ya no ven los coches de delante, tienen que dar por concluido el segundo día de viaje antes de lo previsto y detenerse en un pequeño pueblo a quince kilómetros de la interestatal, donde el único motel está casi lleno de camioneros. Aunque se ha dejado convencer por Julia de que esta es la decisión acertada, de que sus futuros están en algún lugar lejos —muy lejos— de la ciudad donde se han labrado una vida juntos hasta el momento, Nathaniel no puede sacudirse la sensación de que la mudanza no sólo es una idiotez, sino algo potencialmente catastrófico. La sensación, piensa cuando entrega su tarjeta de crédito a una de las dos chicas gordas que atienden en el mostrador de recepción (la otra está viendo el parte meteorológico local, que pronostica más de lo mismo, «*Lluvias torrenciales*», vocifera el meteorólogo dirigiéndose a la cámara con los ojos desorbitados), no sólo tiene su origen en una reacción negativa a la idea de abandonar su ciudad natal, o al pánico que siente por el ascenso en su empresa, sino también en la propia casa nueva y en la perspectiva de vivir una parte de su vida en la periferia de una ciudad provinciana. No habla el idioma del mantenimiento de céspedes y jardines, las barbacoas y las fiestas de urbanización y los picnics del Día de la Independencia, el fútbol y la Liga Infantil y toda la presión social que imagina que acompañará sus días en Dolores Woods. Sus padres nunca le enseñaron ese idioma. Hicieron cuanto pudieron, lo sabe, para asegurarse de que no tuviera ocasión de aprenderlo.

Con las llaves en su poder, y el tiempo que falta para llegar a la casa nueva medible ya no en días o semanas, sino en horas, instalados los tres en una habitación de motel redecorada por última vez hace veinte años, donde las cortinas y las colchas apestan a humo de tabaco pese a que supuestamente es una habitación de no fumadores, donde el repiqueteo del expendedor de hielo que hay fuera junto a la puerta lo arranca del sueño cada media hora cuando el grupo de camioneros alojados al final del pasillo se acerca a trompicones a llenar sus cubos para otra ronda de cerveza, Nathaniel siente la fiebre de la duda y el pesar, a la vez que contiene la respiración mientras en el pasillo tres hombres se echan a reír y el humo del tabaco se filtra por debajo de la puerta y los cubitos tintinean en el plástico barato y sus anécdotas sobre conquistas sexuales contadas en susurros son audibles en la habitación. Desea decirles que se callen y se vayan a la cama, advertirles que están perturbando el sueño de su mujer y su hijo, pero teme lo que pudieran hacer a un hombre tan menudo y a todas luces débil como él. Coge el teléfono para quejarse a recepción, pero suena y suena y nadie contesta.

La casa lleva un tiempo vacía, y su agente inmobiliaria, Elizabeth, les advirtió que sería necesario limpiarla antes de su llegada. Recordando las numerosas habitaciones, decidieron contratar a un servicio profesional. Julia, que después del suicidio de su madre se crio bajo los cuidados poco atentos de su padre en una decadente casa del siglo XVIII a las afueras de Portsmouth, siempre ha sido una fanática de la limpieza, como no lo es Nathaniel. Esta mañana Julia se ducha dos veces, una antes de desayunar en la cafetería frente al motel, otra después. «Vaya sitio tan mugriento — comenta cuando vuelven a incorporarse a la interestatal—. Se me ponía la carne de gallina. ¿A ti no te han entrado ganas de volver a ducharte?». Hay momentos en que Nathaniel, advirtiendo la esporádica tendencia de su mujer a la conducta compulsiva, se pregunta si Julia no habrá heredado algún aspecto de la enfermedad mental de su madre.

Al acercarse a la ciudad desde el este, cruzan un puente por encima de un río que atraviesa varios estados en su curso desde las Montañas Rocosas hasta el golfo de México. El río baja crecido, desbordado en las inmediaciones del aeropuerto, inundando el aparcamiento de un restaurante situado en la ribera y encenagando el puerto deportivo. A pesar de eso, la ciudad no resulta a Nathaniel tan inhóspita como la recuerda: el nuevo estadio de béisbol resplandece, y unos cuantos rascacielos insinúan mayores ambiciones. En los últimos quince años, el término municipal se ha expandido ocho kilómetros al oeste, desde la calle Ciento cuarenta y cuatro hasta la Doscientos cuatro, formándose incontables zonas residenciales en torno a los pequeños pueblos de los alrededores. Ahora la anchura de la ciudad supera en más de cinco kilómetros la longitud de Manhattan, ocupando una superficie casi cuatro veces mayor, pero sólo tiene medio millón de habitantes, el doble si se cuenta la población del «área metropolitana», aún más extensa que la propia ciudad, compuesta de comunidades agrícolas, granjas dispersas en esta franja rural entre dos ríos, un territorio tan resueltamente «no metropolitano» que llamarlo así sería risible, piensa Nathaniel, si no fuera fruto de la desesperación y la condescendencia.

Cuando la autovía accede a Poplar Road, que forma una línea recta de este a oeste, el lustre del barrio ribereño se desvanece. La mayor parte del centro de la ciudad es un mosaico de lo nuevo y lo recién abandonado: edificios de sólo veinte o treinta años de antigüedad, que en su día debieron de ser rutilantes, están ahora desocupados, sus ventanas tapiadas o rotas, salpicados de carteles de ESPACIO DE OFICINA y EN ALQUILER recubiertos de pintadas de genitales flotantes y escenas de apareamientos sexuales, con textos escritos en un lenguaje ante el que Nathaniel desea taparle los ojos a su hijo. Durante un kilómetro o más, Poplar atraviesa páramos urbanos en los límites del centro antes de atravesar la gran autovía de seis carriles que va de norte a sur; luego asciende por una cuesta dejando atrás el conglomerado de edificios de cristal y acero que constituye la sede nacional de la

empresa de Nathaniel.

—Allí está —anuncia, e intenta aparentar orgullo con la esperanza de que Copley mire el lugar donde va a trabajar su padre y perciba cierta sensación de importancia. Pero el barrio vuelve a decaer rápidamente, transformándose en aceras agrietadas e invadidas por los hierbajos, asfalto combado, casas con desconchones, ventanas rotas y madera podrida, un tramo de tiendas y urbanizaciones de mediados del siglo xx en su mayoría deshabitadas, y de pronto un repentino florecimiento de riqueza: mansiones de los años veinte y treinta construidas en pequeñas parcelas a lo largo de calles curvas muy arboladas que rodean la universidad y el parque más grande de la ciudad. Nathaniel y Julia vieron casas en este vecindario, pero no encontraron nada al alcance de su bolsillo. Después de ese breve trecho de prosperidad residencial, Poplar se adentra en un pasillo de edificaciones comerciales, de galerías y restaurantes de comida rápida, megatiendas y centros médicos, oficinas, un centro comercial, bancos, otro laberinto de autovías por debajo en todas direcciones, y luego el comienzo de las urbanizaciones más recientes, una tras otra, hasta que la carretera pasa de seis carriles primero a cuatro y luego a dos. Parece a punto de reducirse a grava y tierra, de biseccionar campos de labranza, cuando llega el brusco desvío a la derecha que conduce a Dolores Woods. La urbanización, en ese día tórrido y calimoso de finales del verano, parece poco más que un pantano infestado de mosquitos, en espera de la siguiente borrasca que está barriendo el continente. Esta noche no se quedarán aquí; la compañía de mudanzas llega mañana, pero querían asegurarse de que todo está en orden, los suelos abrillantados, los estantes sin polvo, el sótano y el garaje fregados.

Por indicación suya, una empresa de jardinería ha cortado el césped y podado los arbustos a ambos lados del sendero enlosado que lleva desde el camino de acceso hasta el porche, dejando los desechos en una pila de compost detrás del garaje. Por un momento Nathaniel se pregunta si debería atravesar el umbral de la puerta con Julia en brazos, pero su espalda no se lo permitiría y Julia protestaría si lo intentara. Nunca han sido esa clase de pareja chapada a la antigua, nada parecido a los padres de Nathaniel, que no permitieron a Julia quedarse a dormir en su casa hasta que se Nathaniel y ella se casaron. En todo caso, ya no hay tiempo para galanterías tontas: de nuevo la lluvia cae a raudales y lo encharca todo, y aunque ellos están a resguardo en el porche delantero, los tres entran apresuradamente.

Paul está en la cocina cuando llegan los nuevos ocupantes. Ayer los del servicio de limpieza, arrastrando ruidosamente el equipo por los suelos, estuvieron a punto de sorprenderlo. Él se encontraba en la antigua habitación de Carson cuando la cuadrilla de seis mujeres con uniforme rojo y blanco irrumpió vociferando por la puerta de la calle. Al oírlas, bajó sigilosamente por la escalera trasera y atravesó la cocina y entró en el sótano antes de que nadie descubriera su presencia.

Se oyen los portazos de un coche. Se agacha por debajo de la ventana pero no

antes de vislumbrar cabello castaño bajo una capucha verde. Llaves en la puerta de la calle, la andanada de sonido cuando se abre, la lluvia en el pavimento exterior y el tejado. Agazapado en la cocina, escucha mientras el hombre y la mujer hablan en voz alta, y oye las pisadas de una tercera persona.

No-eils. No-els. No-ils.

Son tres: las dos voces, un tercero callado.

Mientras decide qué hacer, espera, a sólo unos pasos de ellos, que están en el pasillo. Si tose, lo oirán. Si le chirrían las suelas en el suelo, sabrán que no están solos.

—Dios, qué oscuro está esto —oye decir a la mujer—. Voy a ver la cocina.

Mientras contiene la respiración, oye el peso de ella en el entarimado. Avanza por el pasillo en lugar de cruzar el comedor. Paul huele su perfume —a rosa, como el de su madre— cuando sale de la cocina y se escabulle escalera abajo hacia el sótano. Al pie de la escalera se oculta detrás de la barandilla, alza la vista, atisba unos zapatos y un pantalón y, agachándose para no ser visto, entra apresuradamente en la despensa, se cuela por la trampa y la cierra con cuidado mientras se oyen las fuertes pisadas de los tres en su cocina. Sin cerrar la puerta de contención, se estira cuan largo es en el suelo y, rozando con la oreja la trampa de madera, escucha a los intrusos.

Recorriendo la casa por delante de sus padres, Copley emite sus extraños sonidos, el ronroneo, los silbidos y el glugluteo que sacan de quicio a Nathaniel, porque parecen indicar, o eso cabría pensar, que su hijo no sólo es un niño excéntrico, sino también que está trastornado. Esos sonidos empezaron hace sólo unas semanas, cuando comenzaron a aparecer las cajas, a guardarse la ropa y los adornos, a desecharse baratijas. Los primeros sonidos fueron gorjeos en lugar de «sí» o «no», trinos parecidos a los de un ave que se transformaron en ruidos más guturales y mecánicos, que a su vez sustituyeron a otras palabras y expresiones: «quizá», «ajá», «ahora no», «buenos días», «buenas noches», «por favor, para ya», «déjame en paz», «tengo hambre». Julia iba elaborando una «partitura léxica y sintáctica», como ella lo llamaba, registrando en forma de notación musical los significados de los sonidos en la medida en que los entendía.

—Es su manera de manifestar su malestar —dijo Nathaniel a Julia cuando aumentó el ritmo de la producción de ruidos en los días previos a la mudanza—. Pretende llamar la atención.

—Es posible, pero no son sonidos al azar. Tienen coherencia. Está todo muy pensado —aseguró Julia.

Desde que se marcharon de Boston, Copley ha sustituido el habla por sonidos la mayor parte del tiempo, pero en lugar del enrevesado vocabulario sónico, en las últimas semanas se ha producido una acusada regresión: pitidos y penetrantes notas ascendentes en las respuestas afirmativas a las preguntas; notas descendentes si

Copley quiere decir «no»; un *zzzhhh* entrecortado y monocorde si no quiere definirse o es reacio a expresar un significado más complejo. Hay momentos en que a Nathaniel le entran ganas de lanzar algo a su hijo —un vaso de agua, una manzana, un jarrón— y decirle que pare ya y se comporte como un ser humano. Eso le hacía a Nathaniel su propio padre: en una ocasión le tiró café a la cara en el desayuno cuando consideró que las respuestas de Nathaniel a sus preguntas eran de algún modo inadecuadas, demasiado monosilábicas, demasiado groseras. «Contesta cuando se te habla —había ordenado Arthur—. Deja de comportarte como un salvaje». El café llevaba diez minutos en la taza y ya no estaba muy caliente, pero sí lo suficiente para doler por un momento, y la acción fue tan violenta que Nathaniel salió corriendo del comedor y se quedó encerrado en su habitación el resto del día. No fue la única vez que Arthur actuaba así.

Ahora, cuando Nathaniel siente el impulso de arrojar algo a Copley, rescata ese recuerdo, el salpicón de café en la cara, y que se quitó de inmediato la ropa que llevaba puesta y a la mañana siguiente la tiró al cubo de basura del vecino cuando iba de camino al colegio con la nota que su madre le había puesto en la mano mientras su padre miraba colérico en otra dirección, una nota que explicaba que había estado enfermo el día anterior. Si alguna vez por casualidad percibe el olor de la marca del café que bebía su padre, una marca muy corriente, las náuseas lo asaltan invariablemente.

Hasta hace unos meses Nathaniel y Copley tenían una relación feliz, aunque a veces difícil, difícil por lo inteligente que es Copley, y al mismo tiempo, incluso antes de empezar la producción de sonidos mecánicos, por no comunicarse de la forma más natural y más humana: tardó en hablar y sólo estaba dispuesto a conversar en sus propias condiciones. La alegría de tener un hijo, siempre había imaginado Nathaniel, estribaba en llegar al punto en que dicho hijo podía razonar y mantener conversaciones inteligentes. Copley aprendió a leer a los tres años, y ahora, a los siete, debería haber alcanzado por fin esa fase. Para creciente frustración y angustia de Nathaniel, en cambio, ahora cuando pregunta algo a Copley, su hijo a menudo pone la misma cara que si los términos de la interrogación fueran tan ilógicos que no supiera cómo responder y recurriera al *zzzhhh* mecánico, el sonido de un ordenador viejo procesándose a sí mismo hasta el punto de echar humo de agotamiento. Si está de un humor especialmente bueno, puede que Copley se encoja de hombros en silencio, pero la mayor parte del tiempo el niño actúa como si su padre no hubiera dicho nada, como si el habla paterna fuera algo que sus circuitos neuronales no pueden interpretar. Julia, aunque contraria a la idea, ha aceptado que tal vez convenía llevar al niño al psiquiatra: «Un manual diría que es por la mudanza. Necesita adaptarse. Y se adaptará. Pero sí, estoy de acuerdo —dice—. Se nos está yendo un poco de las manos».

Nathaniel observa a su hijo entrar a paso de marcha en la cocina desde el pasillo. Oye abrirse puertas de armarios y nuevos sonidos, como si la pequeña máquina

sintiera curiosidad o sorpresa o decepción por lo que descubre. Al margen de lo que Nathaniel pueda opinar sobre esta conducta, indudablemente Copley tiene cierto sentido del humor, y eso por sí sólo debe de ser prueba de que no es un psicópata, un sociópata o cualquiera de los diagnósticos que, teme Nathaniel, podrían ser aplicables en vista de lo que sabe sobre el historial de enfermedades mentales por el lado de la familia de Julia.

—¿Sigues pareciéndote igual? —pregunta Nathaniel a su mujer mientras están en el comedor mirando las paredes y el entarimado. Fuera, la lluvia arrecia, repiqueteando en los cristales, y una ráfaga de viento azota lateralmente la casa, sacude las ventanas de los lados norte y oeste, ulula en la chimenea a la vez que la parte superior del edificio gime como si se preparara para desprenderse de su eje. El aire acondicionado está puesto y la casa se nota helada y seca. Acude a su cabeza la palabra «sepulcral», pero no le suena bien. Desde luego una casa no puede ser «sepulcral».

Aunque pareciera espaciosa y con personalidad a primera vista, allá a mediados del verano, ahora se la ve exactamente como es: una casa enorme, vacía y oscura, los rincones estrechos y afilados, como si toda la estructura estuviese inmovilizada en un espasmo enerve. Por alguna razón, el espacio, la disposición de las habitaciones, la proporción entre paredes y ventanas, la pesadez de los zócalos y las molduras del techo producen a Nathaniel una sensación de claustrofobia. Un temblor le recorre los hombros y le baja por la espalda. A pesar de la lluvia, intenta abrir las ventanas de todas las habitaciones en las que entra, pero están todas cerradas con llave. Se desabrocha el cuello y un botón más de la camisa, se alborota el pelo para tener la sensación de que se lo agita la brisa. «Estoy teniendo un ataque de pánico, es sólo un ataque de pánico. Este sitio no tiene nada de malo. Cálmate. Inspira y exhala, hay oxígeno de sobra». Al ver su reflejo en una ventana, piensa por un momento que hay otra persona en la habitación.

—¿Tenemos las llaves de las ventanas?

Julia toma notas a la vez que escruta los rincones oscuros con los ojos entornados.

—Debe de ser una de estas —dice, y le pone el llavero de la agencia inmobiliaria en la palma de la mano. Ninguna de las llaves es tan pequeña como para encajar en las cerraduras de las ventanas.

—Habrás que llamar a un cerrajero. Tiene que ser posible abrir las ventanas. No vamos a pasar la vida en una casa con ventanas que no se abren. Seguro que está prohibido por si hay un incendio o por razones de salud.

—Hay muchas cosas que hacer. Cálmate —dice Julia, y anota algo en su sujetapapeles.

Él ve la palabra CERRAJERO, pero se queda igual de inquieto. Con la mirada fija en el dibujo de las paredes vacías del comedor, es incapaz de moverse, porque cada vez que se vuelve para mirar por una ventana a ese mundo gris oscuro, ve su propio reflejo. ¡Todo este espacio! ¡Este espacio interminable, asfixiante, devorador! Quizá

aún no sea demasiado tarde para echarse atrás. Claro que es demasiado tarde. Ya está todo hecho: las firmas, los traspasos y las transacciones. Las llaves y la casa son suyas; la hipoteca es su carga; el edificio y la parcela que ocupa son su nueva responsabilidad. ¡Dios santo, qué error!

Cuando Copley vuelve de la cocina y atraviesa la habitación a paso de marcha, Nathaniel reconoce los movimientos de la función de danza: aquella mujer enseñó a su hijo a marchar como un soldado de plomo en *El cascanueces*. La clase de danza fue otro error. Habría sido mejor el fútbol o, mejor aún, la natación. Su hijo había destacado en natación, un deporte sin la expectativa de que los padres participasen, salvo como espectadores, sin la presión de correr y pasar un balón, de intentar un movimiento de pies imposible para un cuerpo que no sabe nada de deporte. Además, en un niño con aptitudes para la natación no hay nada de sospechoso, al contrario de lo que ocurre con un niño predispuesto a la danza. Nathaniel vio cómo enarcaban las cejas sus amigos cuando oían hablar de las clases de danza, o cuando Julia invitó a algunos de ellos a la embarazosa función; embarazosa porque Copley tenía un talento natural, movimientos convincentes, fluidos y nada cohibidos, una magia y una gracia increíbles. Ese era el verdadero horror. Si al menos la inteligencia física pudiera encauzarse hacia una disciplina más masculina... Aunque lo cierto es que a Nathaniel no le preocupa en qué clase de persona se convierta Copley. Si resulta que más adelante en la vida se enamora de algún hombre, Nathaniel lo aceptará, naturalmente, pero no quiere un hijo que haga cabriolas.

Los tres recorren en círculo la planta baja tal como hicieron con la agente inmobiliaria, Elizabeth, cuyos argumentos de venta, por persuasivos que fuesen, no impidieron que la cabeza de Nathaniel se precipitara en una trayectoria con rápidas ramificaciones de complicaciones horrendas y defectos ocultos en la estructura. Coincide con Julia en que el papel de pared, que imita un dibujo antiguo, y las molduras pintadas tendrán que desaparecer; la casa quedará mejor, más de su estilo, cuando las paredes y los techos sean de un blanco uniforme.

—Pero ¿sigue gustándote? —pregunta él.

Ella, sorprendida, echa atrás la cabeza con un respingo.

—Claro que sí. Lo que importa es la casa, Nathaniel, no la decoración. Ya lo verás. Esta casa de verdad tiene algo.

Después de vivir tantos años en unas pocas habitaciones, Nathaniel debe admitir que siente alivio al verse por fin en un espacio amplio, como que el que conoció de niño; de hecho, una casa más grande que aquella en la que se criaron su hermano Matthew y él. Siempre le había preocupado que Copley creciera en un apartamento, temiendo que la vida en un lugar con gran densidad de población y lejos de la naturaleza pudiera ejercer una especie de efecto distorsionante en la cabeza del niño. Su conducta de los últimos meses parece haber *corroborado esta hipótesis*, como se complace en decir Julia. Aquí, en esta nueva ciudad y esta nueva casa, el niño puede correr libremente en el jardín vallado, tenderse bajo los árboles y encontrar una

manera de relacionarse con el mundo, tal como hizo Nathaniel en su infancia. Enseñará a Copley a trepar, quizá incluso encargue a un carpintero que construya una casa en lo alto de un árbol. Los fines de semana los tres pueden abrir la verja trasera y adentrarse en el bosque, parte del cual ahora les pertenece, y desde allí ir de excursión a la reserva natural y luego hasta el río grande y ancho, donde se sentarán en la orilla, pescarán durante horas, disfrutarán de un pícnic, imaginarán que son viajeros que cruzan el país de extremo a extremo a bordo de una balsa, y al final del día volverán a casa cansados pero relajados y otra vez listos para afrontar los desafíos de la semana. Nathaniel sabe que será una forma de vida mucho más saludable que la que tenían en el este. Dispondrán de tiempo y espacio y libertad para hacer ruido de maneras que no eran posibles en un apartamento. Han pasado demasiados años bajando el volumen de sus aparatos de música y sus televisores, demasiados años advirtiéndole a Copley que utilice su «voz de puertas adentro», demasiados años sin pasar la aspiradora o poner la lavadora después de las seis de la tarde. Ahora ya no tienen que preocuparse por los vecinos: pueden hacer todo el ruido que quieran y nadie se quejará.

Al terminar la inspección de la planta baja, los tres pasan al piso de arriba, Copley con su ronroneo y su glugluteo a la vez que intenta subir por la escalera con las rodillas trabadas, las piernas rectas como vigas. Nathaniel reprime el impulso de decir algo, consciente de que si crea un conflicto por eso, Copley es muy capaz de echarse a llorar, esconderse en un armario y aporrear el suelo con los puños como ha hecho en varias ocasiones cuando Nathaniel, imponiéndose la frustración a su deseo de paz familiar, ha levantado la voz a su hijo para obligarlo a parar.

—Cop...

—Es la adaptación —susurra Julia, y coge a Nathaniel del brazo—. Dale tiempo para autocorregirse. Necesita hacerlo a su manera. Lo del soldado es un punto de continuidad entre esto de aquí y Boston. Si dura demasiado, le diremos algo.

—Tenemos que encontrar a un psicoterapeuta... un psiquiatra. Es necesario evaluarlo.

—Por favor, Nathaniel, no nos precipitemos. Veamos si el problema se resuelve por sí solo.

—Pero tú estabas *de acuerdo* —dice Nathaniel, saliendo sus palabras a borbotones entre sus dientes apretados; él mismo se sorprende de su propia rabia repentina.

Julia le suelta el brazo y lo mira casi con expresión de miedo.

—Yo estaba de acuerdo en planteármelo, Nathaniel. Creo que *debemos* planteárnoslo, pero no estoy preparada para tomar una decisión en este momento, con tantas cosas en marcha.

Se oye un ruido sordo en el pasillo. Nathaniel se asoma y ve a Copley abalanzarse de cabeza a paso de marcha contra la ventana del mirador, como un insecto desconcertado ante un cristal.

—Copley. Basta ya. Vas a hacerte daño. Podrías traspasar ese cristal.

Nathaniel apoya las manos en los hombros de su hijo y lo obliga a darse la vuelta, pese a que las ventanas son de triple cristal y no hay apenas riesgo. En el apartamento de Boston Copley nunca se acercaba a las ventanas, cerradas herméticamente, por miedo a la vertiginosa altura de las veinte plantas.

El niño cruza el pasillo y entra en uno de los dormitorios vacíos, glugluteando y pisando ruidosamente hasta que se topa con otro obstáculo inamovible. *Pumba pumba pum*. Nathaniel teme que lo que sea que le está pasando exija algo más que terapia para corregirlo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —pregunta Nathaniel a la vez que Julia se lleva un dedo a los labios.

—¿Qué quieres decir? —pregunta en un susurro.

—Después de clase. ¿Quién va a cuidar de él? ¿Y durante las vacaciones?

—¿Un servicio de guardería?

Nathaniel niega con la cabeza.

—Demasiadas historias de terror.

Copley desiste, da media vuelta y camina con normalidad desde el dormitorio situado al final del pasillo hasta la habitación que Nathaniel ha elegido como despacho.

—Pues no vamos a contratar a una niñera, si es eso lo que estás pensando. Queda muy elitista —dice Julia.

—Una *au pair*, pues.

—Como si eso fuera mejor que el servicio de guardería. Es igual de azaroso.

—Al menos estaría en casa. Al menos podríamos controlar el entorno en que se mueve, la clase de valores...

—Por Dios, Nathaniel, pareces un fundamentalista.

—Lo único que digo es que no sabes qué vas a encontrar en el entorno de un servicio de guardería, quién va a cuidar de tu hijo, qué van a decir y hacer y qué ideas inculcará todo eso en su cerebro que tal vez nosotros no queramos que le sean inculcadas. Y en todo caso, dijiste...

—Baja la voz.

—Dijiste que el servicio de guardería de la universidad no acepta niños en edad escolar, y mi empresa no reconoce la existencia de niños fuera del horario lectivo. Así que eso implica buscar otra solución, un centro privado, ¿y cómo sabemos que es bueno? No conocemos a nadie en esta ciudad. No sabemos de qué recomendaciones podemos fiarnos. Yo sólo... Parece que sería más seguro tenerlo en casa. No será para siempre. Cuatro o cinco años, y después podrá quedarse solo.

—Un niño solo en casa. ¿Recuerdas el pánico moral que generaba esa situación, un niño solo en casa, cuando nosotros éramos pequeños?

—Yo me quedaba solo.

—Tu madre trabajaba en casa, Nathaniel. No es lo mismo.

—Pero no me vigilaba. Era como si estuviera solo. No fue perjudicial para mí.

Julia lo examina con su expresión de solucionadora de problemas, benévola y curiosa y calibradora, sopesando todos los factores.

—Esto tenemos que hacerlo *bien*, Nathaniel.

—No repitas tanto mi nombre. Cuando pretendes salirte con la tuya, siempre intercalas una y otra vez mi nombre mientras hablas.

—¿Qué te pasa hoy?

—No me pasa nada. Mudarse es estresante. ¿Tú no estás estresada?

—No, Nathaniel, sólo...

—¿Lo ves?

—No, no estoy estresada, y no estoy intentando salirme con la mía.

Se oye la cadena del váter, y Copley vuelve al pasillo, con el pelo aplastado después de alisárselo con los dedos mojados, ya sin los desiguales contornos de la naturaleza, lo que le confiere un aspecto manufacturado, de algo vertido en un molde y esmaltado. Mientras regresa a paso de marcha a uno de los dormitorios vacíos, se vuelve hacia sus padres.

—Oíds esto. Yo me quedo con esta habitación —dice.

Parpadea dos veces y levanta los ojos hacia el techo, tanto que sólo se le ven los blancos, y da la impresión de que ni siquiera tiene ojos.

Cierran la casa con llave y vuelven al hotel donde se alojan. Durante unas horas, en la cena y antes de acostarse, Copley actúa como un niño normal, pronunciando las palabras con claridad y contestando con frases completas.

En el restaurante se pide él mismo la comida y se muestra cortés con el camarero. De regreso a la habitación, pregunta si puede ver la televisión antes de irse a la cama en lugar de leer un libro, y cuando Nathaniel y Julia se muestran de acuerdo en que en esta única ocasión, porque pasan la noche en un hotel, se le permitirá una actividad normalmente prohibida excepto por media hora los fines de semana, les da las gracias de manera tan sincera que Nathaniel siente un nudo en la garganta. Por un momento le parece increíble la facilidad con que se puede producir tanta felicidad. Y cuando le dicen a Copley que es hora de irse a dormir, el niño apaga el televisor, pliega la ropa, la guarda en su pequeña maleta, y va a lavarse los dientes sin necesidad de que se lo digan. Nathaniel mira a Julia, los dos enarcan las cejas, sonrían y dan a su hijo un beso de buenas noches cuando se mete bajo las sábanas de su cama de matrimonio. Así eran las cosas en otros tiempos, así de fáciles eran las relaciones entre ellos tres. En retrospectiva, habría sido más sensato, sin duda, avisarle más tarde y darle así menos tiempo para preocuparse por lo que implicaba la mudanza: dejar de ver a los amigos, abandonar el colegio de Boston donde siempre se había sentido tan feliz.

A diferencia del motel de la noche anterior, el hotel de hoy, uno de una gran cadena, situado en el parque del centro, es tranquilo. Acercándose a Julia,

envolviéndose en su cuerpo, Nathaniel se queda dormido sin dificultad y sueña que los tres van de viaje junto con un numeroso grupo turístico. Al principio, Copley y él están sentados en la parte delantera del autobús, pero después de una parada para visitar una tienda de *souvenirs*, una trampa para turistas, Copley va a sentarse con Julia al fondo y Nathaniel se queda solo delante, detrás de un calvo. En el respaldo del asiento de este hay un bolsillo de plástico que contiene varios folletos. Nathaniel saca uno, lo hojea, pierde el interés y, al intentar volver a meterlo en el bolsillo, descubre que ya no cabe. El otro hombre empieza a impacientarse y le dice que más le vale dejar de golpear el asiento. «Me estás molestando, gilipollas». Nathaniel se ofende por el vocabulario de ese hombre y le recuerda que hay niños a bordo. El calvo se pone en pie, con los puños en alto, y Nathaniel ve por primera vez que sólo tiene un ojo, en el centro de la cara, que mira furioso por encima del caballete de la gruesa nariz. Nathaniel despierta jadeando y ve, en la oscuridad, que Copley lo observa fijamente, y la luz de la calle se refleja en el globo blanco vidrioso del ojo expuesto de su hijo.

A la mañana siguiente se reúnen con los transportistas en la casa. En cuanto Nathaniel ve a los dos hombres que se apean del camión, piensa en feriantes: voceadores y vendedores ambulantes reclamando la atención del público desde sus tenderetes, ocupándose de sus atracciones y eligiendo a los clientes más propicios. El mayor de los dos tiene el pelo blanco, largo hasta la nuca, con una única entrada uniforme que llega más allá del punto más alto de la cabeza, y su mono azul marino se le ciñe al cuerpo, dibujándose debajo el amplio hemisferio de la barriga, que traza un arco desde la entrepierna hasta el esternón: un payaso malvado, de ojos pequeños y brillantes, papada, unas mejillas que piden a gritos maquillaje blanco y una nariz tan roja y redonda que parece a punto para la pista central. El otro hombre, más joven, semejante a un hurón y de mirada esquiva, es quien se encarga de acarrear los bultos más pesados. Se mueve deprisa y sortea ágilmente las esquinas, corre del camión a la casa una y otra vez silbando a través de la mella entre los dos dientes delanteros, una melodía que Nathaniel reconoce pero no identifica: música de feria, o una canción de una orquesta de *jazz* que escuchaban sus padres. El hurón podría tener entre poco menos de veinte años y casi cuarenta, con un rostro infantil y arrugado que podría ser señal de una adolescencia tardía o de años de alcoholismo. Cuando toca mover las camas y los sofás y los muebles más grandes, los dos trabajan juntos, adquiriendo el payaso malo un color morado hígado, resollando y jadeando a cada paso.

Ha dejado de llover poco después del amanecer, y Copley juega solo en el jardín de atrás. Julia le ha dicho que se quedara fuera, pero Nathaniel se siente obligado a comprobar una y otra vez que su hijo no se ha extraviado al otro lado de la alta valla o intentado trepar a uno de los altos álamos. La vida en un rascacielos presentaba pocas oportunidades para padecer daños físicos graves: sin árboles a los que subir, no

existía el riesgo de caídas de consecuencias catastróficas.

—¿Cop? ¿Estás bien? —Nathaniel, bajo el tejadillo del porche trasero, observa a Copley caminar con las rodillas trabadas, trazando aparentemente una cuadrícula en la ligera pendiente del jardín trasero que desciende desde el porche hasta la valla en el límite del bosque—. ¿Copley?

El niño se detiene, dobla el cuerpo por la cintura con una inclinación de cuarenta y cinco grados, gira la cabeza hacia su padre y baja el brazo en un ángulo fijo. Nathaniel contrae las manos en busca de algo que lanzarle y, sin darse cuenta, tiende la mano hacia un objeto ausente. Coge un palo, una escoba, golpea a su hijo hasta que el niño accede a hablar y comportarse como una persona normal. Tales escenas prenden ante él de vez en cuando: arden los dos, se elevan en forma de humo, burbujean, y sus pieles se chamuscan.

Se miran por un momento, y Copley parpadea dos veces, vuelve la cabeza, se yergue y reanuda su campaña a través del jardín.

—¿Quieres subir a un árbol?

Copley, sin responder, persiste en su marcha.

—Si te apetece, llámame y te ayudaré. Pero no lo intentes solo, ¿vale? No quiero que te caigas, chaval.

A pesar de dos largos descansos para fumarse un cigarrillo, los transportistas tardan menos de tres horas en entrarlo todo en la casa. Nathaniel siempre pensó que tenían demasiadas cosas, pero ahora descubre que hay habitaciones enteras desocupadas. En lugar de parecer que Nathaniel y Julia acaban de instalarse en la casa, da la impresión más bien, por el palpable vacío, de que otras personas están a punto de abandonarla.

Si ayer sintió claustrofobia, hoy las habitaciones se le antojan inmensas e intimidatorias, tan difíciles de llenar en apariencia que Nathaniel desea decir a los transportistas que lo vuelvan a cargar todo y lo lleven derecho a Boston. Compraron la casa sin detenerse a pensar debidamente en la clase de muebles que tienen y cómo quedarían en el nuevo espacio. Sólo ahora, metido todo ya en la casa, Nathaniel comprende, con un creciente y ácido arranque de ira y confusión, que sus sofás, butacas, aparador y juego de comedor de líneas austeras son como muebles de juguete en los inmensos territorios de esta casa nueva. Allí donde Nathaniel mira, tiene la sensación de que una cantidad considerable del volumen y la masa de su antigua vida en Boston debe de haberse perdido. Como Julia organizó la mudanza, Julia debería dar una explicación. La llama y, después de buscarla durante diez minutos, la encuentra sola en el sótano.

—Faltan cosas. Esos hombres están a punto de marcharse, y esto no pueden ser todas nuestras pertenencias. ¿Dónde está lo que falta?

—Cálmate, Nathaniel —dice ella. Tiene la atención puesta en su tarea entre manos. Tacha los números de su inventario de bultos, abre cajas, desliza los dedos

por encima de las superficies de metal y plástico.

—Pero ¿dónde están nuestras cosas, Julia?

—Cálmate. Deja de comportarte como un niño. Todo está bajo control. —Levanta el inventario para que él lo examine—. Está todo aquí, entregado e intacto. He verificado todas las cajas y los muebles y no encuentro ni un solo arañazo en ningún sitio.

Nathaniel sabe que debe confiar en ella, pero en el último momento vuelve a salir apresuradamente y alcanza a los transportistas justo cuando están cerrando el camión.

—¿Les importa que eche un último vistazo? —pregunta alzando la voz y agitando los brazos—. Tengo la corazonada de que se han olvidado algo.

El payaso malo mira a Nathaniel y después la tablilla que sujeta el impreso ya firmado por Julia para confirmar la recepción de sus enseres. En la otra mano el payaso sostiene un fajo de billetes de aspecto húmedo, la propina que Julia acaba de darles. Nathaniel comprende que, delegando en la capacidad organizativa superior de Julia, ha renunciado al respeto que los transportistas pudieran haberle mostrado en caso contrario. La coordinación de las mudanzas y el pago de las propinas son actividades en el curso de la vida que la mayoría de los hombres —los hombres como esos transportistas— esperan que asuman otros hombres. Nathaniel ni siquiera tiene la menor idea de cuál sería la propina adecuada, ni se ha dado cuenta, hasta este momento, de que Julia ha pensado con antelación suficiente para tener efectivo a mano. Ese, como otros muchos, es un detalle del que nunca han hablado.

—Su *mujer*... —dice el payaso con la voz ronca por efecto del alquitrán—. Ella tenía la *lista*.

—Ya lo sé, la lista de verificación, el inventario. El manifiesto.

—Ella lo ha tachado *todo* en esa lista, jefe. Está todo en la casa. En el camión no queda nada. —Se ríe y apaga el cigarrillo en el tejado de pizarra del buzón. Nathaniel tiende la mano para retirar la ceniza y frota la marca que ha dejado la colilla.

—En cualquier caso, me gustaría echar un vistazo dentro; tengo la sensación de que algo puede haberse olvidado. No digo que sea culpa de nadie, entiéndanme, pero así me quedaría más tranquilo. Vamos, sólo una ojeada. No será ni un minuto.

El payaso lanza una mirada al hurón, que, limpiándose las manos con un trapo azul manchado de grasa, señala con la cabeza la caja del camión. Nathaniel sigue al hombre más joven y fibroso y lo observa mientras manipula el mecanismo de cierre. Unos hombres más amables embalaron las cosas en el apartamento de Boston y cargaron las pertenencias de Nathaniel y Julia en un camión mucho más grande que este. En algún punto las cajas y los muebles deben de haberse trasladado a este vehículo de reparto más pequeño, lo que significa que cualquiera podría haber manipulado sus enseres: desde luego parece muy posible que hayan desaparecido varios objetos, o incluso puede que los hayan robado por el camino. Nathaniel confiaba en los primeros transportistas, dos hombres de Roxbury unos diez años mayores que él, que hablaban de trivialidades y bromeaban y tomaban el pelo a

Nathaniel de manera cordial, preguntándose por qué quería alguien marcharse de Boston.

Cuando las puertas vuelven a abrirse, Nathaniel lo ve: al fondo, cerca de la cabina, una pequeña caja de cartón gris. Se encarama al contenedor de carga, temiendo por un momento que esos hombres cierren la puerta y se marchen con él, lo vendan como esclavo en la trata de blancos y lo envíen al extranjero, donde jamás lo encontrarían ni rescatarían, y tendría que pasar el resto de su vida montando teléfonos u ordenadores o procesando desechos tecnológicos en una nación en desarrollo, o lo mantendrían vivo sólo el tiempo suficiente para extraerle los órganos y mandarlos al mercado negro, para trasplantarlos a los cuerpos de señores de la guerra, oligarcas e hijos de dictadores. Ve todas esas posibilidades en los ojos de esos hombres, que esperan, se preparan para el momento en que él muestre su vulnerabilidad básica.

En el contenedor de carga flota un hedor a sobaco y se nota el contacto áspero de la arenilla bajo los pies. Unos manchurroneos alargados de óxido, muy semejantes a sangre seca, llevan a Nathaniel a preguntarse si acaso el camión se ha utilizado para alguna macabra carnicería. A los lados cuelgan unas tiras de lona empleadas para inmovilizar cajas y muebles, que igualmente podrían utilizarse para atar un cuerpo hasta que el médico sin escrúpulos confabulado con esos hombres pudiera someterlo, anestesiarlo y despellejarle la espalda.

En una caligrafía que Nathaniel no reconoce como suya o de su mujer, la caja lleva el rótulo NIÑO-DORMITORIO, pero a diferencia de las otras cajas de la mudanza, esta no presenta número de identificación; no tiene cabida en el ordenado inventario de bultos de Julia. Sin número, la caja no existe. ¿Cuántas otras cosas, ahora dispersas desde hace mucho tiempo, pueden haber sido pasadas por alto, no numeradas, vendidas a un tipo distinto de mercado negro de bienes robados? Coge la caja, se la mete bajo el brazo y sale a toda prisa del camión. El pánico le recuerda un día de su infancia en que se quedó encerrado solo dentro de casa mientras la canguro y Matthew estaban fuera y no encontraban forma de abrir la puerta. Él no debía de tener más de tres o cuatro años por aquel entonces, muy pocos para comprender el funcionamiento automático de una cerradura Yale, o saber que la barroca llave de plástico de juguete sacada de su dormitorio no servía de nada. No sólo se había sentido atrapado, sino también separado de cualquiera que pudiese ofrecerle auxilio, incapaz de comprender los mecanismos que podían liberarlo.

Cuando Nathaniel sostiene la caja para que los hombres la examinen, no dicen nada. Armar jaleo por este desliz podría conducir a una situación desagradable y peligrosa, a una reyerta callejera a la vista de los nuevos vecinos, a un pincho clavado en su vientre, encontrando el gordo una reserva de fuerza atroz y apaleándolo sin compasión de tal modo que no le quedara más remedio que someterse al castigo y acabara atado de pies y manos con hilo de nailon y cargado en el camión, donde lo degollarían aun cuando le dejaran intactos los órganos. Sea cuales sean sus intenciones y sus contactos en el mundo del hampa, Nathaniel no tiene la menor duda

de que estos dos hombres son capaces de la maldad. Juntos han entrado y salido de la casa, descubierto todos sus secretos; quizá incluso hayan encontrado la forma de hacer copias de las llaves de la puerta de la calle: esos hombres podrán pasearse sin que nadie los vea por las habitaciones que ahora parecerán siempre contaminadas, poco seguras.

Desde el borde de su jardín nuevo, Nathaniel observa cuando el hurón vuelve a subirse a la cabina. El payaso sonríe y dirige un extraño saludo.

—Disculpe por eso. Hasta la vista, amigo —dice. No tan malo después de todo; de hecho, bastante cordial.

Nathaniel mira mientras recorren la calle hasta la rotonda de Dolores Woods y allí cambian de sentido para salir del vecindario. Al pasar por delante, el hurón se asoma por la ventanilla, apunta con el dedo a Nathaniel, amartilla el pulgar y, sonriendo, dispara un tiro invisible; después lanza un viscoso escupitajo que traza un arco desde la ventanilla. Risas. Chillidos. Una grosería que Nathaniel prefiere no oír.

No ha vivido en una casa desde que abandonó la de sus padres para ir a la universidad. Después de dos décadas viviendo en apartamentos, siente una repentina y vertiginosa ingravidez, una total vulnerabilidad. Los hombres vociferan otra vez por las ventanillas abiertas mientras el camión pasa frente a la antigua casa de labranza situada a la entrada de Dolores Woods, gira por Poplar Road y casi embiste a un autobús escolar amarillo cuyo conductor, con un potente bocinazo, dobla por Abigail Avenue y choca con el indicador de la urbanización, un cartel de tablas de falso estilo victoriano. Todo es inestable, la acera movediza y fluctuante bajo los pies de Nathaniel. Hay una razón por la que vivieron en la ciudad durante tantos años y eludieron las zonas residenciales de las afueras. Las afueras son un lugar aislado, peligroso y expuesto. Sin esperar a la policía, el autobús escolar arranca otra vez, da marcha atrás unos metros y se reincorpora a la calle para proseguir su ruta.

Nathaniel necesita aire. Deja la caja en el camino de acceso y baja a la calzada, desde donde contempla las casas acabadas, los cimientos abandonados, los campos vacíos al norte. Volviéndose para mirar lo que ahora es su propia casa, ve cambiar la luz por el paso de las nubes, y mientras las sombras se deslizan por el revestimiento, la casa parece moverse como un animal dormido que cambia de postura: el gran hastial de la fachada se tuerce, las ventanas parpadean, el porche se dilata hasta cobrar forma de vientre hinchado. El sol sale por un momento, y una vez más la casa permanece inmóvil, pero hay un continuo y leve zumbido, quizá de los aparatos de aire acondicionado o los generadores, sólo que el sonido tiene un insistente timbre orgánico modificado: cigarras nanotecnológicas sintonizadas a una nueva frecuencia. Repentinamente una persona se yergue tras una de las ventanas de la primera planta, y por un momento Nathaniel tiene la certeza de que hay ahí un hombre, de pie detrás del cristal, mirándolo, con los puños en alto. Pero entonces la luz cambia, las nubes convierten las ventanas en espejos, y el hombre desaparece.

—Se olvidaban una cosa —anuncia Nathaniel, y deja la caja de cartón en el suelo del pasillo.

—*Imposible* —afirma Julia. En su sistema no cabe una caja perdida—. Lo he tachado *todo* en la lista, Nathaniel. No puede ser nuestra.

—Lo es. Se te ha pasado por alto —dice, a pesar de que han estado haciendo un esfuerzo para no restarse puntos el uno al otro por trivialidades.

Julia se agacha para examinar la caligrafía.

—Yo no he escrito esto.

—Debió de ser alguno de los embaladores en Boston.

Julia emite un suave sonido de negación antes de abrir la caja con un cúter.

—Mierda. —Sostiene un par de rígidas alas de mariposa de tela, que ha cortado en dos con la cuchilla. Nathaniel ve que intenta armar una explicación racional de la exclusión de esa caja del inventario; las hipótesis y las pruebas se dibujan en su frente y por fin desaparecen en una superficie tersa e inexpresiva—. Esta debió de ser la primera caja que hice, y me olvidé de incluirla en la lista, y luego los transportistas la etiquetaron. No tiene número. Un error lógico, aunque molesto.

Además de varios álbumes fotográficos de la infancia de Copley, la caja contiene todos sus disfraces de Halloween: el de mariposa, un traje de espuma en forma de huevo de su primer año, un abejorro, un azulejo y un surtido de otras criaturas benévolas de la naturaleza. No ha llegado aún a los disfraces macabros que prefieren otros niños mayores, y Nathaniel espera que no llegue nunca. Su estómago no resiste bien la afición por lo sangriento.

Después Nathaniel, mientras vacía cajas en la cocina, ve a su hijo mirar los árboles, como si no supiera qué clase de relación entablar con ellos. Antes de salir le han puesto un anorak, pero a la hora de comer ya se ha quitado el forro exterior, que ha dejado colgado de la barandilla del porche trasero. Cantando para sí, en una especie de delirio, mantiene la vista en alto, su menudo cuerpo empujado por el amplio jardín, con el bosque extendiéndose al otro lado de la valla como una amenaza al espacio cercado. El malestar que se ha adueñado de Nathaniel al marcharse los transportistas empieza a propagarse y da lugar a una agitación que intenta neutralizar considerándola sólo el habitual arrepentimiento del comprador, mensajes del subconsciente: la duda de si no habría sido más práctico vivir en el centro, en uno de los almacenes transformados en *lofts* a orillas del río, más cerca del laboratorio de Julia en la universidad y de su propia oficina. En la zona industrial regenerada hay vida callejera, cafeterías con terrazas y extravagantes galerías de arte, pequeñas tiendas de alimentación, y una sensación de juventud y energía de la que carece por completo Dolores Woods, con su estridente silencio y su paisaje aséptico. Aquí hay espacio, sin duda, y espacio era aquello con lo que soñaban durante los años felices de hacinamiento en Boston, pero espacio es lo único que les ha faltado en la vida. En Boston siempre vivieron con el sonido de otras personas. Hace varios años Nathaniel oyó a su vecino del apartamento contiguo admitir ante su mujer que venía tirándose a

su contable desde hacía quince años. A las dos de la mañana, todas las palabras y sollozos y recriminaciones eran audibles. Los dos dormitorios estaban pared con pared, y no había nada que hacer más que sobrellevarlo, pasar por alto que cada vez que los vecinos cerraban los cajones de sus cómodas Nathaniel no sólo oía el ruido sino que además sentía la vibración. En momentos como ese Julia se volvía hacia Nathaniel en la cama, echaba un brazo sobre su cuerpo, lo sacudía sin hostilidad pero con exasperación, y decía: *Necesitamos más espacio. No podemos vivir así para siempre.*

La casa de la infancia de Nathaniel en Cambridge se alzaba en una amplia parcela con árboles adultos. En el jardín trasero crecía un manzano silvestre que fue su fortín y su refugio mientras su estatura le permitió trepar a él, desaparecer entre la espesura de ramas, enganchar las piernas a una de ellas y quedarse colgado cabeza abajo, contemplando el mundo mientras la sangre le bajaba al cerebro, y después, todavía con la agilidad de la infancia, se izaba de nuevo de un tirón. En algún momento dejó de trepar, perdió la fuerza en la mitad superior del cuerpo y sus músculos centrales se atrofiaron. Creció flojucho y ancho, y a menudo tuvo que obligarse a salir de la depresión.

Por supuesto desea que Copley tenga una infancia de árboles y césped antes de que la posibilidad de comprar una casa con jardín como la suya desaparezca en un futuro de caos tórrido e imprevisible, en el que el hacinamiento sea la única forma posible de supervivencia para la especie. El mundo en el que habitará Copley en su vida adulta está condenado a ser un lugar mucho más difícil que el que Nathaniel heredó. La humanidad está a punto de entrar en una nueva era, si es que no ha entrado ya, una era en la que la seguridad importará más que cualquier otra cosa: no sólo la de las personas y las propiedades, sino también la de los alimentos, el agua, la salud, la medicina y el medio ambiente. La seguridad será el rasgo definitorio y la mayor preocupación de la existencia humana en el planeta y más allá; para garantizar la seguridad a largo plazo de la especie (si es que eso es deseable), tendremos que abandonar el planeta. Hawking lo ha dicho ya, y otros coinciden con él. Nathaniel lo cree, y cree en el trabajo que lleva a cabo su empresa para que el mundo sea cada vez más seguro, no sólo para las naciones y las corporaciones, sino también para las personas como él, su mujer y su hijo.

Así y todo, está claro que hay demasiada casa en esta casa. Volviendo la vista atrás, es evidente que fue una mala decisión. Este es un estado históricamente conservador, y Nathaniel teme que los vecinos sean fanáticos religiosos propensos a convertir a los no creyentes, en tanto que la propia casa necesitará —*exigirá*— que se llene de muebles, adornos y obras de arte nuevos, y sin darse cuenta dedicarán la vida entera a decorar y llenar esta monstruosidad, porque a diferencia de algunas de las elegantes casas minimalistas que Nathaniel ha admirado en el pasado, y de hecho a diferencia de su propio apartamento en Boston, que se beneficiaba de una tranquilizadora ausencia de desorden, esta casa parecerá vacía a menos que esté

atestada hasta las vigas de la acumulación de *cosas* de una vida. Les exigirá que se conviertan en personas totalmente distintas. Mientras Nathaniel saca los platos de una caja en la cocina, nota que uno se le resbala de los dedos, lo ve caer en un arco observable y hace una mueca cuando golpea el suelo en el ángulo exacto para que la loza estalle en tres grandes secciones rodeadas por numerosas esquirlas blanquecinas y etéreas. Encuentra la pala y la escoba, ya guardadas en el armario de la limpieza, y lo recoge. El compactador de basura tiene ya colocada una bolsa nueva. Nathaniel echa los tres fragmentos grandes del plato y todas las esquirlas en una hoja de grueso papel marrón de embalaje, lo pliega y lo tira. Julia está en el sótano y, si ha oído el ruido, no dice nada al respecto. Es mejor dejarlo pasar. Ha intentado convencerla de que los objetos no son importantes; si un plato se rompe, debe eliminárselo de inmediato sin melodramas. Los sentimientos se reservan para las personas, no para las pertenencias, pero ella atribuye significado e importancia a las cosas de maneras que a él todavía lo sorprenden después de más de una década de vida juntos.

Uno de los cuatro dormitorios y la habitación del desván siguen vacíos, sin siquiera una caja perdida que vaciar. Todo su apartamento de Boston cabría, con espacio de sobra, sólo en el sótano. No tienen muebles que poner en la salita, aunque al menos sus libros, los libros de texto de la universidad y los de autoayuda y varios catálogos de diseño que han adquirido tendrán por fin un hogar adecuado. No tienen mesa de billar ni otros juegos con que llenar la zona de recreo en el sótano, pero al menos el espacio de lo que será el taller de Julia se encuentra más o menos en un estado utilizable.

Piden *pizza*, que comen en su propia vajilla en la mesa del comedor. Después de la cena, permiten a Copley ver la televisión durante media hora antes de que Julia lo acueste. Todas las cajas están vacías, los objetos guardados en los armarios, aunque no exactamente en el orden correcto. La reorganización llevará semanas: *optimización del almacenamiento*, dice Julia. Nathaniel delegará en ella esta tarea como tantas otras, y observará con asombro mientras ella crea un orden no sólo exacto sino ideal en toda la casa. Quizá sea un rasgo obsesivo en Julia, pero él sabe que nace también de un don para la eficiencia y la clasificación que ella puede adaptar a casi cualquier problema.

Con la puerta delantera cerrada con llave, apaga todas las luces y va al piso de arriba, donde encuentra a Julia leyendo un cuento a Copley. A los siete años, el niño tiene edad suficiente para leer sus libros, pero Nathaniel da las buenas noches y Copley, con una conducta plenamente humana por primera vez en todo el día, da también las buenas noches y le tiende las manos para que Nathaniel lo abrace. Nathaniel estrecha a su hijo, lo besa en la frente y, después de darle otra vez las buenas noches, deja a Julia acabando el cuento mientras él va a ducharse. Tras desvestirse, echa la ropa al cesto que Julia ya ha colocado en el cuarto de baño principal, y entra en la ducha. Se queda bajo el agua durante mucho tiempo, hasta que descubre que está llorando. Cuando el vapor llena el cuarto de baño, ya no se ve los

pies y concibe la ilusión de que está flotando, con los dedos de los pies dormidos por efecto del agua caliente, y durante un momento tiene la certeza de hallarse en suspensión en el cubículo de la ducha, la mitad inferior del cuerpo dispersándose mientras el extractor atrae su cabeza, se la atrapa y la rebana en tiras, que el tubo de ventilación absorbe y esparce a un lado de la casa.

Se seca y se mete en la cama que Julia y él han montado horas antes. Fue la primera compra importante que hicieron juntos hace diez años, con un coste equivalente al de un buen coche de segunda mano. Durante un año era incapaz de apagar la luz sin imitar antes el chirrido de los frenos. Fue lo más cerca que estuvieron del divorcio: esa broma, descubrió en retrospectiva, casi impulsó a Julia a abandonarlo. La oye apagar la luz en el pasillo y ducharse ella también, colgar la toalla detrás de la puerta y meterse en la cama a su lado.

Cuando por fin se duerme, lo asaltan por primera vez en casi veinte años sueños recurrentes de la infancia: el de dos hombres robustos ocultos tras enebros en el jardín trasero de Cambridge; el de una criatura, negra y sin facciones, cubierta de barro, escondida bajo su cama, tras los volantes de la funda del somier, aguardando la llegada de la noche para salir, acariciar la colcha con los dedos, subirse al colchón, tenderse sobre Nathaniel, inmovilizarle los brazos y las piernas, ahogarlo con sus manos calientes y untuosas, meterle los dedos en los orificios nasales y la boca y las orejas, vaciarle los ojos, abrirle agujeros en los pezones y traspasarle los pulmones, atravesarle el ombligo y sacarle las entrañas, abrirse paso con esos dedos hasta todas sus aberturas, desgarrarlo y sin embargo dejarlo horrendamente intacto, cegado, sin voz.

Nathaniel despierta unos minutos o unas horas después, percibiendo la presencia de alguien en el pasillo. Sin molestar a Julia, que respira profundamente, contrae los párpados una y otra vez, sale de la cama y, de puntillas, cruza la habitación hasta la puerta abierta. Estaba cerrada cuando él se ha dormido. Julia debe de haberla abierto antes de volver a la cama.

En el pasillo, Copley camina hacia el mirador de la parte delantera de la casa. La luna brilla con una intensidad que se registra en los oídos de Nathaniel como el sonido de un timbre en do sostenido que hace vibrar el suelo.

—Copley —dice en un susurro, intentando dirigir la voz hacia la forma oscura de su hijo, pero el niño no se detiene ni contesta: sigue caminando hacia la ventana hasta que se golpea la frente en el cristal, aprieta las palmas de las manos contra los vidrios contiguos y emite un golpeteo que puede surgir de su boca o de sus uñas contra la ventana. Nathaniel se estremece y, tras salir del dormitorio, cierra la puerta a sus espaldas.

Agazapado en la oscuridad casi en lo alto de la escalera trasera, Paul observa mientras el hombre recorre el pasillo, coge al niño en brazos y lo lleva a lo que en su

día fue la habitación de Carson. Es un hombre que no está en forma, de contorno protuberante y redondeado, y se mueve con el andar pesado y poco firme de alguien que nunca piensa en su cuerpo. Es la clase de cuerpo al que Paul podría vencer y someter, el cuerpo de un cobarde, que desconoce cómo puede moverse un cuerpo en plenitud de facultades: rápida, furtiva y sigilosamente.

Tras permanecer media hora en la escalera a oscuras, Paul ve al hombre otra vez en el pasillo, mirando por la ventana de la parte delantera de la casa. Lo observa contemplar el vecindario y respirar con un jadeo asmático y anhelante. Ese hombre no sabe lo que es guardar silencio: sus susurros podrían despertar a los muertos; cuando camina de puntillas, el entarimado cruje y canta. Al final el hombre regresa cansinamente al dormitorio principal y cierra la puerta. Por un momento Paul tiene la sensación de que es la única presencia viva en la casa, y de que estos nuevos ocupantes no son más siniestros que unos simples fantasmas enviados para atormentarlo.

De niño vio una vez un fantasma en casa de su abuela. Los cimientos se habían construido en torno a una roca de granito, y en el sótano asomaba del suelo de hormigón un gran montículo pétreo. Su abuela no tenía aire acondicionado, y aquel era un caluroso día de verano, así que Paul jugaba en el sótano a construir fuertes y escenificar guerras en miniatura con una heterogénea colección de soldaditos y guerreros intergalácticos de plástico cuando de repente, aunque nadie había bajado por la escalera, supo que no estaba solo. Apareció un hombre al otro lado de la roca, como si hasta ese momento hubiera estado allí tendido y sencillamente se hubiera incorporado doblándose por la cintura. El hombre miró a Paul, movió la cabeza en un gesto de asentimiento y volvió a tenderse. A Paul ni se le pasó por la cabeza sentir miedo, y cuando se acercó a ver qué había allí, estaban sólo el suelo y la roca, salvo por el hecho de que donde el suelo y la roca confluían a ese lado del sótano se advertía una especie de grieta. Al verterse el hormigón, añadido en algún momento mucho después de construirse la casa, quedó una brecha entre el suelo y la roca de anchura suficiente para que Paul metiera la mano, de tamaño suficiente para permitir el paso de ratones o insectos, quizá incluso de serpientes. Introdujo los dedos en la brecha y, al estirarlos, notó la tierra y luego una cavidad más amplia, el contorno de la roca de granito, las hendiduras y los salientes, una masa de raíces finas, una raíz más dura, como la rama de un árbol, y algo redondo y liso y frío al tacto. Después de retirar parte del hormigón en torno a la brecha, con el brazo metido casi hasta el hombro, mientras palpaba el vacío, el objeto liso, frío y redondo se movió, rehuendo el contacto, y luego volvió a acercarse a su mano: un músculo de hielo que cobraba vida.

Paul no sabe qué hace ahora aquí en esta casa que ya no es suya, observando un pasillo vacío y oscuro donde un hombre y un niño, padre e hijo, acaban de representar su extraña danza nocturna. No sabe qué lo ha inducido a salir del búnker ya de comienzo. No tiene ninguna intención ni objetivo claro, ningún plan consciente que

poner en práctica. Sencillamente su cuerpo se ha puesto en marcha, él lo ha seguido y ahora está esperando a ver qué hace.

Del dormitorio principal empiezan a llegar ronquidos en dos registros distintos, cuyo eco resuena en el pasillo y escalera abajo. Paul ha creado una casa con reverberaciones, una cámara de ruidos. Las potentes vibraciones del camión lo han despertado al amanecer y luego, a lo largo de todo el día, ha escuchado a través de la trampilla, atento a los sonidos de la casa mientras los transportistas descargaban y los nuevos ocupantes desembalaban, dejaban cajas en el suelo ruidosamente, arrastraban muebles para ponerlos en su sitio y después, ya avanzado el día, colocaban herramientas en el taller del sótano, se apoderaban del espacio y le asignaban nuevos usos distintos de los que él proyectó conforme a sus propias necesidades. Esperando encontrar al hombre trajinando con sierras y herramientas eléctricas, ha salido por la trampilla y se ha acercado furtivamente a la puerta de la despensa, desde donde veía directamente la zona del taller. La mujer vaciaba cajas de plástico y las apilaba ya vacías en un rincón lejano del sótano, junto a una pila de maletas metálicas. La mujer, mientras se afanaba, hablaba sola, o quizá, empezó a pensar Paul, hablaba con los objetos que sacaba. Desde la despensa, no distinguía qué clase de herramientas ponía en orden, pero, viéndola moverse y hablar sola, sintió un escalofrío en la espalda y, tras retroceder hasta la trampilla y cruzarla, la cerró y echó el cerrojo. Todos los sonidos de la casa se fusionaron dentro del búnker, amplificados y más nítidos: más claros y sonoros de lo que los hubiese oído de haber estado en la misma habitación que esas personas mientras hablaban. Oía cada palabra, los susurros y los silencios elocuentes entre los adultos, los peculiares sonidos emitidos por el niño, las palabras que el niño se dirigía a sí mismo cuando sus padres lo dejaban solo y él intentaba narrar el cambio que estaba teniendo lugar: *No lo sé, no. Boston. Sí, somos de Boston. ¿De dónde eres? ¿Eres de aquí? He dicho que no lo sé. Centros correccionales. Rehabilitación. No. Científica. Trabaja en un laboratorio.* Así ha averiguado Paul el lugar de procedencia de los nuevos ocupantes, los perfiles de sus personalidades y comportamientos, todo en el transcurso de un solo día. Los transportistas los llamaban «señor y señora No-eils», pero el hombre, Nathaniel, los corregía: «No-ai». La «ese», como buena parte del apellido, es muda, reducida a una simple exhalación. Paul intenta formar el apellido en su lengua tal como se lo oye decir al señor Noailles, pero no consigue emitir los sonidos adecuados.

Por fin, cuando le ha parecido que la familia estaba ya acostada, ha vuelto a salir del búnker. Ha examinado el sótano con una linterna, dispuesto a refugiarse en un rincón oscuro si oía acercarse unos pasos. En los bancos de trabajo había tres ordenadores y una colección de herramientas como nunca antes ha visto: circuitos, cables de colores, cúters, destornilladores, alicates, martillos, tornos, pelacables, llaves, trinquetes, pinzas, aspiradoras, disipadores, insertores, extractores, tensores, garfios, cuchillos, espejos, soldadores, medidores y otros instrumentos que parecían equipo médico u odontológicos. Todas las herramientas, piezas e instrumentos —

incluidos varios aparatos de mayor tamaño que no identificaba— estaban dispuestos en sucesivos tapetes de vinilo, y junto a las herramientas y el equipo había una colección de algo semejante a miembros amputados, colocados todos en orden, agrupados por categorías: los brazos con los brazos, las manos con las manos, una hilera de pies y tobillos, otra de piernas, una retícula de articulaciones, todo ello de materiales incoloros, tanto rígidos como flexibles. Tuvo miedo de tocar cualquiera de esos objetos, y miedo, en otro frío destello, una hoja de arma blanca en su nuca, de las personas que habían invadido su casa.

En la oscuridad, el tiempo se contrae y se estira mientras Paul, agazapado en la empinada escalera de atrás, observa el pasillo que comunica los cuatro dormitorios que en otro tiempo ocupaba su familia. Un resplandor azul verdoso procedente de la calle inunda el descansillo, definiendo el contorno del niño, que de pronto está de pie por encima de Paul. En lo alto de la escalera el niño curva los dedos de los pies descalzos, pálidos y luminosos en la noche, en torno al reborde del peldaño hasta tocar la contrahuella. Mira hacia Paul pero no lo ve. Paul oye la respiración del niño junto con la suya, y siente en los oídos los latidos acelerados de su corazón.

El niño mira a Paul sin verlo y luego baja por la escalera, exhalando aire acre por la boca pequeña y abierta. Cuando Paul se arrima a la pared para dejarle paso, una mano fría y tersa roza la suya. Un escalofrío le recorre la rabadilla y se extiende por su columna vertebral a la vez que se le eriza el vello de la nuca y los brazos. El aliento del niño, acre y fétido, invade la escalera. Paul se vuelve para observar el descenso del niño, con las pequeñas manos a los lados, una de ellas sujeta a la barandilla, hasta que de pronto desaparece en la oscuridad.

Cuando el niño llega al pie de la escalera, reaparece, capturado por el claro de luna que entra a través de las ventanas de la cocina. Cuando dobla la esquina, Paul lo sigue bajando de puntillas por la escalera hasta la cocina. El niño está oculto entre las sombras o ha salido ya de allí. Tras sacar la linterna del bolsillo del vaquero, Paul la enciende e ilumina los rincones de la cocina con el haz. Pero no hay nadie en la cocina.

Llegan sonidos de la parte delantera de la casa: el áspero roce de un pasador al correrse, luego el ruido de succión del aislante de la puerta acristalada antitormenta al abrirse y el susurro al volver a cerrarse. Después de apagar la linterna y guardarla otra vez en el bolsillo, entra corriendo en el comedor y sale al pasillo. A través de la puerta antitormenta ve al niño avanzar por el césped hacia la calle. Sin detenerse a pensarlo, Paul abre de un empujón, cruza la hierba como una flecha y coge al niño en brazos justo en el momento en que llega a la calzada. Mientras Paul lo acuna, el niño mantiene la expresión estática, indiferente, ciega, pese a que tiene los ojos abiertos, fijos más allá de Paul, alumbrados los blancos por la luz de la luna, los iris y las pupilas de un negro uniforme. Contemplando esos ojos inexpresivos, subyugado por su blancura, Paul por poco deja caer al niño.

Nunca hay que despertar a un sonámbulo. Eso le dijo a Paul su madre cuando

Carson empezó a caminar. Sostiene al niño con ternura, un brazo en la espalda, el otro en las piernas, y lo lleva de regreso a la casa. La cara inexpresiva, esos ojos de mirada fija y vacía. El cuerpo apenas pesa.

Paul deja al niño en el pasillo y lo observa cuando empieza a subir por la escalera principal hasta que desaparece otra vez en la oscuridad. En el descansillo del primer piso, el niño gira, recorre el pasillo y comienza a subir hacia la segunda planta, donde desaparece una vez más. Paul lo sigue por una escalera interminable mientras el niño continúa adentrándose en la penumbra, y la casa se expande más allá de los límites que Paul conoce, y las dos escaleras, la pública y la privada, se entrecruzan sucesivamente, cada vez a mayor altura, más allá de los tres pisos que él construyó, y el niño sube y sube sin pausa ni fatiga, en una ascensión interminable y espectral que se eleva por encima de la casa y penetra en el espacio remoto, alejándose el mundo en torno a ellos.

Encuentra al niño en el extremo opuesto del cuarto de juego del desván, con la frente contra la puerta del balcón, mirando hacia el jardín delantero y, al otro lado de la calle vacía, los cimientos abiertos de dos casas inacabadas, cavidades, cuencas de ojos idénticas vaciadas con una cuchara. El claro de luna envuelve al niño hasta que una masa de nubes veloces ennegrece la habitación. El niño se da la vuelta, pasa por su lado y baja en silencio por la escalera peldaño a peldaño.

Ya en la habitación del niño, Paul lo observa meterse otra vez entre las sábanas y volver la cara hacia la puerta. Está demasiado oscuro para ver si tiene los ojos abiertos o cerrados. La cara, la forma triangular del mentón y las mejillas, el hemisferio del cráneo, la manera en que las partes se han unido, todo ello recuerda a Paul el rostro de su hijo. Por un momento se pregunta si por algún milagro este niño es Carson. El niño suspira y vuelve la cara hacia la pared. Espasmos recorren su cuerpo, hace ademán de agarrar algo con brazos temblorosos a la vez que grita, un gemido que sacude las ventanas. Con los ojos abiertos, el niño se incorpora en la cama, mira a Paul a la cara y chilla.

Paul, a todo correr, sale de la habitación, baja por la escalera trasera, atraviesa la cocina, entra en el sótano, cruza el taller y pasa por el agujero al fondo de la despensa. La trampilla se atasca a causa del cambio brusco en la presión del aire, hinchada por efecto de las tormentas que se desplazan por el estado. *Ciérrala, cierra, echa el cerrojo*, luego la puerta de contención, la combinación giratoria, para atrincherarse y encerrarse herméticamente, a resguardo y a salvo. De espaldas contra la puerta metálica, jadea y se desploma en el suelo del búnker, bajo el resplandor del rompecabezas de tubos fluorescentes del techo.

—¿Qué pasa? —Julia se vuelve hacia Nathaniel cuando este se acuesta otra vez. Él sabe que su mujer tiene un sueño profundo, pero el grito debe de haberla despertado.

—Copley. Sólo ha sido una pesadilla. Nada preocupante.

—¿Me necesita?

Levántate de la cama, ve a ver tú misma si tu hijo te necesita. Instintivamente, Nathaniel, de niño, acudía a su madre en busca de consuelo, aunque en su caso no recibía consuelo de nadie más que de su hermano. Su madre siempre le aseguraba que su padre no había hecho nada grave: *Tu padre no es consciente de su propia fuerza, Nathaniel. No, no está roto. Deja de llorar. No lo soporto cuando me pones entre él y tú. Tendréis que resolverlo por vuestra cuenta. A mí no me metas. No seas tan blandengue. Vas a estropearme el desayuno, la comida sabe ya a ceniza.* En sus visitas al servicio de urgencias del hospital, su madre siempre inventaba una historia, y por la manera en que hablaba y cómo vestía, por su reputación en la comunidad en tanto que respetada psicóloga infantil y su capacidad para acomplejar incluso al más valorado profesional, los médicos y las enfermeras nunca pusieron en duda sus explicaciones acerca de las lesiones de Nathaniel: caídas de árboles o traspies en losas del pavimento de la rosaleda o un pelotazo en el labio superior durante un partido de béisbol. Nathaniel nunca jugó al béisbol. *Es un niño muy torpe* —decía ella—; *no se parece en nada a su padre ni a mí. A saber de dónde ha salido.* Después se echaba a reír, una estridente risotada que todavía resuena en los oídos de Nathaniel.

—Ha creído que había visto un gigante. Está bien.

—¿Un gigante? ¿Dónde? —Ya otra vez medio dormida, arrastra las palabras con voz soñolienta.

—Ha dicho que un gigante lo ha perseguido hasta la calle y él ha intentado escapar pero no ha podido. Le he dicho que no hay ningún gigante, al menos en la casa. Estaba empapado en sudor.

—¿Tiene fiebre?

—No. La noche está bochornosa. Le he quitado el edredón de la cama y he bajado el termostato. Me he quedado con él hasta que ha vuelto a dormirse.

Nathaniel mira por la ventana hacia la casa vecina, a oscuras salvo por una luz encima del porche delantero que proyecta un círculo amarillo en las tablas y los peldaños. Los vecinos tienen una torre de tres plantas con torreta en un ángulo de la casa, un tejado con mansardas en la estructura principal y, por encima, una atalaya. Imagina lo acorde que debe de ser el ambiente en Halloween: sin necesidad de decoración, ya parece embrujada.

A la mañana siguiente vuelve a llover, con tal intensidad que el agua parece granizo azotando el tejado y las ventanas. Nathaniel cree oír un goteo, pero da por supuesto que es fuera, algún canalón desbordado que vierte en la terraza delante del dormitorio, por lo que no hay motivo para preocuparse. En el estudio de habitabilidad no se encontró ningún problema estructural grave.

—¿No oyes un goteo? —pregunta a Julia.

—No. No estás tan tenso, Nathaniel. Llueve a cántaros.

—¿No lo oyes?

—La verdad, Nathaniel, no oigo nada más que lluvia.

—Ya estamos otra vez como siempre, Julia. Sólo tienes que reconocer que oyes un goteo.

—No oigo un goteo. Tú tienes el oído más fino que yo.

Cuando Nathaniel va a despertar a Copley, encuentra terrones de tierra en el suelo del pasillo y en el dormitorio de su hijo. Deben de haberlos dejado los transportistas, pero hay más tierra abajo en el pasillo, manchas de barro en forma de huellas de zapatos y de pies descalzos y arcos de tierra que suben y bajan los dos tramos de escalera. No recuerda que hubiera allí tierra cuando se acostaron, pero fue un largo día, y los transportistas entraron y salieron de la casa durante horas, llovió a ratos, y es muy posible que el suelo se ensuciara sin que Julia y él se dieran cuenta. No obstante, pensando en esos hombres amenazadores, su manera de ir y venir, el acceso que habían tenido a todos los rincones de la casa durante el día, decide hablar con los técnicos de su empresa sobre la instalación de un sistema de seguridad en la casa. El peligro está en todas partes, especialmente en las zonas residenciales de las afueras.

\* \* \*

Desde la muerte de Donald tengo por costumbre dormir en el suelo. Me despierto con el sol en la cara y me vuelvo del otro lado en el saco de dormir, tal como hacía de niña cuando venían parientes para reuniones y festividades y regresos a casa. Un hombro desencajado, la cadera dolorida, la mano dormida: me sacudo para recuperar la sensibilidad en los dedos y hago crujir los huesos para entrar en calor. He perdido prácticamente toda mi elasticidad. De niña acampaba sobre las tablas para que los adultos dispusieran de mi cama. Había tías y tíos en los sofás, primos en el granero, en el pajar. Nunca me importó tener que renunciar a mi habitación para la familia porque mis padres me educaron para creer intuitivamente en gentilezas como esa, en mostrar respeto a los mayores. Ahora que yo misma soy muy mayor, me pregunto si no he salido perdiendo en el trato. Ya no queda nadie que me muestre respeto a mí, nadie, ni joven ni viejo, me respeta. *Paso*, como dicen los jóvenes desde hace docenas de años: todo el mundo *pasa* de mí. Me pregunto cómo reaccionaría la gente si yo hiciera lo que han hecho tantos otros: coger un arma y exigir respeto.

Estas son las cavilaciones resultantes de una noche parcial, la bestia del sueño fragmentado, que sale a rastras de las tablas del suelo, con sus garras largas y sus dientes verdes y babosos. Oblígala a retroceder, rellena la rendija con masilla de madera, barnízala, espera a que la próxima generación la encuentre de nuevo.

Incorporo este cuerpo y enderezo la espalda apoyándola contra la pared empapelada. Recorro con los dedos el dibujo de ramilletes para palpar los helechos y las rosas recubiertos de capas de polvo que se adhieren al papel cerca del suelo. Mis

manos vuelven pobladas de partículas de tierra y piel huérfanas, restos de pelo. Me las froto hasta que el residuo desaparece, posándose en otras partes de la habitación, en otro tiempo dormitorio de mi madre, de mi abuela, de mi bisabuela. Es la habitación donde Donald y yo dormíamos, nos amábamos, tranquilizábamos a Rebekah durante sus primeros doce meses de vida, de pie junto a la ventana con aquella niña irrespetuosa en brazos hasta que volvía a dormirse, contemplando la luna sobre el maizal, una luz lechosa que teñía las hectáreas de un dorado verdoso hasta convertirlas en criaturas extrañas y en apariencia sensibles: personas-mazorca, cuerpos amarillos de granos de maíz, cabello sedoso, envueltos en sus galas de lino almidonado de color viridiana.

En mis sueños me encuentro con esas criaturas en el camino, un pelotón de protectores que llenan esta habitación donde Donald murió, su cabeza entre mis manos, yo arrodillada en el entarimado, la alfombra de los colores del arco iris que confeccioné de joven durante un invierno hecha un rebujo a mis pies. Percibí su corriente final palpitar hasta quedar reducida al silencio de un río seco, puse mis labios en los suyos, rocé la suave espuma de su barba, lo saboreé por última vez. El fuego se había apagado para cuando llegue a él, y no se despidió de mí, ni siquiera con los ojos: una mirada vacía, conmoción y puro terror, abandonándolo la vida cuando aún no estaba preparado para marcharse. No fue una muerte plácida, y no sé si creo en esas cosas, en la posibilidad de que el tránsito de un mundo al otro pueda realizarse alguna vez con placidez.

Anoche paseé a la luz de la luna, por la hierba húmeda hasta la calle, pisé el asfalto agrietado con las plantas de los pies descalzos y seguí calle arriba; doblé a la derecha hasta la que fuera la finca de Krovik, subí por el camino de acceso y crucé la verja abierta del jardín posterior. La luna me guio por los contornos del césped hasta el lugar que no he podido visitar desde que Krovik construyó su valla, la tierra esponjosa donde no crece la hierba desde 1919. Un agujero se había abierto en la superficie, del tamaño de dos bocas de alcantarilla, y a través del agujero distinguí las ramas de la copa de aquel viejo álamo, oculto en la tierra. Me senté en la tierra húmeda y dejé colgar los pies por el agujero, suspendidos en la oscuridad, hasta encontrar apoyo en una rama sólida; entonces descargué mi peso en ella poco a poco, atenta al menor crujido, a la posibilidad de que cediera, pero descubrí que podía permanecer allí en pie con relativa facilidad, y mientras estaba allí, hundida en la tierra hasta la cintura, la rama que me sostenía suspiró y se combó, bajándome entre sus brazos hasta que pude agarrarme a otras ramas y a los escombros de la casa incendiada del benefactor. Descendí por las ramas, todas ellas arqueadas hacia arriba contra los costados del hoyo, muchas de las más grandes rotas. Atravesé una sección de chimenea y bajé por una antigua escalera, a tientas, oyendo ruidos desconocidos, percibiendo olor a ratones y topos. Sentí una lluvia de tierra caer sobre mí, percibí movimiento en la oscuridad. Mis manos tocaron con la gruesa cuerda trenzada de cáñamo o abacá. Al descolgarme por la rígida trenza, llegué a una rama donde podía

sentarme, encendí la linterna y contemplé los esqueletos con sus ropas podridas, un buen traje negro, un vestido que quizá en otro tiempo fuera azul y debió de pertenecer a la abuela Lottie. Reflexioné sobre los restos de esos hombres, allí colgados en total quietud, la cabeza del uno inclinada hacia la del otro, oreja con oreja, mentón con hombro.

Dejando atrás a los dos hombres, descendí hasta la siguiente rama y dirigí el haz de la linterna hacia abajo. Se filtraba agua, borbotando, formando espuma en torno al pie del árbol. Empecé a trepar de nuevo hacia la superficie.

Esta mañana, al despertar en la casa con la linterna encendida, su haz desvaneciéndose a mi lado, con la ropa salpicada de fragmentos de hierba, no he podido menos que asombrarme.

Ahora, escuchando la lluvia, el traqueteo de las ventanas en los marcos, el temblor de la puerta de la cocina en los goznes, imagino las pisadas que conozco, el sonido del peso al desplazarse de uno a otro lado sobre el suelo, un avance, una pausa, un giro en el pasillo. Acércate, acércate, ven.

Cae un rayo pero el trueno tarda mucho en sonar: ha caído a unos dos kilómetros, una tormenta procedente del noroeste que el viento ha empujado por encima de las Rocosas y crece a medida que atraviesa las llanuras. Percibo el inminente torrente, me temo un diluvio, una lluvia apocalíptica. Podría bastar para devolverme la fe, si sucumbo al miedo. No sucumbiré. Ahora rezo para mí y sólo para mí. ¿Qué haría yo? ¿Qué no haría, en caso de tener ocasión? Si sube el nivel del agua, recíbela con fuego.

Ahora me obligo a levantarme del todo, descargando mi peso en la pared, dejándome ayudar por la casa, como siempre me ha ayudado. Hablo para mi propio oído, murmurando entre dientes con gran esfuerzo, sorprendida por la fuerza de esta vieja máquina de músculos y huesos.

Soplaba un extraño viento del este el día que llegó de la ciudad el primer aviso de expropiación, una declaración de dominio eminente, como si el ayuntamiento fuera dueño y señor de la tierra. Descubrí que, en efecto, así era. Pueden hacer lo que les plazca, *por el interés público*, por el «bien» de muchos, que prevalece sobre el bien de pocos. Se proponen demoler esta casa para construir un desvío hacia Dolores Woods como *medida vial de seguridad* y ensanchar la avenida Abigail de Krovik a fin de transformarla en un bulevar para la *mejora de la comunidad y la corrección básica de defectos estructurales en la calzada existente*. Aunque hay sólo veintiuna familias nuevas en las tierras que en otro tiempo fueron Poplar Farm, unos expertos anónimos han establecido que el tráfico en el vecindario —me río de su descripción de ese puñado de casas de tres al cuarto— *está creciendo de manera sustancial*,

con motivo no sólo de la construcción de dicha urbanización, Dolores Woods, sino también de la expansión general de la ciudad hacia el oeste. Eso implica que, sobre todo en la hora punta de la tarde, los vehículos que circulan en sentido oeste y aminoran la marcha para acceder a Dolores Woods causan

peligrosas retenciones de tráfico en lo que queda de la carretera de dos carriles. Si bien el plan urbanístico de la ciudad a largo plazo prevé el ensanchamiento de este tramo de Poplar Road a cuatro carriles, las actuales congestiones de tráfico y las necesidades de seguridad imponen la construcción de una vía de salida y acceso, que, junto con el ensanchamiento de la avenida Abigail, afectará a su propiedad, exigiendo la demolición de la vivienda unifamiliar de una planta existente, el granero de dos plantas, el silo, el excusado, así como los demás cobertizos y las estructuras agrícolas complementarias.

Mientras estaba allí de pie, leyendo y releiendo la carta, empezaron a temblarme las manos, y luego todo el cuerpo, hasta que tuve que sentarme, acompasar la respiración, controlar las galopantes palpitaciones que me alteraban la visión. Alguien del ayuntamiento había hecho un peritaje de mi finca, había elaborado un censo de los edificios sin mi permiso, sin que yo me enterase siquiera de la presencia de un intruso. Dejé la carta en el canapé y volví a la cocina. Las manos me temblaban aún cuando encendí el grifo y dejé correr el agua por mis dedos y me mojé la cara. Sentí que la sangre se acumulaba a mis pies, contemplé el jardín azotado por el viento del este, que arrojaba tierra y arenilla y hojas contra las ventanas de la cocina. El euro negro, un rugido ensordecedor y *ruido lateral*: augurio de noches calurosas y lluvias torrenciales, el viento traicionero, imprevisible, que trae langostas, separa las aguas, destruye los barcos, seca los manantiales y las fuentes, acompañado de desolación y mentiras. Un viento del este marchitaría mis cultivos con su mero contacto. *Observad y ved los árboles, y contemplad cómo se secan y cae todo su follaje.*

La carta presentaba la oferta por la casa y mis tierras restantes, el «valor justo de mercado» de 155.099,99 dólares. Me pregunté a qué correspondían aquellos noventa y nueve centavos: ¿una única teja, un palmo de tierra, una rama de uno de mis árboles? Los árboles. Dios mío, sabía que talarían más árboles. Yo no quería su dinero. No necesitaba sus dólares. Decidí enfrentarme al ayuntamiento de la ciudad con todo lo que tenía, y ahora lo he perdido.

Aquel día subí con paso firme por el camino de acceso de Krovik antes de que él mismo lo perdiera todo, obligado por otras fuerzas a abandonar su propia casa. Tiré del cordón de la falsa campana antigua, oí sus resonantes pasos al acercarse, y de pronto se abrió la puerta.

—Supongo que esto es obra suya —dije, sosteniendo en alto la carta para que la leyera.

Un surco húmedo y rojo recorrió su cara. Ni siquiera intentó contener la sonrisa.

—Yo no sé nada de esto, señora Washington. Tendrá que tratar el asunto con el ayuntamiento —respondió, y cerró de un portazo. Oí sus carcajadas mientras regresaba a las entrañas de su fea casa blanca.

Han pasado más de dos años desde el primer aviso de expropiación, y he dedicado todo ese tiempo a luchar contra el ayuntamiento, postergando mi pérdida, obteniendo prórrogas. Tenía que haber abandonado la casa hace dos meses, cuando vinieron a poner el candado en la puerta de entrada, pero aquí sigo, y ahora, al final de la batalla, he gastado todo lo que me quedaba de la venta de las tierras a Krovik. Cuando me quedé sin dinero para seguir luchando, enriqueciendo a un abogado

necio, el ayuntamiento redujo su oferta a 75.000,25, debido al «declive en el mercado inmobiliario, lo que equivale a que una casa de superficie, antigüedad y estado comparables podría adquirirse por el precio que se le ofrece con arreglo a las condiciones constitucionales del dominio eminente».

Consulté con otros abogados más baratos, pero todos dijeron que no había nada más que hacer: aceptar la derrota, dejar la casa antes del primero de julio o afrontar una pena de prisión. Entonces me ocurrió algo, una merma pero también un fortalecimiento, una nueva determinación: no me marcharía. Me quedaría hasta que vinieran a por mí, la última mujer libre que ocuparía esta casa. No sé si es la casa, las tierras, o una combinación de las dos cosas, pero pesa sobre mí un hechizo relacionado con este lugar, reteniéndome aquí pese a que sé que es una insensatez.

Es temprano pero llega ya un retumbo de la carretera, un camión que toma una curva a toda velocidad, salpicando el agua de la lluvia despedida por los neumáticos los bordillos y los árboles. Temiendo que pueda ser el ayuntamiento con el objetivo de demoler la casa, salgo del dormitorio y voy directamente a la parte delantera por el pasillo. En el salón, retiro el pestillo de la ventana, la levanto, asomo la cabeza bajo la lluvia, me vuelvo y veo que el camión aparca frente a la casa de Krovik. Se apean un gordo y un flaco, y luego llegan en su coche los nuevos propietarios, o eso supongo, un trío de pelo oscuro, pálidos como muertos reanimados. La lluvia corre por mi cuello y se arremolina en mis clavículas.

Por una vez me alegro de estar sola, no observada ni observable, un espectro en una casa donde no hay nada más que espectros, todos esos muertos que remueven el polvo. Por la noche los oigo moverse con pies apolillados por los suelos y los muebles, hablando en susurros entre ellos. Conozco las historias de guerras y batallas. Sé que he sido derrotada, que he luchado pero me han superado en fuerza y en potencia de fuego, me han aplastado: violado y saqueado. No mi cuerpo, no, pero ese Krovik no era más que un violador, quizá no de la carne, pero con toda certeza de la tierra. Usamos el lenguaje como artillería cuando no hay otras armas que nos apuntan.

El «precio justo de mercado» del ayuntamiento no es gran cosa en comparación con lo que valía la tierra, pero me servirá para mantenerme sobradamente, junto con la Seguridad Social y la pensión. He vendido todo lo que he podido: el coche, todo el equipo de labranza que Donald reunió y conservó con tanto esmero, la maquinaria que lo mantenía ocupado y poco a poco lo enloqueció, maquinaria comprada a crédito que nos endeudó, y al final me impulsó a mí a vender lo que durante tanto tiempo nos había mantenido. No viviré tan bien como podría haber vivido, pero encontraré una casa pequeña y, salvo quizá por un teléfono y una radio, sobreviviré sin tecnología.

Ayer por la tarde, al volver de mi petición diaria en el Departamento de Urbanismo del ayuntamiento, me quedé esperando el autobús bajo el calor de la hora del café. El ayuntamiento no sabe que sigo aquí. Piensan que me he marchado, que hago campaña para obtener el indulto de mi casa desde un lugar seguro. Desde el centro hasta aquí no hay una ruta directa, y a medio camino tengo que cambiar de autobús, andar tres manzanas hacia el sur y tomar otro autobús de la línea que termina justo al este de lo que ahora es Dolores Woods: el doloroso bosque de infinito pesar. Un recorrido de treinta minutos en coche lleva más de dos horas por medio del transporte público y la fuerza de los pies, con el placer añadido de contar con la presencia de hombres blancos gordos encargados de proteger la recaudación pública, con letras en el chaleco que evocan miedo histórico. Mientras recorría esos quinientos metros desde la parada del autobús hasta la casa, avanzando cansinamente por la calle allí donde el tráfico se reduce hasta convertirse en un hilo de color gris pálido y quebradizo, veía esta casa que me esperaba como si supiera que estaba a punto de

llegar, con la primera luz de la luna iluminando las ventanas y creando la impresión de que Donald había regresado, me aguardaba, tenía el fuego encendido, calentando la casa que ocupábamos tanto hablando como en silencio. No que *ocupábamos*. En la que vivíamos. Vivíamos aquí juntos con toda la plenitud de la palabra, y la casa, conociendo nuestra vida, vivía también.

Los nuevos propietarios de la casa vecina, con su coche práctico, un híbrido que rueda sobre silenciosos pies de goma, esperarán que derriben esta vieja casa. Seguro que compraron la casa de Krovik con esa promesa del ayuntamiento. Les habrán informado de los planes: la vía de acceso, el bulevar en lugar de una calle perfectamente transitable aunque mal hecha, la promesa de un aumento del valor de la propiedad, seguridad en la carretera, mejora de la comunidad. No encontraré apoyo en personas como ellos.

Al trepar de nuevo por las ramas y los escombros, cuando llegué una vez más a la altura de los hombros, me detuve, los miré, y habría jurado que habían cambiado de posición, el del vestido ya no miraba hacia abajo, como antes, sino a mí, con sus cuencas negras y hundidas fijas en mis ojos.

—No te las des de fantasma conmigo, tío abuelo George —dije—. No he venido a molestar, sólo a comprobar, a asegurarme de que estáis bien. Veo que así es, que los dos estáis bien, así que os dejo en paz.

Todos los suministros se cortaron hace dos meses: no hay electricidad ni agua ni gas. Las patatas están listas para recogerlas en el huerto, las calabazas aún no están del todo maduras, las manzanas se ven ya rojas en el vergel, cosas que en años anteriores habría almacenado en el sótano, acumulando reservas para el invierno. El recuerdo de refugiarme entre aquella abundancia subterránea cuando el aire adquiría una tonalidad verde, la lluvia se detenía y el sonido de una locomotora descendía desde el cielo, sin alcanzarnos nunca de pleno pero a menudo pasando tan cerca como para llevarse media hectárea de cultivos. Qué tranquilidad ofrecían esos tubérculos, esa fruta, el olor de la tierra y las paredes frescas, mi mano en la de Donald, gruesas mantas de lana sobre nuestros cuerpos para protegernos, Rebekah dormida todo el tiempo, una hija dormilona, avanzando por la vida a cabezadas. Una hija que no pasaba tiempo suficiente jugando en el barro, que nunca sintió apego a la tierra, ni aprecio alguno por los árboles y las piedras, que cree que la tierra es algo que cubrir con cemento, que de niña siempre quería estar limpia. Yo le decía que no había nada más limpio que la tierra, pero por alguna razón no logré inculcarle esta creencia a mi hija que se moría de ganas de abandonar la vida en el campo. «¿Por qué no podemos tener una casa como esa?», me preguntaba al pasar ante barrios compuestos de cajas de cereales contruidos allí donde antes había maizales al este de los nuestros.

También me culpo por eso, por no conseguir que mi hija viera la belleza de este lugar, se enorgulleciera de la casa que habitaba en lugar de anhelar siempre una cosa mejor y más nueva. No sé de dónde salió, qué comadrona intervino para pincharle el dedo y hacer que pasara por la vida como una sonámbula. Ahora tiene su casa en un barrio residencial de California, de pladur y contrachapado y una fachada de piedra de imitación, y está tan orgullosa como si la casa fuera un niño anormalmente inteligente: la mima, le pule el suelo, la riñe cuando se ensucia, la viste con volantes y lazos, y la restriega tanto que la casa parece incómoda consigo mismo, apenas viva, temerosa de las reprensiones de su dueña. Conocí a niños así cuando aún daba clases, los veía llegar cada mañana impolutos, temblorosos, eludiendo todo riesgo de rozarse o mancharse la ropa y los zapatos. Cuando conocía a las madres en las reuniones de padres, saltaba a la vista que esas mujeres cansadas a menudo no podían dar a sus hijos nada más que limpieza: la línea que separaba un estado del otro, el borde del abismo, el vértigo de caer desde una altura inexistente hasta una profundidad inconcebible.

Furtivamente, salgo por la cocina, abandono el porche y recorro el camino de cemento que lleva en línea recta hasta el granero. La lluvia amaina, dando menos de sí, y apenas me he mojado cuando estoy ya bajo el tejadillo desde donde se subía el heno por medio de poleas al altillo construido sobre la larga viga que sobresale en lo alto del granero. Desentierro de debajo del bidón de gasolina la llave de repuesto que siempre ha estado junto a la puerta, quito el cerrojo, abro la puerta justo lo suficiente para entrar rápidamente en el espacio oscuro y templado que todavía huele a gasolina, heno viejo y, más tenuemente, a Donald.

La lluvia arrecia formando charcos en el suelo polvoriento, filtrándose a través del altillo y corriendo a la velocidad de las llamas por las vigas. Todo se vendrá abajo. Sin el ayuntamiento, el tiempo y la naturaleza habrían llevado a cabo su obra: más despacio, pero el destino habría sido el mismo. El granero y todos estos edificios han vivido más de lo que preveían sus constructores. La batalla puede haberse perdido, pero aún no estoy preparada para despedirme. Los muertos están aquí, esperando, pidiendo una explicación.

Un cubo galvanizado lleno de polvo cuelga de un clavo en la esquina del pasillo lateral más cercano a la calle. Lo hago girar y tamborileo en el fondo, viendo la lluvia de partículas caer en cascada bajo la luz. Fuera, levanto la chirriante palanca y la bajo y la vuelvo a subir y bajar y, después de una docena de movimientos como estos, salen chorros de agua subterránea, caen a borbotones en el cubo. Lo lleno, lo agito, lo vacío, creando más barro en el barro que ya hay allí. Justo cuando para de llover, me llevo adentro el tercer cubo, que dejo en el porche junto a la puerta de la cocina mientras abro con la llave el sótano antitormenta y, a la luz que entra a pesar de la lluvia, veo la pila de leña y yesca. El combustible será un problema dentro de uno o

dos meses.

Enciendo un fuego en el antiguo fogón que conservé incluso después de llegar la cocina eléctrica hace cuarenta años. Ha sido útil en los apagones de invierno y la temporada de las tormentas, para calentar la casa cuando los vientos bajan las temperaturas por debajo de cero. Mientras animo a la yesca a arder, dispongo los trozos más grandes tal como me enseñó mi madre, y mientras el fuego prende y el agua hierve en la olla de hierro fundido, vuelvo al huerto con el cubo y recojo tomates y pimientos, arranco puerros del suelo, desentierro tres patatas del barro arenoso, desprendo zanahorias a tirones, desarraigo un apio, y lo lavo todo en la bomba hemorrágica.

Pelo y corto, para preparar una sopa de finales del verano, y me quedo ante la ventana de la cocina durante una hora, con los dedos de mi mano derecha contra los dientes, el codo apoyado bajo las costillas, la mano izquierda en la cadera: pose de preocupación y desasosiego, de qué voy a hacer ahora y por qué.

Pruebo el caldo, con el sabor dulce de la zanahoria, y lo dejo enfriar hasta que pueda tomármelo. Mi madre está aquí, de pie ante la ventana, mirando la aciaga casa de Krovik. Aunque la imagen cambia en mi cabeza, la veo claramente: mi madre en su juventud, en su mediana edad y a las puertas de la muerte, pasando los años por su presencia espectral conforme la luz cambia, un surco de sol se abre paso entre las nubes y muestra a mi madre con aire de matrona, en la flor de la vida, la edad que tenía cuando Donald y yo nos casamos. Habla con su voz insonora.

*No puedes quedarte, LouLou.*

¿Y qué será de vosotros, mamá, si me voy para siempre, cuando la casa se venga abajo?

*No te preocupes por nosotros. Nos iremos todos al bosque. Y si talan el bosque, nos iremos al río. Y si el río se seca, nos iremos bajo tierra, a gran profundidad, y esperaremos durante el resto de esta era allí abajo donde todo está en silencio y a oscuras y es agradable.*

¿Vas a comer? Le acerco a los labios mi tazón de sopa. Mi madre se ríe y la risa la desintegra, una evanescencia que separa las nubes, despeja el cielo, seca la tierra.

\* \* \*

La sede nacional de la empresa de Nathaniel ocupa un recinto de veinte hectáreas en el límite del casco antiguo, separado de lo que en otro tiempo fueron las bulliciosas calles adyacentes al juzgado del condado por una autovía de doce carriles construida en la década de los setenta, que exigió el desahucio de millares de personas, posteriormente realojadas en complejos de viviendas de protección oficial federales. Estos a su vez fueron demolidos hace una década, cuando la empresa de Nathaniel adquirió manzanas enteras de los barrios circundantes, las derribó y construyó bloques de apartamentos interconectados que incluían restaurantes, tiendas de

alimentación, lavanderías, cines y gimnasios. En esta zona, descrita como LA CIUDAD DENTRO DE LA CIUDAD, el elemento central es la sede de la empresa, un rascacielos revestido de cristal reflectante situado allí donde estarían tradicionalmente el ayuntamiento, la iglesia o el centro cívico. Algunos días la torre se ve plateada, otros casi negra, y en las condiciones meteorológicas más favorables da la impresión de que ni siquiera está, esfumándose tras su propia superficie reflectante. El centro cívico se ha convertido en una galería comercial o, desde un tiempo a esta parte más bien en un centro comercial abierto. Queda intacta una iglesia en la periferia del nuevo proyecto urbanístico, en tanto que el verdadero ayuntamiento está en el casco antiguo, a unos dos kilómetros, rodeado de solares y rascacielos desocupados construidos el siglo pasado, contiguos a la cárcel del condado y la jefatura de policía. El centro de la ciudad sigue siendo el coto de las fuerzas del orden: de los cargos, los juicios y de la encarcelación temporal antes del traslado a la penitenciaría del estado, en las afueras de la ciudad. Al este, cerca del río, se ha rehabilitado con éxito la antigua zona de almacenes que tanto gusta a Nathaniel, la ribera donde ahora hay un espacio ajardinado privatizado, senderos, puertos deportivos, cafeterías con terraza, hoteles de lujo, centros de congresos, estadios deportivos, pabellones de conciertos y una gran concentración de obras de arte públicas: una plaza llena de estatuas de bronce que representan pioneros del siglo XIX con carromatos tirados por bueyes, mujeres con tocas y vestidos hasta los tobillos, hombres con prendas de gamuza y rifles apuntados a un bisonte, niños retozando, una familia de indios americanos mirando estoicamente desde un rincón, como si estuvieran ya en una reserva.

Nathaniel es plenamente consciente del carácter del proyecto urbanístico de su empresa, así como de la clase de trabajo que EKK realiza en la ciudad. Promueve una visión de cómo, desde el núcleo de la personalidad corporativa autoproclamada, puede irradiarse una nueva concepción de la organización política y subsumir el paisaje urbano anteriormente deteriorado. Las empresas, por su misma naturaleza, deben cuidar la imagen que proyectan en el mundo, y al manifestar por medio de su sede nacional, ubicada en pleno centro del país, que no es una empresa ensimismada, sino una empresa que dirige su mirada hacia fuera, que ve el mundo que la rodea, que cuida de él y de la gente que vive en él y que permanece atenta a cómo su presencia podría ser interpretada por quienes la contemplan, la compañía transmite la verdad de su misión: su participación en los más diversos asuntos, potencialmente en *toda* clase de asuntos. La creación de esta «ciudad dentro de la ciudad», en la que la empresa suministra y gestiona todos los aspectos de la vida y el ocio refleja su propia ética corporativa. En los últimos años ha empezado a definirse como «holística», porque, al igual que el actual director general, Alexander Reveley, se complace en decir: «Estamos en el negocio de *ser* el planeta». A pesar de que nació como compañía de seguridad y contratista de defensa, EKK —que, en sus inicios, fue una fusión de tres empresas, una británica, una estadounidense y una sudafricana— se ha expandido y ahora abarca tantos sectores distintos, que sería incorrecto describirla sólo como

compañía de seguridad, o como fabricante de sistemas de defensa avanzados y armas, o sencillamente, como dice su página web, un proveedor de *soluciones de arquitectura de seguridad para todos los sectores de la sociedad: el medio empresarial, los entornos domésticos, las entidades públicas y las estructuras paraestatales; instalaciones para satisfacer todas las necesidades de protección.* Según la visión de los directivos de la empresa, tal como la entiende Nathaniel, la próxima generación de negocios *globales* será global en todos los sentidos de la palabra: activa en todas partes, con incidencia en todos los aspectos de la vida de las personas: la concepción (hay una nueva división de fertilidad y biotecnología), el nacimiento (atención sanitaria, subcontratación médica), la educación (administración de colegios concertados y elaboración de programas académicos, expansión institucional terciaria privada por medio de universidades y centros de formación técnicos con ánimo de lucro), el empleo (servicios de ayuda a los parados), las relaciones laborales (consultas sobre terminación de contratos), la gestión financiera y patrimonial (división de banca mercantil, planes de pensiones y jubilación, fondos de cobertura), la seguridad y la encarcelación (el núcleo original de la empresa), los centros de inmigración y retención de extranjeros y súbditos nacionales, el ocio (producción y financiación cinematográfica, juegos, parques de atracciones, entornos de ocio de inmersión de cuarta generación, editoriales, producción de radio y televisión, gestión teatral), los viajes (sistemas de posicionamiento globales, gestión y seguridad del transporte, administración de hoteles y centros turísticos, proyectos de alquiler de bicicletas en espacios urbanos, señalización de tráfico y concesiones de autopistas interestatales de peaje), la tercera edad (seguros de atención a largo plazo y gestión de residencias de ancianos; la sección farmacéutica acaba de abrirse), todo el proceso hasta la muerte y la manipulación del cadáver (incineración, reutilización de órganos y tejidos, gestión de los restos humanos). Las actividades de la empresa no tienen límite. Como Alexander Reveley siempre está dispuesto a recordar a sus empleados desde la sede mundial de la empresa en Suiza, ese va a ser el futuro del negocio: un pequeño número de empresas holísticas y sinérgicas que gestionen todos los aspectos de la vida en el planeta. Gestionarán el propio planeta, y a saber qué más; recientemente la empresa ha dado un innovador paso con la creación de un puerto espacial y se encuentra ya en las fases avanzadas del desarrollo de naves de próxima generación y el establecimiento de «presencia infraestructural de transición en la órbita inferior de la tierra», lo que algún día permitirá la fabricación de instalaciones fuera del planeta, en preparación para lo que, según prevé Reveley, será la inevitable eclosión minera en Marte, por lejos que eso quede en el futuro. EKK estará preparada. Cuenta con dos millones de empleados en todo el mundo, y se expande día a día.

La envergadura de los negocios de la empresa es una lección de humildad en igual medida que inspira sobrecogimiento. Nathaniel sabe que él sólo es parte de un diminuto circuito en una maquinaria cuyas dimensiones y complejidad no alcanza a

discernir, y cuya verdadera naturaleza no sólo es incognoscible, sino que además está encubierta intencionadamente, y sólo será comprensible en su totalidad para una sociedad futura que vuelva la vista atrás y evalúe la posición de las personas como Nathaniel dentro de ella. Si bien considera inquietantes ciertos aspectos de la labor de la empresa —las contratas de defensa, la división de ayuda neoliberal a los parados, las liquidaciones de activos de las divisiones financieras—, cree que los programas de rehabilitación que él supervisa poseen un auténtico valor social que hace el mundo más seguro para todos. ¿Quién no querría rehabilitar a los delincuentes? Si la empresa puede producir ingresos al mismo tiempo, recursos para financiar otras divisiones meritorias, tanto mejor. Esta labor está desplazándose de la esfera pública a la órbita privada en todo el mundo, y para continuar en ese sector, como es el deseo de Nathaniel, no tiene más remedio que aceptar la naturaleza de la maquinaria.

Se licenció en sociología con una especialización en criminología, línea de estudio que presentó a sus padres como la base para títulos superiores en materias intelectualmente más robustas. Cuando decidió cursar un máster de administración de empresas nada más acabar la carrera, su padre le dirigió la sonrisa de autosuficiencia que incluso ahora, años después de aquel enfrentamiento, asoma burlescamente en el fondo de su cabeza en plena noche.

—No voy a decir que no me decepcionas, Nate —dijo su padre, desplegándose en su rostro esa expresión de autosuficiencia, los dientes apretados, los músculos de la mandíbula tensos. Nadie llamaba a Nathaniel por la forma abreviada de su nombre desde el instituto, pero su padre insistió en utilizarla durante años, a veces acortándola aún más y dejándola en «Nat», palabra que a Nathaniel lo induce a pensar en un bicho diminuto e irritante, un intruso doméstico no deseado, que revolotea de aquí para allá y se posa en la fruta demasiado madura—. Siempre me has decepcionado —prosiguió su padre—, incluso más que tu hermano, y él ha sido una decepción monumental. Nunca has sido fuerte. Mírate. ¿Cuánto pesas ahora? ¿Ochenta, noventa kilos? ¿Es que no haces nada de ejercicio?

—El ejercicio requiere tiempo, yo estudio...

Su padre se echó a reír, una de esas carcajadas con las que la mandíbula parecía desprendérsele de la parte superior del cráneo.

—Siempre te ha faltado ímpetu para realizar el esfuerzo que te permitiría superar tus carencias intelectuales.

—Saqué una media de notable en el instituto y un 7,6 en la prueba de acceso a la universidad.

—En ese sentido no tienes nada de excepcional. Apenas has hecho ninguna actividad extraacadémica, y me aventuraría a decir que tu elección intelectualmente endeble tiene mucho que ver con el éxito relativo que has tenido.

—¿Qué quieres que haga, pues?

—Muestra un poco de vigor intelectual. Bien sabe Dios que he intentado enseñarte a valerte por ti mismo, a dejar de ser tan condenadamente débil y sumiso.

Esa ha sido la fuerza motriz de todo lo que he hecho por ti.

Nathaniel recordó entonces lo que su padre había hecho: las provocaciones y las burlas y las visitas por la noche cuando su madre estaba ausente en algún congreso, los susurros y el acoso, todo con el pretexto de potenciar su seguridad en sí mismo, endurecerlo y curtirlo. Su padre tenía por costumbre abrir la puerta de la habitación de Nathaniel, entrar sigilosamente, echar un vistazo a las estanterías, abrir su armario y revolver su ropa, y luego acercarse a la cama de su hijo, arrodillarse junto a él, apoyar la palma de la mano en su espalda, empujarlo contra el colchón y susurrar: *No eres nada. No eres nadie. No importas.* Nathaniel a duras penas podía respirar. Tosía, se ahogaba y pasaba en vela el resto de la noche. Cuando llegaba de clase cada día, examinaba su habitación, advirtiendo pequeños cambios en la posición de sus pertenencias, sabiendo que su padre había estado allí, que había toqueteado sus libros y sus juguetes. Durante años creyó que eran imaginaciones suyas, incluso las visitas nocturnas, convencido de que todo era un sueño. Pero un día su padre se dejó la taza de café en la habitación de Nathaniel. Era una taza que sólo su padre estaba autorizado a usar: una barata, de color marrón, obsequio de una cadena de creperías. Nadie más quería utilizar esa taza con el asa desportillada, pero su padre acusaba a Matthew y Nathaniel de cogerla siempre que se extraviaba. Nathaniel dejó la taza frente a la puerta del despacho de su padre y pegó una nota con celo al borde: *La próxima vez que quieras husmear no dejes pruebas.*

—Habrías podido ser profesor en una pequeña universidad de humanidades —dijo su padre el día que Nathaniel anunció sus planes sobre el máster de administración de empresas—. Incluso podrías haber sido un médico de cabecera aceptable o un abogado de empresa. No hace falta ser un genio para cualquiera de esas cosas.

—Me han aceptado en el mejor máster de administración de empresas del país. ¿Eso no significa nada?

—¿Qué clase de empresa va a querer a alguien sin ninguna experiencia práctica? La actividad empresarial no es simple teoría. Como con todo lo demás, tu enfoque es totalmente erróneo.

Su padre cabeceó y escupió en el césped del jardín trasero; eran las vacaciones de primavera de Nathaniel en su último año universitario. De hecho, sí tenía cierta experiencia. Había trabajado en prácticas todos los veranos en una empresa de seguridad. Para él, la seguridad era importante de maneras que sólo entendería mucho más adelante en la vida. Cuando Nathaniel cumplió los trece años, ya había instalado una cerradura en la puerta de su habitación, y a partir de entonces Arthur Noailles dejó de entrar en el dormitorio de su hijo por las noches, optando en lugar de eso por repentinas y violentas agresiones físicas que infligía exclusivamente en casa, con las cortinas y persianas cerradas para que no lo vieran los vecinos, casi siempre cuando el fuego estaba encendido en la chimenea del salón, y Nathaniel volaba en medio de aquel paisaje de cojines brocados y cortinajes de *toile de Jouy* de color magenta, para

acabar cayendo en el suelo de madera y estampándose contra el faldón de mármol negro de la chimenea. Tales agresiones eran más frecuentes en invierno, concentrándose entre noviembre y mediados de marzo, entre el Día de Acción de Gracias y la Pascua: el curso académico, la larga temporada anual de la ira de Arthur, cuando desahogaba las frustraciones de su vida docente en sus hijos. Una noche, cuando Nathaniel rondaba los quince años, su padre le arrancó la camisa porque, cuando Arthur le preguntó cómo le había ido el día, Nathaniel le informó de que en el colegio nunca pasaba nada. Su madre había salido, o quizá estaba aún con un paciente. Su padre era de baja estatura pero de complexión musculosa, rápido de reflejos, con tal fuerza en las manos que rasgar una camisa no suponía para él la menor dificultad. Matthew se puso en pie, y aunque por entonces era más alto e incluso más musculoso que su padre, este lo devolvió de un empujón a la silla, lo cual dio a Nathaniel la oportunidad de salir corriendo de la casa, a la nieve, sin camisa y descalzo, gordo y horrorizado de verse medio desnudo en público, tiñéndose de escarlata el melón blanquecino que tenía por vientre. Con los brazos abiertos, su padre corrió tras él, en silencio salvo por los crujidos de sus zapatos al romperse las capas de hielo que cubrían la nieve. Nathaniel se miró las piernas y descubrió que tenía los tobillos lacerados y sangrantes. Pidió ayuda a gritos, pero cuando dos vecinos acudieron por separado en su ayuda y él les contó lo ocurrido, viendo que su padre se detenía de pronto a cien metros, jadeando en medio del césped helado, hundido en la nieve hasta las pantorrillas, le sugirieron que volviera a casa y hablara con sus padres. Aunque nunca supo si los vecinos dijeron algo a su padre o a alguna otra persona, las agresiones físicas cesaron, sustituidas por una letanía de insultos verbales e intimidación psicológica que ha proseguido hasta el presente. Matthew y Julia son las únicas personas que conocen la verdad.

—Quizá el mundo empresarial sea el mejor lugar en el que puedes acabar —espetó su padre—. *El mundo empresarial es para las personas intelectualmente indolentes y moralmente adiposas.*

Esta era una de las máximas preferidas de Arthur, ejercitada y pulida y utilizada rutinariamente para despreciar, castigar y exacerbar. Nathaniel comprendió ya por entonces que era una filosofía que su padre podía cultivar con toda libertad porque había nacido en una familia donde nadie tuvo que preocuparse nunca por el dinero.

Cuando la madre de Nathaniel se enteró de que iba a estudiar administración de empresas, se distanció de él aún más que en todos los años previos a ese momento decisivo en que él llegó a la conclusión de que no podía ser nada parecido a la persona que sus padres querían que fuese. Matthew ya lo había hecho dedicándose a la pintura y trasladándose a Berlín, donde vive con su pareja turca y dos hijos adoptivos en un apartamento de Kreuzberg, que sus padres se han negado a visitar.

—No te vamos a pagar un máster en administración de empresas. Si insistes en hacerlo, finánciatelo tú —dijo su madre mientras hojeaba el historial de un paciente—. Debes pensar, supongo, que, con una ruptura profesional tan clara, huyes de

nosotros, pero no es así, y lo mismo puede decirse de Matty. Si quisieras entrar en la facultad de derecho, las cosas serían muy distintas. —Se hallaban en el porche cerrado donde su madre atendía a sus pacientes. Nathaniel se echó a llorar. No pudo contenerse. Recuerda que su madre lo miró como si estuviese a punto de darle un papel con un garabato y ordenarle que dibujara lo primero que le acudiera a la cabeza—. ¿Y qué crees tú ahora que significa que estés llorando? —preguntó.

Él movió la cabeza en un gesto de negación. No sabía si lloraba por el tono de voz de su madre o por el hecho de que le retiraran el sostén de manera tan sumaria. Intentó contenerse, pero cuanto más se esforzaba, más lágrimas parecía derramar y más aguda era su parálisis. Finalmente acabó sollozando, rígido mientras su madre, allí de pie, cruzada de brazos, sin tocarlo en ningún momento, se limitó a observar su arrebato como si se tratara de un arcano rito de purificación.

—Necesitas una terapia —dictaminó. Nathaniel ahogó los sollozos y cabeceó—. No aceptaré protestas. Te pediré hora con Gordon.

Gordon era un antiguo amante de su madre, un freudiano que vivía a unas pocas calles de su casa. Temiendo lo que pudiera aflorar en la terapia, Nathaniel no se quedó para acudir a la cita con que lo amenazó su madre: a la mañana siguiente cogió un avión con destino a Berlín, donde pasó el resto de las vacaciones intentando convencer a Matthew de que debían presentar cargos contra su padre, aireando el pasado por primera vez. De niños nunca habían hablado de lo que ocurría y, hasta esa semana, tampoco de adultos habían comparado sus experiencias. Nathaniel ni siquiera sabía con certeza si el trato recibido por Matthew había sido mejor o peor o equivalente al suyo. Las palabras salían a borbotones, se apagaban, tenían que volver a arrancarse, de tal modo que apenas avanzaban, y el lenguaje no era el único obstáculo: Nathaniel sucumbía a las náuseas en cada intento de abordar el tema, un malestar caliente, abrumador y afilado como la punta de un cuchillo.

—Nathaniel... es... ¿no lo ves? No tenemos nada. —Matthew se atragantó cuando se levantó el dobladillo de la camiseta roja y se bajó la cinturilla del vaquero para dejar a la vista la tenue cicatriz ondulada que partía de la raja entre las nalgas, le cruzaba la cintura y le rodeaba el lado izquierdo del cuerpo hasta justo por encima del ombligo. Hacía muchos años que Nathaniel no veía esa marca, pero conocía sus contornos tan bien como su propia cara. Antes de ese día, nunca habían hablado del origen de esa cicatriz—. No es una prueba —dijo Matthew—. No puedo hacerlo. Yo ya he acabado con los dos.

Aparte de sus propios cuerpos, ya sanados, no hubo nunca pruebas que demostraran la monstruosidad de su infancia.

Como tienen un solo coche, Nathaniel y Julia van juntos a la academia Pinwheel, cuyo edificio es una abstracción en hormigón del juguete que le da nombre, *pinwheel*, «molinete». «El Eje», situado en el centro del edificio, alberga la oficina de la

directora, y de él irradian seis alas triangulares llenas de aulas. Una de las orientadoras, la señora Taylor, inscribe a Copley y le toma las huellas digitales mientras Nathaniel y Julia intentan mantener una actitud tranquilizadora. En su colegio de Boston nunca le habían tomado las huellas, pero aquí insisten en que es una parte necesaria de los protocolos de seguridad del colegio, y los lectores de huellas digitales son el medio por el cual los alumnos sacan libros de la biblioteca y pagan su almuerzo a diario.

—La huella del niño se vincula a su expediente, y los padres pagan el almuerzo en una cuenta individualizada en la que pueden cargarse los gastos de material y excursiones, así como las multas disciplinarias —explica la señora Taylor.

—¿Multas disciplinarias? —Nathaniel no recuerda haber leído nada sobre multas en el folleto del colegio que le proporcionó su empresa.

—Si un alumno estropea o destruye algún objeto propiedad del colegio, el coste de la reparación o sustitución se carga en su cuenta. Quedarse castigado después de clase o llegar tarde conllevan multas fijas: cinco dólares por cada falta de puntualidad, veinticinco dólares por cada castigo. Hemos observado que las multas tienen un efecto muy positivo en la conducta de la clase. Las ausencias injustificadas se sancionan con cuarenta dólares diarios, y las ausencias justificadas, si superan el número de cinco por semestre, con cien dólares diarios. Toda la información sobre la política y los procedimientos del colegio pueden consultarse en la web. Este es el contrato entre padres, hijo y colegio, que ustedes deben firmar a fin de completar la matrícula.

Nathaniel y Julia leen por encima su parte del contrato. Describe no sólo lo que la señora Taylor ha explicado, sino también una serie de normas, expectativas, restricciones, sanciones, incentivos y desincentivos, objetivos de referencia y amenazas manifiestas. La señora Taylor los deja por un momento para atender una llamada.

—Siempre podemos trasladarlo a otro colegio —susurra Julia—. Si este no va bien.

Nathaniel carece de la energía para responderle que esa opción no está a su alcance. Este es el colegio al que asistirá Copley, les guste o no, porque sería perjudicial para la carrera de Nathaniel enviar a su hijo a otro centro. Firman el formulario, indican a Copley dónde firmar y observan mientras la orientadora firma a su regreso.

—¿Están conformes? —pregunta la señora Taylor. Nathaniel asiente, pero Julia está rígida y tiene agarrada la mano de Copley—. Entonces asunto resuelto. No saben el alivio que representa tratar con unos padres que entienden lo que nos proponemos aquí. No se *creerían* la resistencia que oponen algunas personas.

—Me lo imagino —dice Nathaniel.

—No creo que pueda imaginárselo. —La mujer se echa a reír—. No hablo de buenas personas como ustedes dos. Algunos de los padres que nos llegan hoy día...

recién bajados del avión, no sé si me entienden. Nos gusta que todas las expectativas estén claras. Eso crea un entorno mucho mejor. Con el tiempo verán que nos enorgullecemos de los alumnos con un comportamiento correcto y normal.

Para alivio de Nathaniel, esta mañana Copley no recurre a sus imitaciones de soldadito de plomo, a nada que induzca a pensar que su hijo es anormal en modo alguno. El niño camina en línea recta, dobla las rodillas, balancea los brazos como cualquier otro chico de su edad. Lo acompañan a conocer a su maestra, la señora Pitt, que dice que ve con buenos ojos a los padres que se toman la molestia de presentarse ante los custodios de sus hijos. Algo en la señora Pitt lleva a Nathaniel a preguntarse si en este nuevo colegio hay una enseñanza real y a plantearse en qué medida el programa no consiste sólo en dirigir al niño, en asegurarse de que no sufre ningún daño físico grave o destruye objetos valiosos. La señora Pitt tiene el rostro ovalado y, pese a su juventud —sin duda cuenta como mínimo con cinco años menos que Nathaniel y Julia—, tiene ya el pelo canoso y la silueta de una mujer mucho mayor. Habla a Copley de un modo en el que, imagina Nathaniel, sus maestros de Boston nunca le hablaron, y ve en el largo puntero de madera que la mujer sostiene en la mano la amenaza de una señora Pitt distinta tan pronto como los padres salgan del colegio.

En el vestíbulo del edificio principal del recinto de EKK, Nathaniel se presenta ante uno de los vigilantes. El hombre saca su ficha, le pide que coloque el dedo índice de la mano derecha en un sensor electrónico y que se acerque a otro dispositivo que lee su iris; los datos biométricos de Nathaniel constan en un expediente de su época en la oficina de Boston. En cuanto el sistema determina que es quien afirma ser, el vigilante le indica que suba a la planta número diecinueve. En la barrera que separa el vestíbulo de los ascensores, Nathaniel acerca la palma y los dedos de la mano derecha a otro sensor, que confirma su identidad una vez más, antes de abrir la puerta de cristal y franquearle el paso a los ascensores del lado izquierdo, que llevan a las primeras treinta plantas del edificio; a las últimas quince se accede por los ascensores del lado derecho, y sólo los usan las personas con niveles de autorización de seguridad interna superiores a los que Nathaniel poseerá en su vida.

Sabe que el nuevo cargo va acompañado de mayores incentivos que el puesto anterior, pero nadie mencionó que se le asignaría un despacho en la esquina de una planta alta con vistas al este y el norte por encima del paisaje urbano del casco antiguo, el enclave de la aburguesada ribera, las lejanas tierras de labranza, los montes alzándose y sucediéndose en forma de tejas de vivo color verde y marrón oscuro, o el cubo blanco de una central nuclear al norte de la ciudad visible apenas en el horizonte. Con sus cuarenta y cinco pisos, el edificio de EKK es el más alto de la ciudad, uno de la cosecha de rascacielos nuevos que se edificaron en los años culminantes del *boom*, y cuenta con vistas más amplias que cualquier otro edificio en

un radio de trescientos kilómetros. La ciudad sigue sin ser comparable a Boston, pero su solidez, su vasto espacio y la atención que concede a la escala humana son reconfortantes.

Tiene ya a su disposición una secretaria que se llama Letitia, y, para su sorpresa, un coche de la empresa, con una plaza de aparcamiento reservada en el garaje de los ejecutivos. Todos estos privilegios lo inducen a una especie de recalibración de su sentido de sí mismo: un hombre que tiene en su haber, aunque sin ser propietario directo, dos coches, una casa de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados no con una caldera sino con dos, una mujer y un hijo, casi media hectárea de tierra, un buen empleo en el que hace algo que considera valioso para la sociedad, un plan de pensiones, inversiones, un seguro de vida y una hipoteca asumible. Entablará nuevas amistades en este nuevo lugar. Será sociable y extrovertido. Invitará a los vecinos a barbacoas en el jardín. Se acomodará en la vida que Julia y él han planeado. Destinará cada uno de sus días a olvidarse de su padre. ¿Qué mejor razón para abandonar Boston que escapar de una esfera del mundo dominada aún —al menos para él— por la presencia de sus proyenitores?

—Aquí tiene su paquete de bienvenida, señor Noailles —dice Letitia, y le entrega un cartapacio de piel repujado de cinco centímetros de grosor—. Dentro encontrará información sobre los procedimientos del edificio, los planes en caso de emergencia, los servicios a su disposición en el recinto, etcétera, etcétera. Doy por supuesto que tiene usted una copia de su nuevo contrato, pero si alguna vez necesita otra copia, puedo presentar una solicitud para que se le entregue mediante el correo interno confidencial, o bien en papel, o bien codificada digitalmente, sin el menor problema.

Da la impresión de que Letitia lo tiene todo bajo control y, a diferencia de otras muchas personas, incluso sabe pronunciar su apellido.

—Impresionante —dice él— La mayoría de la gente no lo consigue a la primera.

—Mi madre es de Louisiana, así que tiene su explicación, siendo un apellido francés, pero además telefoneé a la oficina de Boston para averiguarlo. Quería asegurarme de que empezábamos con buen pie.

Letitia lo presenta a sus colegas, los hombres y mujeres que trabajarán bajo su supervisión, y los otros secretarios de la planta, la mayoría mujeres, todas ellas hispanas o negras; Letitia, comprende Nathaniel, está en lo alto de un determinado estrato de la jerarquía departamental, que refleja el nivel superior del propio cargo de Nathaniel. Ella lo lleva a visitar el recinto de EKK, señalando el comedor de ejecutivos de la vigésimo novena planta, la cafetería del personal, el gimnasio y la piscina en la décimo cuarta planta. A instancias de ella, concierta una cita con el asesor financiero interno para que revise sus planes de inversión y pensiones. Después del almuerzo, encarga la instalación del sistema de seguridad doméstico y opta por el paquete de respuesta armada. «Da una gran tranquilidad —dice el hombre de Productos de Seguridad Doméstica—. Yo no elegiría ninguno de los otros para mí. Quiero decir que podría conformarse con el paquete que sólo activa un aviso a la policía local y

tal, pero yo me fío más de nuestra gente de EKK que de la policía. Muchos de los nuestros son exmilitares; incluso tenemos un miembro retirado de las fuerzas de operaciones especiales de la Armada. Antes de empezar yo a trabajar aquí, nos entraron a robar en casa. Mi mujer y yo no estábamos, pero dejaron la puta casa vacía». Nathaniel sabe qué pensará Julia de la respuesta armada, pero decide contratarla y ver si ella se da cuenta.

Nathaniel está ahí en calidad de director nacional de rehabilitación de delincuentes, y Letitia le ha concertado una reunión con su nueva jefa, Maureen McCarthy, vicepresidenta de Gestión de Centros Correccionales. Durante los últimos años en la oficina de Boston trabajó en rehabilitación a nivel estatal, y sus innovadores programas se consideraron un modelo de eficiencia y rentabilidad, al mismo tiempo que permitían prever un bajo nivel de reincidencia.

—Así que tú eres ese *joven brillante*, la *gran esperanza blanca*, que va a resolver el problema de la rehabilitación en la nación y conseguir que todos esos delincuentes se encarrilen, ¿no es así?

Maureen le coge la mano entre las suyas, le sacude el brazo antes de soltarlo y señala un sofá de cuero negro. Su despacho es tres veces más grande que el de él y dispone de una terraza con una mesa y dos sillas.

—En cuanto a eso, Maureen, no sé qué decirte.

—Yo sí lo sé. Yo misma pedí tu traslado aquí. Has hecho maravillas en Boston. Pero ahora necesito que utilices toda esa experiencia y hagas algo verdaderamente radical con ella, que le des la vuelta. Así que permíteme una pregunta engañosamente sencilla: ¿cuál es el problema con las prisiones?

No está claro si la intención de Maureen es retórica hasta que enarca las cejas y asiente con la cabeza, indicando, entiende Nathaniel, que espera una respuesta.

—No estoy muy seguro de que haya un *único* problema. Como tú de sobra sabes, Maureen, los problemas son varios: el hacinamiento, la antigüedad de las infraestructuras, la violencia de los reclusos, la deficiente preparación del personal, la corrupción de los celadores, las drogas y otras formas de contrabando.

—Sí, ya, ya, aunque todo eso no son tanto problemas como molestias o impedimentos. Y desde luego no son *el* problema de las prisiones. Piensa, Nathaniel. ¿Qué es lo que más detestan de las prisiones todos los gobiernos? ¿Por qué está EKK en el negocio de las prisiones?

—Cuestan dinero. Cuestan muchísimo dinero.

—Exacto. Y ahí es donde intervienes tú. —Lo señala con el dedo, sonrío por un momento, hace una pausa, fija en él sus ojos verdes. Nathaniel se pregunta una vez más si debe hablar, pero entonces ella retoma el hilo—. En lugar de asumir el coste de las prisiones, queremos convertirlas en *motores de puro beneficio*. En estados como este, tenemos un contrato permanente para la gestión de los centros correccionales que sólo puede incumplirse si algún capullo presenta un proyecto de ley que es aprobado por la asamblea legislativa y acaba firmado por el gobernador.

Para que se dé una situación como esa, tenemos que cometer un error garrafal, y eso sencillamente no va a ocurrir. Los estados nos pagan unos honorarios por ocuparnos de sus delincuentes: atraparlos en algunos casos, procesarlos, alojarlos, mantenerlos, *rehabilitarlos* —dice, abriendo más los ojos y asintiendo como para indicar que reconoce que esa es la función de Nathaniel en el proceso—, dejarlos en libertad, gestionar su libertad condicional, vigilar sus movimientos y empezar otra vez desde el principio cuando reinciden. Sabemos que en su mayoría reinciden y... te contaré un pequeño secreto... verás, en cierto modo, eso ya nos gusta. La reincidencia no es algo forzosamente malo desde nuestra perspectiva.

—¿No lo es?

Ella niega con la cabeza, asiente, vuelve a negar.

—Hasta el momento hemos conseguido unos beneficios modestos en la división de encarcelamiento en nuestra unidad de centros correccionales. Hemos reducido drásticamente el número de celadores, impuesto más restricciones al movimiento de presos, equipado a todos los reclusos con pulseras con control GPS en los tobillos a fin de conocer en todo momento su posición exacta en la cárcel, y desplegado un campo continuo de videovigilancia en todas nuestras instalaciones. Los celadores, en cierto sentido, son el problema. Según los perfiles psicológicos y las mediciones sociométricas de la conducta, en la mayoría de los casos los celadores están de este lado de la ley por pura casualidad; en otras palabras, nuestros datos indican que los celadores son con mayor frecuencia de lo que cabría imaginar, delincuentes que todavía no han cometido ningún delito. Lo que quiero decir es que pueden ser comprados y sobornados por los reclusos. Los celadores son corrompibles. Las cámaras no lo son, y cuando la persona que controla las cámaras no tiene contacto directo con los presos, se quintuplica el nivel de seguridad. Bien, pues, la alta dirección está en general satisfecha de nuestros progresos hasta la fecha, y se ha fijado en tus éxitos, en especial por lo que se refiere a la reducción de los gastos generales en la División Noreste. Pero también piensa que aquí hay muchas oportunidades perdidas. Y ahí es donde tú intervienes, Nathaniel. Por eso te hemos traído aquí, al centro de operaciones. Queremos que mejores nuestros programas de rehabilitación, aplicándolos a toda la infraestructura nacional antes de pasar a una presentación a nivel mundial, y que los desarrolles para generar más ingresos.

—No sabía que los programas de rehabilitación generaban ingresos.

—Algunos dirían que es una zona gris. Une la rehabilitación a una formación profesional de alta cualificación —prosigue Maureen, entrecruzando las manos para formar un único puño—, añade procesos manufactureros de baja seguridad de manera generalizada. Exige un mínimo de cuarenta horas semanales de trabajo a todos los presos físicamente capacitados sea cual sea su edad; los médicos de nuestras cárceles están dispuestos a declarar capacitados a todos excepto los enfermos terminales. Hoy por hoy los reclusos sólo tienen que trabajar una hora diaria, lo cual es absurdo.

—¿Y si se niegan a trabajar?

—Los mandas al agujero. Los pones en aislamiento. Los acusas de falta de cooperación. Los presos se pasan demasiado tiempo tendidos con la polla en la mano. Nos proponemos tener más de cien mil reclusos bajo nuestra protección a finales de la década, y podemos aumentar esa cifra a través de un *lobbying* continuo en las instituciones federales, estatales y municipales para exigir unas sentencias mínimas obligatorias, leyes de los tres *strikes*, lo que quieras. La delincuencia es nuestro agosto: es una mano de obra extraordinaria que espera a que se la «rehabilite» en un proceso de trabajo positivo. No nos engañemos sobre esa gente, sabemos cómo son, y sabemos quiénes son incluso en su gran mayoría antes de que lo sepan ellos. ¿Me equivoco?

—Supongo que no —contesta él, horrorizado y fascinado a la vez por las cadencias del discurso de Maureen. Ella no deja de mirarlo a los ojos, y con tal intensidad que se siente al mismo tiempo violado y excitado por el poder que ella proyecta.

—La idea es que les paguemos un uno por ciento del salario mínimo federal mientras que el resto de esa paga teórica se destina a organizaciones de apoyo a víctimas sin ánimo de lucro, una donación desgravable. Los reclusos cobran por aprender un oficio valioso, fabrican productos y componentes de EKK, en estados como este también realizan labores agrícolas, y todo lo que sale de su trabajo son productos que podemos vender o componentes que se incorporan a objetos y procesos que ya vendemos. Los beneficios generados por los reclusos financiarán el mantenimiento de las propias prisiones. Es una propuesta genial, Nathaniel.

—Disculpa si peco de modestia, Maureen, pero da la impresión de que ya lo has fraguado todo. ¿Para qué me necesitas?

—No pecas de modestia, ni mucho menos. Yo te lo he dibujado a grandes rasgos. Lo único que en realidad necesito que hagas es que pulas los detalles estado por estado, y eso implica mucho trabajo. Tienes que asegurarte de que todo se hace conforme a la ley. Si la ley se interpone en nuestro camino, estás autorizado a utilizar nuestras agencias de *lobbying* para conseguir que cambien las leyes. Pero, más importante aún, tendrás que supervisar la integración entre nuestras necesidades manufactureras y la formación profesional y la reubicación de las operaciones. Tienes que hacer cuadrar los números. He visto tu expediente. Sé que eres capaz de conseguirlo. Espero informes de la evolución cada quince días, los viernes a las diez de la mañana, en mi pequeña bandeja de entrada, y al final del año me gustaría ver el programa presentado al nivel más amplio posible, estado a estado, allí donde podamos. Investiga las leyes. Investiga las áreas en las que la fabricación nos cuesta mucho más de lo que debería. Busca maneras de hacer rentables las prisiones.

Mientras Nathaniel se dirige hacia Dolores Woods en el automóvil de la empresa al final del día, volviendo a casa en coche por primera vez en su vida en lugar de ir a pie

o coger algún medio de transporte público, experimenta de nuevo el abrumador impulso de huir, de coger a Julia y Copley y salir de inmediato de la ciudad sin mirar atrás, sin detenerse hasta llegar a la costa este, lo más lejos posible del centro del país. Ve que este nuevo puesto lo cambiará, lo obligará a convertirse en una versión distinta de sí mismo. El carácter del puesto no se parece en nada a lo que preveía, aunque una parte de él sabe que el plan de Maureen McCarthy, tal como es, no debería sorprenderlo. Una empresa se dedica a ganar dinero, y a ganar la mayor cantidad de dinero posible de la manera más eficiente. Siempre ha supuesto, sin embargo, que su propio trabajo está motivado por un impulso superior, altruista, un impulso sancionado por la empresa porque un bajo índice de reincidencia sólo puede ser bueno para la sociedad en su conjunto. Pero de pronto, mientras espera entre el tráfico, avanzando a cinco kilómetros por hora a través de semáforos que le indican cuándo detenerse y cuándo ponerse en marcha a la vez que empieza a llover otra vez, limpiando la sinuosa superficie gris de la ciudad al oeste, empieza a preguntarse hasta qué punto EKK tiene verdadero interés en la rehabilitación. Si la intención es explotar a los presos como mano de obra gratuita a la que sólo hay que alojar y alimentar y regular mediante una presencia cada vez más tecnológica, quizá el objetivo real no sea la rehabilitación, sino la formación de todo un grupo, incluso de una clase de personas, que seguirán reincidiendo a lo largo de toda su vida, volviendo a entrar en un sistema penitenciario que explota su capacidad de trabajo en beneficio de una empresa que gestiona cada vez más aspectos de la vida dentro y fuera de los muros de la prisión. Tiene algo de genial, debe reconocerlo: la clase delincuente transformada por medios legales en el mayor grupo de trabajo esclavo desde la gran emancipación.

\* \* \*

Durante las primeras semanas después de llegar los nuevos propietarios, Paul mantiene cerrada bajo llave la puerta de contención que da al sótano de la casa, y hace como si no oyera los ruidos que se filtran por las tuberías y el cableado eléctrico, la manera en que esa nueva gente se mueve por la casa hablándose a gritos de una habitación a otra, pisando fuerte y corriendo y dando portazos. La mayoría de las mañanas la mujer está en el taller del sótano antes del desayuno, y otra vez cada noche después de la cena y durante casi todo el fin de semana. No necesita verla para saber que está de pie ante el banco de trabajo: las luces del búnker palpitan siempre que ella está allí, inclinada sobre las herramientas y aparatos cuyos agudos gemidos y reverberaciones sacuden los cimientos de la casa.

En tales ocasiones Paul cierra los ojos, apaga las luces y se mete los dedos en los oídos, sintiendo la agresión de las herramientas de la mujer en la piel, las puntas metálicas que pinchan, penetran, horadan su cuerpo.

Es importante convencerse de que todavía lleva una vida normal. Cada mañana pesa sus cereales y se los come con leche en polvo reconstituida. Se da largas duchas

cuya agua procede de la casa principal, aumentando la cantidad de consumo en el contador de la gente que lo ha obligado a esconderse. Mantiene las luces encendidas todo el día, esté en casa o no. Deja correr el agua caliente en las pilas de la cocina y el baño. Cada mañana sale del búnker por la puerta de contención que da al sótano antitormenta del siglo XIX, echa el cerrojo, abre con llave la vieja puerta de madera del sótano, vuelve a cerrar con llave, y sube por la escalera para adentrarse en el bosque, esperando a estar seguro de que nadie lo ve antes de abrir las puertas de maleza que camuflan la entrada. Al atardecer, sigue los perfiles de los árboles que empieza a reconocer, buscando el tronco ahuecado en el que se encuentra oculto su tubo de ventilación, todo indicio de manufactura disimulado por una masa de enredaderas que crecen a lo largo. Al decaer el otoño, la enredadera ha empezado a teñirse de rojo, de modo que bajo el sol oblicuo vespertino el tronco muerto parece en llamas.

Pasan las semanas, y cada mañana amanece más tarde y oscurece antes al atardecer. Llueve casi a diario: aguaceros atronadores que abren a Paul en canal, tormentas que dibujan en el cielo un caleidoscopio de colores azul oscuro y pizarra magenta, como si se hubieran invertido las polaridades de la tierra y la atmósfera, y una esfera líquida y gaseosa envolviera el encendido lecho del mundo. Una noche un rayo alcanza otro árbol no muy lejos de la entrada del búnker, que, al estallar, incrusta astillas claras en la tierra circundante y excava el suelo del bosque. El olor del árbol caído es nauseabundo: carne podrida, ozono y pólvora mezclados, esparcidos en el bosque por una criatura impía de la tierra y el cielo, una sacerdotisa gigante que hace oscilar su turíbulo.

Tras cerrar las puertas de maleza que ocultan el acceso al sótano, Paul añade más ramas, palos y pilas de hojas. A veces teme que si la entrada se parece demasiado a la boca de la guarida de un animal, pueda atraer la atención de un cazador en busca de castores o ratas almizcleras; aunque el arroyo cercano suele estar casi seco a finales del verano, desde hace unos días sus aguas han empezado a fluir de nuevo, poco profundas pero rápidas.

En el bosque procura no pisar ramas caídas, manteniéndose en las zonas de materia vegetal empapada y bordeando el lecho lodoso del arroyo donde puede distinguir el rastro de ciervos, zorros y coyotes, a los que ha oído llamarse unos a otros durante la noche. Avanza a través del bosque encorvado, doblado por la cintura, cerca del suelo para no ser detectado, con la cadera tensa, el cuello recto, los ojos alerta, torciendo la cabeza a uno y otro lado. La gente pasea por este bosque pese a que son tierras privadas, intrusos que se salen de la reserva natural cercana, donde la caza está permitida. Es temporada de pavos y ciervos. También hay cazadores furtivos, que se aventuran a poner trampas, dispuestos a matar lo que sea. En muchos sentidos se siente más a salvo en las calles que cuando corre entre los árboles, abriéndose paso por una carrera de obstáculos de materia ruidosa que puede delatar su presencia. Pero ahora también él es un intruso, en unas tierras que pertenecen a

Nathaniel y Julia Noailles y que, en algún lugar sin señalar, pasa a ser propiedad pública: tierras que antiguamente fueron de la vieja viuda Washington pero ahora han pasado a manos del ayuntamiento. En las calles no hay ambigüedad: una calle es un sitio donde puede estar cualquiera, es posible transitar por sus aceras libremente, a la vista de todos. En el bosque no hay límites visibles aparte del letrero a la entrada de la reserva o los carteles de PROHIBIDO EL PASO clavados a los árboles en los que se amenaza a los transgresores con la acción de la justicia o un balazo si se adentran en esa propiedad privada. Hay sitios donde esconderse, y sitios donde otros pueden estar escondidos.

Añora la manera en que cazaban su padre y él, su proximidad cuando estaban juntos y en silencio, sin expectativa de conversación por parte de ninguno, siendo el silencio un oasis abierto a todo aquel que llegara en lugar de un vacío que exigía presencia y había que llenar. En ese silencio podía escuchar la respiración de su padre, oír la mano deslizarse por el rifle, permanecer atento al momento en que su hombre desplazaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra si pasaban mucho tiempo de pie, o se apoyaba en la pared de una paranza de madera y exhalaba un aliento que siempre olía a limpio y a montaña. Cuando cazaban solos apenas hablaban, ni siquiera después de cobrarse una pieza. Su padre transmitía instrucciones con dos o tres palabras. Ralph siempre se sentía más cómodo con los sustantivos que con los verbos, porque daban nombre a las cosas que exigían acción en lugar de describir la propia acción. La acción sólo debía insinuarse. «Roca», decía en un susurro, y Paul sabía que debía seguir a su padre hasta un gran peñasco y agazaparse en silencio detrás, en espera, manteniendo juntos el equilibrio una fría mañana de finales de otoño, mientras de debajo de sus pies les llegaba el olor a hojas, un tufo mohoso a cervato y un hedor a podredumbre de gamo. La mayoría de las veces era su padre el primero en ver el ciervo, y el silencio era tan absoluto entre ellos que Ralph sólo tenía que ladear la cabeza en dirección al animal para que Paul siguiera su mirada, para que los dos apuntaran, para que su padre exhalara la palabra «Mío» o «Tuyo», en función de quien tuviera una mejor opción de tiro según sus cálculos. En esos momentos la palabra era más una expulsión de aire modulado que algo cercano a un susurro, y menos aún a cualquier tipo de habla. Era la forma de comunicación mejor y más pura que se producía entre ellos. Incluso después de abatir a una presa, cobrarse el ciervo y vaciarlo, persistía el silencio. «Tripas», decía su padre, y Paul sabía que debía emplear el garfio de acero, perforar la piel cerca del estómago, desplazar la punta hacia el cuello y abrir la cavidad del animal para que su padre pudiera meter las manos dentro, extraer los órganos internos y cortarlos, dejando el resto del cuerpo intacto hasta llegar a casa, donde lo despellejaban y descuartizaban en el garaje.

En el viaje de vuelta a casa en la furgoneta, con la presa o presas a buen recaudo bajo la lona de la caja, reinaba el mismo silencio que en la propia cacería, aunque allí, ya lejos de la quietud del bosque, la tranquilidad y la comodidad anteriores daban

paso a una sensación de aspereza, un clima más denso a causa de la tensión generada por la expectativa de que ahora, cuando el silencio ya no era necesario, la conversación debía ocupar el espacio entre ellos. Paul nunca se atrevía a ser el primero en hablar, así que esperaba a que hablara su padre, para preguntarle qué había hecho en el colegio esa semana, o, si estaba exultante por los animales cobrados, para contarle anécdotas de sus hazañas en la aviación, de las misiones de reconocimiento en zonas en guerra, la emoción y la importancia del trabajo que llenaba la mayor parte de la vida de Ralph Krovik.

Paul tiene la furgoneta aparcada en River Ranch, la urbanización contigua, que fue un criadero de caballos antes de que los terrenos se vendieran al principal promotor inmobiliario de la zona. Las casas de esas calles son más modestas que las construidas por Paul en Dolores Woods, los dueños menos prósperos, un vecindario de familias de clase trabajadora sin médicos ni abogados ni altos ejecutivos: fontaneros, electricistas, maestros, albañiles, gente más parecida a Paul. O bien los vecinos de River Ranch tienen más coches y furgonetas que la mayoría de la población, o bien sus garajes son más pequeños, pero siempre hay vehículos aparcados en las calles, y allí la furgoneta de Paul no llama tanto la atención como lo haría en Dolores Woods, donde además sus antiguos vecinos la reconocerían. Aun así, para llamar todavía menos la atención, aparca la furgoneta en una calle distinta de River Ranch cada noche, tomando siempre nota de la ubicación para encontrarla a la mañana siguiente.

No hay nada más sospechoso que un hombre solitario caminando por las calles de una zona residencial. La cara que ve en el espejo cada mañana es la de alguien que sólo puede ser sospechoso. Se afeita, se mantiene el pelo bien cortado con una maquinilla eléctrica, se plancha la ropa, hace todo lo posible para inducir al mundo a creer que lleva una vida por encima del nivel del suelo en una casa, no en un búnker, sin la carga de más deudas de las que podrá devolver en su vida.

Durante los primeros días después de la llegada de los nuevos ocupantes de la casa, Paul cogió la furgoneta y recorrió los solares en obras para pedir trabajo. La mayoría de los hombres lo conocían y sabían que lo había perdido todo. Parecían compadecerlo, fingían una actitud solidaria, pero ninguno tenía trabajo que ofrecerle. Ya nadie construía casas, y las pocas que aún estaban edificándose ya se habían vendido por adelantado o muy posiblemente quedarían vacías al terminarse.

Paul nunca ha trabajado en nada que no guarde relación con la construcción o la carpintería. No tiene la ropa ni la paciencia para trabajos de dependiente, y cuando pregunta por la posibilidad de hacer turnos en restaurantes, los encargados le dicen que necesita experiencia en restauración. Ayer una camarera de una cafetería le informó de que un supermercado abría una sucursal y quizá necesitaran cajeros o — echó un vistazo a la amplitud de sus hombros y su pecho— unos cuantos hombres

fuertes para el almacén. «Seguro que podrías encontrar un empleo de gorila», comentó, pero a Paul nunca le han gustado los bares y no quiere plantarse ante la puerta de un local como un chulo o un prostituto.

La semana pasada hizo carteles para anunciar AMERICANO HONRADO Y BUEN CRISTIANO SE OFRECE PARA TRABAJOS DE CARPINTERÍA A BUEN PRECIO, dando su número de móvil y su dirección de correo electrónico. Después de colgar una docena de anuncios en farolas de cruces importantes, se acordó de que en el búnker no tenía cobertura ni ordenador ni acceso a Internet, y su móvil es tan antiguo que sólo puede recibir y realizar llamadas. Busca un cibercafé pero al parecer estos ya no existen. En todas partes hay wifi gratuito o a cambio del pago de una tarifa, pero sin ordenadores. Todas las bibliotecas, donde podría haber buscado refugio, han sido cerradas por el ayuntamiento en los últimos tres años.

Cada día, sentado en la furgoneta, a menudo en el aparcamiento de un centro comercial, con el parabrisas azotado por la lluvia, la ropa húmeda y fría, marca el número del móvil de Amanda. La ha telefoneado a diario desde que ella se marchó hace más de un año. Al principio contestaba sus llamadas, cruzaba unas palabras con él e incluso le permitía hablar con Carson y Ajax.

—¿Dónde estás? —preguntaba él en las primeras conversaciones.

—En casa de mis padres —respondía ella.

—¿Qué tal por Florida?

—Mucho calor. Pero a los niños les encanta.

—¿Vas a buscarte una casa?

—Pronto.

Paul sabe que él no es una persona intuitiva, pero se daba cuenta, incluso cuando el número seguía operativo, de que ella no quería hablar con él. Un mes después de instalarse en Florida, Amanda dejó de atender sus llamadas. Paul telefoneó al número fijo de la casa de los padres, y la madre o el padre de Amanda siempre salía con excusas: *está trabajando, ha salido, está durmiendo, aquí ya es tarde, prueba mañana*. Siempre lo trataban con cortesía. Al cabo de unas semanas le dijeron que Amanda se había mudado a otra casa.

—¿Puedes darme su nuevo número de teléfono?

—Ella... No lo sé, Paul —dijo su padre.

—No le mientas —dijo su madre por detrás.

—Nos ha pedido que no te diéramos el número, Paul. Lo siento. ¿Y si te vienes por aquí? Podemos intentar arreglar las cosas entre vosotros dos.

—Antes tengo que recuperar la casa, Robert. Tengo que rehacerme. ¿Se lo dirás? Estoy rehaciéndome. Todo saldrá bien. Ella debe hacer planes para volver aquí a finales de año. Dile que no se acomode demasiado, ¿quieres? ¿Se lo dirás?

—Se lo diré, Paul.

Cuando Paul llevaba un mes llamando varias veces todos los días, manteniendo versiones distintas de esa misma conversación, los padres de Amanda cambiaron

también de número. Desde entonces Paul ha telefonado a diario al servicio de información telefónica, pero ni Amanda ni sus padres constan en la guía. Para esconderse de él, para apartarlo de sus hijos, a sabiendas de que carece del dinero para ir a buscarlos, han optado por desaparecer.

De todos modos, marca el número del móvil de Amanda y oye el mensaje de que esa línea ha sido desconectada. Su mujer se ha desconectado de él, lo ha separado de sus hijos. Cuando llegaron los papeles del divorcio, los quemó junto con las órdenes de alejamiento. Por lo que sabe, en algún momento su firma ya no será necesaria, un juez dictaminará que Amanda es libre para perseguir a otros hombres. Puede que ya sea demasiado tarde: puede que haya ya otro hombre ocupando el lugar de marido y padre, usurpando la posición de Paul en la familia que ha perdido.

Pasan las semanas. Paul sale cada mañana a buscar trabajo, vuelve a casa a media tarde, come, hace ejercicio en el búnker, intenta permanecer ajeno al ruido de los nuevos propietarios por la noche y se va a dormir. Llega octubre. Compra gasolina para la furgoneta hasta que ya no le queda dinero y no puede pagar el seguro. Vende su reloj y su alianza nupcial en una tienda donde se anuncia con letras grandes y amarillas: COMPRAMOS ORO. No queda nada en la cuenta corriente. No cobra el paro ni recibe prestación social alguna, y no se ha inscrito para solicitar vales canjeables por alimentos. No cree en las limosnas ni se imagina recurriendo al Estado en busca de ayuda, ni de hecho sabe adónde tendría que ir para recibir esa clase de ayuda. Pone el letrero de SE VENDE en la furgoneta y la aparca en una zona residencial de alto nivel al otro lado de la ciudad. Al cabo de una hora un chico que acaba de cumplir los diecisiete lo telefona para que le deje probarla. Paul se reúne con el chico en su casa, donde una reja de hierro forjado con pilares de ladrillo y piedra intercalados rodea la finca. Diversas réplicas de estatuas griegas se alzan en el jardín trasero.

—¿Por qué quieres mi furgoneta? —pregunta Paul mientras el chico circula a gran velocidad por las tortuosas calles del vecindario, donde también las casas son la mitad de grandes que las construidas por Paul.

El chico mira de soslayo a Paul con el entrecejo fruncido y los ojos entornados bajo la luz de media tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Atento a la calle, chaval. Podrías tener la furgoneta que quisieras.

—Pero a mí me gusta tu furgoneta. Es robusta. Y es barata. Es muy chula.

Vuelven a la casa del chico, y allí se detienen en el camino de acceso. El chico ofrece a Paul la mitad del precio de partida.

—Mejor que sean mil.

—¿Cómo no, tío? Me siento generoso.

—La verdad es que no lo entiendo. No necesitas esta furgoneta.

—Mis padres no quieren que me lleve mi coche cuando voy a esquiar —explica

el chico, señalando con el mentón el descapotable negro que hay en el garaje de cinco plazas.

Paul se muerde con fuerza el labio inferior, percibe el sabor salado, se arranca con los dientes un trozo de piel seca y accede a vender. Van a la delegación del Departamento de Tráfico y resuelven el papeleo. El chico le entrega un fajo de billetes, que Paul se guarda en el bolsillo del vaquero.

—¿Podrías llevarme? —pregunta Paul.

—Claro que te llevo. ¿Ves que amable soy? —el chico hace una mueca de suficiencia y da una palmada a Paul en la espalda como si fuera un niño.

Sin la furgoneta, Paul se cuelga la mochila a hombros, se cubre con un poncho de caza de color verde camuflaje y se pasa los días caminando bajo la lluvia, preguntando en las obras y recibiendo siempre la misma respuesta: aquí no hay trabajo. Uno de los hombres a quien considera amigo desde hace tiempo le pide que no vuelva a aparecer por allí, asegurándole que la respuesta no cambiará; no es el único que busca trabajo, y hay otros muchos más jóvenes y hambrientos que Paul necesitados de ayuda.

—Ilegales, eso quieres decir. Hombres que trabajan por nada —dice Paul.

—Oye, Paul —responde su amigo—, tú también lo hacías. Me consta que lo hacías. Todos lo hacemos, y hoy día es la única manera de cuadrar las cuentas. Has jugado tus cartas, tío. Este ya no es un mundo de segundas oportunidades. Lo siento, colega. Lo lamento por ti. El año que viene podría tocarme a mí. No te creas que no lo sé. ¿Pasas hambre?

—Tengo para comer —contesta Paul, y dándose media vuelta, se adentra penosamente en un muro de lluvia.

Tiene comida de sobra en el búnker, suficiente para tres meses, seis si reduce a la mitad las raciones y las complementa con lo que pueda cazar o recolectar. Se puede aprender a buscar provisiones, y él ya sabe cobrarse una pieza. No le queda nada que vender salvo su fuerza de trabajo y no puede pedir ayuda a su madre; ella tiene poco que dar, nada de valor aparte de su propia fuerza de trabajo, y su padre, con su fe ciega en la autosuficiencia, jamás hará nada por él. Como Paul sabe, su postura es una cuestión de principios, no de crueldad: la autosuficiencia es el templo de su padre y su convicción más profunda. «Te quiero, Paul —diría su padre—, pero un hombre debe mantenerse por sus propias fuerzas. Te haría un flaco favor si te sacara del apuro».

En sus caminatas, Paul vigila donde pisa, temiendo tropezar, caerse y romperse un hueso. Ser peatón en un mundo concebido para los coches lo lleva a tomar conciencia de su propia fragilidad. Los nuevos centros comerciales tienen aceras sólo frente a las tiendas o alrededor, islas en mares de plazas de aparcamiento. Es consciente de que la gente lo mira, y se pregunta si ha dejado asomar a la superficie

algún indicio de desesperación o ánimo delictivo, o si eso se debe sencillamente a que el mundo espera que un hombre como él no vaya a pie sino al volante de una furgoneta. El cuerpo en que mora, el cuerpo que lo confina y determina la percepción que el mundo tiene de él, un cuerpo que ha trabajado a fondo para convertirlo en un titán, tiene que reaprender a moverse a pie por un mundo que siempre ha sido hostil al hombre, que se ha vuelto aún más hostil como consecuencia del dominio del hombre.

*Humanidad* —oye decir Paul a su mujer—, *Humanidad en lugar de Hombre*. *Vaya un neandertal estás hecho*.

Mientras camina, pensando en su familia, no puede evitar mirar a mujeres que se parecen a Amanda o a niños e incluso a niñas que le recuerdan a Carson y Ajax. Un día se sorprende mirando a una madre y sus dos hijas. La madre se da cuenta y atrae a las niñas hacia sí, alejándolas de ese hombre, alto y musculoso, cubierto de nailon verde impermeable, que mira fijamente a las niñas.

Telefonea a los números que ya no son los de su mujer o los padres de ella. Le contestan otras personas en los dos casos.

—¿Amanda, cariño?

—Me temo que se equivoca de número.

—Sé que está ahí. Déjeme hablar con ella. Quiero hablar con mis hijos.

—Caballero, se equivoca de número.

—No cuelgue, por favor. Sólo quiero hablar con mi mujer, Dígale que va todo bien, que soy Paul. Sólo necesito hablar con ella.

—Voy a colgar, caballero.

—Si cuelga, le juro por Dios que iré a por usted. La encontraré.

La mujer al otro lado de la línea cuelga. Paul observa su reflejo en la vidriera de un restaurante de comida rápida, los vaqueros ya no ceñidos a las piernas, la capucha en la cabeza, una mochila en forma de joroba bajo el poncho, obligándolo a encorvarse. No irá a buscar a nadie. No tiene dinero para viajar, e incluso si destinara el que le queda a llegar a Florida, no dispondría ya de nada para buscar a su familia. No le queda más remedio que quedarse aquí en la ciudad que conoce, luchar para recuperar la casa que sin duda le permitiría recobrar a su mujer y sus hijos.

Aunque llueve casi a diario, elude los centros comerciales, con sus guardias de seguridad privados que no permitirán que un hombre permanezca sentado durante horas en un banco. No obstante, el jueves pasado llovió de tal manera que no le quedó más remedio, y se aventuró a entrar en unas galerías donde deambuló de aquí para allá durante ocho horas, preguntando en las tiendas si tenían trabajo que ofrecer. En todas le contestaron que no, pero le entregaron solicitudes para rellenarlas, que le prometieron conservar en el archivo por si acaso surgía una plaza. En todos los formularios se le preguntaba si tenía experiencia previa en atención al público en un comercio. En uno de los casos tuvo que responder a un test de personalidad con preguntas tan desconcertantes que no imaginaba siquiera cuál de las múltiples

respuestas podía ser la correcta:

Un compañero de trabajo que está endeudado le confía su delicada situación. Más adelante esa semana ve usted a ese mismo compañero de trabajo sacar dinero de la caja registradora y metérselo en el bolsillo. Usted decide:

- a) Informar al encargado
- b) Enfrentarse a su compañero de trabajo
- c) Ofrecerse a prestar dinero a su compañero de trabajo
- d) Avisar a la policía
- e) Sustituir a escondidas el dinero que su compañero de trabajo ha robado de la caja registradora
- f) Pedirle a su compañero de trabajo que le dé una parte de lo robado.

Una clienta obesa le pregunta si se ve gorda con un vestido que se está probando. El vestido le queda pequeño, y usted sí piensa que se la ve gorda. Decide:

- a) Decir a la mujer que se la ve gorda
- b) Sugerirle que se pruebe otra talla
- c) Decirle que le queda muy bien y ofrecerse a cobrarle el vestido
- d) Hablarle de un régimen de adelgazamiento eficaz
- e) Sugerirle que haga dieta
- f) Pedirle a un compañero de trabajo que atienda a la clienta por usted.

En ese caso eligió las respuestas al azar, dando por supuesto que no superaría ningún test de personalidad al que lo sometieran. Rellenar los formularios no fue una tarea exenta de satisfacciones. Se representó a sí mismo trabajando en distintas clases de tiendas, se familiarizó con las calidades de las distintas clases de bolígrafos, desarrolló una predilección por la tinta negra en lugar de la azul, aprendió a valorar los formularios impresos en papel grueso que absorbía la tinta voluptuosamente en lugar del papel fino que parecía resistirse al bolígrafo para acabar rompiéndose cuando ejercía demasiada presión. Después de acabar de rellenar formularios volvió a recorrer todas las galerías, las plantas superior e inferior, pasando ante escaparates vacíos con el letrero EN ALQUILER, mirando todos los productos en las tiendas restantes y a las pocas personas que compraban. A media tarde lo abordó un guardia de seguridad.

—Eh, amigo —dijo el guardia en voz alta. Era un hombre mayor, medía un palmo menos que Paul y pesaba cincuenta kilos menos, pero tenía una porra, una pistola *taser* al cinto y una insignia bordada en el pecho con las letras EKK.

—Me he fijado en que se pasea mucho.

—¿Acaso está prohibido pasearse?

—Me preguntaba si no es un ladrón reconociendo el terreno.

—Busco trabajo.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó el guardia.

—No. No he encontrado nada.

—¿Tiene que comprar algo?

—No. No tengo que comprar nada.

—¿Ve ese cartel donde pone PROHIBIDO MERODEAR? —preguntó el hombre, señalando un letrero que exponía las normas y reglamentos de las galerías. Paul

asintió—. Entonces creo que ya es hora de que se vaya. Permítame que lo acompañe.

El hombrecillo lo condujo hasta la salida más cercana y se quedó en la puerta observando a Paul mientras sacaba el poncho de la mochila, se lo deslizaba por la cabeza y atravesaba el aparcamiento mojado hacia la calle. Cuando llegó a la acera, se volvió hacia el guardia y se despidió de él con la mano bajo la lluvia torrencial; por un instante, el guardia hizo ademán de levantar la mano, pero volvió a bajarla, cabeceó y se adentró de nuevo en la oscuridad de las galerías. Una franquicia de una marca conocida había cerrado hacía dos años y el local seguía abandonado: enredaderas cubrían las paredes exteriores; malas hierbas y pequeños árboles crecían en el tejado; las ventanas y las puertas, ahora tapiadas, traqueteaban con el viento.

Después de ese encuentro, Paul ha eludido los centros comerciales. Ayer fue a un parque y se pasó toda una tarde sin lluvia sentado en un banco, observando las ardillas prepararse para el invierno, perdiendo la noción del tiempo hasta que empezó a anochecer. Un sedán gris pasó por delante y aparcó cerca. Un hombre mayor trajeado se apeó y se aproximó. Rodeó el parque, regresó y se sentó en el banco junto a Paul.

—¿Cuánto, pues? —preguntó el hombre.

—Cuánto ¿qué? —respondió Paul.

—Vamos, chico. No te hagas el tímido.

—No soy un chico. Cuánto ¿qué?

—Ya sabes cuánto qué. Así que, ¿cuánto?

—Oye, tío, no tengo drogas. Largo de aquí.

—No busco drogas, chico —dijo el hombre apoyando una mano en la rodilla de Paul—. Ya sabes qué busco.

Paul se quedó tan atónito que empezó a hiperventilar. Se puso en pie y, corriendo, se alejó de aquel hombre, salió del parque y recorrió las calles residenciales hasta llegar a una concurrida avenida, donde aflojó el paso para recobrar el aliento. Cuando se detuvo y se desplomó bajo el tejadillo de una parada de autobús, no pudo evitar preguntarse cuánto dinero conseguiría vendiendo su cuerpo en lugar de su trabajo, y qué conllevaría exactamente esa transacción. Quizá algún día llegara a eso.

Otro día recorrió a pie treinta y dos kilómetros, ida y vuelta, para ver a su madre. Ella lo había telefoneado al móvil para preguntarle cómo estaba, dónde estaba y por qué no sabía nada de él desde hacía semanas. Su padre se había marchado a cazar alces y su madre lo invitó a almorzar. Tuvo que salir del búnker a las ocho de la mañana para llegar a casa de sus padres poco antes de las doce del mediodía. Hacía meses que no veía a su madre, desde antes de la ejecución hipotecaria, cuando ella se ofreció a ayudarlo a trasladar sus pertenencias al apartamento que, según él, había alquilado.

—¿Estás trabajando, Pablito?

—No me llames así, mamá. Aún busco trabajo.

—Pero ¿te las arreglas? Se diría que necesitas unas botas nuevas. ¿Dónde está la

furgoneta?

—En el taller. He venido en autobús.

—¿Dónde está ese apartamento tuyo, Pablo? Ni siquiera sé dónde vives.

—En Central, cerca de las galerías. Es muy pequeño. Si quieres que te diga la verdad, me avergonzaría que lo vieras. Pero tengo cosas en vista, mamá. He empezado a recomponer el panorama, pero ahora mismo estoy con el agua al cuello. Te prometo que nunca más volverás a verme caer tan bajo.

Mirar a su madre era como verse en un espejo de feria: más bajo, más redondo, femenino, de piel mucho más oscura, pero por lo demás igual. De niño era rubio y más tarde, en la adolescencia, el pelo se le oscureció hasta adquirir casi la tonalidad negra del pelaje de una pantera que tenía su madre. La gente decía que parecía italiano o griego, y esa era una impresión falsa que rara vez se sentía impulsado a corregir. Se sentaron uno frente al otro en el comedor, Paul con las piernas estiradas bajo la mesa, los pies asomando por el otro lado, en torno a la silla de su madre, casi envolviéndola. Al mirarse en el espejo de marco dorado que colgaba detrás de ella, parecía un hombre intentando escapar, a quien no podía refrenarse sin peligro, apenas un hombre, un dios jaguar, sus ojos relucientes esquirlas de turquesa, mirando cada uno en una dirección distinta, una serpiente bicéfala. Por un instante examinó sus propios ojos, demasiado claros y luminosos para la tez aceitunada que los rodeaba. Al final los vio tal como eran: los ojos de su padre trasladados a una versión más delgada, dura y angulosa del rostro de su madre, con una nariz y unos arcos ciliares más pronunciados. Una persona podía saltar desde su frente, saltar y precipitarse a la muerte desde lo alto de su inverosímil cuerpo.

—Respira —dijo Dolores—, no vayas tan deprisa, *chiquito*<sup>[1]</sup>. ¿Es que no comes?

—Sí como —contestó él—. Sigo una dieta especial.

—Estás muy delgado. Te mandaré comida a casa.

Después del almuerzo, se quedaron en el salón bebiendo leche con cacao, contemplando el complejo de oficinas al otro lado de la calle, donde, hasta hacía sólo unos años, había un hipódromo. Aunque una hilera de árboles impedía ver el circuito cuando se instalaron en esa casa, siempre oían el ruido que llegaba de allí, ya fueran los anuncios de las carreras por el sistema de megafonía o, cuando acababa la temporada hípica, los conciertos de *rock* que se organizaban, tan ruidosos que la colección de estatuillas de vacas de su madre temblaba en la alacena de la porcelana. Cuando los promotores inmobiliarios sustituyeron el hipódromo por un complejo de oficinas, talaron todos los árboles.

Dolores suspiró y dio la espalda al intenso resplandor de hormigón y cristal. Allí donde ahora hay hectáreas plateadas de asfalto y coches, antes pacían caballos, en pleno centro de la ciudad. Se mudaron a esta casa cuando Paul cursaba su primer año en el instituto, y no tardó en integrarse en un grupo de chicos del barrio que robaban los tapacubos ornamentales cromados de los coches, chicos cuyos padres los llevaban a clases de manejo de armas para que aprendieran a disparar antes de tener edad para

poseer un arma, chicos que iban de caza durante los fines de semana largos y volvían jactándose de las piezas cobradas, contando cómo habían despellejado a los ciervos y disparado contra las ardillas por diversión, y abatido petirrojos y tordos alirrojos porque podían hacerlo. Paul ya no se acuerda si presionó él a su padre para unirse a estas actividades o si fue al revés, pero Ralph y él pronto formaron parte del grupo. Todavía cuelgan trofeos en el salón de sus padres. Ese día, después de comer, Paul tendió la mano para acariciar el pelaje, por debajo de la mandíbula, del primer ciervo que mató.

—Cuando tu padre y tú empezasteis a cazar, tenías un don natural. Pero en realidad no te gustaba, sé que no disfrutabas. —Su madre abrió la alacena para recolocar una vaca de porcelana.

—Pero ¿qué dices, mamá? Claro que disfrutaba. Me encantaban aquellas cacerías.

—Pero no era tu asignatura preferida. Tu asignatura preferida era el arte. En eso has salido a mí, no a tu padre.

—La cacería no es una *asignatura*.

Su madre no pareció oírlo.

—Desciendes de una larga tradición de artistas y constructores. Sólo que tú eso no lo sabías. Nunca te hablé lo suficiente del tema. —Cuando cogió una talla de Paul, una vaca hecha a partir de un trozo de madera de álamo descortezada, él supo qué iba a decir su madre, supo que se sumiría en ensoñaciones de un gran linaje, remotos pueblos chapapoyas, lugares antiquísimos, vastas ciudades y templos, un legado de construcción que era el mayor patrimonio de Paul: *la habilidad en los dedos*, chiquito. Cuando le colocó la vaca en las manos, él se sorprendió ante la complejidad de su propia talla, lo reales que parecían los ojos de cristal de mirada fija y los costados de madera—. ¿Qué clase de vaca crees que es esta, Pablo?

—Una shorthorn griega.

—Exacto. Una raza poco común.

Antes él tallaba toda clase de bonitos objetos pequeños para su madre. En la salita están sus patos de reclamo: el ánade real, el porrón picudo, incluso un ganso del Canadá, todos con tal nivel de detalle que parecían capaces de volver la cabeza y arrancarte un dedo con su pico de madera barnizada.

Dolores volvió a colocar la vaca en el estante inferior de la alacena, cerró la puerta y echó la llave, que siempre llevaba al cuello colgada de una cadena de plata.

—Tendrías que haber sido artista, creo —dijo su madre—. Tienes mucho talento.

—¿Podemos dejar de hablar de mí?

Ella, sin hacerle caso, sacó de un cajón del aparador una carpeta con los dibujos hechos por Paul en su infancia. La mayoría de los primeros estaban calcados de las revistas: cazabombarderos y soldados en acción, monstruos fantásticos y cíborgs. Pero Paul advirtió que, conforme ella pasaba las hojas, el tema cambiaba para centrarse en precisos dibujos de casas. Todas las casas que dibujó de niño eran más grandes y más elegantes que cualquiera de los humildes lugares donde habían vivido.

—Siempre dibujabas la casa de tus sueños. Siempre decías que me construirías una casa para mí, ¿te acuerdas? Una casa donde yo pudiera vivir sola.

—Sí, me acuerdo, mamá. A lo mejor algún día lo hago.

Al final de cada día de vagabundeo, comiendo siempre los bocadillos que él mismo se prepara y lleva en una mochila, sin comprar nada si puede evitarlo con el dinero que le queda de la venta de la furgoneta, regresa cansinamente por Poplar Road en dirección oeste, deteniéndose en travesías encharcadas, esperando a que cambie el semáforo, arriesgando la vida incluso cuando el semáforo le franquea el paso, porque los conductores hacen caso omiso de las señales, como él en otro tiempo, distraído por la radio o por una llamada de su mujer o simplemente por la prisa de volver a casa.

A media manzana de Dolores Woods entra en el bosque, ocultándose en la espesura y abriéndose paso entre los helechos, tensándose como un coyote agazapado, postura que adopta hasta llegar a su guarida.

Por la noche, en el búnker, come pasta y permanece sentado en silencio, concentrado en el zumbido y el calor de las luces del techo hasta que las apaga e intenta dormir. En la oscuridad siente la opresión de los sonidos de la casa: el agua que corre por las tuberías, los enchufes que entran en las tomas, música y llamadas telefónicas y voces de una habitación a otra, el televisor y el lavavajillas y la lavadora y la secadora, los aparatos de aire acondicionado y los deshumidificadores y los calentadores de agua y el congelador, o los sonidos de la mujer en su banco de trabajo del taller del sótano: los penetrantes chirridos y extrañas frecuencias que se intensifican y oscilan, la estremecedora vibración del taladro que hace temblar los cimientos de la casa, todos esos ruidos que se condensan, se canalizan hacia la despensa, atraviesan la trampilla y estallan en su celda.

Después, cuando por fin la casa queda en silencio, llegan también otros sonidos, desde debajo del búnker, procedentes de las profundidades de la tierra, correteos y forcejeos a través de la densa mezcla de cieno, arena y arcilla, que se acercan, avanzan hacia el búnker, y de pronto cambian de dirección y corretean alrededor de la guarida de Paul, por las paredes, un horrendo ruido de garras, patas, jadeos, uñas afiladas en contacto con el revestimiento de plomo. La primera noche que lo oyó pensó que lo imaginaba y al otro día decidió que había sido un sueño, pero cuando se repitió a la noche siguiente, y después todas las demás noches, cada vez más y más sonoro, supo que era real. Ahí hay algo ancestral y colérico, en la tierra que lo rodea, algo que escarba con sus garras e intenta entrar.

Un martes por la mañana de primeros de octubre Paul abandona el búnker por la despensa y, husmeando el aire, sube sigilosamente por la escalera hasta la cocina. La

casa ha cambiado: no huele ya a su familia, ni siquiera a él. Huele a otras personas, otra comida, aceites, olores corporales, productos de limpieza, formas de vida. El aroma es penetrante y químico, y mientras el olfato se le adapta a este nuevo olor y piensa en cómo erradicarlo, ve un fantasma en la habitación contigua. Atraviesa en silencio la cocina hacia la alacena y, al asomar la cabeza, ve que los muebles del comedor están todos juntos, tapados con gruesas telas blancas, y una lona más resistente cubre el suelo. Al principio no asimila lo que ve, por lo distinto que le parece ese espacio, y de pronto cae en la cuenta de que han quitado el papel pintado de las paredes, dejando el yeso a la vista. Lo eligieron Amanda y él, el dibujo de hiedra, un estampado de mediados del siglo XIX, que costó ciento cincuenta dólares el rollo, y colocarlo sólo en el comedor les llevó un día entero. Pero eso no es más que el principio de la desfiguración. Han desaparecido las molduras de los remates elaboradamente pintadas, sustituidas por molduras cóncavas de color blanco, incluidas las esquinas, con lo que estas no se parecen en nada a ángulos, y el espacio entero semeja el interior de un malvavisco vaciado.

Siente vértigo, dobla la rodilla, vuelve a erguirse a la vez que el corazón lo impulsa hacia el pasillo, palpitándole una vena en el cuello. Todo el espacio está pintado de un luminoso color blanco roto, hasta la primera planta; el entarimado también está pintado de blanco, y la escalera, incluidos el pasamanos y la balaustrada, todo ello recubierto de blanco. Todo, en todas partes, refulge, resplandece, eliminadas las molduras de los remates y los zócalos, sustituidas por las mismas molduras cóncavas del comedor. Lo han hecho también en el salón y en la salita: un resplandor blanco en el que el espacio parece mucho más grande. Las paredes se funden entre sí sin fisuras, al igual que los techos y los suelos. Paul se dobla por la cintura, cae de rodillas, arroja un líquido claro y viscoso en el entarimado pintado de blanco. Le palpita la cabeza y lo asalta la ilusión óptica de estar suspendido en el vacío. Sólo las ventanas, con vistas al jardín y a la urbanización, dan sensación de escala o contexto, ya que incluso los muebles están tapizados de blanco y tienen los brazos y las patas blancos; hay varias mesas rinconeras lacadas en blanco, una mesita de centro a juego, una alfombra blanca. Los sofás tienen cojines blancos. El único color lo proporcionan los libros colocados en las estanterías empotradas. Paul no recuerda cómo quedaban sus propios libros en esas estanterías: libros que nunca leyó, cuyo lugar en la casa siempre fue puramente decorativo. A diferencia de los libros de estas nuevas personas, con sus tapas en rústica de vivos colores, sus propios libros eran antiguos, algunos encuadernados en piel, porque el decorador que los compró para Paul sostenía que una biblioteca *debe evocar el paso del tiempo*. Había al menos dos enciclopedias, varias Biblias, himnarios, un diccionario, pero no puede decir qué es nada de todo lo demás. Ni le importa. Los libros no le proporcionarán dinero, no le devolverán la casa ni le darán de comer; los libros son objetos innecesarios.

En el piso de arriba las ventanas y las puertas presentan ángulos rectos, pero todo lo demás le resulta irreconocible, convirtiéndose la casa entera por efecto de esa

blancura y esos contornos atenuados en un quirófano o un laboratorio científico.

¡Qué idiota fue al marcharse! Si se hubiera quedado en la casa, habría podido impedir tal desfiguración. Habría salido del búnker aullando, con el arma cargada, amartillada, el dedo en el gatillo, y habría conducido a los operarios a la puerta para obligarlos a abandonar la finca.

¡No suya! ¡Todavía suya! ¡Siempre suya!

Han desprendido y pintado encima de todas sus meditadas decisiones, tapado la historia de su mujer y sus hijos durante el tiempo que vivieron allí, las señales en la puerta de un armario que marcaban el crecimiento de Carson y Ajax subsumidas en la blancura. Su grito se prolonga y degenera en un gemido, un chillido, reverberando en torno a esta madriguera de burbujas ovaladas blancas a medio derretirse.

Está de nuevo en la cocina cuando se abre la puerta de la calle y entran dos hombres hablando en susurros. Los pintores, supone, mientras se escabulle por la escalera del sótano, escuchando a los hombres moverse por la casa. Se oyen dos chasquidos inconfundibles. Estos hombres no son pintores. Uno de ellos sube mientras el otro recorre el salón y la salita, vuelve al pasillo, entra en el comedor y pasa a la cocina. En cuanto Paul llega al sótano, se dirige con pasos rápidos y quedos al fondo de la despensa, se echa al suelo, pasa a rastras bajo el estante y a través de la trampilla, que cierra a sus espaldas. Al cabo de unos minutos Paul entreabre la trampilla y escruta el sótano a la vez que de pronto la silueta del hombre llena la puerta de la despensa: va de uniforme y empuña un arma, amartillada y a la altura del hombro.

Tras unos minutos de búsqueda, el hombre vuelve a subir y anuncia en voz alta: «Todo en orden». El otro hombre contesta desde un piso superior de la casa y, luego, tan deprisa como han llegado, salen, cierran de un portazo y echan la llave.

\* \* \*

—Hoy seguridad ha tenido que responder a un aviso de esta casa —comenta Nathaniel. Los tres están comiendo en la cocina porque el comedor sigue cubierto con telas—. Me han llamado por teléfono al despacho para informarme.

—¿Quieres decir que se ha disparado la alarma? —pregunta Julia.

—Han venido pero no han encontrado nada. Creen que debe de haberse caído algo, de los pintores, o que quizá el aire acondicionado haya agitado las cortinas al encenderse. Sugieren que lo dejemos apagado cuando salgamos.

Julia deja el tenedor y el cuchillo y apoya los codos en la barra del desayuno, a donde han acercado tres taburetes.

—No crees que haya razón para preocuparse, ¿verdad, cariño?

—Han dicho que todo estaba bien cerrado y no había señales de que hubieran intentado forzar puertas o ventanas. No han encontrado nada sospechoso. Nada.

—Pero si hubiera algo sospechoso, lo encontrarían, ¿no? —pregunta Copley.

Habla tan poco que cuando dice algo causa sorpresa. Nathaniel teme que Julia y él alguna vez se olviden de que Copley está presente y digan cosas que no deberían llegar a sus oídos. Pero Copley ahora no muestra el menor indicio de preocupación. No frunce la frente, emplea un tono de voz uniforme. Se lo ve tan autosuficiente y equilibrado que Nathaniel desea sacudirlo y decirle que conviene preocuparse un poco porque los sistemas de seguridad son imperfectos y en el futuro podría haber un intruso, aunque hoy no lo haya habido.

—Claro que lo encontrarían. Son profesionales —responde Nathaniel—. Y si alguien entrara, vendrían a... —hace un visible esfuerzo por encontrar las palabras para describir lo que, según imagina, podrían hacer los vigilantes— vendrían a ayudarnos.

—¿LLEVAN ARMAS? —Pronuncia la primera palabra de la pregunta con su voz normal, pero en la segunda distorsiona el tono, adoptando una frecuencia propia del espacio exterior. Han sido cuidadosos, por no decir estrictos, en cuanto a limitar la exposición del niño a la televisión, así que Nathaniel no tiene la menor idea de cuál es el origen de ese tipo de imitación, como no proceda del colegio nuevo. Sabe que no son padres al uso; sus amigos de Boston consideraban su oposición a los medios de comunicación no sólo anticuada, sino quizá incluso malsana, imposible de mantener a largo plazo. El otro día, sin embargo, Nathaniel encontró a su hijo jugando con uno de los ordenadores de Julia en el sótano. Cuando se lo planteó a su mujer, ella actuó como si no tuviera mayor importancia. *Le dije que podía usarlo media hora al día. No es como la televisión*— dijo ella. —*No es una actividad pasiva. Usa un juego didáctico, está participando. No consiste en quedarse ahí sentado mirando algo. El juego lo elegí yo, Nathaniel. Ya sé lo que estás pensando, pero el juego está bien. Va de petirrojos y gusanos. ¿Cómo lo llamábamos? Concentración. Sin armas, sin muertes, sin violencia, ni estereotipos de género. Sólo ejercicios de memoria que no se hacen con papel y fichas, como cuando éramos niños, sino casualmente en una pantalla.*

—¿LAS LLEVAN? —insiste Copley—. ¿LLEVAN ARMAS LOS VIGILANTES?

Nathaniel mira a Julia y cae en la cuenta de que no la ha informado de que eligió el paquete con respuesta armada. Ella deja el tenedor, mira a Nathaniel y enarca las cejas: *¿Las llevan, Nathaniel? ¿Llevan armas?*

—Sí, llevan armas. Eso es lo que implica una alarma antirrobo. Si la alarma se dispara, unos hombres...

—O unas mujeres —corrige Julia.

—O unas mujeres —prosigue Nathaniel— vienen a asegurarse de que todo está en orden.

—¿Y si se dispara la alarma cuando estamos en casa y vienen esos hombres y esas mujeres armados y nos disparan a nosotros por accidente? —pregunta Copley, otra vez con voz normal.

—Eso no va a pasar, cariño. Los contratamos para protegernos. Cuando estamos

en casa por la noche, la alarma está programada para activarse sólo si alguien entra por la fuerza desde fuera, no si nosotros nos movemos dentro de la casa. Los vigilantes saben que nosotros somos las personas a quienes deben proteger.

Julia da unas palmadas en la mano a Copley, y Nathaniel advierte que su hijo se estremece, arruga la frente y contrae las cejas hasta juntarlas.

—Pero ¿cómo lo saben? No nos conocen. ¿Cuando vengan a casa cómo sabrán que tienen que protegernos a nosotros? ¿Han visto nuestras fotos?

—Sí, han visto nuestras fotos —miente Nathaniel—. Saben cómo eres exactamente, y harán todo lo posible por protegerte.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué, Copley?

—¿Harás todo LO POSIBLE POR PROTEGERME?

Vaya una pregunta, vaya una vocecilla impertinente e irritante. A Nathaniel no le cabe duda de que haría cuanto estuviera en sus manos para proteger a su hijo como sus padres no lo protegieron a él, ni del mundo ni de sí mismos.

—Claro, Cop. No debes preocuparte por eso. Tu madre y yo siempre te protegeremos.

Después de la cena Copley y Julia se retiran al sótano mientras Nathaniel recoge la cocina. Por un momento escucha a su mujer y su hijo desde lo alto de la escalera. Su conversación no tiene nada de privado. No esperan privacidad. Si quisieran privacidad, habrían cerrado la puerta. Si uno habla con la puerta abierta, cuenta con que lo oigan, y en cualquier caso no hay secretos entre ellos tres salvo en los cumpleaños y las Navidades, e incluso entonces los secretos distan mucho de ser absolutos; son secretos sin la inviolabilidad de un verdadero secreto. Quiere creer que Julia no pretendía mantener en secreto que Copley utilizaba su ordenador. Los secretos enfurecen a Nathaniel. Sus padres siempre andaban cuchicheando cuando Matthew y él no estaban en la misma habitación, cuchicheando de manera tan evidente y ostensible que los hermanos sabían que les ocultaban secretos, y entendían también que el secretismo era la argamasa que mantenía unido el matrimonio de sus padres pese a las infidelidades y los malos tratos. De pronto una mañana Arthur y Ruth anunciaban que se iban de vacaciones, ellos dos solos, que salían ese mismo día, y los niños se quedarían con un vecino toda la semana. *Sabíamos que insistiríais en venir con nosotros*, decía su madre, *y estas son unas vacaciones para adultos*. No sólo quedaban rigurosamente excluidas las vacaciones clandestinas o los problemas en el trabajo o las vidas de los pacientes de su madre, sino también las vidas del doctor y la doctora Noailles. Los abuelos maternos y paternos habían muerto mucho antes de nacer Nathaniel, y sus padres nunca le contaban anécdotas de su propia infancia. No tenía noción alguna de sus preocupaciones o el carácter de su relación mutua, cómo se habían conocido ni cuánto tiempo llevaban juntos, si se querían aún

en su niñez, o si tenían un vínculo totalmente distinto, uno que les permitía a ambos echar una cana al aire a sabiendas del otro. Durante años ni siquiera supo sus edades, sino sólo las fechas de sus cumpleaños. No lo habría sorprendido descubrir que sus padres tenían pasados sórdidos por separado, con otros cónyuges y otros hijos, otras familias y genealogías enteras, desconocidas para él. Nunca exteriorizaron sus sentimientos físicamente, nunca se besaron ni se abrazaron delante de sus hijos, y sólo besaban o abrazaban a sus hijos en ocasiones especiales. No hablaban de su pasado ni daban a conocer sus pensamientos sobre el futuro. Si estaban descontentos con el presente, se lo callaban. Nunca fomentaban la curiosidad, dejando muy claro desde los comienzos de la vida de Nathaniel que sus propias vidas no eran asunto de sus hijos. Antes de llegar a la edad adulta, Nathaniel juró que él no actuaría así con los hijos que pudiera tener.

—Habla con tu voz normal —oye decir a Julia. Le llega el sonido de movimiento de papeles, y a continuación habla Copley, con tono alto y claro. Con una voz así, el deseo del niño de distorsionarla resulta malsano.

—¿Sólo estas palabras? —pregunta Copley.

—Sólo estas palabras, en el orden en que aparecen en la página —indica Julia—. Y como las otras veces, cuenta en silencio hasta cinco entre palabra y palabra. Pero esta vez procura utilizar los dedos para ayudarte a contar un poco más despacio. Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco. Con un ritmo regular.

—¿Estás lista? —pregunta Copley.

—Sí, estoy lista. ¿Tú estás listo?

—Listo.

Nathaniel oye un clic: un sonido grabado que imita el botón de una grabadora antigua. Vienen haciendo eso mismo todas las noches de la semana.

—Cabal. Caballo. Caber. Cabeza. Cabina. Cable. Cabo. Cabra. Casería —Copley deja pasar cinco segundos entre palabra y palabra. Sigue bien las indicaciones, aprende deprisa, responde a las órdenes sin discutir ni resistirse. Por lo que ellos saben, el niño nunca ha tenido problemas de disciplina, pero en la academia Pinwheel ya les ha telefoneado la señora Taylor, la orientadora, para quejarse de *irregularidades* en el comportamiento de Copley. *Nada muy serio, dijo, pero sí lo suficiente para dar un toque de atención. Tenemos que cortarlo por la raíz antes de que escape a nuestro control.* Nathaniel deseó decir a la mujer que la expresión es «cortar de raíz», pero se abstuvo, pensando que, en cierto modo, su versión era más precisa aunque más amenazadora. Cuando le preguntó cuál era el problema, ella explicó que, en una clase de ciencias en la que los alumnos debían medir volúmenes de líquidos, Copley bebió el agua del grifo que debía medir en lugar de echarla en el vaso de precipitación graduado. Nathaniel preguntó a la orientadora si se permitió a Copley dar una explicación. *Sí, contestó la señora Taylor, y no fue una explicación satisfactoria. Dijo que tenía sed, pero hay descansos para beber e ir al baño a las diez y a las dos, así que no podía tener sed, ya que la clase de ciencias empezó a las*

10:10. Según el vídeo del sistema de vigilancia del aula, el incidente tuvo lugar a las 10:17. Lo consideramos el primer indicio no sólo de cierta dificultad para seguir instrucciones, sino también de una tendencia a mentir. Cuando Nathaniel planteó que quizá Copley realmente tenía sed, que quizá no había tenido tiempo para tomar toda el agua que necesitaba su cuerpo en el descanso, la señora Taylor insinuó que Nathaniel no tenía una clara noción de la salud infantil y lo invitó a hablar con la enfermera del colegio. El centro cargaría diez dólares en su cuenta de alumno como castigo por no seguir las instrucciones en clase y destruir material escolar. *¿Qué material?*, preguntó Nathaniel. *El agua para la lección*, explicó la mujer, *que su hijo bebió...*, agua que se habría echado al fregadero al final de la clase si su hijo no la hubiera consumido. En cuanto a lo de «mentir», la señora Taylor admitió que eso no podía demostrarse, ya que todo juicio dependería de un conocimiento objetivo de las sensaciones internas de Copley y, *de momento*, eso escapaba a las posibilidades del colegio; estaba dispuesta a dejar pasar la supuesta infracción con una multa y una advertencia, sin medidas mayores.

Nathaniel oyó otro chasquido electrónico en el sótano, un chasquido tan semejante en su memoria al sonido de una grabadora de su madre, un aparato negro del tamaño de un ladrillo, que le produce un estremecimiento. De niño, en incontables ocasiones, se vio sometido a la grabación de sus pensamientos y sentimientos, contestando a preguntas que su madre le formulaba en nombre de la investigación. Se pregunta si ella conserva esas cintas. Conociendo a Ruth, las habrá digitalizado para tenerlas en un formato más duradero y menos corruptible antes de transcribirlas y analizarlas. Aunque su madre ha publicado varias monografías y docenas de artículos en el campo de la psicología infantil, Nathaniel nunca ha tenido el valor de leer su obra, por miedo a encontrar sus propias palabras textuales, su infancia desgranada en partes; no le cabe la menor duda que ella lo ha hecho, quizá incluso camuflando su identidad con otro nombre, Bartholomew o Philip o John.

—Cacería, la «ce» delante de la «e» se pronuncia como una zeta —dice Julia, y su voz reverbera escalera arriba—. Empieza desde ahí.

Otro chasquido. Nathaniel siente un estremecimiento en la columna vertebral y se apuntala en la puerta de la cocina.

—Cacería —dice Copley, esta vez pronunciando bien—. Cacicue.

Chasquido.

—Cacicue no. Cacique —corrige Julia. Chasquido. ¿Por qué no repasar la lista antes de grabarlo, para ahorrarse esa clase de interrupciones?

—Cacique —continúa Copley—. Caco. Cacofonía. Cactus. Cada. Cadáver. ¿Qué es un cadáver? —Chasquido.

—Un muerto —contesta Julia—. ¿Listo para continuar?

—Listo. Chasquido. —Cahíz. Caíz. Estas dos suenan igual.

Chasquido.

—Sí, es verdad. ¿Listo? —Chasquido.

Nathaniel enciende el grifo y el sonido ahoga el resto de la sesión, que puede proseguir durante treinta minutos, hasta que Copley dice que ya es la hora y que quiere irse a la cama. Nathaniel propuso a Julia que pagase a Copley por sus esfuerzos, aunque fuera el salario mínimo por hora, cantidad que podría ingresarse en una libreta de ahorro. Julia se opuso, aduciendo que el trabajo sería beneficioso para todos a largo plazo, y Copley sacaría provecho del resultado en que desempeñó un papel pequeño pero vital. No es que su voz vaya a ser utilizada en el producto final, sino sólo en las primeras etapas del prototipo.

Aun así, y dejando de lado las reservas sobre las compensaciones, algo en la retirada nocturna de Julia y Copley al sótano para grabar listas de palabras inconexas inquieta a Nathaniel. Ve el sentido a lo que se está haciendo, la importancia y el valor del trabajo de Julia para el progreso científico e industrial, pero se pregunta por qué tiene que ser Copley, y no otro niño, quien dé voz a la máquina que se está creando, y por qué un niño y no un adulto. ¿Por qué no, de hecho, la propia Julia? *La voz de un niño es tranquilizadora*, le explicó Julia ante sus protestas, *un niño no es amenazador*.

Las sesiones de grabación han llegado a ser, dentro de una sinfonía de malestar más amplia, un motivo recurrente, una línea melódica que reverbera en cada movimiento de esta obra sin parámetros fijos, abierta a la continua revisión y ampliación a medida que las causas de desazón proliferan, todas ellas clamando a Nathaniel, advirtiéndole del peligro de los cambios que Julia y él han introducido en sus vidas. Aquí, en esta ciudad nueva, en su casa en un vecindario nuevo, no hay suficiente gente. En las semanas transcurridas desde la mudanza, todavía no han tenido trato alguno con sus vecinos. Consiguen marcharse cada mañana y volver por la noche sin ver a nadie por la calle a pie, sin conocer sus nombres, identidades, profesiones, estructuras familiares. La gente entra en garajes a bordo de coches de cristales tintados, sale de los garajes —por detrás de altas vallas— y entra en casas, cierra cortinas y persianas, enciende las luces. Todos se dedican a los quehaceres propios del final del día y luego apagan las luces, salvo por una en el porche delantero o en la puerta de atrás, y se van a dormir. Por las mañanas, las solitarias luces exteriores se apagan, los coches retroceden por los caminos de acceso, las puertas de los garajes se cierran automáticamente, las casas permanecen cerradas y silenciosas durante las siguientes ocho o diez horas. Quizá en primavera, cuando vuelva el calor y el buen tiempo, los vecinos salgan a sus jardines traseros y sea posible conocer a gente, encontrar cierto sentido de comunidad en este vecindario en el que Nathaniel se siente tan lejos de casa como nunca ha estado.

Al menos los cambios que han hecho en el interior de la casa lo tranquilizan. Crean un ambiente más similar al del apartamento de Boston, con su equilibrio perfecto entre lo transparente, lo oculto y lo observable, donde siempre daba la sensación de que la oscuridad y la luz existían una dentro de la otra, generando una luminosidad serena pero variable. En esta nueva casa, por el conservadurismo de su

diseño estructural, la única manera de imponer una sensación de luz ha sido proscribir por completo la oscuridad. El comedor está casi acabado, le seguirán la cocina y el sótano; las paredes blancas, las líneas atenuadas y los muebles blancos lo ayudan a sentirse más limpio, más tranquilo, capaz de olvidar por un momento el peso y la atracción de su trabajo, la manera en que el cometido en que tiene que concentrarse parece estar cambiando su personalidad de un modo que empieza ya a notar: peor genio con su familia, recelo ante los desconocidos, rigurosa observancia de las normas y las leyes. Unos días atrás telefoneó a la compañía de mudanzas para informar del extraño comportamiento de los transportistas, a quienes describió como «individuos con manifiesta actitud delictiva», y cuando Julia se saltó un semáforo en rojo la semana pasada, la sermoneó durante media hora sobre la responsabilidad cívica y personal, y adujo además que una multa en su expediente afectaría de manera negativa la posición de él en la comunidad y en la empresa.

—Debemos ser modelos de buen comportamiento —explicó, y le recordó que las cámaras de los semáforos registraban toda infracción—. Debemos asumir que todo lo que hacemos es observado.

—Por favor, Nathaniel, no seas tan puritano —dijo ella, y se echó a reír.

La redecoración de la casa se ha llevado a cabo conforme a la convicción de Julia de que el espacio doméstico debe ser, por un lado, una prolongación de sus propios cuerpos y, por otro, un medio de protección ante el mundo. «Una casa es como una prótesis enorme y muy compleja —le explicó—, gracias a la cual podemos movernos de maneras que, sin ella, nos serían imposibles, permitiéndonos ascender a través del espacio por medio de escaleras, ayudándonos a permanecer limpios, proporcionándonos una temperatura óptima, auxiliándonos en la preparación y el almacenamiento de la comida, y al mismo tiempo actuando como un caparazón que nos protege de los posibles daños del mundo exterior». Nathaniel no había sido capaz más que de asentir mientras ella hablaba, dando a entender que a él le bastaba con algo tan sencillo como unas líneas blancas y limpias y una acumulación mínima de objetos, aunque la acumulación de objetos nunca será un problema en esta nueva casa, donde hay más espacio y más huecos de almacenamiento de los que podrían aspirar a llenar jamás cualquiera de los tres.

Después de acabar con los platos, se sienta en la salita a escuchar la lluvia, que no ha cesado más que en intervalos de unas pocas horas desde su llegada. En los últimos días el cielo parece algo más despejado, el ruido de la lluvia en las ventanas y el tejado más melódico y menos agresivo: una sección rítmica en lugar de una galería de tiro. No recuerda ningún otro momento en su vida en que haya sentido tal opresión por la meteorología como en este nuevo lugar. La meteorología es constante e ineludible: la lluvia permanente, el retumbo de los truenos, los súbitos relámpagos en días grises y plomizos, los embates del viento que amenazan con arrancar la casa, hacerla girar por el aire y dejarla caer al otro lado del río. Da la sensación de que esta es una tierra de extrema maldad, atenuada de vez en cuando por efecto de una bondad

falible e idiosincrásica. Entre su casa y la de los vecinos, el arroyo, que no era más que un riachuelo lodoso cuando llegaron ha crecido hasta convertirse en un torrente de casi dos metros de ancho y un metro de profundidad, desemboca en un sumidero en el extremo del jardín. La casa está en lo alto de una colina, el torrente en una hondonada, pero a Nathaniel le preocupa que el seguro de la vivienda sea insuficiente, o que los estudios de habitabilidad de la finca no tuvieran en cuenta el cambio climático, la topografía y la proximidad de masas de agua mayores. Sabe que las tierras que constituyen Dolores Woods descienden gradualmente desde la colina donde se alza su casa hasta la planicie que se extiende desde la llanura aluvial del río grande y ancho que discurre al oeste de la ciudad. En las últimas noches ha soñado que ese río crece, que el agua desciende desde los estados al norte y el oeste, confluyendo para aumentar su caudal y desbordarse, atravesando la llanura aluvial hasta inundar Dolores Woods y rodear su casa, convirtiéndola en una isla en medio del gran mar interior que en otro tiempo cubrió la región y pronto regresará para engullir al país y sumergirlos a todos ellos. Ya se ha despertado dos veces bañado en sudor a causa de un sueño en el que pugna por escapar del agua y volver a tierra, abriéndose paso a través de las corrientes, dejando atrás árboles sumergidos, rodeado de los restos de las vidas de sus vecinos, de sus mascotas ahogadas y de sus propios cuerpos ahogados, abotargados por el agua desbordada, flotando cara abajo, cubiertos de ratas y enganchados a las ramas de los árboles a los que sus hijos antes trepaban. Julia se volvió hacia él la segunda vez que le pasó, le apoyó una mano en la espalda para que se diera cuenta de que estaba despierto y no dormido todavía, y le preguntó si estaba enfermo. *Claro que lo estoy*, deseó decir, *todo este maldito sitio me pone enfermo*. En lugar de eso, le dijo que estaba bien, que no debería haber tomado el queso azul y el risotto de setas, debería comer más ligero, ingredientes más insulsos en concordancia con esta vida insulsa. Soñó con un hombre de mirada extraviada, peinado afro de cinco centímetros con entradas, un individuo negro azabache que se acercaba a la casa por los jardines nevados y miraba por las ventanas para observarlos mientras ellos hacían su vida. Nathaniel le gritaba, le pedía que se marchara, pero el payaso seguía allí: con los ojos brillantes en la oscuridad, apoyaba los puños en la ventana en saliente del salón, aporreaba los cristales inferiores, llenando sus ojos y su pelo todo el hueco de la ventana. Nathaniel volvía a levantarle la voz, gritaba y gritaba, hasta que sus gritos resonaron en la habitación. Julia lo sacudió, le dijo que no pasaba nada, le preguntó qué soñaba. A él le dio vergüenza explicarle de qué trataba el sueño, reconocer el color de su miedo más profundo, y sostuvo que no se acordaba. En la primera etapa de su vida aprendió el peligro de recordar los sueños, la manera en que su madre los grababa, le hacía preguntas, se pronunciaba acerca del oscuro inconsciente de Nathaniel. *Deberías hacer una terapia*, habría dicho su madre. *Traumas sin resolver. No me imagino cuáles pueden ser, pero está claro que te atormentan*.

También la investigación y aplicación de la visión de Maureen McCarthy de la

*rehabilitación con beneficios* es algo que le causa inquietud por la noche y preocupación por el día: desde que se despierta hasta que se duerme por la noche, si no está pensando en todos los problemas relacionados con el proyecto, está investigando las restricciones legales que quizá deban superarse, mientras supervisa el trabajo de sus subalternos asignados a investigar las áreas en las que la empresa en su conjunto paga de más por productos y servicios que podrían «internalizarse» (la palabra de moda preferida de Maureen) en la «población penitenciaria». En una posterior reunión, Maureen explicó en detalle el verdadero alcance de su proyecto.

—Verás, Nathaniel, las cárceles no pueden seguir dedicándose al negocio de proporcionar mano de obra barata al Estado. Ya no vamos a permitir que la población penitenciaria fabrique placas de matrícula o muebles para el Gobierno a precio de coste.

—¿Y qué hay de la labor benéfica que han estado haciendo? ¿Eso no te parece importante?

Maureen entrecerró los ojos y frunció los labios y la nariz.

—Sencillamente no podemos permitirnos utilizarlos para restaurar los bancos de las iglesias o adiestrar perros para los ciegos, ni para ninguna otra cosa que nos cueste dinero o deje de aprovechar el potencial de mano de obra del sistema. El otro factor es que necesitamos urgentemente ajustar a la baja los ingresos de los reclusos.

—¿Qué clase de ajuste tienes prevista? Ahora sólo les pagamos el diez por ciento del salario mínimo.

Ella movió la cabeza en un gesto de negación.

—Creo que debemos aspirar a una paga máxima de un uno por ciento del salario mínimo, con penalizaciones por trabajo deficiente e incumplimiento de las cuotas.

—¿Eso es legal?

—Ese es tu trabajo, Nate.

—Nathaniel.

—*Nathaniel*, perdona. La cuestión es que, a mi modo de ver... ¿te apetece tomar un café o algo?

—No, estoy...

—¿Estás bien? Estupendo. Veamos, pagamos el alojamiento a esa gente, y ya es hora de que ellos empiecen a devolvérselo. Ese es el quid de la cuestión. Según lo que pase con la política estatal y federal, las cosas podrían volverse contra nosotros en tanto industria si no nos andamos con cuidado. No nos preocupa el alcance global, porque siempre habrá un mercado para la clase de trabajo al que tú y yo nos dedicamos. Necesitamos imaginar un mundo en el que los presos hacen algo realmente positivo, producen objetos útiles para una empresa útil que esté dedicada a velar por todo el planeta y por la seguridad de la población respetuosa de la ley.

—Sí, lo sé —dijo Nathaniel, alzando la mirada hacia el retrato del director general, Alex Reveley que colgaba en la pared de Maureen. En el marco, grabado en relieve con letras doradas, aparecía el lema de Alex: *Estamos en el negocio de ser el*

*planeta.*

—Eso significa que debemos pensar en las posibilidades comerciales de todos los aspectos de lo que ya hacemos, Nate, y lo que podríamos hacer en el futuro. —Sonrió y, bajando la voz, dijo en un susurro—: Tengo grandes ideas. Y cuento con la confianza de Alex.

—¿Ah, sí? ¿Puedes darme alguna pista?

Maureen cerró la puerta de su despacho y se colocó en cuclillas junto a Nathaniel. Juntos, miraron la fotografía de Alex mientras ella seguía hablando en susurros:

—En cuanto tengamos esto en marcha, nos encontraremos con una población de convictos en libertad condicional, provistos de localizadores y necesitados de empleo, de modo que podremos movilizar la mano de obra penitenciaria en trabajos tan diversos como las brigadas de bomberos o la introducción de datos.

—¿En serio? Eso suena...

—Revolucionario. Ya lo sé. Plantéatelo así: ¿cuál es el mayor problema al que se enfrenta un exrecluso? Encontrar trabajo. Se acabó el problema. No tiene mayor complicación. Proporcionémosles empleo nosotros a los exconvictos en libertad condicional. Eso sí es auténtica rehabilitación. Y cuando se descarríen, los metemos otra vez entre rejas. Esto no es más que la punta del iceberg, Nate. Confío plenamente en tu capacidad para soñar tan a lo grande como yo en el futuro de nuestra estructura penitenciaria. —Apoyó una mano en la rodilla de Nathaniel, le dio un apretón y luego deslizó los dedos por la cara interior de su muslo hasta llegar a medio camino de la entrepierna. Nathaniel no supo si apartarle la mano o esperar a ver qué pasaba. No se sentía atraído por su jefa, ni había pensado nunca en serle infiel a Julia. Viendo que él no respondía, Maureen le dio una palmada en el hombro como si no hubiese sucedido nada—. Eres un buen hombre, Nate, y harás grandes cosas. Miro al futuro y veo el lugar que ocuparás en esta empresa. Juega conforme a mis reglas y subirás derecho a lo más alto.

Nathaniel salió tambaleante de aquella reunión, tanto por lo que ella había hecho como por lo que había dicho. «Servicios penitenciarios» se le antojaba un extraño modo de describir el sistema por el que se secuestraba a la gente peligrosa, perverso por cómo distorsionaba una palabra que durante mucho tiempo ha significado y todavía significa «atención» y «prestación» y «utilidad». Nathaniel se pregunta si ese no será un uso específicamente estadounidense, de la misma manera que los americanos tienden a llamar a los lavabos públicos «servicios». Quizá sea adecuado que el sitio donde cagamos y meamos y donde no pocas personas follan ilícitamente se designe con el mismo eufemismo empleado para el lugar donde almacenamos a los individuos de quienes deseamos olvidarnos, donde mear y cagar no es ya un acto privado, donde buena parte del folleto ilícito y no deseado se produce continuamente. En un mundo ideal, la prisión haría las veces de inodoro, el sitio por donde, tirando de la cadena, eliminamos los desechos de la sociedad, arrojados a una cloaca oculta a la vista, donde la inmundicia se depura y se reutiliza como fertilizante

y agua potable o se deposita en algún lugar oscuro y secreto donde no es necesario volver a verla, convertida en un infecto lodazal que, con el tiempo, será reabsorbido por la propia tierra.

Incluso sin el mensaje de Maureen ante él, sus palabras resuenan en el oído de Nathaniel, un contrapunto rítmico frente a la lluvia, que aumenta y se ensaña, hincándose en el costado de la casa, royendo las ventanas. «Derecho a lo más alto», dijo ella, pero él no sabe si desea ir derecho a lo más alto, donde quiera que eso esté, represente lo que represente para él y su familia. Un destello tiñe de plata el cielo negro por un instante y al cabo de un momento un espasmo sacude la casa, haciéndola temblar con tal fuerza que da la impresión de que fuera a partirse en dos. Construida a partir de la nada, no se erigió para soportar la meteorología del futuro. Irguiendo el tronco en su butaca, apoya las palmas de las manos en la tapicería blanca de cuero, acaricia la piel de avestruz, intenta conservar la calma. Siempre y cuando trabaje aplicadamente por las noches y los fines de semana, conseguirá llevar a cabo la tarea que Maureen le ha asignado, aunque le preocupa desatender a Copley y Julia, además de su propia salud. No sólo ha perdido la forma física, sino que raya en la obesidad. El único consuelo es la convicción de que esa no será una situación que se prolongará eternamente; lo ascenderán a un puesto menos comprometido, o aguantará lo suficiente para conseguir buenas referencias —un año, dos como mucho— y luego se irá a otro sitio, realizando la transición del sector privado al público, si para entonces el Estado no ha delegado en las empresas privadas toda responsabilidad para con la vida cívica y el bienestar público.

Un relámpago y un trueno estallan simultáneamente en la oscuridad, un filo que le hiende la cabeza en el momento en que el rayo cae en un árbol en el jardín del vecino, derribando una rama gruesa como un hombre y tres veces más larga. Instintivamente, Nathaniel se lleva las manos a la frente y se encoge en la butaca, pero el cielo se ennegrece otra vez mientras se oye en el cristal el repiqueteo irregular, monótono y entrecortado. Cuando echa las cortinas, vuelve a pensar en su sueño, el payaso vestido con un mono marrón y una camisa de una tonalidad marrón más oscura, aporreando la ventana con los puños, el rostro rebosante de rabia y desesperación, los globos oculares amarillentos, inyectados en sangre. Nathaniel se sobresalta al advertir que Copley, tan inesperadamente como el rayo, está en el salón y lo observa.

—Hola, Cop. ¿Ya has acabado con tu madre? ¿Listo para un cuento?

Con el rostro rabiosamente contraído, el cuello hiperextendido, Copley vocifera:

—¡Vete!

Arrugando el entrecejo, Nathaniel mira la fina piel blanca del cuello de su hijo y se lo representa con un lazo de fibras erizadas ceñido alrededor.

—¡Vete!

—Ya basta, Copley. ¿Por qué dices eso?

—No hablo contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy hablando con el *hombre*.

—¿Qué hombre?

—¡El hombre bajo la lluvia!

A Copley le tiembla todo el cuerpo cuando señala la rendija entre las cortinas que Nathaniel, sin querer, ha dejado al correrlas. Mira hacia la oscuridad, pero no ve nada.

—Ahí no hay nada, Copley. Esa broma no tiene mucha gracia.

—NO ES UNA BROMA —chilla su hijo, y se vuelve para regresar al pasillo marchando a paso de ganso, con las rodillas trabadas.

Nathaniel sabe qué habría hecho su propio padre si él se hubiese comportado así de niño. Le habría asestado un coscorrón en la cabeza, una bofetada en el oído, un puntapié en el perineo, y después él habría mojado la cama durante noches. *A mí no me contestes así. Deja de caminar como un nazi*, habría dicho su padre. *Serás una deshonra para todos nosotros*.

Los cambios estructurales y las amplias superficies de pintura blanca parecen haber amortiguado el sonido dentro de la casa, de modo que ahora Copley siempre lo coge por sorpresa: agazapado en los rincones, aparece justo cuando Nathaniel cree que está solo. Quizá las preocupaciones de la orientadora no van desencaminadas, y hay problemas de comportamiento que Julia y él han dejado pasar a fin de que el traslado desde Boston sea menos traumático para un niño que siempre ha sido muy sensible. El castigo justo no tiene nada de malo, y Nathaniel está convencido de que sería posible disciplinar a Copley sin caer en la clase de malos tratos que padeció él a manos de su propio padre. Aún siente los dedos largos de Arthur, la piel siempre colgante, las gruesas venas marcadas en el dorso de sus manos, surcando el espacio entre la muñeca y los nudillos. En los últimos años la piel de su padre ha desarrollado propensión a las lesiones, sangrándole las manos y dedos por traumatismos tan insignificantes como el roce de cualquier superficie áspera, y las venas de textura correosa y tonalidad azul sobresalen, tumefactas, en su piel gris amarillenta. Mirando de nuevo por la ventana, Nathaniel ve las manos de su padre tendidas hacia él en la oscuridad, los dedos estirados en el extremo de los brazos, miembros musculosos revestidos de piel colgante, levantados a la altura del hombro, acoplados a ese cuerpo que corre, el cuerpo de su padre que lo persigue desde la casa, que le grita, grita reclamando el cuerpo de su hijo, el fin de su vida. Cuando su padre desaparece de su memoria, una mano se posa de pronto en el cristal exterior de la ventana, los dedos extendidos, las falanges articuladas, como algo apenas humano.

\* \* \*

Después de secarse y quitarse el barro de las botas, Paul va al otro extremo del búnker, abre la trampilla de la despensa lo suficiente para ver a la mujer encorvada

sobre su banco de trabajo. Una voz aguda dice: «¿Puedo ayudarte?». No parece la voz de la mujer, y aunque Paul no lo ve, sabe que debe de ser la del niño. La mujer no responde, y el niño lo repite, esta vez más deprisa, «¿Puedo ayudarte? ¿Puedo?». Se produce una pausa, un silencio de varios segundos, y a continuación: «¿Cómo? ¿Cómo puedo ayudarte?». Sin hacer caso al niño, la mujer sigue trabajando. Quizá lleve tapones en los oídos y no oye a su hijo, o está tan absorta en su tarea que nada puede distraerla. Continúa en silencio durante otra hora mientras Paul la observa, tendido boca abajo en la oscuridad, su cuerpo en contacto con la puerta de contención abierta, preparado para retroceder si la mujer se acerca.

Ella mantiene una postura tensa: la cabeza, el cuello, los hombros, los brazos inmóviles, y no se oye ninguno de los ruidos habituales que Paul ahora relaciona con el trabajo de la mujer. Por el contrario, oye los sonidos de instrumentos metálicos pequeños cuando los deja en la mesa y los recoge para realizar ajustes sutiles y precisos. Se dispone a salir a rastras por la trampilla para acceder a la despensa y mirar más de cerca, pero de pronto se detiene, consciente de que no puede anunciar su presencia aclarándose la garganta y preguntándole qué demonios se cree que hace ahí. Formando otras palabras con los labios, impulsa a lo largo de la lengua aire despojado de sonido: «¿Puedo ayudarte? ¿Cómo puedo ayudarte?». El último de sus deseos es ayudar a esa gente. Empuña el rifle; podría echarlo al frente, amartillarlo, apretar el gatillo, poner fin a la vida de esa mujer y desaparecer. Acercándose la mira a la cara, apunta a la nuca de la mujer. Si pudiera deshacerse de ella, sin duda el hombre y el niño desaparecerían también.

Sentada en el alto taburete ante el banco, la mujer le recuerda a Amanda, aunque de pelo más oscuro. Tiene los mismos hombros estrechos y espalda fuerte, una manera similar de ladear la cabeza al concentrarse. Esta mujer podría ser de hecho Amanda, allí en compañía de un nuevo marido para reclamar la casa de Paul. Quizá el niño que él entró en brazos desde la calle en realidad fuera Carson. Era de noche, el niño era del mismo tamaño, se movía como Carson, hablaba como Carson, y podrían haberle teñido el pelo para disfrazarlo.

Son casi las once cuando la mujer deja sus instrumentos y sube a la cocina, donde apaga las luces del sótano con el interruptor de lo alto de la escalera. En la oscuridad Paul entorna los ojos y espera a que las pupilas se le dilaten y absorban la luz ambiental procedente de la farola que entra por los tragaluces situados casi a la altura del techo. Permanece atento hasta que reina el silencio en la casa, hasta que ya se han duchado todos, y cuando el movimiento ha cesado, sale por la trampilla y cruza la despensa, cuyos estantes siguen vacíos. Esa gente necesita planear con antelación, llenar su casa de comida y agua para la inminente crisis, armarse y aprender cómo defender su propiedad. Cuando llegue la situación de emergencia, sucumbirán enseguida, se morirán de hambre y serán eliminados en medio del caos, y ese será el momento de recuperar la casa, construir un muro alto en torno al perímetro, hacerla inexpugnable, y resistir los últimos días de esa oscura tribulación.

Hay una lámpara sobre el banco de trabajo, pero cuando la enciende para ver qué hay allí, todo, aparte de las herramientas y los ordenadores, ha sido embalado y guardado. Los taladros, los pequeños destornilladores, los soldadores, los microchips y los tornillos y las bobinas de alambre están dispuestos ordenadamente, como si los elementos hablaran entre sí, definiendo sus relaciones mediante la orientación de sus partes. En el otro extremo del banco de trabajo hay una caja metálica de casi dos metros cerrada con candados.

El brazo del niño, blanco e incorpóreo en la oscuridad, es lo único que se ve por encima de la colcha; por debajo de las mantas parpadea un resplandor, como si una linterna se cubriera parcialmente y se destapara. Paul sostiene el rifle, con el silenciador roscado al cañón. Le sería posible rodear el cuello del niño con las manos y estrangularlo o asfixiarlo. El niño no puede ser Carson, la mujer no es Amanda, estas personas son sólo intrusos. Si el niño desaparece, los padres se irán también, quizá incluso se quiten la vida. No quiere que lo atrapen, y no lo atraparán si lo hace todo bien, si logra matar al niño de un tiro antes de que emita sonido alguno y luego retirarse al búnker y quedarse hasta que concluya la investigación y se cierre el caso. Los padres pasarán semanas o meses en la mayor agitación, pero al final acabarán marchándose. Para entonces, él habrá encontrado trabajo y tendrá dinero suficiente para comprar la casa cuando vuelva a ponerse en venta.

Se acucilla casi en el umbral de la habitación del niño. Al otro lado del pasillo la puerta del dormitorio de los padres está cerrada.

—¿Puedo ayudarte? ¿Cómo? ¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta el niño.

Paul se estremece y cambia la posición de los dedos en el rifle. Al levantar la mira hacia su ojo derecho, el dedo empieza a cerrarse en torno al gatillo, pero se detiene cuando el niño continúa.

—¿Puedo ayudarte? Yo. Cómo. ¿Puedes ayudarme? ¿Cómo puedes ayudarme? Yo. Puedo. ¿Cómo puedo ayudarte? Ayúdame. —Una pausa, silencio, el sonido de un suave golpeteo. Paul baja el arma y abre la boca—. Ayúdame —dice el niño, y su voz se parece más que nunca a la de Carson.

El brazo del niño que estaba a la vista desaparece bajo las mantas antes de que la luz se atenúe y vuelva a brillar de nuevo y el niño hable otra vez.

—¿Cómo puedo ayudarte? Ella. ¿Cómo puede ella ayudarte? Nosotros. ¿Cómo podemos nosotros ayudarte? Cómo. Cómo. Cómo. Cómo. Cabal. Caber. Cacería. Cacique. ¿Cómo puedo cacticarte?

Desde el dormitorio de los padres se oye el ruido sordo de unos pies en el entarimado. La luz bajo las mantas del niño se apaga a la vez que Paul, arrimado a la pared, se retira al rincón de la habitación, plegándose en las sombras. Oye abrirse la puerta del dormitorio principal, pero por un momento no pasa nada: el niño guarda silencio, nadie se mueve, y de pronto el padre cruza el pasillo y entra en la habitación

de su hijo, deteniéndose nada más cruzar el umbral.

—¿Copley? —dice el hombre, y se acerca de puntillas a la cama; aparta las mantas para mirar al niño que gime, se vuelve de costado y se cubre la frente con el brazo. El hombre estira las mantas, tapa a su hijo hasta la barbilla y va a abrir las cortinas. La luz se despliega por el entarimado blanco e ilumina el pie estirado de Paul. Este lo echa atrás para ocultarlo en la sombra que lo envuelve, entre una cómoda y la pared. El hombre no debe mirar en los rincones. Debe correr las cortinas, moverse en dirección contraria, salir de la habitación. Las nubes deben tapar la luna, la tormenta debe volver. Él no debe ser descubierto.

El hombre permanece varios minutos ante los pies de la cama de su hijo, y en ese rato la luz cobra intensidad gradualmente, y las sombras se debilitan. Parece imposible que el hombre no lo vea, pero cuando Paul vuelve a alzar la mirada, el hombre ha desaparecido y Paul oye cerrarse la puerta del dormitorio principal.

—¿Qué haces? —susurra el niño, su voz ahora distinta, menos formal, más presente, pero distorsionada por el miedo. Paul se estremece y pierde el equilibrio, quedándole los brazos a la luz—. Te oigo respirar.

Cuando Paul se yergue para abandonar la habitación, mantiene los ojos en la cama del niño y retrocede de puntillas, con el rifle en alto, y huye hasta la escalera posterior.

—Ese hombre al que vi fuera estaba en la casa anoche —dice Copley en el desayuno—. Entró en mi habitación.

—Era yo, Copley —dice Nathaniel—. Tenías una pesadilla. Te oí hablar en sueños. Fui a ver si estabas bien.

—No, no eras tú. Él estaba en mi habitación cuando viniste. Yo no dormía. Estaba despierto. Tú viniste a mi habitación pero el otro hombre también estaba en la habitación.

—Si había alguien en tu habitación, cariño, y no digo que lo hubiera, ¿por qué no gritaste? —pregunta Julia.

—Lo *intenté*. No me salió la voz. Estaba muy asustado. Y luego el hombre desapareció.

Intentando olvidar la mano que creyó ver contra la ventana anoche, Nathaniel recuerda el comentario de la orientadora: que el niño tiende a mentir. Ahora sin duda miente, a no ser que haya padecido algún tipo de delirio, o que confunda una pesadilla con la realidad. Es hora de llevar a Copley a un psiquiatra, por más que a Nathaniel le duela la perspectiva de que se someta a su hijo a la clase de intromisiones analíticas que él mismo sufrió bajo las atenciones de su madre, de que se coloque su psique en una caja bien etiquetada, de que se enumeren y clasifiquen sus neurosis, de que se busque el origen de todos sus problemas en traumas anteriores que todavía no recuerda del todo, de que sus afirmaciones sobre su padre sean

desechadas por considerárselas fantasías edípicas. *Sí, claro que crees que tu padre intenta matarte*, decía su madre, *porque eso te autoriza a ejercer violencia contra él*. Nunca fue paciente de su madre en el sentido oficial, pero ella lo utilizó igualmente, trató a su propia familia como a un grupo de ratas de laboratorio sometidas a diversos estímulos, privaciones y condiciones hostiles para ver cómo reaccionaban. Era todo muy ingenioso, eso de presentar como «la hora de la charla en familia» una vez al día, todos los días, lo que en realidad eran sesiones de investigación, cuando la grabadora se encendía y él y su madre mantenían una conversación, justo después de padecer su hermano el mismo tratamiento. Una vez preguntó por qué no podía ser él el primero, y su madre le explicó que *el orden de nacimiento es importante en estos asuntos. Si primero entiendo el día de tu hermano, me es más fácil entender después el tuyo. Así que espera tu turno en la otra habitación*. No recuerda haber querido nunca a su madre; a lo sumo, conserva recuerdos neutros, pero en el caso de su padre todos los recuerdos son negativos, incluso los más recientes. Si pudiera divorciarse de sus padres, insistir en eliminar toda comunicación, quizá incluso solicitar órdenes de alejamiento contra ellos, lo haría, pero la perspectiva de la herencia es demasiado sustanciosa para pasarla por alto en interés de la felicidad y la paz y la posibilidad de olvido. Sabe que mientras mantenga el contacto con ellos, aunque sea un contacto controlado y mediatizado y administrado en dosis manejables, nunca será capaz de dejar atrás los recuerdos: siempre, a cada nueva interacción, se crearán recuerdos nuevos.

Hoy día debe de haber mejores psicoterapeutas, más sensibles, menos parapetados en una escuela teórica determinada. Buscarán a alguien para Copley que sea afectuoso e intuitivo, que sepa cómo hacer preguntas que ellos no han sabido hacer y proporcionarle formas de afrontar su nuevo entorno. Corresponde a Nathaniel llevar a cabo la investigación y planificación, y encontrar al médico que rescate a su hijo del borde del abismo al que se está acercando, sea cual sea, antes de que se precipite en la locura.

—Creo, cielo, que sólo fue un sueño complicado que tuviste —dice Julia—. Nada que deba darte miedo. Nadie puede entrar en la casa. Por la noche todo está bien cerrado. Dentro estamos a salvo, totalmente a salvo.

Copley suspira y apoya la cabeza en las manos.

—¿Por qué no me creéis? —gimotea—. ¿Por qué no me *ayudáis*?

\* \* \*

5:00 horas: Antes de que suene el despertador ya está despierto. Sus padres no saben que pone el despertador a una hora tan temprana, ni saben que la mayoría de las noches desde que se marcharon de Boston apenas ha dormido. Hay muchas cosas que no saben. Sólo saben lo que no tiene importancia: que se levanta antes que ellos, que se ha duchado y se ha vestido y ya tiene el pelo seco y peinado cuando ellos se

levantan. A veces su padre le pregunta si de verdad se ha duchado y mira en el cuarto de baño para ver si el plato está mojado y la toalla húmeda. Es algo absurdo e innecesario. Nunca intentaría eludir la ducha. Ducharse es esencial. Ya está despierto antes de las cinco porque ha programado su cuerpo para estar despierto a esa hora, haya dormido o no durante la noche, y su cuerpo siempre lo despierta unos minutos antes de las cinco. Si madruga, no tiene que andar con prisas para estar preparado cuando su madre dice que es hora de salir. Esto empezó a partir de la mudanza. En Boston no madrugaba tanto. Allí todos los aspectos de la vida eran más sencillos. Fuera aún está oscuro, y se levanta de la cama dejando casi intacta la sábana o la manta. Sus padres no saben lo bien que ve en la oscuridad. Salvo por la lectura, podría vivir sin luz. Se acerca a uno de los grandes ventanales de la habitación y contempla la vieja casa blanca al pie de la colina. Hay luz en una de las ventanas, y ve a la mujer moverse dentro. Viene observándola desde el día que llegaron: cada mañana enciende la vela y trajina en la cocina. Hace unas semanas, mientras su madre trabajaba en el sótano un sábado y su padre estaba ocupado en su despacho, él se quedó solo en el jardín trasero. No llovía desde hacía unas horas. El tiempo pasaba despacio. Miraba la hierba y trataba de contarse cuentos; al cabo de un rato, encontró un agujero en la valla donde antes había un nudo en uno de los tablones de madera. Miró a través del agujero y vio a la mujer en su huerto. Cuando él le dijo hola, ella dejó caer el desplantador y alzó la vista al cielo.

—Estoy aquí —dijo él, y golpeó la valla con los nudillos.

Ella enderezó la espalda y se acercó para presentarse.

—Me llamo Louise —dijo.

—Yo soy Copley —se presentó él.

—¿Ves esa zona blanda donde no crece la hierba detrás de vuestro garaje? —preguntó ella.

—Sí, la veo. Ese sitio donde hay dos piedras y un montón de césped cortado.

—Exacto —dijo la mujer—. Ten cuidado con ese sitio. No pases por encima. Debajo hay un hoyo muy profundo. No me gustaría que te cayeras dentro.

Desde ese encuentro, valla por medio, cada mañana antes del amanecer la saluda con la mano desde la ventana de su habitación. Esta mañana enciende la luz y vuelve a saludar, pero ya no ve a la mujer ni la vela, sino sólo su propio reflejo en el cristal. Aunque conserva la esperanza de volver a verla fuera, en la calle, o en su jardín trasero, no la ve.

5:02 horas: Desde el traslado a esta nueva ciudad, cada mañana se hace la misma pregunta: «¿Dónde estás?». La respuesta es la misma todos los días: «Estoy en mi casa nueva, en una ciudad nueva, pero no tengo la sensación de estar realmente aquí. Tengo la sensación de estar en otro sitio». «¿En Boston?», se pregunta. «No, en Boston no. No sé dónde tengo la sensación de estar, pero no tengo la sensación de

estar donde sé que debo de estar».

5:10 horas: Se quita el pijama y la ropa interior y lo deja todo en la silla baja de madera blanca de su cuarto de baño. En Boston no tenía su propio cuarto de baño, y tenerlo aquí es uno de los pocos cambios que le gustan de este nuevo sitio. Enciende el grifo de la ducha y espera a que el agua salga a la temperatura adecuada. Recuerda la primera ducha que se dio, el año pasado, y lo orgulloso que se sintió de la transición del baño a la ducha. Antes de esa primera ducha, suponía que existía riesgo de ahogamiento, porque el agua caía sobre la cabeza y parecía imposible poder respirar y estar bajo el agua al mismo tiempo. El descubrimiento de que era todo mucho más sencillo, y de que prefería la sensación de la ducha a tomarse un baño fue toda una revelación. Se coloca bajo el agua, se moja el pelo, abre el frasco de champú y, apretándolo, se echa un poco de ese líquido de color miel en la palma de la mano; después, se lo aplica por todo el pelo mientras el agua le azota la espalda. En cuanto ha creado espuma, se aclara el pelo, coge la pastilla de jabón, se frota las manos con ella hasta que las tiene bien enjabonadas, deja la pastilla otra vez en la bandeja, y se extiende el jabón por la cara, dentro de las orejas, detrás de las orejas, lavándose meticulosamente, procurando eliminar toda suciedad, y luego se vuelve de cara a los chorros de agua y se enjuaga. Se inclina para coger la esponja, echa una pizca de gel verde en el centro y la amasa hasta que se forman puñados de pompas y el aire se satura de olor a menta. Se pasa la esponja por el exterior del brazo izquierdo, por el interior, hasta la axila; se restriega el pecho y el abdomen y los costados, y luego pasa al otro brazo, primero por fuera, por dentro, axila. Se lava el bajo abdomen, se pasa la esponja por sus partes íntimas, se lava la pierna derecha, el pie derecho, la pierna izquierda, el pie izquierdo. Siempre se limpia el cuerpo siguiendo la misma secuencia, siempre se ducha de la misma manera, empezando por arriba y bajando hacia los dedos de los pies. Se enjuaga, se queda bajo el agua un minuto más recreándose en el intenso calor, y luego cierra el grifo accionando la palanca totalmente a la derecha. De pie en medio del vapor que flota suspendido en el baño, escucha el repiqueteo del ventilador oculto en el techo. En Boston sus padres solían sentarse en el cuarto de baño y leerle mientras él se bañaba cada noche. Desde que empezó a ducharse, ya no quiere que estén en el cuarto de baño; es más, ahora, cuando está en el baño, quiere que lo dejen solo. Una vez entró su padre mientras él se duchaba en Boston y a partir de entonces empezó a echar el cerrojo. Cuando su padre preguntó por qué lo hacía, contestó que él no entraba en el cuarto de baño cuando su padre o su madre se duchaban y no le parecía justo que ellos entraran en el cuarto de baño ahora cuando él se duchaba. Ir al cuarto de baño es algo íntimo. La ducha es algo íntimo. Estar desnudo es algo íntimo. Todas esas cosas son íntimas, para hacerse a solas.

5:20 horas: Junto al plato de la ducha hay un toallero. Alguien, su padre o su madre, ha colgado una toalla limpia y a él le complace la ligera aspereza del tejido cuando se seca la cabeza, la cara, la nuca, los brazos, el pecho, la espalda, el abdomen, las piernas, los pies: todos los días se seca el cuerpo de la misma manera, de la cabeza a los pies, de arriba abajo. No sabe si lo hace porque se lo enseñaron así sus padres, pero no lo cree. Más bien es uno de los muchos trucos que ha aprendido por su cuenta, aunque no recuerda un proceso de ensayo y error, sino sólo el sistema ya perfeccionado. Se ciñe la toalla a la cintura, enciende el secador y se dirige el chorro de aire caliente a la cabeza hasta que le queda el peinado que reconoce como propio. Después de vestirse, volverá al cuarto de baño a ponerse gel en el pelo y peinarse una última vez. A su padre no le gusta que use gel; dice que es algo que los niños no necesitan. Lo que su padre no entiende es que no es una cuestión de necesidad o deseo. Tiene que ver exclusivamente con las expectativas de los otros niños del colegio.

5:25 horas: Mientras se viste, deja colgada la toalla en un gancho detrás de la puerta de su habitación. Con el pestillo echado, va a su cómoda, donde coge unos calzoncillos: unos de color azul oscuro nuevos y ajustados. Con ellos puestos, se siente a gusto. Del armario coge el pantalón caqui del colegio y su camisa de algodón azul. Se pone primero la camisa, se la abotona y deja los botones de los puños para que se los abroche su padre o su madre. Se pone el pantalón, remetiéndose la camisa a la vez que se los sube. Es el uniforme que obligan a llevar a todos los alumnos. En invierno, en los días fríos, les permiten también ponerse un jersey de lana rojo con el cuello en pico o un chaleco de lana rojo con el cuello en pico, porque esa combinación de colores, según dice su maestra, la señora Pitt, les confiere aspecto de pequeños patriotas. Las niñas tienen que llevar el mismo uniforme, sólo que con una falda caqui, que les llega justo por debajo de la rodilla. No se permite a los alumnos vestir pantalón corto salvo en la clase de educación física y el pantalón corto se queda en el colegio, donde lo lavan y secan después de cada utilización. Encuentra unos calcetines azules en su cómoda y se sienta en una silla contigua a su cama para ponérselos, empezando por el pie derecho. Poco antes de salir por la puerta para ir al colegio, se pondrá los zapatos, que están abajo en el zaguán, entre la puerta trasera y la cocina.

5:45 horas: Se hace la cama, estirando la sábana, remetiéndola a los lados y alisando la manta por encima. Ahueca la almohada, la coloca en el centro de la cabecera y dispone los peluches delante. Cuando todo está en el orden que él desea, devuelve la toalla al cuarto de baño, se acuerda del pijama y lo pone, plegado, en su sitio bajo la almohada de su cama, y se sienta en la silla junto a la ventana de cara a la vieja casa

blanca al pie de la colina viendo a la mujer moverse de un lado a otro en la oscuridad con su vela. Cuando el sol empieza a asomar entre las copas de los árboles del bosque al este, ve elevarse humo de la chimenea de la mujer. Se pregunta por qué no han conocido a ningún otro vecino y si hay algún niño más en el vecindario, como había niños en su edificio de Boston, o si ahora va a tener una clase de vida totalmente distinta, una en la que su tiempo fuera del colegio lo ocupan sólo adultos. En el colegio ha oído a los niños hablar de «quedar para jugar en casa» y ha deducido que aquí esa es la única forma de reunirse: conciertan una cita a una hora y en un lugar determinados, y sus padres los llevan y los recogen. En Boston, él a veces quedaba para jugar, pero a menudo, si quería jugar con un niño del edificio, sus padres telefoneaban al otro apartamento, veían si el niño estaba disponible y, en cuestión de minutos, después de subir o bajar en ascensor y correr por los rellanos, los dos podían estar jugando. Las citas se reservaban normalmente para los cumpleaños o las fiestas. Observa el cielo teñirse de un rojo penetrante, pero en un cuarto de hora el sol naciente ha desaparecido, las nubes se han desplegado, la espita de la lluvia se ha abierto, el diluvio se ha reanudado. En Boston no le importaba ir a la escuela, pero le importaba aún menos en días lluviosos. Aquí la lluvia no mejora en nada sus presentimientos sobre la clase de día que probablemente le espera por delante.

6:15 horas: En la cocina coge una caja de cereales sin azúcar del armario, leche de la nevera y un tazón del estante situado debajo del cajón de los cubiertos, de donde luego saca una cuchara. Se sube a un taburete para sentarse junto a la isla de la cocina, abre la caja de cereales, echa unos pocos en el tazón, corta un plátano con un cuchillo de mantequilla y, arrastrando los trozos de fruta desde la tabla de cortar, los vierte en el tazón. Añade leche, vuelve a enroscar el tapón en el cartón y enciende la radio que hay en el centro de la isla para escuchar las noticias de la mañana en la radio pública. Algunas mañanas llega a la cocina a tiempo de oír la melodía inicial y los primeros titulares, pero esta mañana se ha distraído observando a Louise y su vieja casa blanca y se ha perdido esos primeros quince minutos de tranquilidad. En Boston no era raro que sus compañeros de clase hubieran escuchado también las noticias de la mañana por la radio, pero entiende ya que en este nuevo sitio su comportamiento es poco habitual. Se come los cereales mientras escucha informes sobre un patrón meteorológico en el Pacífico, y eso implica un otoño muy lluvioso y un invierno de fuertes nevadas para esta parte del país. Cuando se termina los cereales, baja del taburete y mete el tazón y la cuchara en el lavavajillas. Devuelve la leche a la nevera, y la caja de cereales al armario. Empuja el taburete bajo la repisa salediza que sobresale de la isla para crear lo que su padre llama «la barra del desayuno». No es un nombre que le guste, porque la repisa es claramente parte de la isla, y la palabra «isla» tiene un sonido y un significado más agradables que «barra», que le recuerda a ciertos locales de Boston donde los hombres se apiñaban fuera a

fumar: establecimientos donde las ventanas estaban siempre a oscuras, como mucho con una tenue luz o dos dentro, y un estridente letrero de neón rojo fuera. No entiende por qué su padre quiso imponer un espacio así en el centro de la cocina, pero su padre, como él sabe, no entiende por qué la palabra lo inquieta tanto. Es una sensación que no ha sido capaz de explicar. Como oye a su padre o a su madre en la ducha de su propio cuarto de baño y sabe que cuando bajen también ellos querrán oír las noticias de la mañana, no apaga la radio.

6:35 horas: Mientras recorre el pasillo hacia la salita, donde pasará las dos horas siguientes hasta que su madre esté lista para llevarlo al colegio, percibe un cambio. La mesa adosada al hueco de la escalera donde suele haber un jarrón con flores ha sido desplazada a la pared opuesta y el jarrón está en el suelo, en tanto que las flores —grandes crisantemos amarillos— descansan en el suelo blanco dispuestas todas en la misma dirección, ocupando cada una el ancho de un único tablón. Debe de haberlo hecho el hombre. El hombre no es su padre. Al principio no estaba muy seguro, y pensaba que el hombre que se sentó en su habitación la otra noche, el hombre que lo recogió fuera y lo entró en brazos la noche de su llegada, era su padre disfrazado. Ahora sabe que no es así, pero cuando ha intentado decir a sus padres que un hombre entra en la casa, ellos insisten en que son sueños y le recuerdan que el sistema de alarma los alertaría si alguien intentara entrar: se activaría y los vigilantes armados acudirían a protegerlos. Aún no ha averiguado cómo puede entrar ese hombre en la casa por la noche sin activar la alarma, a no ser que haya algún problema con la alarma. Esta es la primera vez que el hombre ha hecho algo para intentar captar la atención de sus padres, y está seguro de que esa es la razón del desplazamiento de la mesa y la dispersión de los crisantemos. El hombre quiere que sepan que no están solos en la casa. Dejando la mesa y las flores tal como están, Copley entra en la salita, donde encuentra todos los muebles apartados del centro de la habitación y colocados contra las paredes. Lo mismo pasa en el salón y el comedor, donde la mesa y las sillas blancas han sido dispuestas contra la pared blanca del lado oeste de la casa. Ahora sus padres tendrán que creerle cuando diga que está pasando algo, que hay en la casa un hombre gigantesco y moreno que espera que reconozcan su presencia. No tiene sentido volver a colocar los muebles en su sitio; son demasiado pesados, hay muchos, y es mejor que sus padres lo vean y descubran la verdad.

7:15 horas: Su padre debe marcharse de la casa antes que su madre porque tiene que estar en la oficina a las ocho, si no más temprano. «Pero ¿qué ha pasado aquí? —dice su padre mientras baja por la escalera—. ¿Copley?». Se levanta del sofá de la salita, donde estaba sentado leyendo un libro, y sale al pasillo. Mientras camina, se le quedan rígidas las extremidades, se le traban las rodillas. No se explica por qué se

siente obligado a caminar así, pero cuando ve la cara de su padre, sabe que es mala idea, relaja las extremidades y se detiene en la puerta de la salita. «¿Has hecho *tú* esto?», pregunta su padre. Es difícil saber lo enfadado que puede estar su padre, o si lo que siente su padre en este momento es de hecho enfado y no otra cosa. «No — contesta él, negando con la cabeza—, ha sido el hombre moreno y gigantesco». Su padre lo mira con expresión ceñuda. «No hay ningún hombre, Copley. Tienes que dejar de hablar de ese hombre. *No hay ningún hombre*. En esta casa sólo estamos nosotros tres. ¿Por qué tenías que hacer una cosa así?». Copley cabecea, no puede dar crédito a que su padre lo acuse de hacer algo que sabe que no ha hecho, que no ha podido hacer. ¿Acaso su padre no sabe lo mucho que él detesta el desorden, que no resiste ver nada tirado en el suelo, lo mucho que eso lo altera? «*Yo no he sido* —dice—. Mira en las otras habitaciones. Ya lo *verás*. *Yo no he sido*». Su padre parece confuso y, pasando junto a él, entra en la salita. Copley oye el aire acumularse en la boca de su padre, a su padre a punto de hablar, y en ese momento su padre entra en el salón. «¡Copley! —Atraviesa el pasillo y llega al comedor—. Por el amor de Dios, Copley, ¿qué se te ha metido en la cabeza?», vocifera su padre. «¡Pero *si yo no he sido!* ¿Cómo iba a hacer yo una cosa así?».

7:30 horas: Sentado en la salita, oye a sus padres discutir en la cocina. Han cerrado las puertas y hablan de él, pero puede oír casi todo lo que dicen porque en esta nueva casa el sonido se transmite como no ocurría en el apartamento de Boston. Los dos llegan a la conclusión de que él debe de haber desplazado los muebles y haber dejado los crisantemos en el suelo: ese no es el motivo de la discusión. Su madre sostiene que debe de haberlo hecho dormido, y por tanto no podía ser consciente de lo que hacía, mientras que su padre insiste en que ha sido *intencionado*, porque se observa demasiada *finalidad y planificación* en la reorganización. Todos los muebles tienen ruedecitas de fábrica con pequeñas trabas, así que sería posible, como ahora se da cuenta, que lo hubiese movido todo él solo. Se pregunta si sus padres tienen razón. Cuando uno duerme, ocurren cosas que a menudo son difíciles de recordar al despertar. De lo sucedido la primera noche en la casa, no recuerda haberse levantado de la cama y salido a la calle. Sólo recuerda que el hombre lo cogió en brazos en el jardín, y por el puro terror de despertar fuera de casa en los brazos de un hombre a quien no conocía, de quien sólo podía creer, en ese momento, que era su padre disfrazado, no se atrevió a moverse: sólo pudo hacerse el muerto. Es posible, sin embargo, que si no recuerda ahora cómo salió de la casa esa primera noche, puedan haber ocurrido otras cosas durante las horas en que supuestamente dormía que tampoco conozca.

7:40 horas: Mientras sus padres discuten, entre el tintineo de los tazones y las

cucharas y con la radio muy alta para ahogar sus voces, destraba las ruedecillas del sofá de la salita e intenta empujarlo: es pesado pero consigue volver a colocarlo en su sitio. Si puede hacerlo, cabe la posibilidad de que haya podido mover todos los muebles de la planta baja. Para no dar pruebas a sus padres de que es capaz de reordenar la casa, vuelve a acercar el sofá a la pared y traba las ruedecitas, se acuesta en el sofá y reanuda la lectura: la historia de un niño que es un genio y su viaje a un planeta lejano para rescatar a su padre. Su propio padre ha dicho que el libro es para niños mayores, y es una parábola religiosa, pero no es por eso que el libro le resulta interesante. Lo que le despierta curiosidad son los comentarios sobre el tiempo: el punto, la línea recta, la caja, el cubo, las primeras tres dimensiones, la cuarta dimensión que es el propio tiempo, la posibilidad de los viajes interestelares e intertemporales. Ha pasado horas trazando minuciosos dibujos de la cuarta dimensión en papel cuadriculado, y está pensando en esas formas otra vez, vagando su mente mientras lee, yendo tan lejos que pierde el sentido de su cuerpo y vuelve a preguntarse dónde está, dado que no tiene la sensación de estar tendido en ese sofá con un libro en las manos, cuando su padre abre la puerta de la cocina y lo llama desde el otro lado del pasillo. «Adiós, Copley, que vaya bien en el colegio. Nos vemos esta noche». «Adiós», contesta él, sin apartar la mirada de su libro.

8:30 horas: Como de costumbre, su madre va con retraso. Está hablando por teléfono con uno de sus ayudantes de posgrado, disculpándose y explicando que necesita *un ejército de ayudantes virtuales para salir por la puerta cada mañana*. Sólo faltan quince minutos para que empiece el colegio. Copley observa despedirse a dos vecinos, dos hombres, en la casa situada al norte de la suya. Uno es blanco: sale marcha atrás por el camino de acceso y se detiene para hablar con el otro hombre, de piel oscura, que allí en el camino sostiene un paraguas con una mano y a una niña de corta edad en el otro brazo; la niña también es de piel oscura, pero no tanto como el hombre. Es la primera vez que ve a la niña. El hombre blanco se asoma por la ventanilla del coche y da un beso a la pequeña, a quien el hombre negro acerca al blanco. Después de echar una mirada alrededor a las otras casas, se inclina para besar al hombre blanco. Estaría bien conocer a la niña y a los hombres, y se pregunta por qué no se han conocido ya.

8:42 horas: Su madre introduce el código de la alarma. Mientras él espera, le parece ver movimiento en el umbral de la puerta del sótano, como si esta acabara de abrirse o cerrarse rápidamente, pero ya es demasiado tarde para decir nada. Su madre cierra la puerta con llave y corren bajo la lluvia hacia el garaje. Mientras su madre abre la puerta del garaje, Copley se vuelve a mirar hacia la ventana de la cocina y ve al hombre dentro de la casa, de pie ante el panel de la alarma, introduciendo el código.

«El hombre...», dice a su madre, pero ella lo obliga a entrar en el garaje sin dejarlo continuar. «Llegamos tarde, y la señora Pitt no estará contenta», dice su madre. «Pero es que el hombre estaba desactivando la alarma», dice él. Su madre lo mira, suspira y saca el coche del garaje, descendiendo en marcha atrás por el camino de acceso, pasando por delante de la casa, ahora desprotegida porque el hombre ya está dentro y conoce todos sus secretos.

8:47 horas: El primer timbre ha sonado hace dos minutos. Están aún a varias manzanas del colegio, pero ha habido un accidente en las calles grises y mojadas y el tráfico está detenido cuando empieza a granizar y todo se vuelve blanco. «Maldita sea, el coche», dice su madre. Copley intenta olvidarse del hombre. No es difícil porque la perspectiva del inminente día escolar le revuelve el estómago, como si fuera a vomitar. En Boston nunca temió ir al colegio porque el colegio era el sitio donde quería estar; era donde veía a sus amigos y donde aprendía cosas nuevas. En este colegio nuevo no aprende nada y sólo tiene una amiga. «Tendré que parar hasta que deje de granizar o tu padre me matará». «¿De verdad te matará?», pregunta Copley. Su madre, al parecer alarmada, niega con la cabeza. «No, cariño, lo he dicho en sentido figurado». «En sentido ¿qué?». «Una mala elección de palabras. Tu padre nunca mataría a nadie».

8:59 horas: Llegan al colegio. Le suplica a su madre que entre a explicar por qué llega tarde, que la culpa no es de él. Ella aparca el coche y entra corriendo en el edificio, se sacude el agua de la chaqueta y habla con la señora Taylor, la orientadora, que dice: «Una falta de puntualidad es una falta de puntualidad, incluso cuando no es culpa del niño». Copley no cree que vuelva a esta escuela después de las vacaciones de invierno. Oyó decir a su madre, hablando por teléfono, que no le gusta el colegio, pero se siente incapaz de sacarlo porque no han conseguido hacer ningún otro plan y si lo matricularan en otro sitio, perjudicaría a su padre profesionalmente. «¿Por qué perjudicaría profesionalmente a papá?», preguntó a su madre. «Porque el colegio es de su empresa, y todos los ejecutivos llevan a sus hijos a los colegios de la empresa—contestó ella. En un susurro, añadió—: Al menos eso me dice a mí. No te preocupes. No será para siempre».

9:05 horas: Se ha perdido el Juramento de Lealtad y el himno *America the Beautiful*, y la clase de matemáticas de la señora Pitt, que es la primera del día, ha empezado hace ya diez minutos. Siguen trabajando con las sumas y las restas y los quebrados, y están dedicando la semana a problemas con enunciado, que la mayoría de sus compañeros encuentran difíciles. En clase nadie más sabe multiplicar o dividir, y

cuando le preguntó a la señora Pitt cuándo estudiarían las multiplicaciones y las divisiones, ella le explicó que esos temas entraban en el programa del año siguiente: la multiplicación en la primera mitad del curso; la división en la segunda mitad. No le ve el sentido a ese retraso, porque él se siente a gusto con los números y los entiende como si fueran personas, niños y niñas. El uno es un niño, el dos es una niña, el tres es un niño, el cuatro es un niño, el cinco es un niño, el seis es una niña, el siete es un niño (su propia edad), el ocho una niña, el nueve una niña, el diez un niño, el once un niño, el doce una niña, el trece un niño, el catorce un niño, y así sucesivamente. Si se le pregunta por cualquier número, él sabe decir si es niño o niña. El 312 es una niña. El 1791 es un niño. El 1829 es una niña. Cuando la señora Pitt lo ve entrar por la puerta, arruga el entrecejo. Al igual que los alumnos, viste de uniforme: falda caqui, blusa azul, jersey rojo de lana. «Una patriota adulta para que todos vosotros, pequeños patriotas, la emuléis», les dice. «¿Has pasado por la secretaría?», pregunta. «Sí, señora Pitt», contesta. «Ve a tu sitio, Copley», dice ella, y él va a su pupitre, el último de la primera fila. Su nombre está escrito en un papel amarillo que debería parecer una regla, pero en su opinión está mal dibujada y falta la «o» de su apellido. Cuando le dijo a la señora Pitt que su apellido estaba mal escrito, ella contestó que se haría un rótulo nuevo para su pupitre, pero eso no ha sucedido, y él sabe que se pasará todo el semestre con un nombre que no es el suyo en el letrero. Aunque el día es oscuro y llueve a cántaros, las persianas están bajadas en la hilera de ventanas que abarcan el aula de extremo a extremo: las lamas están abiertas pero el efecto es lúgubre. En el ala adyacente, ve otras aulas con las persianas también bajadas y las luces encendidas. El aula huele a humedad. A su lado se sienta una niña, Emily, que tiene el pelo rubio, aunque parece gris cerca del cuero cabelludo, y la piel de una tonalidad gris rosácea. Ha faltado varios días desde que Copley llegó al colegio. Sospecha que la niña está muriéndose lentamente, porque siempre huele a huevo podrido y siempre tiene la piel y el pelo grises: está pudriéndose desde dentro hacia fuera, y nadie se molesta en verlo, excepto él. Se sabe los nombres de los veinte alumnos de su clase, pero casi nada más, salvo en el caso de Joslyn, que se sienta delante de él; no sólo es la única persona negra de todo el colegio, aparte de las mujeres que sirven el almuerzo, sino que además es su única amiga, aunque Copley ni siquiera está muy seguro de que sean amigos de verdad. Cada día la señora Pitt encuentra alguna excusa para decirles a los dos algo como: «Ahí, Joslyn y Copley, donde pueda teneros vigilados», como si hubieran hecho algo malo. Joslyn es la única persona que le ha dirigido la palabra en los recreos, porque, piensa Copley, a ella nadie le habla: los dos marginados de la clase, unidos en virtud de la indiferencia de todos los demás. Se da cuenta de que si va a quedar para jugar con alguien, Joslyn es la única candidata posible. Son los dos alumnos más listos de la clase, y esa, comprende Copley, es la razón por la que la señora Pitt los teme. Saben que no deben hablar antes del almuerzo. Hablar nunca está permitido a menos que la señora Pitt los autorice cuando levantan la mano para contestar a una pregunta. Hablar no está

permitido durante los descansos para beber e ir al baño, porque podrían molestar a otras clases. Hablar sólo está permitido en el almuerzo y los recreos. En el colegio de Boston había tiempo para el trabajo en grupo y estudio libre en el que los niños podían hablar entre sí y dedicarse a proyectos creativos. En la academia Pinwheel no hay trabajos en grupo ni estudio libre. Copley mira la semiesfera de cristal negra colgada en el centro del techo, pero no sabe si en el interior hay sólo una cámara o varias para vigilar el aula. A veces oye un rápido ronroneo e imagina que es la cámara que gira, enfoca y los fotografía a él y su trabajo.

10:00 horas: La señora Pitt da por concluida la clase de matemáticas y les pide que guarden los lápices antes de entregar sus hojas al alumno de delante para reunirlos en el primer pupitre de cada fila. Cuando ella las ha recogido, les pide que se pongan de pie junto a sus pupitres. «Los dedos en los labios», dice, llevándose el índice de la mano derecha a la boca cerrada, con la punta del dedo señalándose la nariz. Todos la imitan. «Los de la primera fila, por favor, salid al pasillo». Los cinco abandonan el aula y forman fila fuera. La primera persona de la fila, un niño que se llama Ethan, que es supervisor de fila, se detiene junto al extintor, que sirve de punto de referencia para los primeros en salir. Los siguientes, que son los alumnos de la fila tres, se colocan junto a la uno; la cuatro forma detrás de la uno, y la dos, castigada porque Emily ha entregado su trabajo antes de guardar el lápiz, se coloca detrás de la tres. La señora Pitt ocupa su lugar al frente de las dos filas, con el dedo aún en los labios, igual que ellos mantienen aún los dedos en los suyos, y los guía por el pasillo hacia los lavabos. Se permite entrar en los lavabos a cuatro niños y cuatro niñas cada vez. Ethan y él y otros dos niños, Austin y Max, son los primeros en entrar. Hay cuatro urinarios y cuatro cubículos, pero los cubículos no tienen puerta. Él va a un cubículo mientras que los otros tres niños se sitúan en los urinarios. Él ha intentado utilizar los urinarios pero ha descubierto que es incapaz de orinar si hay alguien presente. Aunque tienen prohibido hablar, los otros niños cuchichean sobre él pero no los entiende: usan palabras que desconoce y no identifica. Le llegan partes de las palabras, sonidos aislados, pero no puede extraer ningún significado salvo el sentido malicioso y burlón que percibe en la manera en que susurran las palabras. Está de pie en el cubículo y no puede orinar hasta que Ethan, Austin y Max se marchan y entran los siguientes niños. Se ha lavado las manos y ve que los otros son Todd, Steven y Joe, que cuchichean de manera parecida cuando él se dispone a salir del lavabo, lanzando una ojeada a la semiesfera negra de cristal instalada encima de la puerta. Cuando sale del lavabo, se detiene en el surtidor, prueba el agua tibia y clorada con la lengua y va a ponerse al final de la fila. La señora Pitt se acerca a él. Apoya una mano en su hombro, hace presión y dice: «Has tardado mucho, ¿no crees?». En Boston, una vez entró en el lavabo de las niñas del colegio por error y vio con asombro que no había urinarios, sino sólo cubículos. En la academia Pinwheel sería más fácil ser una

niña. En su colegio de Boston nadie decía nunca nada porque él utilizara los cubículos, que tenían puerta y pestillo, en lugar de los urinarios. No entiende por qué sus padres lo llevan a este colegio, pero parece una forma de castigo.

10:15 horas: Vuelven al aula de la señora Pitt, siempre con los dedos en los labios. «¿Por qué los niños son como las flores?», les pregunta. Ellos saben la respuesta: «Porque nuestras bocas deben estar cerradas como los tulipanes». Copley piensa que eso es una estupidez. Los tulipanes se abren de día y se cierran por la noche, pero la señora Pitt quiere decir que ellos siempre deben tener la boca cerrada. Se detienen ante la puerta del aula. Los supervisores de fila tienen permiso para ser los primeros en entrar, y luego el resto de los alumnos pueden pasar de cuatro en cuatro. Los supervisores de fila colaboran con la señora Pitt y la señorita Fox, la ayudante asignada a la clase, en la tarea de mantener el orden y el silencio. Sólo cuando un grupo de cuatro alumnos se ha sentado, se permite entrar al siguiente. Si alguien habla, los supervisores de fila escriben una nota y la sostienen en alto para que la recojan la señora Pitt o la señorita Fox cuando todo el mundo esté sentado. Si alguien habla, lo multan.

10:18 horas: Empiezan la clase de lengua. Para eso, Joslyn, otros cuatro alumnos y él van al aula contigua, la de la señora Abbott. A menudo es la mejor parte del día. Si bien sigue esperándose de ellos que hablen sólo cuando se les indica, la señora Abbott es amable. Les da chucherías, elogia su trabajo, sonrío de una manera que parece alegre en lugar de colérica. Nunca levanta la voz. Nunca tiene necesidad de levantar la voz. Aunque la clase de lengua de la señora Abbott es para alumnos avanzados, las redacciones son igual de tontas y demasiado sencillas. Según un test al que Copley se sometió en el Colegio del Laboratorio, tiene el nivel de lectura de un alumno de duodécimo curso. Siempre le ha sido fácil leer; antes de hablar ya sabía leer. Las letras del alfabeto son, como los números, niños o niñas, o en algunos casos, neutras:

- A: neutra
- B: niño
- C: niña
- D: niño
- E: niño
- F: neutra
- G: niña
- H: niño
- I: niño
- J: niño
- K: niña
- L: niña
- M: niño

N: niño  
O: niña  
P: niño  
Q: niña  
R: niña  
S: niña  
T: niño  
U: niño  
V: niño  
W: niño  
X: niña  
Y: niño  
Z: neutra

Es todo muy evidente, y la composición de las letras en una palabra en concreto implica que cada palabra es en sí misma niño o niña o neutra. Manzana, llave, perro, casa, jardín, coche son todos niños. Naranja, cometa, jirafa, río, vagón son todas niñas. Lago, cielo, árbol, palabra, música son neutras. La semana pasada, cuando dijo a la señora Abbott que estaba leyendo el libro del niño que intenta rescatar a su padre, ella pareció sorprenderse y le advirtió que era para niños mayores. Le preguntó si lo entendía. Él dijo que sí, y le enseñó algunos dibujos suyos de un hipercubo en cuatro dimensiones. Ella se quedó los dibujos y después, durante el fin de semana, sus padres se los devolvieron en casa. Se pregunta si su padre y la señora Abbott han hablado.

11:30 horas: Joslyn, los otros cuatro niños y él vuelven al aula de la señora Pitt. Piensa en decir a la señora Pitt que está enfermo y quiere ir a ver a la enfermera, pero sabe que la señora Pitt le pondrá la mano en la frente, como ha hecho con los demás alumnos que se han quejado de no encontrarse bien, y a menos que lo note caliente, no lo dejará ir. Se sienta en el último pupitre de la fila uno, preguntándose cómo conseguir tener la frente lo bastante caliente para que le permitan ir a ver a la enfermera. Se concentra en subirse la temperatura. Contiene la respiración. La señora Pitt lo mira, le dice que se deje de muecas y le dirige el primer aviso del día. Un aviso conlleva una multa de un dólar. Si recibe tres avisos, no podrá salir durante el recreo. Si recibe cuatro en un día, se queda castigado después de clase. Si recibe cinco, lo expulsan por un día. Él conoce las consecuencias y la cuantía de cada infracción, pero no siempre sabe qué conducta se considerará sancionable. Nunca habría imaginado que contener la respiración durante unos segundos e intentar sentirse afiebrado sería causa de un aviso, pero, claro está, otros alumnos —por ejemplo Emily— han sido multados por no mirar a los ojos a la señora Pitt cuando ella les pregunta algo.

11:32 horas: Hoy tienen manualidades en el otro lado del edificio. Repiten el mismo proceso de formar filas en el pasillo, con el dedo en los labios antes de encaminarse

hacia el centro del colegio, circundar el Eje y doblar hacia el Ala Verde. Cada ala tiene su propio color. El aula de la señora Pitt está en el Ala Roja, donde todas las puertas son rojas y hay bandas rojas en el suelo a ambos lados del pasillo. El Eje es blanco. En manualidades también está prohibido hablar, pero en esa aula no tienen asientos asignados. Joslyn y él se sientan uno al lado del otro en el sitio más alejado de la puerta y más cercano a las ventanas. El profesor de manualidades, el señor Cross, es alto y barbudo, siempre huele a tabaco y viste el mismo uniforme que los otros profesores, sólo que no se remete la camisa en el pantalón. No sonríe, pero sí elogia el trabajo de los alumnos si hacen algo que le gusta. Siempre está repitiéndoles que deben mirar el mundo con más atención. «El tronco de un árbol no es marrón — dice, sosteniendo en alto una cera marrón—. El tronco de un árbol es de muchos colores distintos. Fijaos en todos los colores del tronco de un árbol», les dice y señala los árboles que están más cerca del colegio, alrededor del patio, al otro lado de la valla. Hoy el señor Cross les dice que dibujen una escena otoñal, y les pone algunos ejemplos: *Los recolectores*, *Almires (otoño)*, *Paisaje otoñal con bandada de pavos*, *Serie de otoño (Número IV)*, *Bosque en otoño*, *Sacrificio otoñal* y muchos pergaminos chinos y japoneses distintos. El señor Cross reparte láminas de grueso papel blanco y da una caja de pasteles al óleo a cada uno. Si les hubieran dado papel cuadrado, él habría podido dibujar un hiper-cubo en cuatro dimensiones, pero, como no ha sido así, decide dibujar la vieja casa blanca contigua a la suya, y a Louise dentro con su vela. Empieza esbozando los contornos a lápiz, y en cuanto tiene perfilados la casa, los árboles, la calle más allá de la casa y la ventana con Louise dentro, comienza a colorear las formas, primero el cielo y el fondo, después, gradualmente, los planos sucesivos hacia el superior; justo antes de acabar la hora, termina la cara de Louise y la llama de la vela. El señor Cross se pasea de aquí para allá observando el trabajo de los alumnos. Se detiene y emite un sonido de aprobación ante la pintura de Louise en su casa. «Excelente trabajo, Copley —dice—. Pero tienes que añadir algunos colores otoñales, más árboles de fondo». «Pero en esa dirección no hay más árboles. Sólo está la calle», dice Copley, y entonces suena el timbre y termina la clase de manualidades.

12:30-12:50 horas: Almuerzo. La ayudante asignada a la clase, la señorita Fox, los recoge de manualidades y los lleva al gimnasio, que es también el comedor y el auditorio. Las mesas con bancos integrados ya están desplegadas y dispuestas en una cuadrícula en el gimnasio. En un extremo de la sala está el escenario; en el otro, las puertas que dan a la cocina, por donde se sirve la comida. Van en fila hasta la cocina, y uno por uno ponen el dedo índice de la mano derecha en el sensor, esperan a que la pantalla registre el cargo en su cuenta y a continuación la ayudante les permite coger una bandeja e ir a por su almuerzo. Nunca hay posibilidad de elegir. Hoy toca *pizza* de carne picada, ensalada y una galleta de avena. Al principio, cuando llegó, dijo a

los ayudantes que no comía carne y le contestaron que tenía que presentar un certificado médico o de lo contrario tendría que dejarla en el plato y comerse el resto. No se ha quejado a sus padres, que tampoco comen carne, porque sabe que ya tienen suficientes preocupaciones. Cada aula ocupa su propia mesa, aunque no hay asientos asignados. Joslyn y él siempre se sientan juntos en un extremo de la mesa. Retira el queso y la carne picada de la *pizza*, se come la masa con lo que queda de salsa de tomate, y luego la ensalada y la galleta. Los otros alumnos, y no sólo los de la clase de la señora Pitt, han empezado a llamar Medusa a Joslyn. Ha consultado el nombre en casa y ha descubierto que la diosa Medusa tiene serpientes en lugar de pelo. Joslyn lleva trenzas, pero estas no parecen serpientes ni mucho menos. Los alumnos se entretienen con un juego que consiste en fingir que si casualmente llegan a mirar a Joslyn, se convierten en piedra: se quedan paralizados en el sitio, esperando a que un compañero les pase una mano ante los ojos para «desparalizarlos». Joslyn actúa como si no los oyera, y entre ellos no comentan nada acerca del juego. Ella le pregunta por Boston, y él le cuenta todo lo que recuerda de su otro colegio. «Pero no entiendo cómo se puede ir a un colegio en un laboratorio —dice ella—, porque un laboratorio es un sitio donde se hacen experimentos». «No lo sé. Así es como lo llaman. El colegio del Laboratorio». «¿Experimentaban los profesores con vosotros?», pregunta Joslyn, y se echa a reír. «No lo sé. No lo creo». Él le pregunta cómo ha sido su vida creciendo en esta ciudad, y qué puede contarle de ella. Intercambian información, preguntan y responden, se han hecho amigos en muy poco tiempo. A él le gustaría proponerle que vaya a jugar a su casa, pero no sabe cómo se hace y le preocupa que ella se niegue. «No quiero la galleta —dice Joslyn—. Estoy a dieta. Mi madre me dice que estoy engordando». «Yo no creo que estés gorda, Joslyn». Ella sonríe pero no se la ve contenta. «Tú estás flaco, así que cómetela tú», insiste ella, y le da la galleta.

12:50 horas: La señorita Fox vuelve para sacarlos al recreo, que dura veinte minutos. Hay pelotas de distintos tipos, unas barras de escalada y un trepador. Ha parado de llover y están en el patio de cemento, vigilado por dos guardias de seguridad; estos llevan en el uniforme el mismo logo que ha visto en una gorra de béisbol de su padre, que es el de la empresa donde trabaja. En su primera semana en la academia Pinwheel, durante el recreo deambuló solo por el patio, observando el dibujo del cemento y acordándose de su antiguo colegio. Ahora Joslyn y él continúan con la conversación que mantenían en el almuerzo. Después del recreo, no volverán a hablar hasta que suene el último timbre del día, y entonces será sólo brevemente ante sus taquillas, de camino al aparcamiento del colegio, donde estarán esperándolos sus respectivos padres. Todo el colegio, desde primero hasta sexto, tiene el recreo al mismo tiempo. Varias niñas mayores botan pelotas de baloncesto al unísono. Si una de ellas pierde el compás en los botes, tiene que abandonar el juego, y gana la última

que queda. Media docena de chicos juegan un partido de baloncesto y, de pronto, el partido se comprime en un coágulo de cuerpos en el rincón más alejado del patio, captando la atención de los guardias de seguridad, que ordenan a gritos a los alumnos que se dispersen. En su mayoría se alejan corriendo y se dispersan para desplegarse a lo ancho del patio, pero tres de los chicos se quedan allí, sus cuerpos entrelazados. Los guardias vuelven a ordenarles que se separen, pero los chicos siguen enzarzados con su pelea. «¡Último aviso!», advierten los guardias. Uno de los chicos se desprende de los otros dos, y un guardia lo agarra por el cuello de la camisa mientras el otro saca la pistola taser del cinturón y dispara a los dos chicos restantes, que caen al suelo gritando. El guardia que ha disparado la taser se la enfunda de nuevo y sujeta a los dos chicos del brazo para obligarlos a levantarse y llevarlos al interior del edificio. Uno de ellos no parece despierto y tiene la cara ensangrentada. No es la primera vez que pasa esto. Joslyn chasquea la lengua. «A estas alturas ya deberían saber lo que no les conviene», dice ella. Él está de acuerdo. Lo ha visto suceder tantas veces en las últimas semanas que no entiende por qué alguien se arriesga a incumplir siquiera las reglas más insignificantes, y ya no digamos a pelearse.

13:10 horas: Suena el timbre, y la señora Pitt aparece en el patio. Joslyn y él son los primeros de la fila. Él siempre tiene la esperanza de que si es puntual, si se porta bien, la señora Pitt le coja simpatía y deje de dar por supuesto que es conflictivo. Ella arruga el entrecejo mientras los otros forman fila detrás de ellos. Siendo los primeros de la fila, Joslyn y él deberían ser los jefes de fila para el regreso a clase, pero cuando están todos presentes, la señora Pitt les ordena que se den media vuelta, con lo que Joslyn y él quedan los últimos de la fila, concediendo así a los que se han incorporado más tarde (incluidos dos de los tres supervisores de fila de la clase) el privilegio de guiar a los demás de vuelta al aula de la señora Pitt. Esto ha ocurrido tan a menudo que Copley sabe que debería preverlo: justo cuando cree saber qué va a pasar, la situación se invierte.

13:20 horas: Faltan tres horas para acabar el día, y Copley no tiene ni idea de cómo aguantará hasta que su madre lo recoja y lo lleve a la cita que ha concertado con otra clase de médico. No entiende por qué lo llevan a un médico, ya que no se siente enfermo, salvo por las náuseas en algún que otro momento debido al colegio. Antes del final del día hay tres clases largas: sociales, ciencias y luego, por último, educación física. Ojalá educación física fuese al principio y no al final, siempre ahí presente, motivo de temor durante todo el día, amargándole cada hora. Hoy es aún peor, porque hoy toca natación. Cuando empieza la clase de sociales, oye la sirena de una ambulancia, que se acerca hasta que la ve entrar en el aparcamiento del colegio. La sirena se detiene pero las luces siguen destellando y al cabo de cinco minutos los

auxiliares médicos sacan en camilla a uno de los chicos a quienes han disparado con la taser. Un guardia —el que ha disparado al chico— va junto a la camilla y sube a la parte de atrás de la ambulancia. La clase de sociales trata de mapas. La señora Pitt reparte una lámina que tiene impreso un mapa con unas indicaciones que seguir. Tienen que colorear el mapa: el río debe ser azul, el parque verde, el cuartel de bomberos rojo, los colegios marrones, etc. Después de colorear el mapa, tienen que responder a las preguntas sobre si la iglesia o el colegio está más al este, si el ayuntamiento está al norte o al sur del río. Cuántas manzanas separan el colegio de la cárcel. Algunos alumnos no entienden las preguntas, y la señorita Fox o la señora Pitt tienen que acercarse a ayudarlos. En los primeros diez minutos de clase, Copley termina el mapa, deja el lápiz y vuelve a colocar las ceras en la caja. La señora Pitt se da cuenta y le pregunta por qué no está trabajando. «Ya he terminado», contesta él, y le tiende la tarea. «Repasa bien tu trabajo —lo reprende ella—. Un buen trabajo nunca se hace con prisas». Copley relee las instrucciones, comprueba que lo ha coloreado todo como se le exige, se asegura de que las respuestas son correctas y le complace ver que no ha cometido un solo error y ni una sola vez los colores se han salido de los contornos. No sabe muy bien para qué sirven los profesores en este colegio nuevo. En su colegio de Boston, nunca repartían tareas como esa. El trabajo era interesante y difícil y siempre ocupaba toda la clase. Aquí pasa demasiado tiempo sin hacer nada, esperando a que la señora Pitt cambie a otra cosa, a que los demás alumnos acaben sus tareas. Ha preguntado a Joslyn al respecto en el recreo. Ella le contesta que debe aprender a ir despacio: «Alérgalo, oblígale a tardar más de lo necesario».

14:00 horas: Lavabo y descanso para beber. Forman fila, van al lavabo, él se mete en un cubículo y orina mientras los otros tres niños susurran palabras que él no entiende. Se lava las manos, mira la semiesfera de cristal negra, bebe en el surtidor del pasillo, vuelve a ponerse en la fila y espera a que todos los demás estén en fila, con los dedos en los labios, en silencio salvo por ocasionales chirridos de las suelas de goma en el linóleo, sonidos que arrancan una mueca de disgusto a la señora Pitt. Cuando están todos en fila, la señorita Fox los conduce al laboratorio de ciencias en el Ala Azul, donde pasan una hora aprendiendo cosas sobre las mariposas con la señora Rothschild, que muestra imágenes de distintas mariposas antes de invitarlos a acercarse de dos en dos para examinar una vitrina con mariposas auténticas, sujetas mediante alfileres a un tablero y encerradas tras el cristal. Ve sus pequeñas caras, y le horrorizan los alfileres que atraviesan sus cuerpos y alas. Se pregunta por qué no basta con mirar imágenes, ya que las fotografías, grandes como son, ofrecen más detalle que mirar a las mariposas a simple vista.

15:00 horas: Antes de la última clase del día, la señorita Fox llega al laboratorio de ciencias para llevarlos al centro deportivo del Ala Verde. Los niños entran en el Vestuario de los Niños y las niñas en el Vestuario de las Niñas. En el Vestuario de los Niños, el ayudante del profesor de educación física, el señor Bruce, reparte bañadores negros, que pican y nunca son de la talla adecuada. Cuando el señor Bruce le entrega un bañador, Copley busca un rincón donde no haya nadie más. A sabiendas de que la camisa le tapaná sus partes íntimas hasta que se ponga el bañador, se quita primero el pantalón caqui y el calzoncillo. Los otros niños se ríen y hablan y bromean. Al final del día normalmente tienen otras cosas en la cabeza y ya no piensan en él, así que consigue cambiarse y entrar en las duchas antes de que nadie perciba su incomodidad. Después de ducharse, forman fila ante la puerta de la piscina y esperan a que el señor Bruce les dé paso. Copley, tiritando, mira los demás cuerpos pálidos, la extrema delgadez de algunos, los ombligos protuberantes, la considerable gordura de otros, los pechos extrañamente femeninos. No tiene percepción de su propio cuerpo. Según Joslyn, está delgado, pero nadie más hace ningún comentario sobre su cuerpo, sino sólo sobre su comportamiento, la manera en que intenta esconderse, no ser visto por los otros niños. Le castañetea los dientes, se le enfrían los pies al contacto con las baldosas, desea el calor de la piscina. Como siempre en natación, los demás niños arman barullo y el señor Bruce les ordena que paren. Austin y Ethan no hacen caso, y el señor Bruce tiene que repetírselo; después obliga a los niños a esperar hasta que todos están callados y quietos. Cuando el señor Bruce pasa junto a los alumnos, evita tocar sus cuerpos mojados, y al final abre la puerta y los lleva al espacio en torno a la piscina, indicándoles que se metan en el extremo poco profundo, donde las niñas, que siempre se las arreglan para estar en el agua antes que ellos, chapotean ya. El señor Bruce y la señorita Connie dan juntos las clases de natación y hay además un socorrista. Ha corrido entre los alumnos el rumor de que alguien se ahogó hace un año, y desde entonces el colegio insiste en que haya siempre presentes tres adultos en todas las clases de natación. No es la natación en sí lo que le preocupa. Es un buen nadador y le gusta estar en el agua. Es lo de cambiarse de ropa y la desnudez lo que lo molesta, hasta el punto de que tiene la sensación de que va a desplomarse. Pasan cuarenta minutos aprendiendo a nadar como un perro y ejercitando la brazada de espalda, y en los últimos diez minutos les permiten jugar a Marco Polo. El señor Bruce y la señorita Connie están los dos en el agua con ellos; ella es una mujer regordeta, pero el señor Bruce es alto y delgado, con un cuerpo dividido en valles y montañas bien definidos que le confieren el aspecto de una especie de mapa topográfico tridimensional. Mientras mira al señor Bruce, sabe, de pronto, que el señor Bruce es consciente de que lo están mirando. Su profesor se acerca a nado y le pregunta cómo le va, si le gusta nadar. «Sí —contesta él—, me gusta nadar». «Bien —dice el señor Bruce—. Quiero que me prometas que este invierno harás mucha

actividad física, Copley. ¿Tienes una piscina cubierta en casa?». «No —contesta—, pero tenemos un jardín muy grande». «Eso está bien —dice el señor Bruce—, significa que tienes espacio para correr. Sal, incluso cuando nieve. Se te ve siempre cansado, Copley. El ejercicio te ayudará a dormir mejor. Tendrás más energía. Y en adelante basta con que comas una sola galleta en el almuerzo». Copley se pregunta cómo sabe el señor Bruce que se ha comido la galleta de Joslyn además de la suya, teniendo en cuenta que el señor Bruce nunca está en el comedor. Se pregunta si sus padres han estado hablando con el señor Bruce sobre él. De hecho, se pregunta si sus padres han estado hablando con todos los profesores sobre él. Al final de la clase, los niños vuelven a su vestuario. Algunos se quitan el bañador para ducharse. Se ponen bajo el agua caliente y no parece importarles estar desnudos delante de otras personas. Él no se anima a hacerlo. Se ducha con el bañador puesto, coge una toalla que le tiende el señor Bruce, se la ciñe en la cintura y no se quita el bañador hasta que tiene cubierta la mitad inferior del cuerpo. Deja el bañador en el cesto y se viste, sin secarse bien la parte superior del cuerpo para poder ponerse antes la camisa. Se sube el calzoncillo con la toalla aún alrededor de la cintura y está vestido y listo cuando suena el último timbre del día. En su taquilla, delante del aula de la señora Pitt, se despide de Joslyn. «Hasta mañana, Señor Policía», dice ella, llamándolo por el apodo que se le ha ocurrido ponerle. «Hasta mañana, Joslyn», dice él. Ha buscado un mote para ella, pero como los otros niños la llaman Medusa, sospecha que lo mejor será llamarla por su nombre y nada más.

15:57 horas: Su madre lo espera en el aparcamiento. Desde la puerta del colegio, corre bajo la lluvia y entra en el aire seco y fresco del coche. Disponen de media hora para acudir a la cita con el médico, que, según su madre, tiene la consulta en la otra punta de la ciudad. La lluvia arrecia, azotando con fuerza el parabrisas, y en un momento dado es tan intensa, el viento tan fuerte, que no ven el parabrisas del coche de delante. Su madre sale de la calle y accede al aparcamiento de unas galerías comerciales. Allí esperan diez minutos. «Tenemos tiempo —dice—. Ya no está lejos. ¿Cómo te ha ido el día?». «Bien», contesta él. «¿Qué has hecho?», pregunta ella. «Muchas cosas», responde él. El dibujo que ha hecho en manualidades está en una carpeta de color marrón en su mochila, y lo saca para enseñárselo a su madre. «¿Quién es esta?», pregunta ella, mirando la imagen de la vieja casa blanca y Louise con la vela. «Es la mujer que vive en la casa de al lado», explica él. «¿Qué mujer?», pregunta su madre, sin saber aparentemente de quién le habla. «Louise. La veo todas las mañanas. Nos conocimos a través de la valla. Enciende una vela en su cocina. Sale humo por su chimenea. Es una de las dos amigas que tengo aquí». «Pero esa casa está expropiada, Copley. No sabía que alguien viviera allí. Tendrías que habérmelo dicho antes». Su madre parece preocupada y le pregunta si puede quedarse con el dibujo. Los adultos siempre están quedándose con su trabajo,

quitándoselo, y luego, cuando menos se lo espera, se lo devuelven sin más explicación.

16:25 horas: La consulta del médico está en un edificio de ladrillo marrón de tres plantas. A diferencia de la consulta de su médico normal, donde se hizo una revisión la semana pasada, aquí no hay recepcionista. Su madre y él se sientan en la sala de espera. Hay revistas para adultos, libros para niños, y diversos juguetes: coches y camiones de plástico y bloques de madera. Ha empezado a hojear un número de *American Scientist* cuando la puerta del despacho del médico se abre, y este les pide a los dos que entren. El doctor Phaedrus parece una versión de su padre con más años: más bajo, más gordo, más calvo, su camisa a rayas blancas y azules remetida en la cinturilla del pantalón gris, ceñido por un cinturón de piel marrón con hebilla dorada a juego con sus zapatos de piel marrones con borlas. Explica que «hablará con Copley y su madre juntos y luego con Copley solo» mientras su madre espera en una habitación distinta de la primera. Al final «hablará con su madre a solas», y cuando acabe la sesión, «saldrán por la parte de atrás del edificio» para que no los vean quienes estén en la primera sala de espera, y ellos no vean a quienes puedan estar esperando. Copley pregunta por qué tienen que hacerlo así, ya que no entiende por qué es importante que nadie sepa que están ahí. «Para preservar la intimidad — explica el doctor Phaedrus—, porque a algunas personas no les gusta que otros sepan que vienen a verme». El doctor Phaedrus sonrío y cierra la puerta. Pone música suave en su aparato estéreo y les pide que se sienten en un sofá de piel marrón a juego con el cinturón y los zapatos del médico. El doctor Phaedrus se sienta frente a ellos en una butaca a juego y sostiene un bloc de papel amarillo y un bolígrafo. El médico lo mira por un momento y él le devuelve la mirada al médico. A continuación, el médico empieza. Le pregunta cómo se siente, y él contesta: «Me siento bien. No estoy enfermo». «Nadie ha dicho que estés enfermo» dice el doctor Phaedrus. «Pero usted es médico», aduce él. «A veces la gente va al médico para intentar sentirse aún mejor. Procuremos verlo así si es posible — sugiere el doctor Phaedrus—: pensemos que estás aquí para intentar sentirte aún mejor de lo que ya te sientes». El doctor sonrío. Tiene los dientes muy blancos, la piel bronceada y lustrosa, la cabeza casi totalmente calva salvo por una media luna de escarcha blanca a juego con sus dientes, de modo que cuando sonrío parece tener un aro oblicuo en torno a toda la cabeza. «Cuéntame qué cosas te gustaba hacer en Boston — dice el doctor Phaedrus—, y qué cosas te gusta hacer ahora que vives aquí». Copley se detiene a pensar en la pregunta por un momento y luego contesta, consciente de que busca cosas buenas que decir sobre su nueva casa, y no sólo sobre Boston. Trata de ofrecer una imagen equilibrada: en Boston no todo era extraordinario, y aquí no todo es horrible. El doctor escucha, toma nota y lo observa de un modo que le recuerda cómo se siente cuando tiene que cambiarse para natación. El doctor sonrío y pregunta qué le gusta más de su nueva

casa y su nuevo colegio. Copley piensa y contesta a las preguntas: «Me gusta lo grande que es mi habitación. Me gusta tener mi propio cuarto de baño. Me gusta tener un jardín a pesar de que llueve tanto que no se puede salir mucho. Me gusta la cocina nueva». «¿Y el colegio?», insta el médico. Copley reflexiona; del colegio en sí no le gusta nada. «Me gusta mi amiga Joslyn —dice—, y me gusta el profesor de manualidades, el señor Cross, y el profesor de natación, el señor Bruce, y mi profesora de lengua, la señora Abbott». El médico asiente con la cabeza y le pregunta qué le gusta de cada uno de esos profesores, dejando de lado totalmente a Joslyn. Copley explica al doctor Phaedrus lo amable que es la señora Abbott, que al señor Cross le ha gustado su dibujo de hoy, y que el señor Bruce parece un actor de cine. El médico asiente con la cabeza, toma nota, sonrío para sí, sigue asintiendo con la cabeza, toma más notas. «Veamos, la semana pasada hablé con tus padres y me dijeron que de vez en cuando te haces pasar por soldado de juguete. ¿Puedes explicarme por qué lo haces?». No es que quiera ser un soldado de juguete, aunque a veces, cuando camina así, está pensando en los pasos que aprendió en clase de *ballet* en Boston, y sabe que eran para la «Marcha de los soldados de juguete»; a menudo oye la música en su cabeza. Sin embargo, más frecuentemente, no está siquiera pensando en los pasos de la danza; más bien está convirtiéndose en otra persona, alguien más lógico, más estable, alguien que no tiene que actuar como sus padres esperan de él, pero no sabe cómo expresar nada de esto ante el médico. «No sé por qué lo hago —dice, encogiéndose de hombros—. A veces me da por andar así». «Tu padre dice que pones una voz distinta, una voz rara», prosigue el médico. «No es una voz rara. Es una voz distinta. Sigue siendo mi voz. Pero no es rara». «¿Y por qué hablas con esa otra voz?». «No lo sé; porque quiero».

El médico arruga la frente y escribe durante casi un minuto: mientras el médico escribe, Copley mira el segundero de oro que avanza lentamente en el reloj de pulsera que sus padres le regalaron para su último cumpleaños. «Bien, creo que ha llegado el momento de que tu madre vaya a la sala de espera de la parte de atrás, y Copley y yo sigamos con nuestra conversación». El doctor Phaedrus guiña un ojo a su madre y la acompaña a la otra sala. Cuando vuelve a sentarse, se aclara la garganta y dice: «Vale, Cop, vayamos al grano ahora que estamos tú y yo solos. Tus padres dicen que has tenido unos sueños interesantes. ¿Puedes hablarme de eso?». El doctor Phaedrus pasa la hoja y levanta el bolígrafo sobre la página en blanco. «¿Sueños?», pregunta él, y entiende que, de hecho, lo han llevado a un médico que ayuda a las personas con problemas de insomnio. «Sí, Copley, sueños. Creo que has tenido sueños poco habituales desde que viniste de Boston. A mí me interesan mucho los sueños, y la manera en que la gente recuerda sus sueños. Verás, en realidad, estarás ayudándome tú a mí si intentas recordar algunos de esos sueños». No sabe muy bien qué sueños debe contar. Recuerda muchos de sus sueños. En las últimas semanas ha estado soñando, noche tras noche, que trabaja en un determinado dibujo. Cuenta al doctor Phaedrus que lo empezó dibujar una noche y siguió en las noches posteriores,

mejorándolo, ampliándolo, añadiendo colores más vivos: ha sido, literalmente, un sueño con secuelas. «¿Un sueño recurrente, un sueño que se repite, que es siempre igual?», pregunta el doctor Phaedrus. «No, es distinto cada vez. Es como los capítulos de un libro». Piensa que esto es interesante, pero el doctor Phaedrus parece aburrido y le pregunta si hay algún otro sueño, sobre su padre o su madre, o los amigos en el colegio o los amigos dejados en Boston. De hecho, recuerda un sueño de su madre ahogándose, y al despertar descubrió que estaba llorando, y pasó todo el día siguiente tan alterado que ni siquiera pudo mirar a su madre; decide que eso es demasiado íntimo para explicárselo a un médico a quien acaba de conocer, y que, en todo caso, piensa obviamente que sus sueños más interesantes son aburridos. «No —dice—, no recuerdo ningún sueño así». El doctor Phaedrus masculla para sí, escribe algo en su bloc, suspira y lo mira. «¿Hay algo que te haya estado preocupando, Copley? ¿Está sucediendo algo en el colegio que no te apetece contar a tus padres?». Copley piensa en la señora Pitt y los otros niños, pero contesta negativamente: no sucede nada en el colegio, salvo por el hecho de que dan carne en todos los almuerzos. «¿Y tú no comes carne?». «No sólo yo. Mis padres tampoco comen carne». El médico toma nota. «¿Y en casa? ¿Tal vez ocurre algo con tu padre o con tu madre que sientes que no puedes contarle al otro? ¿Está ocurriendo algo malo? —pregunta el doctor Phaedrus—. ¿Y con tus abuelos?». Copley piensa en el padre de su madre, el abuelo Chilton, que es amable y divertido pero a quien no ve casi nunca, y luego piensa en los padres de su padre, el abuelo Arthur y la abuela Ruth. Tampoco a ellos los ven muy a menudo. La última vez que vio a los padres de su padre fue antes de la Navidad del año pasado. Su abuelo entró en su habitación por la noche después de la cena y lo sentó en su rodilla. Lo miró a los ojos, le sonrió y de repente hizo una mueca, apretó los dientes y dijo: «Copley, quiero que sepas que tu opinión no cuenta *en absoluto*. Tú no eres *nadie*. Tú no eres *nada*». Mientras su abuelo le decía eso, su padre entró en la habitación y él ya no ha vuelto a ver a sus abuelos desde entonces, ni siquiera antes de irse de Boston para venir aquí. «Quiero que sepas que este es un sitio seguro —dice el doctor Phaedrus—. Un sitio donde puedes decirme absolutamente todo lo que te venga a la cabeza. No tienes que guardarte nada. Puedes confiar en mí, Copley». El niño mira al doctor Phaedrus y decide que no tiene nada que perder; ha hablado a sus padres del hombre que hay en la casa y no le creen, así que quizá el doctor Phaedrus sí le crea, y en ese caso a lo mejor puede hacerse algo, aunque no sabe qué debe hacerse exactamente. La tierra ha girado varios miles de metros alrededor de su eje y una tenue franja de sol penetra por la ventana. Le ilumina la cara, y él entorna los ojos; el doctor Phaedrus ajusta la persiana. «¿Mejor así?», pregunta el doctor Phaedrus. «Sí, mejor así. Hay un hombre en casa», dice, y empiezan a temblarle las manos. «¿Cómo?». «He dicho que hay un hombre en casa. Se lo he contado a mis padres pero no me creen. Lo he visto más de una vez. Es muy alto, más alto que el señor Bruce. Como un gigante, sólo que no es un gigante. Sé que los gigantes no existen. O sea, sé que en el mundo hay gente muy muy alta, pero no son mágicos ni

nada por el estilo. Sé que es un... —busca la palabra— un problema *genético* que tienen. Este hombre no es muy muy alto, pero desde luego es alto». «¿Y lo has visto más de una vez?», pregunta el doctor Phaedrus. «Unas cuantas. La noche que nos mudamos, yo estaba sonámbulo, creo, y desperté fuera de casa. Salí por la puerta, bajé por el jardín y de pronto ese hombre me cogió en brazos. No lo reconocí. No dijo nada, sólo me miró. Yo estaba muy asustado. Era enorme y me llevó como si yo no pesara nada. Me llevó otra vez adentro, y echó el cerrojo y entonces volví al piso de arriba, muy despacio, para que él pensara que seguía dormido, pero no era así. Se lo conté a mis padres, pero ellos dijeron que era un sueño». «¿Y era un sueño?». «No lo sé, es posible, sólo que volví a verlo. Estaba en mi habitación en plena noche. Él creía que yo no lo veía, pero sí lo veía, y le hablé. Le dije que sabía que estaba allí. Estaba sentado en el rincón al lado de mi cómoda. Me dijo que mi habitación era la habitación de su hijo. Me preguntó si yo era su hijo. Parecía enfadado». «¿Tuviste miedo?». «No. No tuve miedo, no en aquel momento. Lo reconocí. Tuve miedo la primera vez, y esa vez grité, pero la segunda vez ya lo había visto antes». «Pero si era un desconocido, ¿por qué no gritaste la segunda vez? ¿Por qué no llamaste a tus padres? —pregunta el doctor Phaedrus—. Yo, si hubiera un desconocido en mi casa, gritaría». Copley se detiene a pensar en esto y se pregunta por qué no tuvo miedo la segunda vez. No encuentra respuesta. De hecho, ahora sabe que no está seguro de si la presencia del hombre era un sueño o no. Recuerda haber visto al hombre por la ventana, y está casi seguro de que él estaba despierto cuando eso ocurrió, pero el movimiento de muebles de esta mañana, y la convicción de sus padres de que él ha sido el responsable de la reorganización, ha hecho tambalearse su noción de lo que ha experimentado y lo que ha imaginado. Ya no está seguro de qué puede haber soñado, y qué puede haber experimentado en la vida real, ni está seguro de que los sueños no sean, de hecho, sólo una habitación de la casa de la VIDA REAL distinta de aquellas por las que deambulamos durante el día. «¿Crees que pudo ser un sueño?», pregunta el doctor Phaedrus. «No. No lo sé. No lo creo. La primera vez me tuvo en brazos. Sentí que me tenía en brazos. Eso no lo soñé. Y esta mañana lo he visto cuando salíamos de casa». La verdad es que no está seguro, pero incluso si lo ha soñado, podría ser verdad. Soñó que se marcharían de casa antes de que sus padres le dijeran que iban a mudarse. Soñó que vivirían en una casa que se parecía a la casa en la que ahora viven. Eso no se lo ha contado a sus padres. Es otra cosa que no saben. También soñó que no vivirían solos.

17:15 horas: «Ahora voy a hacerte una pregunta muy importante, Copley. ¿Estás preparado?». «Estoy preparado». «Muy bien. Mi pregunta es, pues: ¿puedes decirme dónde estás?». Copley se detiene a pensar en la pregunta y mira alrededor. «Vas a contestarme sinceramente, ¿verdad Cop?». El niño asiente y sabe qué debe decir: «Me parece que estoy en su consulta». El médico frunce el entrecejo. «Dices que te lo

parece. ¿Qué sensación te produce?». «No lo sé —responde—; no tengo la sensación de estar aquí realmente. Tengo la sensación de estar ya en otra parte». El médico toma nota y, sin alzar la vista, dice: «¿Y puedes decirme dónde tienes la sensación de estar?». Copley temía esa pregunta pero también sabe lo que debe decir. «Tengo la sensación de que estoy en el aire». «¿En el aire? Volando, ¿eso quieres decir?», pregunta el médico. «No —dice él—, cayendo. Tengo la sensación de estar cayendo por el aire, como si cayera hacia el mar, desde un avión, pero nunca llego al agua. Creo que esa es la sensación que tengo».

17:20 horas: Ha concluido su conversación con el doctor Phaedrus, que pide a su madre que entre mientras él espera en la sala de atrás. Escucha la conversación de los adultos a través de la puerta. El médico dice que le preocupa su «incapacidad para distinguir la realidad de la fantasía» y le preocupa su «desafección mientras describía lo que parecía una experiencia perturbadora, aun cuando fuera una alucinación. Da la impresión de que está experimentando episodios bastante aterradores y creo que eso deberíamos tratarlo con medicación, y yo tendría que seguir viendo a Copley regularmente para comprobar cómo evoluciona». Oye a su madre aclararse la garganta y toser antes de hablar. «Pero a qué cree que se debe», dice ella. «No quiero precipitarme en el diagnóstico —contesta el médico—, pero creo que es un niño bastante trastornado. Este traslado le ha afectado mucho. Le cuesta hacer amigos, y por lo poco que ha dicho sobre su nuevo colegio, me da la impresión de que no está especialmente contento allí. Lo que debemos hacer enseguida es ayudarlo a dormir de un tirón toda la noche, acabar con las pesadillas, ayudarlo a empezar a recuperar el equilibrio». «¿Se curará con eso?», pregunta su madre. «No creo que debamos planteárnoslo como *curación*, doctora Noailles. Probablemente este será un trastorno crónico, algo que requerirá supervisión continua. Pienso también que quizá deba visitar a un dietista. Se lo ve desnutrido».

17:40 horas: El rostro de su madre está tan mojado como la calle. Paran en el supermercado y entran corriendo. Debido a la lluvia parece que su madre está mojada, que los dos están mojados, como así es, pero de hecho ambos están llorando. Ella coge unas cuantas cosas para la cena y luego paran en el mostrador de la sección de farmacia y esperan a que el farmacéutico sirva una receta. Copley entiende que estas pastillas son para él, pero no se siente mal en absoluto. No comprende cómo puede estar enfermo de una dolencia que no tiene cura. «No estoy enfermo», dice a su madre cuando ella coge la bolsa blanca de papel que le da el farmacéutico. «Ya lo sé, cariño», dice, y en ese momento él sabe que le miente. Van a la hilera de cajas de la parte delantera del supermercado. Copley ve dos frascos de pastillas distintas en la bolsa. Si necesita dos clases de pastillas distintas, debe de estar muy, *muy* enfermo,

pero enfermo de una manera que él no siente, o al menos que no siente en estos momentos: enfermo de una manera que no hará más que empeorar, que necesita continua supervisión. Si su madre está llorando, debe de ser más grave de lo que él imagina. Se pregunta si acaso está muriéndose. No está preparado para morir, pero la idea de morir no lo entristece. Imagina más bien que podría ser una aventura magnífica y extraña, otra habitación más que explorar en la casa de la VIDA REAL. Recuerda un sueño que tuvo hace unas noches. El sueño se desarrollaba en su antiguo apartamento de Boston. Él entraba por la puerta, dejaba su mochila en la silla del recibidor y colgaba la chaqueta en el armario del recibidor. Iba a buscar a sus padres, primero al salón y al comedor, luego a la cocina, al dormitorio de ellos, al cuarto de baño. Miraba en todos los armarios, pero no los encontraba. Al final, abría un armario del dormitorio de ellos y descubría una habitación que no había visto nunca antes. Sus padres estaban sentados en esa habitación con un niño que se parecía a él pero tenía el pelo rubio en lugar de castaño. También sus padres eran distintos: eran los dos delgados y rubios, y se parecían al señor Bruce y la señora Abbott. *Este es tu hermano, Copley*, decían en el sueño, y él sabía que tenía que matar al otro niño.

18:30 horas: Su padre no viene a casa para cenar: ha telefoneado para decir que llega tarde porque está trabajando en un informe para su jefa, y que cenen sin él. Su madre prepara tofu estofado con judías verdes y arroz. Se sientan a comer en la isla de la cocina, y cuando han acabado ella abre la bolsa de la farmacia y deja los dos frascos de plástico en la mesa. Uno contiene píldoras de color naranja; el otro, de color verde claro. Para empezar, tomará dos píldoras de color naranja cada día: una en el desayuno y otra en la cena. Tomará tres píldoras de color verde claro cada día: en el desayuno, el almuerzo y la cena. Las dosis aumentarán gradualmente. Para tomarse la pastilla verde claro del almuerzo tendrá que ir a la enfermería del colegio. «¿Seguirás yendo a buscarme al colegio? ¿Qué va a pasar después de las vacaciones de invierno?». Da la impresión de que su madre está a punto de llorar otra vez. Le sirve un vaso de agua, pone las dos pastillas en la encimera y las empuja en dirección a él. Él se las toma una detrás de otra y no siente nada, no está ni mejor ni peor. «No lo sé —contesta su madre—. Todavía no lo hemos pensado. Aquí no es como en Boston. En Boston la universidad tenía un servicio de guardería. Aquí la universidad sólo lo tiene para niños pequeños. No sabremos qué va a pasar. Ya lo pensaremos. No te preocupes». Él no puede evitar preocuparse. No tienen ningún plan, no están pensando en él, y ahora podría estar muriéndose. «¿Estoy muriéndome?», pregunta. Su madre lo mira con expresión de sorpresa, niega con la cabeza y empieza a sollozar, pero consigue responder: «No, no, no. No estás muriéndote, cielo». Agita la mano delante de su cara como si quisiera apartar el llanto; él sabe que ella miente porque siempre hace eso cuando miente: agita la mano delante de la cara, intentando distraerlo de la verdad que asoma a sus mejillas y a sus ojos y sale por su nariz.

«Habla un poco», añade con voz entrecortada. Pero él no tiene nada que decir. Se queda ahí sentado, mirándola. Tras unos minutos, ella deja de llorar, se enjuga la cara y, apoyando las manos en sus hombros, le da un apretón y lo zarandea un poco de atrás adelante, casi como si deseara empezar a sacudirlo. Traga saliva varias veces y le palpita la mandíbula. «Lo siento —dice—, las pastillas son sólo para que te sientas *aún mejor de lo que ya te sientes*».

19:30 horas: Su padre todavía no ha llegado. Ponen los muebles otra vez en su sitio. Sólo les lleva unos minutos. Le sorprende lo fácil que es, la rapidez y el silencio con que se pueden recolocar. Es posible que realmente haya movido todos los muebles dormido, sin recordar haberlo hecho: las ruedecitas apenas hacen ruido, y cuando los sofás y las mesas y las sillas se mueven, da la sensación de que pesan muy poco. Cuando acaban, su madre propone que empiecen a prepararse para acostarse, pese a que no hace más de media hora o así que se ha puesto el sol. Pregunta a su madre si puede invitar a Joslyn a jugar, y su madre contesta: «Sí, claro, pero ya hablaremos de eso mañana». Él sabe que si no se lo recuerda, se olvidará. Sus padres no piensan mucho en él, sospecha. Piensan en su trabajo, pero no piensan en cuestiones tales como la clase de colegio donde él debería estudiar, si tiene o no amigos con quienes jugar o qué va a ser de él durante el día en cuanto empiecen las vacaciones de invierno. Cierra la puerta de su habitación y echa el pestillo, dejando la luz apagada para poder mirar la vieja casa blanca donde una vela arde en la ventana. Aparece Louise. Lo mira, y él levanta la mano, la mueve hacia adelante y hacia atrás, y sonrío. Ella levanta la vela, la mueve hacia delante y hacia atrás, y luego alza la mano. Él saluda con la mano una vez más y luego corre las cortinas para cambiarse. Deja el uniforme del colegio en la cesta de la ropa sucia al fondo del armario. Detesta la camisa azul, el jersey rojo, el pantalón caqui y los zapatos de piel marrón, que son de una forma y un color que le producen la misma vergüenza que cuando tiene que desvestirse para nadar o ir al lavabo y escuchar a los otros niños insultarlo en susurros. En Boston no tenía que llevar uniforme para ir al colegio, con lo que cada día de la semana podía ir de gris: pantalón gris, camisa gris, un jersey gris en invierno, o a veces uno negro a juego con los mocasines de piel negros. Su padre decía que parecía que fuera a presentarse a una audición para un papel en 1984. Él no entendía a qué se refería, y cuando su padre le explicó que era un libro, le preguntó cómo era posible presentarse a una audición para un papel en un libro. Su padre le dijo que «no fuera tan literal» e imaginara «una versión cinematográfica del libro». Le preguntó si había una versión cinematográfica del libro y si podía verla. «No —dijo su padre—, no hasta que seas mayor». «¿Y puedo leer el libro?», preguntó él. «No —dijo su padre—, no hasta que seas mayor». Irá a ver si hay un ejemplar del libro en la biblioteca del colegio, pero sospecha que no. Allí sólo tienen libros infantiles, y la mitad de la biblioteca está abierta sólo a los alumnos de quinto y sexto,

y sólo si tienen permiso por escrito de sus padres. Todo esto se lo han explicado. Sabe que ni siquiera debe entrar en la parte de la biblioteca con la moqueta roja. Si lo hace, se le impondrá automáticamente una multa de 25 dólares, porque «las infracciones de la política de la biblioteca se toman muy en serio», explicó la señora Taylor durante la visita orientativa. La biblioteca, como el resto de los espacios del colegio, tiene una semiesfera de cristal negra en el techo. La señora Taylor la señaló y luego lo señaló a él. Movi6 el dedo en un gesto de negación y sonrió y dijo: «Estaremos vigilando», como si fuera un chiste gracioso.

19:45 horas: Su madre está leyéndole un cuento, aunque él preferiría estar leyendo su propio libro sobre el niño que va a rescatar a su padre al planeta donde todo el mundo tiene que moverse y actuar y hablar de la misma manera. En cuanto su madre salga de la habitación, él sacará el libro de debajo de la almohada y encenderá la linterna bajo las mantas. Sus padres no saben que lee por la noche. No saben que él no puede evitarlo: incluso si se duerme, siempre se despierta pocas horas después y siente la compulsión de leer. Si no lee, cree que se va a morir: lo ha creído desde mucho antes de descubrir, hoy, que en efecto va a morir. Su madre le lee el último tomo de *El señor de los anillos*. Le dice que cuando sea mayor, le permitirán ver las versiones en cine de los libros. «¿Puedo presentarme a una audición para un papel en alguna de ellas?», pregunta él. «No —contesta ella, y se ríe—, ya las han hecho». «Pero podrían volver a hacerse», dice él. «Supongo que sí», dice ella. «Si es así, puedo presentarme a una audición para un papel». «Supongo que sí —responde ella, y apaga la luz—. ¿Quién querrías ser?». El finge pensárselo por un momento. «Frodo». Sólo una vez apagada la luz, su madre se inclina para darle un beso en la frente. Nunca le han pedido que se acueste tan temprano, no desde que era mucho más pequeño. Su madre tiene la cara húmeda. Su llanto lo agota. Desea decirle a gritos que deje de llorar, que madure y se comporte como una adulta. Es él quien está muriéndose, así que debería ser él quien llora. Pero de hecho la idea en realidad no lo altera. Ha aprendido la palabra «romántico» y piensa que morir tan joven será de algún modo romántico, porque se volverá aún más hermoso cuanto más enfermo esté. Sabe que es hermoso porque Joslyn se lo dijo la semana pasada. «¿Sabes que eres guapo como una niña? —comentó—. Por eso se burlan de ti». Él le preguntó si eso era malo. «No, no es malo —contestó ella—. Pero es distinto. No te pareces a nadie más». «Tú tampoco», dijo él, y fue entonces cuando comprendió que eran amigos.

21:00 horas: Sabe la hora que es por su reloj de pulsera, por las agujas de los minutos y las horas y el segundero en lento movimiento. Algunos de los alumnos de su nuevo colegio no saben leer más que los relojes digitales. En Boston, todo el mundo sabía leer un reloj con manecillas. Ha estado oyendo llorar a su madre en la cocina. Ella no

debe de saber cómo se transmite el sonido en la casa; de lo contrario, no cometería el error de llorar tan ruidosamente. Su padre todavía no ha llegado. Casi ha terminado con su libro y decide mantenerse despierto hasta la última página.

23:45 horas: Se le cierran los ojos cada pocos minutos, pero sólo le faltan dos páginas. La historia tiene un final feliz. Eso lo decepciona. Los finales felices siempre lo decepcionan. Tiene la esperanza de que se produzca un desastre en el último momento.

23:58 horas: Cuando termina la última frase, oye abrirse y cerrarse la puerta del garaje, a su padre recorrer el sendero desde el garaje hasta la puerta de atrás, abrir la puerta de atrás, dejar el maletín en el zaguán, a su madre preguntar a su padre dónde ha estado y por qué ha tardado tanto, por qué no ha vuelto a llamar para decirle lo tarde que llegaría. Oye a su padre decirle que baje la voz, hablan durante mucho rato, al principio sobre Louise en la casa expropiada de al lado, y luego en voz tan baja que él no oye lo que dicen, pero cuando empieza otra vez el llanto, sabe que han estado hablando de él. Está seguro de que se muere. Ya no está tan convencido de que sea romántico. Teme que sea doloroso. Teme más el dolor que la muerte. Se le revuelve el estómago y se nota la garganta cada vez más fría y tensa.

00:35 horas: Sus padres se van a la cama. Cierran la puerta del dormitorio, y Copley oye el ruido del pestillo al otro lado. Algunas noches echan el pestillo. Otras noches no lo echan. Normalmente lo echan sólo cuando todos se acuestan temprano, así que echar el pestillo esta noche se sale de la norma. Van a llorar: quieren intimidad para llorar juntos, ante la perspectiva de su inminente muerte. Será importante que sea romántica y hermosa para que a ellos no les resulte tan duro.

—:— horas: No sabe qué hora es. El cielo está oscuro y la puerta abierta. Oye respirar al hombre en la habitación. Oye roncar a sus padres en su propia habitación. No quiere volverse para ver dónde está el hombre, porque teme que descubra que está despierto y lo ataque, le pegue, lo saque a rastras de la casa y lo secuestre. Si se hace el dormido, el hombre lo dejará en paz. En Boston, su mayor temor era que un vampiro o una bruja entrara en su habitación por la noche, se acercara flotando justo por encima del parqué y se inclinara para... nunca sabía qué podían llegar a hacerle. Ahora sabe que esos eran miedos infantiles, porque los vampiros y las brujas no existen, o al menos no las brujas como las que él imaginaba. Ahora sabe, por primera vez, qué es el miedo verdadero: produce la misma sensación que pensar en el colegio y la señora Pitt. Se le revuelve el estómago, le martillea el corazón, tiene ganas de vomitar, esconderse, volverse invisible. Quiere gritar pero le fallan el aliento y la voz. Está paralizado, su cuerpo no puede moverse, él no puede moverse, él no puede hablar ni gritar. Desea levantarse de la cama de un salto, salir corriendo al pasillo, dejar al hombre encerrado en su habitación y llamar a gritos a sus padres para que vengan a ver que el hombre existe, que está allí en la habitación, *justo en medio de ellos*, para que vean que la alarma NO SIRVE DE NADA, porque incluso con alarma ese hombre encuentra maneras de entrar en la casa que bien pudieran ser mágicas. Nota una brisa tibia en el cuello y luego el sonido que la acompaña, y sabe que el hombre está ahí mismo, inclinado sobre él, echando el aliento sobre su cuerpo. De pronto, el hombre le toca con sus dedos ásperos la cabeza, los párpados y las pestañas, desliza

los dedos entre el pelo y por el cuero cabelludo, le coge las manos para tocarle los dedos, como si intentara identificar todas las piezas de una máquina. Cuando le toca otra vez los párpados con los dedos, empieza a sacudirse y de sus ojos y su nariz brota agua. «*Carson* —dice—. *Carson*. *Carson*. *CARSON*. ¿Estás vivo?». El hombre apoya las manos en su espalda, lo agarra por el hombro, lo sacude, como si intentara despertarlo. Copley va a vomitar o a gritar. «*Has vuelto. Has vuelto*», dice el hombre, y tira de él para darle la vuelta. Copley mira a ese hombre oscuro y lanza un grito, lanza un grito breve y ahogado a la cara del gigante. Intenta formar palabras, decir: «No soy Carson», pero las palabras no le salen. Vuelve a gritar pero le falta el aire mientras el hombre lo mira, de pronto con los ojos muy abiertos y expresión de terror. El hombre abre la boca, lo suelta y sale corriendo de la habitación.

2:00 horas: Está temblando, esperando que vayan sus padres. Consulta su reloj. Sus padres no se despiertan. A veces se ponen tapones en los oídos porque los dos roncan, y si no se ponen tapones, no duermen. Debe de ser una de esas noches. Tendría que aporrear la puerta de su dormitorio para despertarlos. Es una estupidez, eso de ponerse tapones en los oídos cuando alguien podría entrar por la fuerza en la casa o cuando el hijo de uno podría pedir ayuda a gritos. Al principio tiene tanto miedo que no se atreve a salir de la habitación y seguir al hombre. Oye sus pisadas al bajar por la escalera, *zump, fmmmp, zump, fmmmp*, y luego un crujido. Al cabo de un momento, decide que tiene que seguir al hombre para ver adónde va. Si puede ver adónde va el hombre, podrá enseñar el camino a sus padres, y entonces tendrán que creerle. Le castañetean los dientes y se estremece todo él, pero se levanta de la cama y se pone la bata de franela. Se acerca de puntillas a la puerta de la habitación, se asoma y observa el pasillo iluminado por la luna: está vacío, el hombre no está ahí; debe de haberse ido por la escalera de atrás. Este es un hombre, comprende, que sólo va y viene por escaleras traseras, puertas traseras, que nunca se presenta por la parte de delante de nada. Desliza los pies descalzos por el entarimado blanco y se detiene en lo alto de la escalera de atrás, desde donde mira hacia la oscuridad. No hay ningún contorno a la vista en la propia escalera, pero la luz de la cocina se proyecta en los primeros peldaños. El hombre podría estar oculto en las sombras de la parte central de la escalera, esperando a que él se acerque, para agarrarlo entre sus brazos y llevárselo. Antes de salir de su habitación, se ha metido la linterna en el bolsillo. Si la enciende y el hombre está ahí, al menos él podrá cerrar la puerta de la escalera, llamar a gritos a sus padres, correr a su puerta y aporrearla hasta despertarlos. Saca la linterna, vacila por un momento, pensando qué tendría que hacer si el hombre estuviera agazapado en la oscuridad, esperándolo, y, con manos trémulas, la enciende. Aunque no hay nadie en la escalera, oye un tenue crujido reconocible como el sonido del primer peldaño de la escalera del sótano. El hombre debe de estar bajando para esconderse en uno de los rincones oscuros llenos de cajas. Sabe que debería llamar a la puerta de

sus padres y rogarles que lo acompañen, pero teme que, si lo hace, el hombre desaparezca totalmente y nadie le crea una vez más. Sujetándose a la barandilla con la otra mano, apaga la linterna. Medio balanceándose, baja por la escalera, procurando apoyar el menor peso posible en los peldaños de madera para que el hombre no sepa que se aproxima. El olor del hombre ha absorbido todo el oxígeno de la escalera, y Copley, falto de aliento, tiene arcadas. Es un olor parecido al del vestuario de los niños en la piscina: húmedo, frío y pegajoso: lejía y todo el moho que la lejía debería eliminar pero no elimina. En la cocina se detiene y aguza el oído por si llega algún sonido del sótano. Oye un chirrido de madera contra hormigón y sabe que el hombre está ahí. Si pudiera cerrar la puerta y echar el pestillo y tener la seguridad de que el hombre no escaparía, podría avisar a sus padres para que vieran la prueba de la existencia de ese hombre. Pero la puerta del sótano no tiene pestillo, y no sabe si el hombre dispone de una vía de escape oculta en el sótano, a través de alguno de los tragaluces. Sabe que los tragaluces tienen pasadores y cerrojos, así que es posible que el hombre entre y salga por ahí. Duda que los instaladores de la alarma se acordaran de poner sensores en los tragaluces del sótano. Los siguió por la casa mientras colocaban los sensores, disimulándolos en los rincones superiores de las habitaciones, poniéndolos en ventanas y puertas, y no recuerda que hubieran instalado sensores en los tragaluces del sótano. Al caer en la cuenta de eso, siente un momentáneo alivio por haber llegado a esa conclusión: el chirrido de madera contra hormigón debe de haberse producido cuando el hombre ha arrastrado una escalera de mano hasta un tragaluz del sótano. Pero tiene que apresurarse si quiere demostrarlo. Una parte distinta de su mente asume el control, una parte sin miedo: vuelve a encender la linterna y baja corriendo al sótano, da las luces del techo y espera mientras estas parpadean e iluminan el amplio espacio en uno de cuyos rincones está el banco de trabajo de su madre. Se vuelve de inmediato hacia la despensa abierta situada bajo la escalera, pero está vacía, todo el sótano está vacío, los tragaluces están cerrados, la única escalera de mano de la casa, que dejó aquí el anterior propietario, está colgada en la pared, suspendida en el espacio, las patas de madera a considerable distancia del suelo de hormigón. El hombre no tiene dónde esconderse. El espacio está limpio, vacío, lustrado. En una mitad hay moqueta y una barra, y en la pared una placa en la que se lee PAUL KROVIK CONSTRUYÓ ESTA CASA. Desliza la mano por las letras en relieve y el ángulo de una k se le clava en los dedos, le traspasa la piel, y le sale una gota de sangre. El hombre debe de ser lo bastante alto para encaramarse y salir por el tragaluz, o quizá tenía una cuerda por la que trepar, una cuerda que se ha llevado, y después ha cerrado el tragaluz. La sangre tiene un sabor salado, y le da dentera, como las espinacas. A sus espaldas oye otra vez el chirrido de la madera en el hormigón y su cabeza gira por sí sola antes de saber siquiera que desea mirar. El sonido procedía de la despensa. El corazón le late con fuerza y un temblor vuelve a recorrer su cuerpo cuando se encamina hacia el sonido, pero el espacio está vacío y allí no hay nadie. Mira los estantes desnudos, el suelo, el polvo en el suelo, las

huellas de pisadas en el polvo, un arco de polvo al fondo de la despensa, un arco como la forma que deja una puerta al girar sobre una moqueta. Se arrodilla, apoya las manos en el suelo y examina los paneles de madera instalados bajo el estante inferior. Por debajo del estante, sobresale de uno de los paneles una estaquilla que parece sostener el estante, pero hay un hueco, un espacio mínimo entre la estaquilla y el propio estante. Tira de la estaquilla, y cuando el panel gira hacia él, percibe una repentina ráfaga de aire procedente del otro lado del panel y en ese mismo momento oye un golpe metálico amortiguado, como el portazo de un coche. Un ruido escapa de su garganta cuando intenta erguirse y se golpea la cabeza con el estante. Retrocede, abre totalmente el panel y desliza la mano por la superficie metálica negra que hay detrás. La empuja, pero la superficie no cede. Trata de comprender, no lo consigue, pero en cierto modo sabe que la superficie metálica no pertenece a la casa, no forma parte de sus cimientos ni de la construcción, no se corresponde con lo que ocultan sus paredes blancas de yeso. Comprende que los tragaluces no tienen nada que ver con todo esto: el hombre está ahí, al otro lado. El panel es sólo una máscara tras la que se esconde una puerta.

2:10 horas: Cierra la puerta del sótano y la atranca encajonando un taburete de la cocina contra el pomo. Incluso si el hombre consigue echar abajo la puerta, al menos sabrán que viene. Le tiemblan las manos, pero se sirve un vaso de leche de la nevera y se queda en la cocina contemplando el jardín. Desde la ventana de la cocina no se ve la vieja casa blanca al pie de la colina; se interpone la valla del jardín, y la casa está muy por debajo de la suya. Los ángulos no lo permiten: las *visuales*, término que recuerda, las visuales no lo permiten desde la cocina. Deja el vaso en el lavavajillas y cruza el comedor. Todo está como debe. Las persianas están bajadas, pero percibe que el espacio está tal como su madre y él lo han dispuesto antes de acostarse. Sus padres nunca se creerán lo del hombre. Incluso si les enseña la trampilla de la despensa, la abrirán, verán el metal negro detrás y le dirán que simplemente forma parte de los cimientos. Así y todo, él sabe lo que sabe.

4:53 horas: Desde que ha vuelto a la cama, no ha podido dormir. Da vueltas en su cabeza a la trampilla blanca de madera y la pared metálica negra de detrás. Se incorpora y enciende la lámpara de la mesilla. En el espejo de la pared de enfrente ve medias lunas grises bajo sus ojos, el pelo erizado con copetes y ondas como el de un espantapájaros. Las náuseas que siente lo llevan a preguntarse si el medicamento nuevo no estará acelerando su enfermedad en lugar de retrasar el avance. Es difícil imaginar cómo soportará un día entero en el colegio, cómo se las arreglará para no perder la paciencia con la señora Pitt, sobrevivir al cuchicheo en los lavabos, las miradas de los otros alumnos que siempre encuentran algo que criticar en su aspecto.

Al principio era el pelo, y ahora son los zapatos que lleva. Todos los alumnos deben llevar zapatos marrones, pero sus mocasines no son, por lo visto, los adecuados, no son de la marca que llevan la mayoría de los demás alumnos. Dicen que anda como una niña: esto, de hecho, es en parte la causa de sus ademanes de soldado de juguete, quizá la razón fundamental: para caminar de una manera más parecida a la de un niño, para ejercitarse en el esfuerzo de mantener las caderas rectas, porque Joslyn le ha dicho que «se contonea» cuando recorre el pasillo. Sabe que ya imitaba el andar del soldado de juguete antes de entrar en la academia Pinwheel, pero después de una semana en el colegio nuevo, descubrió que esos movimientos marciales podían tener una utilidad ortopédica: adiestraría el cuerpo para caminar tal como debía caminar un niño, limitando los umbrales de movimiento. No obstante, tiene que llevar cuidado, porque a veces adopta el andar con las rodillas trabadas en el colegio y entonces la señora Pitt hace una mueca y le dice que deje de llamar la atención o le pondrá una multa. Al menos hoy no hay natación ni educación física, aunque la clase de música, que es lo que toca en su lugar, es casi igual de desagradable: como él tiene buena voz, una voz aguda, la profesora de música, la señora Schrein, siempre le hace cantar los solos. Los niños dicen que canta como una niña; las niñas —a excepción de Joslyn— comentan que debería llevar falda en lugar de pantalón. Cuando los otros se ríen y cuchichean, la señora Schrein no hace nada para impedirselo, hasta que por fin pierde la paciencia con toda la clase y apaga las luces para obligarlos a quedarse en silencio, amenazándolos con multarlos a todos por mal comportamiento. No imagina cómo soportará el día. Quizá tenga fiebre y sus padres le permitan quedarse en casa, sólo que sabe que uno de ellos tendría que quedarse con él; eso nunca era problema en Boston. Allí, cuando enfermaba, se quedaba en el apartamento de la señora Cuddebank y dormía todo el día, despertando sólo cuando ella le llevaba un caldo o un medicamento, o cuando sus propios hijos llegaban a casa del colegio. A veces su madre decía que la señora Cuddebank parecía necesitar más cuidados que él, pero que no podía pasar nada muy grave en un apartamento siempre y cuando hubiera un adulto que pudiera mantenerlo alejado del peligro y telefonar a una ambulancia si empeoraba su estado. Su padre decía que no había razón para preocuparse tanto, y que decir esas cosas delante de un niño sólo servía para que este se sintiera expuesto o, peor aún, excepcional. Copley consultó EXPUESTO y EXCEPCIONAL en el diccionario. Es verdad que se siente tanto lo uno como lo otro: a veces expuesto a peligros, y frecuentemente, las más de las veces, poco corriente, especial, o incluso, quizá, *anormal*. Aquí, en este nuevo lugar, sus padres no han pensado qué hacer si enferma: una prueba más de que no piensan en él. Será mejor que muera pronto y así ellos podrán seguir con sus vidas. La muerte también lo libraría de la academia Pinwheel y de la señora Pitt y la señora Taylor y de todos los alumnos que lo miran y ven sólo a alguien que no es como ellos, que anda de manera indebida, lleva zapatos indebidos, habla con un acento y una voz que les resultan extraños. Entiende que le tienen miedo, pero no entiende por qué: se mira y, aparte de las medias lunas grises y el pelo

de espantapájaros, no ve nada aterrador en su apariencia. Por supuesto, el temor de ellos no sólo tiene que ver con su aspecto sino también con su comportamiento: la manera de hablar, el hecho de que sus respuestas a las preguntas sean siempre correctas, de que levante la mano para ofrecer comentarios e ideas que desconciertan a la señora Pitt. En varias ocasiones ha dicho cosas en la clase que ni siquiera la señora Pitt conoce y ella se ha visto obligada a consultar la respuesta en el ordenador y a decir luego, con expresión ceñuda: «Copley tiene razón, pero...» e intentar restar importancia a lo que ha dicho Copley de una manera que nunca es convincente. Cuando muera, echará de menos a sus padres y a Joslyn. Echará de menos al abuelo Chilton, el padre de su madre, pero no echará de menos a los abuelos Ruth y Arthur, porque nunca han sido afectuosos, nunca se han correspondido con la imagen de los abuelos presentada en los libros. Aparte de esas pocas personas, no echará de menos a nadie más cuando abandone las habitaciones principales de la casa de la VIDA REAL para explorar las habitaciones que al principio no son visibles pero le consta que están ahí, a las que se accede desde el fondo del armario de sus padres, desplegándose a través de la oscuridad metálica más allá de la trampilla de madera blanca al fondo de la despensa, habitaciones en las que desaparecerá para no volver nunca más. Mirándose en el espejo, viéndose sólo la parte superior del cuerpo desde donde está sentado en la cama, su visión se desdibuja y se desdobra, se separa en dos imágenes y estas se alejan una de otra. Viendo dividirse sus dos yos, cree que uno de ellos dirige un gesto de despedida al otro.

5:00 horas: Cuando suena el despertador, se levanta de la cama, tembloroso, como si no hubiera dejado de temblar desde que el hombre le echó el aliento al cuello, le tocó la cara, le examinó los dedos, lo agarró por el hombro, lo llamó por un nombre que no es el suyo, exigiendo saber si estaba vivo o muerto. De pie ante el espejo, se mira el abdomen y el pecho, la cinturilla suelta del pantalón del pijama, los surcos entre las costillas. Se pregunta si está, como afirmó el doctor Phaedrú, *desnutrido*. Consultó la palabra en el diccionario cuando llegaron a casa, esa y otras que oyó decir al doctor Phaedrú mientras hablaba con su madre a través de la puerta sin imaginar que él los escuchaba o los podía oír.

5:23 horas: Levantando los brazos por encima de la cabeza, se estira y observa cómo se alarga su cuerpo, sobresalen sus costillas, se hunde su estómago. Mientras lo hace oye un ruido fuera. Coge una camiseta del armario y se la pone antes de descorrer las cortinas para mirar por la ventana. Aunque es casi de noche, a la luz de las farolas ve una gran excavadora amarilla y un camión de recogida de escombros a juego en el jardín de la vieja casa blanca, y una camioneta negra con las iniciales de la empresa de su padre en los costados y el capó. Seis hombres con los uniformes negros de EKK,

cascos, chalecos y armas salen de la camioneta. Dos van a la puerta delantera, dos a la parte de atrás, y otros dos a los lados. Como los hombres son de EKK, como ayer él dijo a su madre que Louise vivía en la casa, tiene la certeza de que su padre es el responsable de esto. Sale corriendo de su habitación y, al otro lado del pasillo, aporrea la puerta del dormitorio de sus padres, gritando: «¡OS ODIO! ¡OS ODIO! ¡OS ODIO!». Cuando la puerta se abre, se vuelve y corre escalera abajo, oyendo a sus padres tras sus pasos llamarlo a gritos, la voz de su padre volar con alas de fuego.

\* \* \*

A lo mejor el niño intentaba advertirme, con la mano levantada y esa carita fantasmal suya en la ventana. No sé qué esperan esos hombres que yo haga. Podrían ordenarme a gritos que salga con las manos en alto, pero como el ayuntamiento puso el gran candado negro en la puerta de entrada, no puedo salir de la manera más lógica, y si salgo por detrás, pensarán que intento huir.

Desde donde estoy, tumbada en el entarimado, aguzo el oído: viento, botas de faena en el porche, el motor al ralentí fuera, sirenas a lo lejos, y ahora, los hombres manipulando el candado, las mosquiteras de delante y detrás abriéndose y cerrándose con un gemido. Deben de tener el código equivocado. Uno de ellos, su cara una visera negra en la que aparecemos reflejados la ventana y yo, yo como un geniecillo, atrapado dentro; mira desde el porche, alumbrando con una linterna, y levanta la voz para anunciar a los otros:

—Está en el suelo. Puede que vaya armada.

—¡Válgame! ¡Vaya necios! ¡No voy armada! —exclamo, y levanto las manos con las palmas al frente: leed con vuestras caras ciegas y destellantes estos surcos abiertos.

Los hombres desisten de acceder por la entrada principal, rodean la casa, y en la parte de atrás echan abajo la puerta de la cocina de una patada. Intento mantener el cuerpo totalmente quieto mientras ellos irrumpen por el pasillo, un alud de alimañas de color negro azabache me rodea, vocifera: «Boca abajo, las manos donde las veamos», hasta que me estiro, me vuelvo cara abajo, las manos a los lados. Uno de ellos me inmoviliza la cabeza, otro me sujeta los pies, uno me agarra la mano derecha, otro la izquierda, y a continuación me juntan las dos manos por detrás de la espalda, me las atan con bridas de plástico, me ponen en pie de un tirón, casi descoyuntándome los brazos. Me muerdo la lengua, me niego a gritar. No sé si están deteniéndome o desalojándome: nadie me lee mis derechos, no es policía de verdad. Sé quiénes son. Bienvenidos al municipio: esta ciudad se privatiza.

Así, encabezando la marcha dos de ellos, los otros cuatro me sacan a rastras de la casa por la parte trasera. Forcejeo, grito, y mientras cruzamos la puerta de atrás, atravesamos el porche, salimos al huerto y, dando la vuelta, llegamos al jardín

delantero, veo la máquina avanzar sobre sus orugas, abrirse paso a través de la tierra, levantar terrones entre el ballico de tallo largo.

Ese niño flaco grita en la calle, y ahora sus padres están a su lado, sujetándolo con las manos por los hombros y los brazos, pequeños animales del bosque salidos de sus troncos huecos y sus madrigueras, como si con el amanecer, atemorizados, fueran a volver a entrar.

También yo tengo unas manos en los hombros, manos calientes: muñones sanguinolentos mordidos hasta quedar reducidos a la nada en dos de ellas; las otras perfectamente uniformes, con manicura francesa, y estas son las manos que aprietan con más fuerza. En la cabeza de ese hombre no hay la menor duda acerca del trabajo que lleva a cabo. El Mordedor de Uñas no agarra tan fuerte. Por la manera en que se mueve y desplaza el peso del cuerpo de una pierna a la otra, me doy cuenta de que sabe que hay algo en esta misión que no está del todo bien, una acción privada en nombre de un público imaginario.

El sol empieza a asomar por encima de las copas de los árboles, arrancando destellos dorados de las tejas del establo, y entonces cae un repentino chaparrón, una ráfaga de agua a través de la luz oblicua y una aparición de color ronda el aire: la lluvia y el sol matutino mezclados, unidos por un momento antes de que el viento los disperse.

El nuevo vecino se acerca, saca el billetero, se identifica, dirige la palabra a esos hombres con viseras por cara, esos hombres de mano dura y severa camioneta, y les dice que deben soltarme, que ya no tienen que hacer nada más, que no represento ninguna amenaza y no puedo hacer nada para detenerlos. ¿Qué sabe él si represento o no una amenaza? Vuelvo a morderme la lengua. Esta debe de ser la buena vecindad que siempre he echado de menos.

Estas modernas tropas de asalto me conceden diez minutos para volver a entrar y coger lo que quiera rescatar: joyas, cartas, mis cuadernos, los álbumes y marcos llenos de fotografías, los archivos de una vida, los libros de cuentas de la granja, la única historia que me queda. El Mordedor de Uñas se ofrece a acompañarme a mi propia casa, y el vecino menudo viene con nosotros. El guardia me retira las ataduras, y ahora los dos hombres están en la cocina, vigilando la salida, mientras reúno en una pila mi vida en el pasillo, toda yo fría concentración. No te dejes nada, Louise. Comprueba en todas las habitaciones, abre hasta el último cajón, coge toda tu ropa, tus documentos.

—Necesito más de diez minutos. Denme media hora. No necesito más —digo a los hombres, consciente de que mi voz, pese a mis esfuerzos para mantenerla firme, se aparta del camino de la serenidad.

El vecino menudo mira al guardia, este ahora con la visera en alto, y el guardia asiente, habla por un *walkie-talkie* a los de fuera. Yendo de habitación en habitación, lleno cuatro maletas y un viejo baúl, cojo más cosas de las que decidiría conservar en un estado de pensamiento racional, temerosa de lamentarme más tarde de alguna

pérdida menor. Levanto las tablas sueltas y extraigo el alijo de monedas de cincuenta centavos con la efigie de Kennedy que en otro tiempo reuní convencida de que algún día tendrían un valor mayor que el de su denominación. Bolígrafos, papel en blanco, tarjetas y regalos acumulados durante cuarenta y tres años de clases acaban en sacos de arpillera. Utensilios de cocina de mi madre y mi abuela Lottie acaban en una olla de hierro forjado. Una cuerda trenzada por mi bisabuela va enrollada en una panera que confeccionó Donald cuando yo estaba embarazada. Mientras hago las maletas, me miro las manos y me pregunto por qué las tengo húmedas; consciente de la causa, sigo trabajando. Ahora no tengo manera de secármelas. El agua crece en silencio, pero fluye, imparable, un manantial abriéndose para anegar la tierra. He aquí cómo lleno el mundo con mi diluvio. Soy el espíritu oscuro como el mar, conmovido hasta convertirme en torrente.

Son muchas las cosas que coger, y no puedo hacerlo sola. Con el bolso al hombro, sujeto contra el vientre los álbumes de fotos y observo a los guardias volver, avergonzados todos ellos, acarreando mi vida hasta el bordillo. Sujetándome otra vez por los brazos, nos acompañan hasta los límites de la propiedad, el niño lloriqueando pegado a su madre, mientras la lluvia racheada azota los rostros. Desde el jardín de la casa de los Krovik, observamos acercarse la máquina, levantar el brazo para arrancar un ángulo de mi porche con su pala, volver a extenderlo, abrir una brecha, sacar a la luz todo lo que debería haber seguido siendo privado: sofás, mesas, papel pintado y cortinas, sábanas y mantas, los retazos sueltos de una vida. Frágil como la madera de balsa, mi casa se parte en astillas, se desmorona bajo el brazo hidráulico gemebundo. La casa es mi gemelo corso: cada golpe que sufre me arranca un sollozo. Me tapo los ojos y noto que el niño alarga el brazo para cogerme la mano.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta—. ¿Podemos obligarlos a parar?

—No, no podemos obligarlos a parar —digo.

En los paréntesis entre los movimientos de la máquina, oigo un torrente en mis oídos, un jadeo, mi voz pastosa y cuajada, las palabras tan distorsionadas que no sé lo que digo, ni siquiera si proceden de mi propio cuerpo. Una voz que podría ser la mía, o ser la de una multitud, de repente clama: *¡casa, hogar, robo!* Sin conectores, sintaxis truncada. Quebrantada y calada hasta los huesos, un charco de agua a mis pies, pies descalzos. No tengo zapatos. Permanezco erguida en las aguas que invoco para que se lleven estos escombros y desechos. Levanto la voz contra la arbitrariedad. Si su esperanza era encontrar un adversario, ya lo han creado, han prendido la leña seca, el mantillo y el musgo desecado que había en mí. Sabe Dios que mi casa podría haberse trasladado, haberse separado de sus cimientos, haberse plantado en otro lugar de la gran superficie de tierra vacía que Krovik despejó, dividió y no fue capaz de llenar.

En menos de diez minutos no queda más que una pila de madera, cristal, metal: astillas de cosas que en otro tiempo eran una sola. Ya no puedo nombrarlas. Nombrar lo que ya no existe es una forma de evocación de la que no soy capaz. Observo a los

trabajadores —dos jóvenes delgados, una mujer gorda de mediana edad con coleta— recoger los estragos, cargarlos en camiones, llevárselos.

—*¡Esto es una carnicería!* —exclamo, alcanzando a ver la pila de plantas y hortalizas arrancadas del huerto.

El Mordedor de Uñas dice que alguien informó de la presencia de un intruso: yo, una intrusa en mis propias tierras. Pero ya no son mías. El padre del niño asiente, procurando mostrarse razonable, dice que asumirá la responsabilidad, como si alguna vez yo hubiera necesitado que un hombre asumiera la responsabilidad por mí. Me dispongo a protestar, pero decido que quizá sea mejor aceptar la protección de este pequeño hombre topo antes que ir a dondequiera que mi brigada de necios con cara de espejo pudiera trasladarme: una cárcel privada, invisible y no buscada, desde la que es imposible ponerse en contacto con nadie. Me harían desaparecer. Me sueltan los dos brazos, y siento que la sangre me corre otra vez por las manos, un cosmos físico destellante al regresar la circulación a las yemas de mis dedos. Y acto seguido me empujan en dirección al regordete padre nocturno que mira con los ojos entornados en la luz tenue, ahora bajo una lluvia más intensa que convierte el último acto de resistencia de Poplar Farm en un patético lodazal. El duelo, el llanto y las lamentaciones, las pataletas ante el dolor, todo eso tendrá que dejarse para más tarde, para un momento en privado, no delante de estos hombres. Golpearé el suelo, chillaré a los árboles restantes, pediré al mundo sumergido que se eleve y luche de mi lado.

Durante el rato que me han tenido sujeta e inmovilizada, el niño no me ha soltado. Sus padres me ayudan a cargar con mis pertenencias rescatadas, y el niño, en silencio, me guía por el césped hasta la casa de los Krovik, que ahora pertenece a estas pequeñas criaturas. El niño me indica que entre, me invita a cruzar el umbral. Las tripas me gruñen cuando concibo visiones de madres en mecedoras y víctimas tras una cortina de baño, de sombras muy contrastadas y violines chirriantes.

Una vez dentro, contengo la respiración. Todo es blancura, no hay un solo sitio donde posar y relajar la mirada, todo es de la mayor blancura.

—No pasa nada —dice el niño—. Se lo explicaré después.

Lo miro a los ojos y veo que ya ha decidido cómo serán las cosas.

—Pensamos que más vale no dejar sus cosas bajo la lluvia —dice el padre; la madre y él van y vienen de la calle a la casa. Veo mi vida apilada a mis pies.

No nos soltamos, el niño y yo, todavía no. Ni siquiera puedo decir lo que siento por él, pero ahí está, ahí mismo, resplandeciendo en los armónicos de su voz, y no sólo en estos: una energía emana de él, señales transmitidas a través de la fuerza de la mano con que me coge, mensajes y motivos y palabras: transferencia de datos, dirían hoy día, este niño se comunica sólo con el tacto. Los mensajes son borrosos, ilegibles, con demasiadas interferencias en la señal, pero lo veo, le sujeto la mano con fuerza, intentando recibir todo lo posible, haciéndole saber que intento leer, ávida de su mensaje y sus claves.

Me sientan en la salita con una taza de café, y ellos se quedan de pie, goteando, aferrados también a tazones, los tres habitantes del bosque con sus pijamas mojados.

—Antes todo esto eran mis tierras —digo, y mi voz vuelve a ser la de siempre—. Hasta que lo vendí hace unos años, Y ahora el ayuntamiento me ha quitado la casa para construir un desvío en la carretera y ampliar su calle para convertirla en un bulevar, sustituir el asfalto agrietado que el cretino que construyó esta urbanización no colocó bien ya de buen comienzo.

—¿Tiene algún sitio adónde ir? —pregunta el hombre.

—Hágase cargo: los míos vivieron en estas tierras ininterrumpidamente durante ciento cincuenta años.

—Lo siento —dice el hombre. Cabecea, como hace la madre, pero no quieren oír una lección de historia. Llevan vidas ajetreadas, quieren librarse de mí cuanto antes—. ¿Tiene familia que pueda acogerla?

—Mi hija vive en California. La pobre nunca sintió el menor apego por estas tierras y se marchó en cuanto pudo.

—¿Podría ir a vivir con ella? —pregunta el hombre.

—No tenemos una relación fluida, y en todo caso, no me siento con ánimos de marcharme, todavía no. Acamparé en el bosque si es necesario, o plantaré una tienda en esos campos.

Ya deben de pensar que soy una vieja loca, después de oírme despotricar hace un rato. Mi comportamiento no es el propio del mundo actual, y pese a que actúan con gentileza, estas no son personas que entiendan los lazos con la tierra. En las caras de los adultos sólo se ve confusión; me miran como si de pronto me hubiera dado por declamar un fragmento de una lamentación antigua:

Era la hija de un granjero libre,  
ay, tierra y fuego.  
La hija única de un granjero libre,  
vendió el deseo de su corazón solitario.

La canción me sale a borbotones a la lengua, y busco rápidamente arena para acallar la melodía.

Sus tierras ya no la mantenían a salvo al amanecer,  
ay, el mundo en llamas.  
Esas tierras ya no podían salvar su corazón,  
pedían una avalancha de fuego depurador.

—Lo siento —digo—. Yo no... deben de pensar que estoy chiflada.

—Ni mucho menos —dice el hombre—. Lo siento.

—No tiene por qué sentirse culpable. Esto no tiene nada que ver con ustedes. Soy una vieja que tomó sus decisiones libremente. —Pese a que no tenía verdadera elección, pese a que la elección me vino dictada: por el tiempo, por la ley, por las

deudas y las circunstancias, por la desventurada curva del arco inferior de la historia.

Incluso mientras tomo el café con una mano, el niño sigue cogido a mi otra mano.

—Copley —dice el padre—, suelta ya a esa mujer.

—No pasa nada —digo—, ya nos conocemos.

—O sea, que ya han tenido trato —dice la madre.

—Nos presentamos a través de la valla, ¿no es así? —digo al niño.

—Esta señora es Louise —dice el pequeño—. Debería vivir con nosotros. Tenemos sitio. No puede irse a acampar con todas sus cosas.

Me recuerda a algunos de mis antiguos alumnos, chicos listos tratables y deseosos de complacer, aquellos en los que, como sabía, podía confiar más que en los otros.

—¿Me permite preguntar cómo ha conseguido que esos hombres me soltaran? —digo, volviéndome hacia los ojos oscuros del padre.

El pequeño padre del bosque parece sentirse violento, sorprendido en un repentino bochorno que lo induce a cambiar de posición, posar la mirada alternativamente en el suelo blanco, las paredes blancas, al otro lado de la ventana.

—Trabajan para mi empresa —contesta—. O sea, la empresa no es *mía*.

—Pero ha recurrido al rango.

—Por así decirlo.

—Seguro que ocupa un despacho con vistas.

Otro cambio de posición, y ahora evita mirarme a los ojos, tan avergonzado como el guardia de las uñas mordidas, incómodo por trabajar para la clase de empresa para la que trabaja, una compañía que obliga a salir por la fuerza a ancianas de sus casas cuando se resisten. No se da cuenta de que yo bromeaba.

—¿Le apetece una ducha? —pregunta la madre.

Últimamente me las apañaba cada noche para lavarme con agua calentada al fuego, para mantener la ropa limpia, y mi cuerpo nunca ha olido mal. Pero mi pelo debe de ser un horror, enredado como esos árboles que crecen en las paredes de los precipicios.

—No, es muy amable de su parte, pero no, gracias. Tengo que irme.

—¿Adónde irá? ¿Tiene coche? —pregunta el hombre.

—Tuve que venderlo. Si es tan amable de llamarme un taxi.

No sé cuánto dinero llevo en el bolso, ni se me ocurre adónde puedo ir. Intento mantenerme a flote, pero siento que estoy ya en peligro de irme a pique por la tensión. Soy una hija única ya en la vejez, una huérfana adulta, una viuda, mi propia hija está tan lejos que es como si no la tuviera. Soy el último árbol en una ladera desboscada, apuntadas todas las sierras a mis pies.

—Si me disculpan —dice la mujer—, he de prepararme. Tengo una cita a primera hora.

Mientras la madre sube por la escalera, el hombre y el niño se quedan sentados mirándome.

—Lamento ocupar su tiempo —digo al hombre—. Gracias por lo que ha hecho.

Creo que me habrían detenido, y vaya rapapolvo me habría echado luego mi hija.

El hombre me ofrece el teléfono y algo que comer, dice que debo de tener hambre, y cuando rechazo la invitación, insiste, me lleva a la cocina, me sienta ante la encimera y me prepara unas tostadas con un buen pan. Hay un tarro de mermelada, de una marca cara, y luego el hombre empieza a hacerme preguntas: qué edad tiene mi hija, a qué se dedica, dónde vive en California. Me pregunta si alguna vez he vivido en otro sitio, o si siempre he vivido aquí.

—Nací en esa casa, me crie en ella, viví en ella con mi marido y mis padres hasta que fallecieron. Crie a mi hija en esa casa, y viví allí con ella y con mi marido hasta que se hizo mayor y se marchó, y luego hasta que mi marido murió. En los años que pasaron desde la muerte de Donald viví allí sola. Tenía que haberme marchado hace unos meses pero me negué a irme. Luché por ella durante mucho tiempo.

—¿Era usted granjera?

—El granjero era mi difunto marido, pero yo también trabajaba mucho. Fui maestra durante casi cuarenta y cinco años hasta que me jubilé. Si me dejaran, creo que este sería buen momento para volver, ahora que no tengo ninguna otra cosa en qué pensar. Además, me he quedado casi sin blanca por las disputas con el ayuntamiento. Tengo la Seguridad Social y una pequeña pensión, y ahí se acaba todo. Supongo que tendré que telefonar a mi hija e irme a vivir con ella. Estuve una vez en California. No me gustó mucho.

Veo que el hombre reflexiona y al cabo de un momento se disculpa, sube al piso de arriba y yo me quedo con el niño, comiéndome las tostadas y bebiendo café. Él se sirve un vaso de leche, se prepara un tazón de cereales, me pregunta si quiero. Buenos modales, pulcro, un sueño de niño. Esta gente no sabe lo que tiene con un chico así.

El hombre vuelve, me pregunta si quiero más tostadas, dice al niño que suba y se prepare para ir al colegio. Se me hace extraño estar aquí sentada, en esta casa que he llegado a aborrecer, comiendo y bebiendo, atendida por personas a las que no conozco, mis pertenencias mojadas y chorreantes justo a la entrada de su casa. Cuando el hombre se aclara la garganta, pienso: ahí viene: una rápida sacudida, hora de marcharse. Tiende la mano de la hospitalidad hasta cierto punto, y de pronto la retira cuando la carga degenera en tensión.

—Louise, no sé cómo decirlo sin que me malinterprete.

—No es necesario. Han sido muy amables. Ya me voy.

—No, no se trata de eso. Siéntese —dice, y vuelve a llenarme la taza. Parece buscar en su cabeza las palabras adecuadas, cómo decirme que me quede otros diez minutos pero no más—. ¿Y si...? —empieza a decir, se interrumpe, se entretiene. Lo miro y no alcanzo a imaginar qué quiere preguntar—. Espero que no lo tome por el lado equivocado, que no lo entienda por algo distinto de lo que es. Por favor, no lo haga. Es sólo... —Y de pronto lo dice con palabras de lo más sencillas—. Me pregunto si aceptaría usted un empleo.

Ve a una persona necesitada y quiere ofrecer una limosna que no lo parezca, me considera capaz de fregar y pasar la aspiradora, guisar y lavar, planchar y hacer las camas. De eso ni hablar, por nada del mundo, no por vivir aquí y tener un plato en la mesa, de ninguna manera me prestaré a hacer de sirvienta como él pretende.

—No sé en qué estará pensando, pero no soy una mujer de la limpieza.

—No, no —se sonroja, y corta el aire con las manos sobre la encimera—. Dios mío, qué mal lo estoy haciendo. Lo que... o sea, mi mujer y yo nos preguntamos si estaría usted interesada en trabajar como profesora particular, como... cuidadora también, como algo un tanto anticuado... una institutriz, no sé si me explico.

—Sí, se explica perfectamente. He leído esos libros. Pero mi paraguas no vuela, y si tiene a una loca en el desván o fantasmas que combatir, no cuente conmigo. —El hombre parece confuso, como si estuviera ya replanteándose su ofrecimiento—. Es broma —digo—, una simple broma.

—No, no pasa nada. A mi mujer y a mí no nos molestan las bromas.

—¿No le importa, pues, que no vuele? —pregunto, sin saber muy bien hasta qué punto estoy bromeando o no. Oigo el ruido de la destrucción de mi casa, siento la pérdida del único lugar en el que realmente he sido yo misma, y este hombre quiere que considere la posibilidad de aceptar el *trabajo* de cuidar de su hijo. Podrían contratar a cualquiera. Quizá piensen que pueden pagarme poco.

—Volar, no, ciertamente, ese no es un requisito.

—¿Y no hay ningún loco escondido en la casa?

Me parece verlo vacilar por un instante, pero niega con la cabeza.

—No, no, no. Nada de locos.

—¿Ni fantasmas de antiguos criados que rondan a su hijo?

—Nunca ha trabajado nadie para nosotros, y además, ¿quién cree en los fantasmas?

—Bueno, entonces, no hay inconveniente, ¿no?

—¿Quiere decir que acepta?

—Aún me lo estoy pensando —respondo, porque es la verdad. Me siento no poco dividida: la mejor parte de mí flota pendiente abajo, examinando las ruinas de mi mundo—. Dígame algo más. Convéncame de que debo trabajar para usted.

—Bien, ajá... Bueno, mi mujer y yo tenemos claro, supongo, que usted le cae bien a Copley, y por la razón que sea él siente ya mucho apego por usted, y eso... debe entender lo insólito que eso es en él. Es un niño muy tímido, y la mudanza le ha afectado mucho. Tiene dificultades para adaptarse al nuevo colegio, y como usted es maestra, nos parece que podría ser un acuerdo mutuamente beneficioso. Y estaríamos encantados de que usted viviera aquí.

—En realidad, señor Noailles, no sé si sentirme insultada o estupefacta.

—¿Y eso?

—Explíqueme qué clase de hombre ofrece el trabajo de cuidar de su hijo a una desconocida.

—Yo...

—Esto no es lo que imaginaba cuando pensaba en volver a la docencia.

—No, supongo que no.

—Pero a ver si lo entiendo bien. Busca a alguien que en parte cuide del niño y en parte lo eduque. Una especie de profesora particular bien dispuesta. Una institutriz con conocimientos.

—Sí, más o menos es eso. Y tendría libre casi todo el día mientras Copley está en el colegio. En realidad está a la vuelta de la esquina. Desde que nos trasladamos aquí, mi mujer sale del trabajo muy temprano todos los días, pero eso no puede seguir así. Usted dispondría de los fines de semana e incluso podríamos organizarlo para que pueda utilizar un coche.

—Todo esto porque están en un *apuro* —digo, viendo que es algo más complicado que la simple caridad—. O sea que estaría haciéndole un favor a la vez que usted me lo hace a mí.

—¿Cómo estaría yo haciéndole un favor? —pregunta el hombre.

—Dándome un trabajo que necesito y a la vez la posibilidad de quedarme en estas tierras.

—Ya veo —dice él—; sí, lo entiendo.

Ni siquiera he visto el resto de la casa, el armario donde quizá deseen mantenerme oculta a sus amigos y colegas postineros, la manera de hacerme desaparecer cuando lleguen las visitas, encargada de acompañar al niño a su cuarto de juegos, para darle de comer pan y leche y leerle cuentos mientras sus padres juegan. Deseo conocer las condiciones, el sueldo, los derechos, las responsabilidades, formarme una idea clara de lo que podría estar aceptando, el régimen al que estaría sometiéndome. Ni siquiera estoy muy segura de si sería capaz de dormir en esta casa blanca, sabiendo lo que sé del hombre que la construyó, la malevolencia de su actuación, cómo allanaron y arruinaron las tierras sus máquinas. Sin embargo ahí queda la promesa del bosque, una renovación de mi administración, una manera de estar atenta y vigilar ese lugar oscuro en el césped, donde aguardan los árboles y los muertos. Quizá este ofrecimiento sea un recordatorio de la obligación que recae sobre mí, la historia recordada, la responsabilidad de contarla, enseñarla. Si se presenta el alumno, ¿no tiene la maestra el deber de contestar?

Hablamos de dinero, horarios, referencias, buscamos los números de antiguos colegas. Él los telefonea y luego hace otras llamadas.

—Está dando mi nombre. ¿A quién se lo está dando? —pregunto mientras él aguarda al teléfono.

—A mi empresa —contesta—. Hay un departamento. Investigaciones de antecedentes preliminares.

Así que acepto su oferta, con condiciones: proporcionaré más referencias profesionales y personales; ellos solicitarán una exhaustiva investigación de antecedentes para comprobar que no tienen que temer nada sobre mí; no realizaré

tareas domésticas salvo preparar las comidas al niño y lavarme mi propia ropa; esperaré una declaración por escrito clara de sus expectativas respecto a mí y las normas para el niño; no creo en el castigo corporal (ellos tampoco); acepto la propuesta de un periodo de prueba de dos meses, al final del cual decidiremos todos juntos, el niño incluido, si es una situación factible. Si lo es, las condiciones se reevaluarán cada seis meses y cualquiera de las partes puede dar por concluida la relación con un preaviso de dos meses.

El hombre escucha mientras hablo, asintiendo con la cabeza.

—Todo eso parece razonable —dice.

—¿No quiere comentárselo a su mujer?

—Hablaré con ella del asunto detalladamente esta noche. Pero, de momento, ¿quiere acompañarme a llevar a Copley al colegio, para que vea dónde está? Y me gustaría adelantarle el primer mes.

—Eso sería muy amable de su parte —digo, preguntándome qué estoy haciendo, poniéndome en manos de esos desconocidos en el monumento a todo lo que he perdido.

La mujer es la primera en marcharse, diciendo, cuando se entera del acuerdo provisional, que está encantada de que yo me «incorpore» a la casa, como si se tratara de una religión o una secta. Espero en la cocina mientras el hombre y el niño se preparan, y luego salimos todos precipitadamente de la casa. El padre activa una alarma y cierra con llave la puerta de atrás. El coche huele a nuevo y a control. Unos ojos pequeños me observan desde el asiento trasero.

—Ya sabrá que hay un camino más corto para ir al colegio a través de River Ranch, o como sea que lo llamen ahora. Está lo bastante cerca para ir a pie. Puedo ir a pie a recogerlo sin problemas cada día.

—Eso sería magnífico —dice el hombre—. Sería de gran ayuda. Seguimos un poco perdidos aquí.

Tomo nota del cuidado con que elige sus palabras: yo estoy «ayudándolos», haciéndoles un «favor», «incorporándome» a la casa, todo para que se sientan menos incómodos con la idea de contratarme. Nunca había pensado que trabajaría para blancos, no de esta manera, no poniéndome a su servicio. Esto no es lo mismo que la docencia en un aula, el trabajo para el estado, por el bien común, incluso por el de unos *pocos*, los *ricos*, los *privilegiados*. Nunca había pensado que acabaría siendo un miembro del servicio en unas tierras que antes eran mías, que sería un *ama*, mi cerebro escupe la palabra, empapada en bilis, un *ama* de vuelta en las tierras que heredaron los míos, las tierras que cuidé durante tantos años, un *ama* no poco *obstinada*. Qué desastre, qué desenlace tan duro, tan doloroso de todo aquello que construyeron los míos.

El colegio del niño es un tiiovivo distribuido en bloques de los colores del arco iris

con una torre en el centro y un faldón de hormigón alrededor, pero sin caballos ni carruajes en los que montar, ningún sitio al que agarrarse, tampoco árboles. Mientras el hombre acompaña al niño hasta la puerta, espero en el coche sabiendo que no puedo seguir pensando en ellos como el «hombre» y el «niño». Son personas con nombres: Nathaniel y Copley. Dar nombre es reconocer algo más allá de su simple presencia, conocerlos como personas con preocupaciones propias, temores y pesares y deseos. Nathaniel y Copley y Julia. No, esa secuencia de nombres parece incorrecta. Copley, Julia, Nathaniel: ese es el verdadero orden de su desfile privado, en el que el niño, a la cabeza, nos conduce hacia lo que sea que el destino nos depare.

## SEGUNDA PARTE

### La madriguera

Lo ve una y otra vez, el niño dormido, quieto como un cadáver. Para asegurarse, para saber si era Carson o no, pensó que debía examinar a fondo esa pequeña silueta, para ver si las raíces del pelo eran quizá rubias, los ojos del mismo color que los suyos, si tenía las uñas mordidas, como siempre lo estaban las de su hijo. Pero el niño no parecía Carson, o tal vez Paul no veía con claridad suficiente en la oscuridad para asegurarse. Y entonces el grito, la huida, el niño acercándose a la trampa, agachándose y aproximándose a rastras a su entrada oculta. Aunque no puede tener la total certeza, cree que cerró a tiempo la puerta de contención, un segundo antes de que el niño pudiera ver el pasillo del búnker más allá de la despensa. El grito resuena aún en su cabeza, el alarido de un niño que podría despellejar a un hombre, un chillido más animal que humano. Lo atormentará el recuerdo de esa cara: un visaje distorsionado, tenso, el cuerpo frío, duro como la piedra, rígido en el sueño, sin el menor parecido con ninguno de los niños que ha conocido, vástago de alguna unión impía. Ni siquiera ese grito, que se le antojó eterno, que se desplegó por toda la habitación y reverberó en los túneles más profundos de la cabeza de Paul, despertó a los padres. Si eso no es antinatural, ¿qué lo es?

Ahora que el niño ha visto la trampa, puede llevar a otros hasta allí. Debe hacer algo más para salvaguardar el búnker de toda posibilidad de penetración. La respuesta es construir una especie de deflector en el extremo que da a la despensa, compuesto de una sucesión tridimensional de falsas paredes y callejones sin salida que nadie sea capaz de recorrer, excepto él, tan compleja que cualquiera que lo intente se pierda en sus cerradas curvas antes de saber siquiera que está adentrándose en un entorno engañoso: debe ser una protección además de una trampa. En la habitación sobrante del búnker, la que tenía reservada para Carson y Ajax, queda madera de construcción y otros materiales —clavos, tornillos, las piezas de las literas ahora desmontadas—, así como sus herramientas restantes: una sierra de cinta, taladros y martillos, todo lo necesario para construir una barrera en un tramo de siete metros partiendo de la puerta de contención, desde el suelo hasta el techo, un obstáculo que exija trepar y descender para rebasarlo. Tendrá que dibujar el recorrido durante la construcción, o correrá el riesgo de perderse y pasarse días intentando encontrar una salida. ¡Planos! Primero los planos: diseñará su laberinto y esconderá los planos en cuanto el proyecto esté finalizado, a buen recaudo en la abertura del conducto de la ventilación, detrás de la rejilla, pegado a la tubería, bien ceñido a la curva, donde a nadie se le ocurriría

buscar.

Después de encerrarse durante unas horas, imaginando que aún siente en las manos el escalofriante aliento del niño, dibuja un esbozo: sólo habrá un camino para superar el laberinto; todas las demás aberturas llevarán a callejones laterales que se interrumpirán al cabo de una breve distancia. Una trampilla en el suelo, al pisarla, conllevará una caída de dos metros y medio; una sección que habrá que atravesar a rastras tendrá el suelo cubierto de esquirlas de cristal incrustadas en la madera. Todo debe estar a oscuras, sin luz. Una vez terminados los planos, reúne el material, toma medidas y traza líneas de tiza en el pasillo, dejando espacio suficiente para que bascule la puerta de contención.

A la mañana siguiente, después de oír los portazos de dos coches y percibir la vibración de ambos al retroceder por el camino de entrada, cuando ya no hay más sonido ni movimiento en el mundo situado por encima y alrededor de su madriguera, Paul empieza a serrar y taladrar, penetrando la broca de mampostería en el pladur y luego, a mayor profundidad, en los muros de hormigón, y a encajar los montantes en sus huecos. Al final del primer día, tiene ya construido el armazón. Otra noche, los portazos de dos coches recién llegados, más espaciados en el tiempo que durante la salida de la mañana. La puerta del garaje se abre y se cierra dos veces, y luego la larga noche que pasa sentado solo en su cocina, comiendo su ración de arroz y judías, escuchando música en el estéreo portátil que es su único pasatiempo. Lamenta no haber pensado en tender una antena para una radio a través del conducto de ventilación, pero eso ahora sólo le parece una distracción del asunto más importante que tiene entre manos. La única música de que dispone son los álbumes de su infancia en cintas antiguas cuyo sonido está distorsionado y discos que con saltos y rayas, que se atascan en chirriantes repeticiones: *I-I-I-I-I-I dream-eam-eam-eam-eam-eam*. Con esas canciones se retrotrae a los bailes del instituto, viéndose arrojado al profundo agujero de sus evocaciones de los años en que podía pasear por donde quisiera sintiendo que el mundo lo observaba con respeto y no con recelo.

El segundo día, trabajando con la lamparilla frontal, corta y coloca planchas de contrachapado para formar las paredes y pasadizos de su pista de obstáculos. Es una bestia en una madriguera. No un conejo en una conejera, sino algo más feroz, con sus propias víctimas: un tejón en su tejonera, con largas garras y un hocico duro, un viejo macho nunca visto a la luz del día, acechante y furtivo y astuto. Al final del segundo día, el obstáculo está terminado y Paul se deja caer en el sofá frente a la cocina antes de obligarse a comer. Comer implica estar de pie, preparación y atención. Exige pensar en el cuerpo, las necesidades del estómago y los intestinos. Un cuerpo ideal carecería de necesidades; simplemente nacería, crecería, florecería y funcionaría, sin más combustible que el sol. Se le está estrechando la cintura, el colchón de grasa excedente de su cuerpo desaparece, devolviéndole una imagen de sí mismo de su juventud. Mientras revuelve su ración de judías y arroz, de pronto le parece oír unos arañosos. Al apagar el fuego, deja caer la cuchara de madera en el cazo y aguza el

oído, pero no oye más que su propio aliento, los latidos de su corazón y el sonido de sus uñas que arañan la encimera.

Es ilógico temer a un niño: este laberinto es una simple cuestión de sentido común, levantar la guardia ante la posibilidad de que descubran algo más. Las visitas a la habitación del niño han sido un disparate, un riesgo para su libertad y su vida. Ha sido un fallo momentáneo en su vigilancia, aunque parte de él sospecha que esa vigilancia es una ilusión, que siempre está bajando la guardia, una guardia imperfecta, incapaz de ver los puntos débiles de sus planes, la manera en que ha dejado desprotegidos ciertos accesos. Proliferan los puntos ciegos: pueden sorprenderlo de los modos más diversos. Un vagabundo o un cazador puede toparse con las puertas del sótano antitormenta en el bosque, sin más seguridad que un frágil candado, abrirlas por la fuerza, descender por la escalera de piedra y descubrir la puerta de contención trasera. Nada de eso está tan bien camuflado como podría estarlo. Lo que necesita es un segundo obstáculo en la parte de atrás, pero eso eliminaría la posibilidad de escapar fácilmente si alguien traspasa la entrada desde la casa e invade el búnker. Mientras come, el olor del bosque llega a la cocina, absorbido por el conducto de la ventilación, la humedad cálida de las hojas muertas frías. Inhala el aroma, imaginándose con su padre en el bosque, los rifles al hombro, en inmóvil persecución, detectando aquellos lustrosos cuerpos marrones incluso cuando las criaturas se creían solas y a salvo, ocultas en una maraña de árboles.

—¿Carson? ¿Hijo? ¿Eres tú? —dice por teléfono. A través del ruido blanco de la estática oye un grito y luego unas palabras.

—¿Papá?

—¿Eres tú, hijo?

—Mm-mmm.

—¿Cómo va eso, chaval?

—Bien. ¿Quieres hablar con mamá?

—No, rey. Quiero hablar contigo. ¿Qué tal por Florida?

—Mmm.

—¿Qué tal la casa nueva?

—No estamos en Florida.

—¿Cómo que no estáis en Florida? ¿Dónde estáis?

—Creo que estamos muertos, papá. Estamos todos muertos.

El teléfono no tiene línea. No hay cobertura bajo tierra, ni tono de marcación, ni sonido alguno. Marca números pero no ocurre nada, y sin embargo la voz sigue llegándole sin cesar. No es la primera vez que oye hablar a su hijo cuando la tecnología falla.

Despierta en la silla de la cocina, el cazo recubierto de una costra reseca ante él, granos de arroz cocido convertidos en duras balas encogidas. El reloj le indica que ha dormido al menos toda una noche. Cuando va a examinar su laberinto, cae en la cuenta de que el obstáculo es insuficiente, su enigma demasiado sencillo. Empieza a

desmantelar las tablas y los montantes de inmediato, dedica el resto del día a desmontar el almacén, y luego sin preocuparse de si lo oyen las personas de la casa encima de él empieza reconstruir una estructura más compleja basada en el modelo de una doble hélice: sólo una de las hebras penetra en el corazón del búnker mientras la otra gira sobre sí misma y retorna al punto de partida. Durante la construcción de esta nueva estructura, mucho más compleja que la primera, se pierde durante una hora y media, dándose de cabezazos contra las tablas y las vigas hasta tomar conciencia de que tiene manchas de sangre en las manos y la ropa. Pero eso debe de ser buena señal. Si ha habido sangre, si puede perderse y herirse en un proyecto de su propia creación, debe de ser prueba de que ha concebido un enigma que sólo podrán resolver los invasores más resueltos e inteligentes, quizá incluso los más afortunados: sin duda, tendría que intervenir la fortuna en cualquier intento con éxito de entrar. Aun así, falta algo: desde la entrada de la despensa cualquiera puede ver que el laberinto es una estructura de construcción humana. Vuelve a atravesarlo a rastras y sale al espacio abierto del búnker, que abandona por la puerta de contención trasera, impulsándose hasta la fría noche a través del viejo sótano antitormenta de piedra y la escalera. El claro de luna está en todas partes por encima de él. Se arrodilla, apoya las palmas de las manos en la tierra blanda y húmeda y, a cuatro patas, recoge ramas grandes y pequeñas, musgo, hojas secas, todo aquello que cree necesitar, y se lo lleva al sótano a brazadas. Una vez en el suelo del búnker, este material parece insuficiente, así que durante toda la noche entra cubos de tierra, hojas y piedras, que luego introduce a gatas en el obstáculo y deposita en el extremo más alejado, donde lo apisona en su sitio con los puños hasta que tiene las manos en carne viva; a continuación embellece la tierra con piedras, ramas, musgo y hojas, para dar la impresión de que es una cavidad subterránea natural: si no una creación de la propia tierra, sí algo construido por uno de sus habitantes menos humanos. No se detiene hasta que, al salir al bosque una vez más, descubre que el cielo de levante se tiñe de rojo. Cualquiera que acudiese a investigar la trampilla de la despensa, que lograra superar la puerta de contención, vería que al otro lado no hay nada más que territorios oscuros de tierra.

Tras dejar la ropa embarrada en el pasillo, se queda durante una hora bajo la ducha, su cuerpo esbelto y endurecido a causa de los paseos por la ciudad, de la pobreza y la monotonía de su dieta. Cuando está limpio y seco, aflora el dolor. En el espejo ve los daños en la frente y el cuero cabelludo, los sitios donde se le ha abierto la carne. Ya no sangra, pero cuando sale del cuarto de baño se encuentra con el caos de su desenfreno: sangre y tierra y hojas, grava y piedras y raíces de árbol esparcidos por el pasillo, la zona de estar, las puertas y los pasadizos. Está demasiado cansado para limpiar y va tambaleante a su habitación, hasta el colchón doble que casi abarca todo el espacio, donde en otro tiempo imaginó que abrazaría a Amanda durante el apocalipsis que, según cree, es inminente, quizá incluso está ya en sus primeras horas. Si no hemos llegado a los últimos capítulos de nuestra historia, sí estamos al final de

un tomo en concreto, incapaces de predecir cómo se pueden desarrollar las siguientes entregas. Lo que es indudable, piensa, es que el futuro no se compondrá de empresas y sindicatos, sino de individuos, de pequeñas unidades familiares, en pugna por proteger sus propios intereses, en las últimas horas previas al final definitivo.

En su cama duerme envuelto en edredones de plumón. Despierta sólo para orinar, indiferente a sus excreciones. Sintiéndose pegajoso y frío, se desplaza hacia un espacio seco y cálido. Las horas y los minutos se disuelven y recombinan formando unidades cuyas cantidades significan poco para él. Sin recepción radiofónica bajo tierra, los días pasan sin contarlos, si es que, en realidad, pasan. Los días son horas-segundos; las horas son años-minutos. Un momento es un milenio. Soy la bestia del tiempo, recorriendo mi pista circular, atrapado en mis propios callejones sin salida.

Al salir de su estupor, se enfrenta a una nueva y terrible claridad. El hambre le abre un vacío en el estómago y, al levantarse de su cama manchada, descubre la inmundicia y el caos circundantes otra vez. Echa la ropa a la lavadora, empieza a barrer los trozos más grandes de los desechos, los saca en cubos al bosque. Una vez recogida la basura y esparcida entre los árboles, pasa la aspiradora y quita el polvo, friega el suelo del búnker, limpia con una esponja las paredes de color riñón y empieza a reorganizar la cocina. Después de hacer un nuevo inventario de sus provisiones, descubre que le queda comida suficiente sólo para un mes, si va con cuidado. No habría sido capaz de proveer a su familia, pero le parece imposible que sus previsiones hayan sido tan incorrectas. Una vez más cuenta las latas y las cajas, desconfía de sus cálculos, cuenta y vuelve a contar, y sólo después de contarlos todo más de una docena de veces, toma conciencia de lo escasos que siguen siendo sus víveres. Reduce su ración a la mitad, aunque el hambre aprieta y teme que ya puede estar afectando su facultad de pensar.

Necesita un trabajo, necesita dinero, pero necesita una casa, *su* casa, primero necesita recuperarla, pero primero necesita un trabajo, tiene que ser propietario de su casa a fin de demostrar su capacidad para construir otras casas, necesita dinero para volver a adquirir la casa, necesita la casa para adquirir dinero, necesita el dinero y la casa para luchar por el regreso de su familia. Sin la casa, no tiene señas. Sin señas, nunca podrá tener una casa. La casa viene primero, la casa por encima de todas las cosas es la mayor de sus necesidades inmediatas, la casa y luego el dinero para adquirirla, el dinero y luego la casa, la casa, siempre la casa, lo primero y lo último, la casa para recuperar a sus hijos. Cuenta las latas y cajas de comida: veinte veces, cuarenta veces, de nuevo, de nuevo, se pasa días contando y comiendo lo menos posible, sin dormir apenas, sin fiarse de la precisión de esas sumas. Cada vez, queda sólo comida para un mes, y sólo si mantiene el apetito a raya. Lo que le pareció una cantidad exagerada de provisiones cuando las adquirió parece ahora tristemente exigua. Sabe que debe comer. Para comer, debe ir en busca de más comida.

De niño, la camioneta que lo llevaba al colegio siempre pasaba por delante de una tienda llamada ARMAS Y MUNICIÓN. Era un edificio de una sola planta, de ladrillo, con

barrotes en las ventanas, y parecía una versión de la cárcel de un pueblo del Lejano Oeste. Su padre nunca iba allí; siempre adquiría su munición en un almacén de venta de artículos para actividades al aire libre con techos altos y grandes ventanas y paredes cubiertas de trofeos de caza. Pero cuando Paul pensaba en armas y munición, sólo veía el viejo edificio de ladrillo rojo en una esquina de un vecindario en otro tiempo respetable enfrente de un campo de golf municipal. Nunca veía entrar ni salir a nadie en esa tienda, y las luces nunca estaban encendidas, pero debía de estar abierta. Ahora lleva años cerrada, las ventanas tapiadas con planchas de contrachapado de color rojo vísceras, la reja de la puerta cerrada con un candado y una cadena.

No tiene permiso de caza ni dinero suficiente para adquirirlo. Ya fuera de la ley de una manera fundamental, dar caza a un animal que existe en tal abundancia que se considera una plaga no parece un delito grave. Cazar al amanecer y al anochecer reducirá el riesgo de ser detectado por el enemigo, cuyo número aumenta constantemente, hasta que tiene la impresión de que todo aquel con quien se cruza no puede ser más que un enemigo: ha desaparecido toda posibilidad de amistad, incluso de alianza táctica. Su madre aún podría ser una amiga, pero no tiene la seguridad de poder confiar en ella. No se ha puesto en contacto con ella desde que comieron juntos por última vez, cuando tuvo que cruzar la ciudad a pie, ida y vuelta. Los mensajes que encuentra en el contestador cuando sale del búnker y se adentra en el bosque son siempre de su madre, que le pregunta si está bien, si podría devolverle la llamada *cuando tengas un momento, ya me entiendes, bueno chiquito, adiós*. Lo de *chiquito* lo irrita; empezó a llamarlo así cuando era pequeño, porque era muy pequeño, y luego se convirtió en broma cuando creció y pasó a ser cualquier cosa menos *chiquito*.

Con el teléfono en silencio y guardado en el bolsillo del chaleco de caza de camuflaje, trepa a un árbol y espera a que aparezcan los ciervos, y si no ciervos, pavos, y a falta de todo lo demás, los eslabones inferiores de la cadena alimenticia del bosque, los conejos y las ardillas y los castores que se podían despellejar y vaciar y guardar en el congelador, las taltuzas y los ratones de campo. La primera noche no aparece nada, ningún animal de ningún tipo salvo petirrojos y gorriones, escarabajos reptantes y moscas zumbonas, pero antes del amanecer de la mañana siguiente localiza una cierva y la abate de un tiro en la cabeza que el animal no llega a oír. Como le enseñó su padre, la vacía, oculto entre los abetos de una densa arboleda. Antes de salir el sol, vuelve a estar bajo tierra, con el cuerpo sin vida de la joven cierva en el suelo de hormigón del pasillo, donde le sierra las patas, la despelleja y la corta en piezas que puede congelar.

El descuartizamiento y la limpieza le ocupan la mayor parte de la mañana y en las horas restantes vuelve a inspeccionar su obstáculo, y decide pintar las paredes de madera y los pasadizos de negro. Antes de retirarse al búnker, dejó latas de pintura en el sótano de la casa. Esperará a la noche, cuando la gente se haya ido a dormir, y recuperará la pintura, que, no le cabe duda, sigue en el rincón donde la dejó. Antes de

poder ocuparse de la pintura, regresa al bosque con su rifle y munición subsónica, su equipo de camuflaje, silenciador y cuchillo. Trepa a un árbol para esperar, y en las horas que transcurren intenta telefonar a su mujer. Llama a todos los números de móvil que ella ha tenido desde que se conocieron. Ya han sido reasignados todos: habla con hombres jóvenes y mujeres ancianas, con negros y blancos, una mujer que sólo entiende el español, un hombre que grita al teléfono y amenaza con avisar a la policía, una orden de monjas, una gasolinera, una licorería. Marca el número del servicio de información, como ha hecho en innumerables ocasiones, pero ni su mujer ni sus padres constan en ningún listín del país. Aunque saben que él será incapaz de encontrarlos, han hecho todo lo posible para impedirle incluso hablar con sus hijos. Ya no le preocupa Amanda. Comprende que no hay ya esperanzas de recuperarla, pero aún podría salvar a sus hijos. En cuanto tenga mil dólares, dejaré este sitio para ir en vuestra busca, viajando a pie si es necesario. Me venderé para sobrevivir: si no mi trabajo, mi cuerpo. Cruzaré el país para ir en vuestra busca, niños, y os traeré de vuelta a esta casa donde pasaremos nuestra vida.

Poco después de ponerse el sol, aparecen: dos ciervos, un macho y una hembra. Cautos, avanzan con el hocico en alto, quizá oliendo ya su cuerpo y la amenaza del rifle. Alcanza primero al macho, y aunque la hembra se sobresalta, la abate también antes de que huya. Ya no hay luna llena, pero la relativa claridad le permite llevar a cabo el vaciado. Arrastra al macho hasta el búnker y vuelve a por la hembra, pero a esas alturas está demasiado agotado para despellejarlos o descuartizarlos y se va a la cama, vestido todavía de camuflaje, acordándose ya en plena noche de su plan de pintar el obstáculo. Sacudiéndose para despertarse, abandona a rastras la cama y sale al pasillo; luego atraviesa el pasadizo que lo lleva a la puerta de contención. Para entonces, ha aprendido ya a recorrerlo con rapidez, sabe dónde girar, cuándo agachar la cabeza, cuándo saltar por encima de la trampilla sobre el hoyo de dos metros y medio de profundidad. En la puerta de contención aguza el oído y consulta el reloj. Tras comprobar que la casa está en silencio, abre la puerta de par en par y la trampilla apenas unos centímetros. Ve que el sótano al otro lado está a oscuras.

Una vez más la casa le parece distinta, más fría, y cuando enciende las luces, ve que el sótano, como el resto de la casa, ha sido pintado de blanco, desde el suelo hasta el techo. Busca la placa que montó en la pared y descubre que, si bien sigue allí, también han pintado encima, quedando las ranuras de las letras grabadas saturadas de pintura, las palabras legibles pero sólo desde un ángulo. Aséptico y sin una mota de polvo, ya no parece un sótano. Excepto por el espacio de trabajo de la mujer, la sala está vacía, y este vacío, como otras muchas cosas que han hecho estas personas, le infunde temor. No hay ningún sitio donde esconderse. En el lado opuesto del sótano, donde deberían estar sus botes de pintura, hay una gran jaula metálica, de un metro y medio de ancho por sesenta centímetros de fondo y noventa de alto, hecha de resistente malla de acero y cerrada con un candado. En su interior están los botes de pintura que él dejó antes de retirarse al búnker, así como la pintura restante de la obra

llevada a cabo por los nuevos propietarios. Fue una tontería por su parte dejar algo en la casa.

Jadeante, con la ropa empapada en sudor, sigue la luz de su lamparilla frontal a través del obstáculo, pero después de medio metro o poco más la lamparilla se apaga y tiene que seguir avanzando a oscuras, intentando distinguir algún asomo de luz en el extremo opuesto. Resuenan en sus oídos unos gemidos y un tableteo metálico, un movimiento como de agua por las cañerías, que lo desvían de su camino hasta que, sin darse cuenta, está en el tramo de cristales rotos, con las manos laceradas y sangrantes, dejando un rastro de pegajosidad que crea una continua succión y lo adhiere a la madera. En la retirada, retrocede a rastras, intenta recordar cómo salir del tramo con cristales, obligándose a recordar hacia dónde girar, si subir o bajar en la bifurcación; sube, reptando por la superficie de contrachapado, olfateando el aire en busca de su propio olor. Mientras asciende, un aviso se activa en el fondo de su mente, y de pronto, justo cuando el recuerdo surge en toda su nitidez, nota que la madera cede bajo su peso: un silbido y un estremecimiento y cabezazos contra las tablas, escapa el aire de sus pulmones, una caída de dos metros y medio antes de saber que cae, pero la caída en sí es interminable, dejando atrás tablones y montantes, visibles todos los detalles de la construcción, los clavos mal remachados, el precipitado descuido de su trabajo, la mala calidad de los materiales, un adhesivo de una nave espacial en una tabla que en otro tiempo formó parte de las literas previstas para sus hijos. Tomando aire a grandes bocanadas, ahogándose, se yergue y se golpea la cabeza contra una viga de cinco por diez. La lamparilla frontal parpadea, iluminando el túnel, y ve una sección que le resulta familiar, sabe que debe seguir adelante, doblar a la derecha, volver hacia atrás, torcer en la primera a la izquierda, volver a trepar, torcer en la segunda a la izquierda, en la tercera a la derecha, y luego prepararse para descender por la escalera de mano al pasillo del búnker.

Le falla la memoria. Cree que ha doblado donde debía pero se encuentra de nuevo en el punto de partida después de pasar lo que se le antoja una hora arrastrándose por túneles de una anchura por la que apenas cabe. Enciende la luz de encima de la puerta de contención, se quita la ropa, se examina. Los cortes en las manos son profundos, puede que las esquirlas de cristal hayan seccionado tendones. La ropa pesa, empapada de sangre y sudor. Sin ropa se moverá más deprisa. Es imposible atravesar el obstáculo sin empezar por la más alta de las dos posibles entradas. La tierra alrededor ha sido apisonada y reapisonada, las raíces, las ramas, las hojas y las piedras están ahora encajadas en sus sitios: agujeros en el suelo, agujeros en la tierra, nada en ellos parece ahora de construcción humana. Ese ha sido su error, no empezar por la entrada superior. Se encarama y se adentra en la oscuridad. Desnudo, se mueve más deprisa, concentrándose en tomar la dirección correcta en cada giro, acordándose de dónde subir y dónde bajar, dónde doblar a la izquierda y a la derecha, y después de no más de quince minutos, vuelve a estar en su pasillo, trazando el sudor formas de camuflaje en la capa de sangre y polvo que envuelve su piel.

Dormido, sueña que abandona el búnker por la salida trasera, atraviesa el viejo sótano antitormenta de piedra, sube por la escalera, llega al bosque, y cuando pisa el terreno boscoso, su ropa sale volando de sus extremidades, haciéndose jirones el algodón por efecto de un repentino viento que le rasura el vello del cuerpo, hasta que queda lampiño, su piel marchita, envejecido de pronto bajo la fuerza de los elementos, su cuerpo en declive, sus huesos cada vez más frágiles, su columna vertebral encogida y doblada sobre sí misma hasta que ya no puede permanecer erguido y debe gatear, siempre a cuatro patas, olfateando el suelo, incapaz de levantar la cabeza lo suficiente para ver el camino ante él, y mientras gatea, balanceando la cabeza a izquierda y derecha, la nariz cerca del suelo, se vuelve para mirar la entrada de la madriguera donde ve una gran sombra oscura acercarse por entre los árboles, cambiando de forma, alargándose, avanzando precipitadamente a través de la maleza y escalera abajo, donde descubre su refugio.

Despierta, el edredón de plumón salpicado de semen, sangre y sudor secos. El engrudo que le cubre el pecho y la cabeza sigue ahí. Agita las largas pestañas, una barba de una semana le salpica la cara. No tiene tiempo para ducharse. Interpretando el sueño como una profecía, se viste, se arma, huye del búnker. Desde un escondrijo en lo alto de un árbol, observa la entrada del sótano. Aunque no recuerda cuándo comió por última vez, permanece ajeno al hambre durante las primeras horas de vigilancia, sin ver nada ni a nadie a excepción de ardillas y pájaros. Por un momento, se yergue y se asoma entre la espesa enramada. Desde lo alto de un árbol en una colina, a más de doce metros del suelo, reconoce Demon Point, la cresta donde la tierra se eleva repentinamente antes de caer de nuevo al río. Cuando la casa todavía le pertenecía, podía ver Demon Point desde su dormitorio. Cada año varios chicos, casi siempre adolescentes, se rompían piernas cuando descendían resbalando por los flancos casi verticales de loess o, incapaces de detenerse, salían volando hacia el río, se golpeaban la cabeza, quedaban atrapados en algo y se ahogaban, por lo que la gente decía, demostrando al menos cierta creencia en fuerzas invisibles, que *el demonio se lo llevó, fíjate, el demonio se llevó a ese chico*.

Cuando está demasiado cansado para tenerse en pie, vuelve a sentarse, a horcajadas, en una rama tan gruesa como su cintura, ahora más estrecha, y, apoyándose en el tronco, toma conciencia por primera vez del hambre y la sed, de la sequedad del aire después de tanta lluvia. El terreno está encharcado, la rugosa corteza del árbol todavía mojada, y un olor a crecimiento y decadencia húmedos se eleva a través de las ramas. En el transcurso del primer día, nadie aparece, y en cuanto oscurece ve tan poco que tiene que confiar en el oído. Mientras que el día es tiempo de ruidos lejanos de máquinas, coches y aviones, pitidos de equipos de construcción y sirenas ululantes, la noche entra en su natural concierto disonante de búhos, vientos y los crujidos de las hojas causados por el movimiento de animales que ya no ve. Fijando la mirada en la tierra oscura bajo él, escuchando, se mantiene

despierto. Cerca, un búho emite una nota larga y descendente que lleva a Paul a temblar y envolverse con los brazos. En algún momento se duerme, y no se despierta hasta ya tarde a la mañana siguiente, cuando oye voces y, al mirar abajo, ve al niño con aquella mujer, la Washington, que lo lleva derecho a la vieja escalera de piedra del sótano antitormenta. Se olvidó de cerrar las puertas del sótano, dejó una abierta de par en par, y la puerta de contención tampoco tiene el cerrojo echado. Es tan descuidado como ha sospechado siempre su padre.

—Aquí antes había una casa, una casa vieja, más vieja de lo que era la mía. Se incendió mucho tiempo antes de que yo naciera —oye decir a la viuda.

—¿Y esto formaba parte de la casa? —pregunta el niño mientras los dos retiran más ramas de la entrada.

—Esto es lo único que queda. Más allá, en el bosque, más cerca del río, hay una chimenea y su tubo, todo de piedra. En un tiempo lejano perteneció a una cabaña de troncos, pero las paredes se desplomaron y se pudrieron hace años. Mi madre me llevaba allí y nos sentábamos dentro las tardes calurosas por lo fresca y tranquila que era. Los ciervos se acercaban a la ventana y nos miraban.

—¿Podemos bajar ahí? —pregunta el niño, señalando el sótano.

La mujer abre la otra puerta y se inclina hacia la oscura cavidad. Paul contiene la respiración. Si tiene la vista lo bastante fina para ver en la oscuridad, descubrirá su guarida. Ella vuelve a erguirse al cabo de un momento.

—Mejor será que no —dice—. Puede que el techo no sea firme. Vamos, te enseñaré la chimenea.

Paul deja escapar el aire cuando los dos se dirigen hacia el norte por el bosque y se pierden de vista. La viuda habrá visto pruebas, las señales de presencia humana en el suelo del sótano, en la escalera, todas las marcas y desechos, habrá percibido olores de su cuerpo y de su aliento. Espera hasta que regresan, el niño y la viuda, se acercan a la valla que él construyó, introducen una llave en la cerradura, entran en el jardín trasero y cierran otra vez con llave como si esperaran la llegada de salvajes.

Respirando con dificultad, apoya la espalda en el tronco, aturdido después de tanto observar a la mujer y al niño y sabiendo que en ningún momento se han dado cuenta de su presencia. Si él ha podido observarlos, vulnerables como son, cualquiera podría haberlo observado a él. Incluso si consiguiera regresar al sótano, alguien podría seguirlo, verlo entrar, descubrir su escondrijo, y hacerlo salir. Bastaría con obstruir el conducto de la ventilación oculto en el tronco ahuecado que se alza a menos de veinte pasos de la escalera del sótano. Podrían echar humo o gas y obligarlo a escapar al aire libre donde no le quedaría más remedio que presentarse armado, luchar por su libertad.

Sólo cuando se le entumecen las piernas y los brazos, los mueve, cambia de postura, desciende a una rama inferior y más ancha, casi cayéndose mientras forcejea con los brazos en torno al áspero tronco y siente la tracción de su propio peso hacia atrás, en el espacio. Afianzando un pie, se adhiere, se aferra, gira, desliza las piernas

en torno a la nueva rama, se levanta en el aire, y advierte que el sol ya se pone, el mundo se tiñe de rojo, el aire palpita con esta nueva coloración, el bosque se distorsiona, convirtiéndose los verdes en neón, fluorescentes, resplandeciendo la etiqueta roja en su zapatilla a la vez que de pronto el bosque se llena de ciervos. Al principio son sólo unos pocos, la avanzadilla, abriendo velozmente un camino entre los árboles, volando, y luego aparecen docenas más en estampía, y él apunta. El silenciador amortigua los disparos, caen los cuerpos, los otros se aceleran, presas del pánico y la desorientación, se apilan, una carnicería de flancos pardos y blancos, algunos bramando todavía, los ojos en blanco, alzando la vista hacia él a la vez que las luces se apagan, se levanta el viento, las nubes se acercan a medio galope desde el oeste, las primeras gotas gruesas y ácidas lo obligan a bajar del árbol, medio resbalando por el tronco hasta el suelo, donde examina las piezas cobradas.

Una por una, las vacía y las acarrea hasta el sótano antitormenta, donde cruza la puerta de contención y las entra en el búnker. Trabaja lentamente, la lluvia arrecia, los cuerpos se enfrían y exigen mayor esfuerzo con el cuchillo, un resbalón bajo la lluvia, sangre ahora procedente de su propia piel. Cinco ciervos, todos a la vez, suficiente comida para un año.

Cuando la lluvia lo azota con más fuerza, impulsándola el viento a través del bosque, vuelve a retroceder y se encierra en el búnker. El pasillo es un paisaje de cuerpos de animales. Les corta las patas y los despelleja, pero no tiene energía para concluir la tarea. En el fogón se prepara arroz y alubias, que come del cazo mientras contempla los cadáveres, pensando en cómo los despiezará y congelará, cómo conservará toda esa carne; parte de ella tendrá que curarla o se estropeará. Se come las raciones de dos días hasta que se empacha, y luego, antes de poder siquiera volverse hacia los animales muertos, va a trompicones a su cama, se quita la ropa mojada y ensangrentada, observa el hilillo de sangre de su brazo descender lentamente hasta detenerse, su costra ya medio marronzca incrustada en la piel, un manchurrón en las mantas, un rastro, escarbando sus ojos en el surco que se abre entre los pliegues del edredón, una vía entre montes, un sendero rojo hacia la oscuridad.

Cuando despierta, se da la vuelta y se duerme de nuevo, olvidándose de sus sueños. En los momentos en que despierta sólo quiere regresar al camino rojo y seguir su rastro de sangre hasta las montañas que nunca ha conocido.

Lo despierta un agudo gemido que atraviesa el búnker. Avanzando a trompicones entre los ciervos muertos, que despiden un olor agridulce a descomposición, busca la procedencia del ruido. Pero tiene la misma intensidad en todas partes. Un luminoso zumbido chirriante, como el chillido del niño. O quizá no sea tanto un gemido como el avance impetuoso del agua, ascendiendo desde debajo del búnker, elevándose el acuífero para envolverlo. O acaso algo vivo en las paredes del propio búnker, entre el hormigón y el revestimiento de plomo, y la única respuesta es cavar, encontrar el origen. Un taladro será demasiado ruidoso, la gente arriba lo oiría, pero una

cuchara... una cuchara sí servirá, para adentrarse en las paredes. Va a la cocina a buscar una cuchara en el cajón de los cubiertos y luego empieza a escarbar en el rincón del pasillo más próximo a la puerta de contención trasera, percibiendo que el ruido quizá ahí sea más sonoro, que de hecho sí hay una variación de intensidad y tono, un gemido-borboteo más agudo, un rugido en rotación. Escarba y raspa, desgastando la cuchara y creando un pequeño montículo de tierra en el suelo. Por primera vez desde que se ha levantado de la cama toma conciencia de su desnudez, las manchas de sangre y mugre todavía dibujadas a lo largo de sus brazos. Ha defecado y orinado en el suelo mientras el ruido, cada vez más intenso, estallaba a través de las paredes y penetraba en su cerebro. No es agua, nada mecánico ni electrónico, no es un gemido, no es un borboteo, sino el mismo ruido espantoso que ha oído otras ocasiones, arañazos y fricción de garras, una bestia procedente de las entrañas de la tierra que asciende, respira, se abre paso con las garras a través de la tierra que envuelve el búnker, se acerca, circunda, arremete contra el revestimiento de plomo, penetra con sus garras, traspasa la capa exterior. Paul retrocede, tambaleante, tropieza con los animales muertos, resbala entre ellos, brotando el hambre de su vientre, irrumpiendo en su boca, y tiende las manos, desgarrar, arranca un jirón de carne del cuerpo más cercano, se lleva los dedos a la boca, la carne en su lengua, el olor agrídulce, y de pronto una repentina negrura y la noche.

## TERCERA PARTE

### La caída

4:53 horas: Contempla los números rojos en el radiodespertador. Por separado, los dígitos son masculinos, pero por alguna razón 4:53 es femenino. Tiene que ver con la suma de todos ellos, o con el producto. En cualquier caso, el resultado (12 o 60) es femenino. Esto ni siquiera es algo que él deba plantearse. Siempre ha sabido, ya antes de tomar conciencia de que hace cálculos, que el tiempo es femenino. Se pregunta si tres hombres forman una mujer. Lo tranquiliza saber que ahora hay otra mujer en la casa, aunque todavía no está seguro de si puede confiar en ella. Le ha dicho que la llame Louise. Su padre considera que eso es un exceso de familiaridad y quiere que la llame señora Washington. Durante el día, cuando los dos están solos, la llama Louise. En cuanto sus padres llegan a casa, debe acordarse de pasar a llamarla señora Washington. Un día, durante la cena, le pregunta si es pariente de George y Martha Washington. Ella se ríe y contesta que no, pero tal vez sí lo fuera su marido, porque era incapaz de mentir. Apaga el despertador antes de que suene. Es viernes. Puede prepararse para el colegio sin prisas.

4:58 horas: Enciende la luz y coge el libro que está leyendo. Ha terminado el libro sobre el niño que parte en busca de su padre a un planeta lejano y ahora está leyendo la continuación, en la que ese mismo niño se pone muy enfermo y su hermana tiene que encogerse ella misma a un tamaño submolecular y entrar en su cuerpo para salvarlo. Como el niño del libro, también él tiene una enfermedad misteriosa, una batalla se desarrolla dentro de él, pero, a diferencia del niño, no cuenta con una hermana que lo salve. Su padre dice que debería pasar más tiempo al aire libre en el jardín, trepando a los árboles, pero los árboles son altos y no hay ni una sola rama a su alcance. El fin de semana pasado su padre intentó ayudarlo a trepar, impulsándolo para que pudiera llegar a la rama más cercana. Cuando se agarró a la rama para izarse, los brazos empezaron a temblarle, y luego las piernas, y le temblaron de tal modo que perdió el control del cuerpo y acabó escurriéndose entre los brazos de su padre y cayendo al suelo. Se torció el tobillo y se echó a llorar. «Vamos, Copley —dijo su padre—, no seas tan miedoso». Sentado en la hierba húmeda, mirando el mundo alrededor, no supo cómo decir a su padre que no sólo le asustaban las alturas, sino también el espacio abierto que lo rodeaba, tan amplio que parecía a punto de devorarlo, de atraparlos en sus fauces abiertas y ocupar su lugar.

5:10 horas: Se observa a sí mismo en la ducha, mirándose la cabeza, los pies, los codos, las corvas, buscándose a sí mismo en el cuerpo que ya no reconoce como propio. Sólo cuando lanza miradas a los rincones oscuros del espacio, percibe algo que se parece a sus pensamientos. El espacio vacío lo ha devorado. Ahora pertenece al espacio.

8:02 horas: Louise y él desayunan juntos pero en silencio. Él quiere hablar con ella pero cada vez que las palabras empiezan a formarse, elevándose en su cabeza como edificios, se desmoronan y se escabullen antes de que pueda ponerlas en su lengua, llenándole la garganta de escombros. No es que no tenga nada que decir. Tiene muchas cosas que decir. Tiene la sensación de que ha venido al mundo para hablar, para dar nombre, para describir cosas tal como las ve, pero ahora algo se lo impide, o la enfermedad o las pastillas que supuestamente deben curarlo. Tal vez las pastillas, piensa, además de ser un remedio sean también una especie de veneno. Después de la última vez que creyó ver al hombre, y lo siguió hasta el sótano, descubriendo la puerta pequeña en el fondo de la despensa oculta bajo un estante, se lo contó a sus padres. «He vuelto a verlo —dijo—, y sé dónde vive. Está detrás de la despensa». Su padre le dijo que dejara de inventarse historias, pero a la noche siguiente, mientras su madre trabajaba allí abajo, la cogió de la mano y tiró de ella entre los estantes vacíos. «Ahí, ahí abajo, vive ahí abajo. Mira, por favor, mira». Ella se agachó, se metió bajo el estante al fondo de la despensa y palpó la pared de madera de la estantería. «Tira —dijo él—, tira de la manija». «No hay ninguna manija, Copley». «La estaquilla, esa cosa que sostiene el estante». Ella soltó un bufido. Estaba impaciente con él, y él se dio cuenta. Insistió en que tirara. «Estoy tirando pero no pasa nada —dijo su madre, y a continuación salió de debajo del estante y se sacudió el polvo de las manos—. Ahí no hay nada, cielo. Has tenido sueños muy vívidos, ¿verdad?». Le dijo que ahora, en poco tiempo, los sueños como ese desaparecerían. Él se pregunta si su madre quiere decir que desaparecerán porque va a morir, sobre todo ahora que las palabras se desmoronan y escabullen. «¿Te apetece ir al colegio hoy?», pregunta Louise. «No —dice él—. Detesto el colegio de aquí». Ella le tiende la mano. «Intenta verle algo bueno —dice—, no será para siempre». Es lo único que puede decirle una y otra vez. No será para siempre, él lo sabe, porque está muy enfermo y va a morir. Sus padres lo saben, su médico lo sabe, e incluso Louise lo sabe, pero todos se niegan a decirle la verdad.

12:40 horas: Está sentado delante de Joslyn en el extremo de su mesa de costumbre en el gimnasio-comedor. Hoy el almuerzo consiste en barritas de pescado con salsa tártara, guisantes, zanahorias y compota de fruta. Ethan, uno de sus torturadores, ha

faltado a clase toda la semana, y esta mañana la señora Pitt ha retirado la placa con su nombre del pupitre de Ethan. Joslyn, que vive en la misma calle que Ethan, en la acera de enfrente, cuenta que la familia desapareció durante el fin de semana. «Y el lunes tapiaron la casa». «¿Cómo que la tapiaron?». «Tenía tablas clavadas en la puerta y en todas las ventanas». Se pregunta en qué clase de vecindario vive Joslyn. Él nunca ha visto una casa tapiada aparte de la de Louise, y en ese caso ni siquiera había tablas, sino sólo un candado enorme en la puerta delantera. No ha hablado a nadie del colegio sobre el hombre del sótano, pero ahora decide que debe contárselo a Joslyn. «Viviendo en el sótano, ¿eso quieres decir?», pregunta ella. «Exacto». «¿Y tus padres le *dejan* vivir ahí?». «No. Ellos no se creen que exista. Creen que me lo invento. Mi padre dice que leo demasiados libros de fantasía». Joslyn lo mira mientras mastica. Come con mucho cuidado, y eso es algo que a él le gusta de ella. Mastica cada bocado quince veces, más si es algo duro, pero nunca menos. Come despacio y siempre acaba justo antes de terminarse la hora del almuerzo. A veces eso lo pone nervioso, porque teme que ella no tire los desperdicios a tiempo de ponerse en la fila para el recreo y le pongan una multa. «¿Qué te pasa en la voz?», pregunta ella. «¿Qué quieres decir?». Joslyn se limpia la boca con la servilleta de papel, apoya las manos en la mesa, se inclina hacia delante y le habla en susurros para que no la oigan las niñas sentadas junto a ellos. «Hablas de una manera distinta». «Distinta, ¿en qué sentido?», susurra él. «Como si estuvieras muerto». «¿Como un fantasma?», pregunta él. «No como un fantasma. Como si estuvieras muerto».

12:55 horas: Joslyn y él han adquirido la costumbre de pasear por el perímetro del patio. Casi todos los demás niños están ocupados con sus juegos, y ellos han descubierto que si siguen moviéndose en lugar de intentar sentarse en un sitio, hay menos probabilidades de que los otros los molesten. Están en marcha los juegos de siempre: niños mayores jugando al baloncesto, un grupo de niñas botando pelotas de baloncesto simultáneamente, jugando a la rayuela, saltando a la comba, niños en los aparatos, los guardias de seguridad vigilando a todo el mundo. Cuando se acercan al extremo más alejado del patio, él ve a alguien fuera del recinto del colegio, al otro lado de la calle, caminando. Como resulta extraño ver a un adulto a pie en esa zona, los dos se fijan en el hombre, que también parece fijarse en ellos. Se paran y observan con atención al hombre, que afloja el paso por un momento antes de acelerarlo y echarse a correr hasta desaparecer por la esquina de la calle. «¿Y eso?», pregunta Joslyn. «Era él. Me parece que era él», dice. «¿Qué estás diciendo, Señor Policía?». «Ese era el hombre que vive en mi sótano. Lo he reconocido». Joslyn lo mira, saca los labios y entorna los ojos. «¿Estás tocado o qué?». «¿*Tocado*? ¿Qué quiere decir eso?». «Que si estás loco». «No lo sé. Puede que me esté muriendo, creo». Ella se ríe y lo coge de la mano. Tirando de él, lo obliga a seguir adelante. «Sí tú te estás muriendo, yo ya estoy muerta —dice—, y puedo asegurarte que estoy tan viva como

esos árboles».

1:32 horas: La señora Pitt está en plena clase de sociales. Esta semana el tema es la ciudadanía y el gobierno, la importancia de las normas y los reglamentos, de obedecer las órdenes y las señales. Ayer les preguntó qué pasaría si nadie prestara atención a las señales. «¿Y si la gente no hiciera caso de las señales de tráfico? ¿Los stops? ¿Los pasos de cebra? ¿Y si los conductores no respetaran los límites de velocidad? ¿Y si los conductores de autobús se pasaran de largo las paradas?». Él comprendió que sólo había una respuesta a todas esas preguntas. Las señales y las normas tienen que respetarse o, si no, sólo habrá caos, y el caos, como les ha explicado la señora Pitt, es sinónimo de maldad. Ha consultado el diccionario en casa, y parece que eso no es verdad, no es verdad en absoluto. Levantó la mano y preguntó a la señora Pitt: «¿Y si hay una señal equivocada? ¿Y si indica en la dirección equivocada?». «Eso no pasa muy a menudo, Copley». «¿Y si una norma está equivocada?». «No sé a qué te refieres —dijo la señora Pitt—, una norma no puede estar equivocada». «Pero ¿y si lo está?». «Basta, Copley. Tienes un aviso». Hoy hablan otra vez de las normas. «Es necesario que haya normas —dice la señora Pitt—. Es importante que haya normas en casa. ¿Cuáles son algunas de las normas que hay en vuestras casas? ¿Max?». «Tengo que lavarme los dientes antes de acostarme y después de desayunar», contesta Max. «Muy bien —dice la señora Pitt—, y si no te lavaras los dientes, tendrías caries. ¿Y tú qué me dices, Emily?». «Yo tengo que pedir permiso para salir de casa». «Muy bien —dice la señora Pitt—, porque si no pidieras permiso, tus padres no sabrían dónde estás, y porque no tienes edad para saber si es seguro o no jugar fuera de casa». La clase sigue así durante cinco minutos; él consulta su reloj, y aunque tanto Joslyn como él levantan la mano para ofrecer respuestas (él va a mencionar a la clase la norma según la cual sólo se le permite media hora de televisión a la semana), la señora Pitt no les hace caso. «Muy bien. Bajad las manos. Ahora vamos a pensar en algunas otras normas que podemos crear para esta clase. Tenemos ya muchas normas importantes, sobre el silencio y las filas y las instrucciones de la señorita Fox y las mías, pero estoy segura de que se os ocurrirán algunas otras buenas normas, quizá incluso normas que a mí no se me han ocurrido». La clase queda en silencio durante unos segundos. La señora Pitt se pasea de un lado a otro en la parte delantera del aula, la señorita Fox permanece de pie al fondo, la lluvia azota las ventanas. Al final, Austin levanta la mano y la señora Pitt le da la palabra. Esta última semana ha sido Austin el encargado de decir cosas en susurros a Copley durante los descansos para ir al lavabo. Ayer Austin entró en el cubículo donde Copley intentaba orinar y lo empujó contra la pared de baldosas amarillas. «¿Qué haces aquí dentro? —preguntó Austin—. ¿Por qué no utilizas los urinarios como un niño normal? ¿Es que no eres siquiera un niño?». Como Copley no contestó, Austin le tiró del pantalón y susurró: «A ver si eres un niño». Lo que lo

salvó fue el grito de la señora Pitt desde fuera de los lavabos para preguntarles por qué tardaban tanto. Ahora, mientras Copley espera a que Austin exponga ante la señora Pitt y la clase su idea para una nueva norma, empieza a intuir que tendrá que ver con él. «Creo que sólo debería permitirse utilizar los lavabos de niños a los niños de verdad y sólo debería permitirse utilizar los lavabos de niñas a las niñas de verdad». La señora Pitt mira a Austin y escribe en la pizarra: «Niños en los lavabos de niños, niñas en los lavabos de niñas». «Sí, Austin, creo que es una norma importante», dice la señora Pitt. «¿Quiere eso decir que Copley no podrá utilizar ya el lavabo de niños?», pregunta Austin, y todos excepto Joslyn, todos, incluida la señora Pitt, se ríen. «Sencillamente tendremos que ayudar a Copley a enderezarse —dice la señora Pitt, levantando las manos para hacer callar a los alumnos—. Cuento con que todos los demás chicos lo ayudéis en eso». «Pero si ni siquiera es un niño», dice Austin. «Ya basta, Austin. ¿A quién se le ocurre otra buena norma para la clase? ¿Emily?». Copley se siente aturdido y mareado y el mundo se vuelve de color rojo. La señorita Fox cruza una mirada con él, le sonrío con expresión ceñuda y sin hablar parece decirle que lo siente. Él busca algo que decir, pero las palabras se elevan y luego se desmoronan, hundiéndose otra vez en su garganta, acumulándose los cascotes, atascándose, oxidándose. Contempla el día oscuro por entre las lamas de las persianas y apoya la cabeza en los brazos, cruzados sobre el escritorio. «Cabeza en alto, Copley. Espalda erguida. Esto no es la hora de la siesta», dice la señora Pitt, y la clase continúa.

15:25 horas: Hoy toca natación y han empezado una unidad sobre salto de trampolín. En Boston, antes de la mudanza, su profesor de natación ya le había enseñado a saltar del trampolín y lo esperaba con ilusión. En el vestuario de los niños, Austin se ha acercado furtivamente a él por detrás y le ha susurrado al oído: «Deberías estar en el otro vestuario. Es una norma de la clase. A ver qué hay aquí. ¿Eres un niño o no?». El señor Bruce ha ordenado a Austin de un grito: «Corta ya», y Copley ha podido ponerse el bañador sin que lo vieran. Ahora es su turno en el trampolín. El señor Bruce y la señorita Connie están en la piscina con los alumnos que ya han saltado. Detrás de él, en el suelo de cemento alrededor de la piscina, se encuentran sus compañeros de clase. No le da miedo tirarse. Recuerda lo que le enseñó su monitor de Boston, y sabe que es capaz de lanzarse bien. Cuando se acerca al borde del trampolín, Austin exclama desde el extremo opuesto de la piscina: «¡La niña se va a caer!». Salta, y en el momento en que sus pies se separan del trampolín, sabe que la postura no es correcta. Flexiona las rodillas, hace tijeretas con las piernas, despliega los brazos descontroladamente y ve la superficie del agua acercarse a su cara a toda velocidad.

15:28 horas: Está boca arriba en el cemento junto a la piscina, y el señor Bruce, agachado junto a él, pronuncia su nombre: «Copley, Copley, Copley, *Copley*». Está bien. Abre los ojos. Dice al señor Bruce que está bien. Oye exclamar a Austin: «¡La niña ha hecho la plancha!». Se mira a sí mismo desde un ángulo elevado del edificio y ve, por un instante, un disco rojo reluciente en el cemento bajo su cabeza.

15:55 horas: Louise espera dentro del colegio, justo al lado de la puerta, a la vez que discute con los guardias de seguridad por un papel. No es la primera vez que pasa. Copley no sabe qué pone en el papel, pero mientras se acerca, los dos hombres miran el papel y miran el carnet de conducir de Louise y después uno de ellos dice: «De acuerdo, se parece a la de la foto». Louise lo coge de la mano y los dos abren los paraguas para iniciar el camino de regreso a casa. A pie, se tarda diez minutos en llegar desde el colegio hasta la casa, atajando por River Ranch, la reserva natural de Demon Point y el bosque de detrás de su casa. A él le gusta volver por ese camino y entrar por la verja de atrás. Tiene la sensación de que es un acceso secreto, oculto, protegido de los vecinos, pese a que no ha conocido a ninguno ni sabe nada de sus vidas. Si se parecen a los alumnos y los profesores de su colegio, no quiere conocerlos.

16:30 horas: Mientras se quita el uniforme y se pone ropa seca, Louise le prepara una infusión de menta y se reúnen en el cuarto de juegos del piso superior. En lo alto de la casa piensa con más claridad y la lengua se le mueve más deprisa, con lo que consigue pronunciar las palabras antes de que se desmoronen, resbalen y se hundan. Le cuenta a Louise cómo le ha ido el día en el colegio. Ella cabecea y dice: «Ahora entiendo por qué no te hace ilusión ir. Hablaré con tus padres». «Yo podría volar si quisiera, ¿sabes?», dice él, apoyando las manos en las puertas del balcón y mirando el suelo empapado. Cortinas cenicientas y mojadas barren la tierra y las casas. «¿Qué quieres decir?», pregunta Louise. «Si lo pensara con intensidad suficiente, podría volar. No sería difícil. No peso mucho. Podría. Y además el peso no importa». Louise apoya las manos en sus hombros y lo obliga a darse la vuelta. Se arrodilla frente a él para que queden cara a cara y luego le coge las dos manos. «Quiero que me prometas —dice— que no harás nada por el estilo. Quiero que me prometas que no saltarás desde ningún sitio, en ninguna parte. Lo de volar es cosa de pájaros e insectos, no de humanos. Sé que eres un niño muy listo, Copley, y quiero que pienses en esto como si fuera un problema de matemáticas. Sencillamente la suma no sale, tu cuerpo y el aire y los sitios altos. ¿Lo entiendes?». Él asiente pero sabe que es ella quien no lo entiende. Intenta decírselo sin palabras, enseñarle la forma en que ya ha abandonado

su cuerpo, la forma en que se ve a sí mismo y a ella desde fuera de la ventana. «Vigila lo que haces», dice ella. «Ya vigilo. Siempre me vigilo».

21:22 horas: Aunque tendría que estar en la cama, ha salido sigilosamente al rellano para escuchar la conversación que se desarrolla en la cocina. Las voces de sus padres y Louise ascienden por la escalera de atrás, sus palabras llegan con tal fluidez y velocidad que sabe que así es como se supone que habla la gente.

Louise: «Lo están maltratando los demás alumnos, y la profesora».

Mamá: «Maltratando, ¿en qué sentido?».

Louise: «Con pullas, motes. Metiéndose con él, poniéndolo como ejemplo en clase».

Mamá: «¿Eso te lo ha contado él?».

Louise: «Ha estado insinuándolo desde que llegué, pero hoy lo ha sacado todo».

Papá: «¿Y tú le crees? ¿No crees que es sólo otro de sus cuentos?».

Mamá: «Nathaniel, por favor. Tranquilízate».

Papá: «Estoy muy tranquilo. Sólo que no entiendo cómo es posible que Louise se crea lo que dice un mentiroso tan hábil y consumado y no vea que no se puede confiar en nada de lo que cuenta».

Louise: «No sé por qué elegisteis ese colegio, pero yo lo sacaría de ahí cuanto antes. A tres kilómetros hay un colegio público más que aceptable, y la directora es vieja amiga mía. Allí le encontrarían plaza sin mayor problema».

Papá: «La razón por la que estudia en la academia Pinwheel es que es un centro financiado y patrocinado por mi empresa. Si no lo llevara allí, quedaría raro. Y para serte sincero, dudo mucho que EKK tuviera relación con un colegio que permite el maltrato. Somos una organización que fomenta la igualdad. Y si hubiera *verdadero* maltrato, las cámaras de seguridad lo registrarían. ¿Le has visto algún hematoma? ¿Le has visto heridas? Está perfectamente. Si de verdad estuvieran maltratándolo, lo sabríamos con sólo mirarlo».

No necesita escuchar más. No cambiará nada. Seguirá en el colegio durante el resto de su agonía y sus padres no van a salvarlo.

23:15 horas: Ha dormido durante una hora, y acaba de despertarse de un sueño que podría llamar pesadilla. Estaba botando en el extremo del trampolín, pero no quería saltar porque Austin y Ethan, abajo en el agua, decían a gritos: «La niña se va a caer». Saltaba en el aire, daba una voltereta y entraba en el agua con una zambullida perfecta. Cuando subía hacia la superficie, los otros niños lo empujaban hacia abajo y le hundían la cabeza en el agua, y se quedaba sin aire. Y entonces, cuando sentía que se iba a morir, unas manos más grandes lo agarraban por la cintura y lo apartaban, tirando de él hacia abajo, a más profundidad, y luego hacia arriba, hacia atrás, hasta

sacarlo de la piscina a rastras. Aspiraba aire, escupía, se sacudía el agua de los oídos y se revolvía entre las manos que lo habían salvado hasta ver la cara de su rescatador. Era el hombre de la calle, de su sótano, el gigante que lo cogió en brazos en el jardín y volvió a llevarlo a su casa.

00:30 horas: Todos se han ido a la cama, no se ve luz por la rendija de debajo de las puertas. Aunque sabe que debería tenerle miedo a lo que sea que acecha detrás de la pared de la despensa, baja de puntillas por la escalera de atrás, cruza la cocina y entra en el sótano. Al fondo de la despensa, se agacha, se arrastra bajo el estante y llama a la pequeña puerta que sabe que hay ahí, aunque no ve ni bisagras ni nada que lo demuestre. Golpetea la madera suavemente con los nudillos a la vez que susurra: «Ayúdeme. Por favor, ayúdeme. Ayúdeme».

\* \* \*

—¿Por qué te pones de su lado una y otra vez? —pregunta a su mujer.

Recién salida de la ducha, todavía mojada, está secándose la cabeza con una toalla. Julia siempre ha estado delgada, pero en el último mes se la ve aún más flaca. Se le marcan las costillas, el nudo del esternón, los arcos de las clavículas. Observando su cuerpo, uno nunca diría que ha dado a luz. La toalla le cuelga ante la cara cuando él le hace la pregunta. Ella la aparta bruscamente y lo mira, sus ojos oscuros y hundidos entre los pómulos y las cejas.

—¿De qué hablas, Nathaniel?

—¿Por qué siempre te pones del lado de Copley?

—No sé a qué te refieres —contesta ella—. ¿Es que aquí hay bandos? Yo no me pongo del lado de Copley.

—Siempre que discutimos te pones de su lado. Él siempre tiene la razón.

Julia sale del baño, rozándolo al pasar junto a él, y desliza una por una las perchas de su parte del armario. Sería fácil meterla dentro de un empujón y cerrar la puerta; así entendería que él habla muy en serio.

—A mí no me metas entre tú y él, Nathaniel. Si tienes algún problema con Copley, conviene que lo resuelvas por tu cuenta.

—Hablas como mi madre.

—Eso no es justo. No tienes derecho a decir una cosa así.

Se pone un sujetador y unas bragas, se enfunda un pantalón negro e introduce los brazos por las aberturas de su blusa *beige*. Toda la ropa le va grande. Nathaniel está seguro de que antes le quedaba más ajustada.

—Hablas *exactamente* como mi madre. ¿No dicen tus libros que los padres deben estar unidos? Tú intentas ser amiga del niño cuando él no necesita una amiga; necesita autoridad.

—Sí necesita una amiga, Nathaniel. Por si no te has dado cuenta, no tiene ningún amigo. No hemos hecho nada por conocer a nuestros vecinos. Me pidió que invitara a alguien y ni siquiera lo he ayudado en eso, así que no me digas que me pongo del lado de nuestro hijo en contra de ti. Esto no es una competición.

—Siempre le dejas salirse con la suya, Julia. Ese niño podría entrar aquí ahora mismo, darme un puñetazo en el estómago, y no harías nada. Me echarías a mí la culpa.

—Pero ¿qué mosca te ha picado?

—Sois como un equipo, tú y él y Louise, los tres confabulados para dirigir esta casa. No sé por qué la contratamos.

—Fue idea tuya, Nathaniel. Y pienso que fue buena idea. Admito que al principio lo vi con escepticismo, pero hasta el momento la presencia de Louise ha hecho mucho bien a Copley. Aunque él ha seguido con sus fantasías en casa, al menos no ha habido más problemas en el colegio. Se lo ve menos alterado, ¿no te parece?

—Yo no estoy tan convencido...

—¿Ha vuelto a hablar con esa voz rara?

—Pues... no, creo que no. Pero eso tiene más que ver con la medicación que con cualquier otra cosa. Estoy hablando de relaciones, Julia, y cuando se trata de relaciones, los tres formáis una pequeña unidad muy hermética, todos unidos contra mí, porque soy yo quien intenta imponer orden y disciplina y normas. Louise siempre anda diciéndome que el niño necesita más libertad. No debería haber contratado a esa mujer.

—¿Y por qué la contrataste?

—¡Porque no había nadie más!

Está a punto de decir: *porque te niegas a quedarte en casa y cuidar de nuestro hijo*, aunque de hecho no es eso lo que piensa. No puede explicar a Julia que contrató a Louise Washington en el acto porque, al verla sentada en la cocina, desposeída, expulsada de su casa por agentes de su propia empresa, se acordó de una mujer de su pasado a quien casi había olvidado, la negra que fue su niñera durante un breve periodo cuando su madre se fue a estudiar a Londres durante seis meses. Por aquel entonces él tenía sólo seis años, y recuerda que la llamaba Mozelle, aunque más adelante, cuando se lo preguntó a su hermano Matthew, este insistió en que la mujer se llamaba Maisie. Louise le recordó de inmediato a Maisie o Mozelle, su presencia callada y desafiante, y cómo lo abrazaba, diciéndole que era muy menudo para su edad. «Como el chiquitín ese —la oye decir—, ese chiquitín regordete que huye de la bruja mala». Mirando a Louise, viendo a Mozelle, también había visto la sombra de su propia culpabilidad, su complicidad y vinculación con una empresa capaz de desahuciar a una anciana cuya única atrocidad era querer permanecer en su casa: eso era lo máximo que podía explicar a Julia. Cuando se enteró de que Louise ocupaba la casa, dio por supuesto que era un claro caso de intrusión en propiedad privada, nada más. La verdad, cuando la supo por la propia Louise, tuvo un efecto tan devastador

en él que no vio más posibilidad que ofrecerle ayuda de la única manera que le pareció justa.

Con el paso de las semanas, y conforme conoce mejor a Louise, conforme ve su actitud callada y acechante, su manera de subir y bajar sigilosamente por las escaleras, la de delante y la de detrás, esa forma suya de aparecer de repente en una habitación sin previo aviso, recuerda otro elemento de la relación entre Maisie-Mozelle y su familia. La mujer tenía un hermano o un marido, o al menos un pariente varón, que a veces iba a recogerla cuando regresaba a su propia casa los fines de semana. La primera vez que ese familiar fue a buscarla, el timbre debía de estar averiado, porque el hombre, que vestía un pantalón con peto de color marrón oscuro y llevaba el tupido pelo en un peinado afro esférico, rodeó la casa y apareció por el jardín trasero, brincando a través de la nieve profunda de enero, donde llamó furiosamente a la ventana para que lo dejaran entrar.

—Pues ahora la tenemos aquí, Nathaniel, y por lo que a mí se refiere, va a quedarse, mientras ella quiera —dice Julia, y abandonando la habitación, cierra la puerta. No ha sido un portazo, pero tampoco ha carecido de inflexión.

Mientras Nathaniel se viste a solas en el dormitorio, piensa que quizá el hombre que, según recuerda, se acercó a la casa de Cambridge a través de la nieve una tarde de enero los visitó otra vez, en otro momento, regresando a un lugar donde no se lo quería. Recuerda una noche de verano cuando Maisie-Mozelle ya no trabajaba para ellos. Nathaniel y su hermano estaban a ambos lados de la larga mesa del comedor, sus padres en los extremos opuestos, a la luz de unas velas azules. No habían corrido aún las cortinas, y comían en silencio, contemplando el jardín en el crepúsculo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Su padre se volvió hacia su madre y preguntó:

—¿Esperas a alguien, Ruth?

—Mi último paciente anuló la visita.

Arthur Noailles dejó la servilleta en la mesa, se puso en pie y fue a abrir. Recuerda que su padre reaccionó con sorpresa, vacilante, y a continuación Nathaniel y su hermano y su madre escucharon en silencio mientras una discusión subía de tono y al final culminaba con los gritos de su padre, que decía: «¡Nunca prometimos a Mozelle un empleo fijo! ¡Siempre quedó claro que sería temporal! ¡Señor mío, no tiene usted derecho a molestar a mi familia!».

Se oyó algo parecido a un forcejeo, y recuerda —o quizá imagina— que la otra voz exclamó: «¡Pero mi mujer necesita ese trabajo! No puede contratar a una persona y hacerle pensar que va a trabajar para usted eternamente, y luego echarla al cabo de seis meses. Eso no está bien, le aseguro que no está bien».

Se oyó un portazo. Su padre regresó y se sentó a la mesa, se puso la servilleta en el regazo, y el timbre empezó a sonar.

—El señor Mozelle, deduzco —dijo su madre.

—El mismo —respondió su padre. El timbre sonó durante al menos cinco

minutos y finalmente el sonido se interrumpió, de repente, y sus padres exhalaban ambos un suspiro. Cuando su madre se levantaba para recoger la mesa, Nathaniel vio al hombre en el jardín trasero, iluminado de pronto por la luz del porche con sensor de movimiento: avanzó hacia la casa, se acercó a las ventanas del comedor y las aporreó con furia hasta que el cristal se rajó e hilillos de sangre se extendieron por él.

En la cocina del número 2001 de Abigail Avenue, todos hablan a la vez:

«¿Llevas los deberes?», pregunta Julia.		«Los tengo en la mochila», contesta Copley.	«Lo tenemos todo bajo control. ¿Quieres otra tostada, Copley?», pregunta Louise.
	«¿Dónde están mis llaves?», pregunta Nathaniel.	«Sí, por favor».	
«Están en el <i>hall</i> ».	«Te ruego que no lo llames " <i>hall</i> "».	«¿Puedo invitar a Joslyn a jugar en casa?».	«Creo que las vi en el recibidor, Nathaniel».
«¿Por qué no debo llamarlo <i>hall</i> ?».	«Porque es un barbarismo espantoso que no quiere decir nada. No grites, Copley».	«¿PUEDO INVITAR A JOSLYN A JUGAR EN CASA?».	«Tendrás que preguntárselo a tu madre».
«Sí, Copley, pídele a Joslyn su número de teléfono para que pueda llamar a su madre».	«¿Estás dando por supuesto que sólo tiene madre?».	«Pero no me estabais escuchando».	«¿Lo has oído?».
«¿Por qué no iba a tener madre?».	«Y el padre ¿qué?».	«Si he oído ¿qué?».	«No sé, pero me ha parecido oír algo abajo».
«Sólo son los ordenadores, Louise. Los he dejado encendidos».	«Contéstame, Julia. ¿Por qué la niña no habría de tener un padre? Estás dando por supuesto que es hija de una madre soltera sólo por su...».	«También tiene padre. Es radiólogo».	«Menuda palabreja». «Otra vez ese ruido».
«No sigas por ese camino, Nathaniel».		«No. Sí. ¿Qué es?».	«¿Lo habéis oído?».
	«¿Y podrías explicarme, Louise, por qué Copley		

	tiene que pedir a su madre, y no a su padre, permiso para concertar una cita con una amiga?».		
«No digas tonterías, Nathaniel. La agenda de Copley la organizamos Louise y yo».		«No es una <i>cita</i> . Sólo viene a <i>jugar</i> . No se parece en nada a una cita. No es que vayamos a salir juntos. ¿Qué agenda tengo yo? Sólo voy al colegio y al médico».	«Perdona, Nathaniel, no pretendía insinuar nada. Julia, ¿has firmado la autorización para la excursión?».
«Sí, ya está en su mochila, Louise, gracias por acordarte».	«Esta es exactamente la tríada de solidaridad de la que vengo hablándote, Julia. Deja ya lo del hombre, Copley».	«Es el hombre».	«Ese ruido no parece de los ordenadores».
«Nathaniel, tienes una actitud totalmente irracional, y en todo caso esto no es una conversación que debamos mantener ahora, y menos <i>devant l'enfant</i> ».	«Ya estoy harto. Me voy a la oficina. Hablaremos de esto por la noche. ¡Adiós!».	¿Qué es una tríada?  «Sé lo que quiere decir eso. El año pasado en el Colegio del Laboratorio cantamos <i>Il est né le divin enfant</i> . Sé que hablas de mí».	«Que tengas un buen día, Nathaniel. No te dejes el paraguas».
¡Nathaniel!  ¡No des un portazo!		Sé que hablabas de mí.	

La reunión de Alexander Reveley con los directivos del Departamento de Seguridad y Centros Correccionales se anuncia sólo media hora antes de celebrarse. El director general de EKK y heredero del fundador de la división sudafricana está sentado en el extremo de la larga mesa de juntas negra, vestido de negro, con el cabello negro y unas cejas que forman una uve apuntada hacia la nariz, semejante al pico que forma el nacimiento del pelo entre las entradas. Está muy bronceado y lleva un voluminoso reloj de oro muy por encima de la muñeca, a un tercio del brazo. Mientras se va llenando la sala, Reveley se mueve nerviosamente, cruzando primero la pierna izquierda sobre la derecha, luego la derecha sobre la izquierda, sentándose en el borde del asiento, desplazando la silla hacia atrás y hacia delante, hojeando sus notas, encogiéndose en sí mismo, doblándose sobre la mesa y estallando en un espasmo de movimiento repentino, sacudiendo las piernas con las puntas de los pies en el suelo. Nathaniel lo mira y piensa en una araña de largas patas reaccionando a estímulos eléctricos.

Cuando todos los asientos en torno a la mesa están ocupados, Reveley empieza a hablar, pero a lo largo de la hora posterior, no cruza ni una sola mirada con ninguno de sus ejecutivos.

—Lo que quiero esbozar aquí es una topografía del futuro paisaje de la seguridad. Ya no existirá la privacidad en tanto que privacidad. Ahora lo privado es público: en interés de la seguridad, debe dejarse claro que lo privado está dentro del ámbito de lo público, siempre visible para lo público en tanto que público, lo público constituido en su estrato primario por los gobiernos, las corporaciones y las entidades de seguridad-vigilancia, y en un estrato secundario por los ciudadanos de a pie. Por debajo de lo cual hay una membrana permeable que divide lo público de las no-personas, los despojados de derechos, los despojados de derechos en tanto que delincuentes, los exciudadanos sin voto, apartados de la actividad política, que se abrogan la ciudadanía a través de la delincuencia, excluyéndose de la libertad protectora de la condición pública para acabar en la total restricción de lo carcelario. La casa en tanto que hogar no es ya un espacio privado. La única privacidad que queda debe ser por consiguiente la privacidad de los gobiernos y las corporaciones por el bien de lo público, para la seguridad de lo público, para la seguridad de lo público en tanto que ciudadano provisto de derechos que lleva una vida transparente.

Se le cae la cartera del bolsillo. La mira, toma nota de su lugar en el suelo, pero sigue hablando sin interrupción. Más tarde, cae del mismo bolsillo un encendedor de oro, pero en esta ocasión no parece darse cuenta de la pérdida ocurrida. Mientras habla, sus ojos horadan la mesa, sus penetrantes pupilas negras están más en contacto con el mueble que con su público. Es difícil saber si está nervioso o simplemente ajeno a todo, aunque le tiemblan las manos cuando pasa las hojas. En un momento dado pierde el hilo, se queda en silencio, pasa varios minutos intentando encontrarlo otra vez. Nathaniel no tiene claro si el jefe de su empresa es un descerebrado o un genio.

Al final de la hora, Reveley deja su texto y, sin mirar a nadie en la sala, abre la ronda de preguntas. Maureen levanta la mano, y Alex asiente en dirección a ella.

—Gracias, Alex, por la extraordinaria y esclarecedora visión de cómo entiendes el paisaje en continuo cambio de la seguridad en tanto que vigilancia. Me pregunto si podrías transmitir a todos los demás cómo se manifiesta eso, desde tu punto de vista, en una esfera determinada... pongamos... la gama de productos relacionados con la seguridad doméstica, por ejemplo.

—¿Acaso no ha quedado claro? —pregunta.

—Creo que una explicación un poco más elaborada sería útil para aquellos que no cuentan con tu amplia comprensión del tema.

—¿En qué consiste nuestro negocio? Si mis directivos no cuentan con una amplia comprensión del tema, apaga y vámonos —dice—. Ya podéis retiraros a vuestras urbanizaciones, a resguardo tras las verjas cerradas, y dejar que verdaderos profesionales ocupen vuestros puestos, ¿no os parece?

—Es que lo que propones es tan visionario —dice Maureen con voz trémula— que temo que algunos de nuestros colaboradores más nuevos y más jóvenes no hayan entendido plenamente los puntos más sutiles de tu propuesta.

—Ah, de acuerdo —dice él, rascándose el cuello—. *Ja*, vale, bien. ¡De acuerdo! Allá va. La verdad es que es muy sencillo. En cuanto empresa, nuestra misión es la transparencia a nivel mundial de las capas segunda y tercera, o sea lo público formado por el ciudadano de a pie y la población encarcelada compuesta de exciudadanos. La única capa que conserva la privacidad, y eso ha de ser así en interés de la estabilidad mundial, es la superior, constituida por los gobiernos y las corporaciones, que cada vez serán más indiferenciables. Así que la transparencia total de la segunda capa, por ejemplo, Maureen, empieza con algo que viene a ser la vigilancia del individuo, o el hogar. Las alarmas antirrobo son herramientas infraaprovechadas. Los sensores de movimiento pueden informar a la infraestructura de seguridad mundial... en otras palabras, la primera capa... sólo hasta cierto punto acerca de lo que está ocurriendo en determinado espacio doméstico o comercial, ¿no es así?

Un murmullo de asentimiento cauto se eleva en torno a la mesa.

—Imaginad que unimos sensores de movimiento a una tecnología óptica de vigilancia, de modo que la técnica de un sistema de seguridad determinado sirva no sólo para detectar a intrusos, sino también, y no exclusivamente, para supervisar la salud y el bienestar de los ciudadanos a quienes debe proteger dicho sistema. Así pues, si se dispone de audio y videovigilancia en el hogar, pasa a ser posible un análisis holístico de la salud, el ambiente, el gasto, la energía y el consumo de alimentos, las pautas de sueño, las pautas de trabajo, la preferencia de marcas, la distribución del tiempo, la actividad interpersonal, la higiene, la nutrición, etcétera, en el ámbito doméstico, además del más tradicional armazón de la protección de la propiedad y la integridad física ante posibles daños externos. ¿Cómo podemos dar por supuesto que la amenaza surge siempre en la periferia de los hogares? Ese es el centro de este replanteamiento de la arquitectura y el entorno de la seguridad, sumado a la convicción de que la gente deseará los beneficios de los sistemas de seguridad que los ayuden a llevar vidas mejores, más saludables, más seguras y más productivas, en las que vean su propio lugar en el sistema, en las que quizá incluso puedan comparar sus hábitos con los de sus vecinos, o una familia de Springfield pueda comparar su vida con la de una familia de Bangalore o Pekín o Johannesburgo, en tiempo real, de una manera totalmente visible, con la de cualquier otra persona del mundo. Ese es el futuro de la seguridad.

Nathaniel ha tomado notas durante toda la exposición de Reveley; al final, cuando todo queda claro, se siente aturdido, embriagado por el panorama expuesto. *Sin duda* es así cómo debería ser el futuro: no sólo supervisarían la seguridad gobiernos y corporaciones privadas, sino que cualquiera, en cualquier parte, controlaría a sus vecinos, amigos, allegados, pares e incluso desconocidos, para comprobar que todo el

mundo vive de manera responsable, en todo momento, dormido o despierto.

Después de la reunión, Maureen conduce a Reveley hacia Nathaniel. De cerca, este ve que no hay división visible entre las pupilas y los iris del director general, o más bien que las pupilas están totalmente dilatadas, con lo que desaparecen los iris. Sea cual sea la causa, el efecto es como mirar hacia el interior de un túnel y encontrar en el fondo el propio reflejo.

—Alex —dice Maureen—, te presento a Nate Noailles, que se ha incorporado recientemente a la sede procedente de la oficina de Boston. Está realizando una labor magnífica en la rehabilitación penitenciaria. Avanza muy deprisa. Con grandes resultados.

Reveley tiene la piel tan tirante que sus poros son invisibles, y su edad imposible de adivinar, aunque parece probable que esté entre los treinta y cinco y cincuenta y cinco.

—Claro, Nate. Maureen no deja de hablar de ti. Excelente trabajo. Tenemos el ojo puesto en un cargo en Suiza para ti. Consigue avances aquí, y el cargo es tuyo. Vicepresidente de Rehabilitación Global. Ahí es donde te veo.

Nathaniel estrecha la mano a Reveley, recurre a su tono más resplandeciente y da las gracias a Alex «por la oportunidad de hacer un trabajo tan apasionante y vital».

—Somos nosotros quienes te estamos agradecidos a ti, Nathaniel. Necesitamos ejecutivos responsables, personas que entiendan que la manera en que viven su vida personal, en casa, es un reflejo del trabajo que hacen en la corporación, y fuera en el mundo. Creo que tú eso ya lo entiendes. Sólo con mirarte veo —dice Reveley, ensanchándose aún más en apariencia sus pupilas, ocultando incluso el blanco de los ojos— que estás en total sintonía con los objetivos de esta organización, con nuestra manera de ver nuestro futuro lugar en el mundo.

—Sí, Alex, eso es muy cierto. Estoy totalmente subido al carro —asegura Nathaniel, dudando que Julia contemplara siquiera un traslado a Suiza.

—Podríamos ofrecerle un puesto también a tu mujer, ¿sabes? Necesitamos científicos de alto nivel, personas capaces de activar la clase de avances tecnológicos necesarios para hacer realidad las posibilidades de vigilancia que aún no hemos descubierto —dice Reveley con un gesto de asentimiento y una mirada hipnótica en sus ojos negros.

—No dejaré de mencionárselo. Es una gran científica. Lleva a cabo un trabajo asombroso. Aunque en términos generales no guarda relación con la vigilancia. Le interesa más la tecnología asistencial, dirigida a los discapacitados y los ancianos.

—¿Qué podría ser más asistencial que la supervisión doméstica? Lo que digo, Nate, es que estaría bien teneros a ti y a tu mujer subidos al carro. Somos una empresa familiar. Nos gusta contar con familias implicadas en todos los escalafones, desde el más alto hasta el más bajo. No es sólo una cuestión de filosofía de empresa, sino también de seguridad corporativa. Nos encantaría que Nathaniel y Julia y Copley Noailles fueran una familia de la empresa EKK. Os queremos a todos implicados, así

que sigamos en contacto —dice, y vuelve a deslizar su mano tersa en la de Nathaniel.

Nathaniel recuerda aquel momento en el despacho de Maureen, cuando ella le recorrió la pierna con la mano, cuando él se abstuvo de responder a lo que pareció una incitación sexual. Quizá ese momento estaba concebido para calibrar qué clase de hombre podía ser, prueba que indudablemente superó. Es consciente de que sólo hace unos meses, si hubiese descubierto que la empresa sabía la mitad de lo que aparentemente sabe sobre su familia, le habría sorprendido, quizá incluso alarmado. Y sin embargo ahora, en un cargo elevado en la sede nacional, con la reluciente promesa de ascenso a alturas aún mayores, el sentimiento que se impone a todos los demás es que debe buscar una manera de meter en vereda a su familia.

\* \* \*

Las aguas han crecido, o caído, caído para crecer, acumuladas en los cauces a causa de las precipitaciones otoñales, colmados los ríos al límite de su capacidad por las aguas que bajan desde las altitudes mayores del oeste, que avanzan sinuosamente a través de fronteras, líneas divisorias entre estados, vertientes, un aluvión de aguas blancas, aguas luego marrones por efecto del cieno arrastrado a lo largo de su curso, ríos rebosantes, venas grandes y lodosas de hipertensión, coaguladas y a medio atascarse, desbordadas en diezmos de tierra, abriéndose paso, inundando los condados de las zonas bajas, los fértiles campos de labranza llanos como tablas, la tierra viva y oscura; todo ello vuelve a elevarse, a crecer.

Con Copley junto a la ventana de su cuarto de juego en lo alto de la casa, contemplamos el vecindario mientras el agua de una gotera cae en un gran cubo de plástico que debo acordarme de vaciar cada tantas horas a lo largo del día. Al convertirme en profesora particular, también me he convertido en sirvienta. Otras goteras y cubos resuenan en los dormitorios y todas las habitaciones de la planta baja, la casa entera un colador vuelto del revés, entrando el exterior a través de incontables grietas y fisuras, corriendo el agua por ángulos y juntas, blanquecina por efecto del polvo de escayola y el pladur, lechosa a causa del yeso. Un cuervo se posa en la barandilla del balcón, se sacude, despliega las alas, nos mira y agacha la cabeza, emite un sonido semejante a un maullido, riéndose.

Recuerdo otras inundaciones anteriores, la forma en que crecía el cauce de nuestro arroyo y se desbordaba por los campos cultivados, pero nunca ha habido tal volumen de agua. La calle está seca, pero en la acera de enfrente los cimientos abandonados se han convertido en traicioneras albercas para las criaturas salvajes del bosque, y las casas situadas al oeste, en el punto más bajo de la finca, han visto el agua lamer sus puertas, anegar sus sótanos. No hay puentes levadizos que bajar, no hay más manera de salir que vadear o ir en barca. La gente de esas casas se ha marchado ya, evacuada, mientras estos habitantes del bosque resisten, descansan tranquilos en su colina, poniendo sacos de arena en torno a la parte delantera, dejando

libre sólo el camino de acceso.

—Aguantaremos hasta el final —dijo Nathaniel, observando las casas abandonadas, las cajas rojas de las alarmas destellando todavía, hasta que un cortocircuito las deje desprotegidas.

Negué con la cabeza, lo previne:

—A veces el agua no espera. He visto otras inundaciones, pero nunca una como esta. Nunca tan rápida, nunca tan extendida.

Tengo una maleta preparada, dispuesta a marcharme en cuanto oiga que el agua cruza la calle, a sabiendas de que puedo escapar por la verja trasera hacia terreno más elevado en el bosque y seguir por lo alto hasta Demon Point, esperar allí hasta que las aguas retrocedan o entregarme a ellas, permitiendo que todo lo que he invocado me consuma.

Después de ese primer encuentro, en que Copley tendió la mano para darme la bienvenida, sus padres le pidieron que me enseñara la casa. Me llevó de habitación en habitación, dando nombre a los espacios: «el salón», «la salita», «el comedor», «la habitación de mis padres», «mi habitación», «el cuarto de juego». Señaló el sótano desde lo alto de la escalera en la cocina, como si no quisiese bajar hacia su apagado resplandor ebúrneo.

Soy la responsable de administrarle la medicación en el desayuno y la cena, y no me cabe duda de que las pastillas están volviéndolo retraído, adusto, aplatanándolo, envolviendo sus movimientos en muselina densamente tejida y muy almidonada. Anoche me pareció oír un ruido en su habitación, pero cuando me acerqué a mirar, dormía profundamente, su cuerpo tan rígido como el de un muerto; incluso parecía tener los ojos fraguados a temperatura de alto horno.

El día de mi llegada —un día que fue, para mí, también de despedida final—, me prepararon una habitación junto a la de Copley, una habitación que, como todas las demás, me produce la sensación de que estoy atrapada dentro de un huevo al que se ha dado forma cuadrada y que se ha vaciado, provisto de ventanas y puertas, un huevo entre otros varios donde una nidada de personas espera a salir del cascarón de su confinamiento colectivo. No hay ningún sitio adonde ir con semejante aguacero, ninguna manera de desplazarse salvo en el coche, que, pese a sus promesas, no tengo a mi disposición. Desde el principio, a horas imprevisibles durante el tiempo del día que paso a solas, he oído ruidos cuyo origen no logro localizar: sonidos de construcción lejana, portazos, movimiento de agua. Al día siguiente de mi llegada, Copley, susurrando a pesar de que estábamos los dos solos en casa, me dijo:

—Aquí pasan cosas.

—¿Qué cosas?

—Los muebles se mueven.

Sentí que se me erizaba el vello en la nuca.

—¿Cómo que se *mueven*?

—Por la noche. Nos vamos a la cama y todo está normal, y cuando nos

levantamos, ya no lo está.

—¿Fantasmas?

—No —contestó Copley—. Mis padres creen que soy yo. Pero no soy yo. Es él.

—¿Quién?

—El hombre del sótano.

Lo primero que pensé era que se trataba de Krovik, pero sabía que eso no era posible. He ido a mirar yo misma. Bajé una noche mientras Julia trabajaba, encorvada sobre las extrañas herramientas y extremidades metálicas, un estuche lleno de ojos de cristal. «Lo ves, la pupila es una cámara. No tiene por qué parecerse a un ojo —explicó—, pero así la interacción es menos alienante». Me pregunto si el niño se lo inventa todo para ocultar su delito, si ve los componentes del trabajo de su madre como un hombre con movimiento y capacidad de actuar. O tal vez el niño esté pensando en sustituciones: un hombre de fantasía en el sótano en lugar del otro único hombre de la casa: su padre.

Cuando lo vi esa noche, observé a Nathaniel Noailles sentado ante su ordenador en el despacho creado en el único dormitorio sobrante, tarareando y suspirando ante su trabajo, el vaivén y la rotación de su silla, la rabia en sus hombros, y me pregunté si ese hombre estaba del todo presente. A la mañana siguiente agucé el oído por si se percibía un acorde desafinado en la música de su voz, miré a ver si el equilibrio en el color de sus ojos y su piel y su pelo delataba una inestabilidad más profunda, si cabía la posibilidad de imaginarlo andando furtivamente de aquí para allá por las noches, desplazando sofás, echando al niño la culpa de sus tretas. Me consta que no quiere vivir aquí, que cree que no deberían haberse marchado de Boston, y busca la manera de forzar el regreso.

Como dijo Copley, aquí, en efecto, han empezado a pasar cosas. Una mañana encontré abierto el grifo del fregadero de la cocina y todos los quemadores del fogón al rojo vivo; otro día, las puertas del congelador y el frigorífico estaban abiertas. Un día fuimos de compras —los cuatro, un viernes a última hora de la tarde, como si una visita al centro comercial fuera una actividad de ocio—, y a la mañana siguiente desaparecieron dos barras de pan, toda la leche había sido derramada en el fregadero, y los tetrabriks goteaban en el suelo desde la encimera. Después de eso, Nathaniel me llevó aparte.

—Copley ha estado teniendo algún que otro problema. Por eso está bajo medicación. Por eso va al médico. Intentamos resolverlo.

Miré a Nathaniel a los ojos, la piel blanda en torno a ellos, escrutando su rostro en busca de engaño.

—Él me dice que no ha hecho nada de todo eso.

—Tiene problemas con la verdad. Con la realidad y la fantasía. El doctor Phaedrus...

—Yo creo a Copley, Nathaniel. Tu hijo no es un mentiroso.

Me miró como si no me entendiera.

Cada día voy a recoger a Copley al colegio bajo la lluvia. Cada día los vigilantes de EKK que hay en la academia Pinwheel me piden que me identifique y que les enseñe la carta de Julia y Nathaniel en la que se confirma que estoy autorizada a acompañar a su hijo del colegio a casa. Cada día Copley me habla menos, parece más retraído, no tan comunicativo. Me coge de la mano pero despega los labios sólo cuando yo le pregunto algo. Al volver del colegio cruzamos River Ranch, a veces tomamos por Poplar Road, pasamos por delante de la tumba de mi casa, interrumpida la obra urbana a causa de la lluvia, y subimos por Abigail Avenue. Solos en la casa, le preparo una merienda y le leo. Le gusta la fantasía y el terror. Hemos acabado *El retorno del rey* y ahora me pide *Frankenstein*. Me preocupa que no tenga edad para ese libro, pero escucha y no se duerme ni se revuelve, y al cabo de una hora de lectura, se pone a hacer sus deberes antes de la cena. Nunca se queja. Nunca tiene pataletas. A diario hace sus tareas, las repasa, me las enseña y, si tiene alguna dificultad, cosa que casi nunca ocurre, procuro encaminarlo en la dirección correcta sin darle las respuestas. Los errores los comete más por las prisas que por desconocimiento. Si le señalo que hay una equivocación, casi siempre es capaz de localizarla y corregirla él solo. En cuatro décadas de enseñanza, recuerdo sólo uno o dos niños tan listos como Copley Noailles.

Entre semana le preparo a diario la cena y le doy su medicación. Lo miro a él y miro las pastillas, y él me mira a mí. Le dirijo una sonrisa que espero que comunique más de lo que creo que puedo decir: estoy dándote este veneno porque no me queda más remedio, pero sé que te hace daño. Él asiente, coge las pastillas y se las traga.

Estos últimos días, las perturbaciones nocturnas han sido más agudas: sillas del comedor empujadas contra la pared, ventanas abiertas y charcos de lluvia dentro, cortinas y persianas arrancadas y hechas pedazos, alfombras enrolladas y metidas en la nevera, todas las puertas de los armarios de la cocina abiertas, la televisión encendida, el aparato estéreo sintonizado en interferencia estática, los cuadros bajados y los cristales de todos los marcos hechos añicos.

—Ya ha hecho estas cosas antes —dice Nathaniel—, esto de los muebles. Es un niño imaginativo. Deberíamos haberte prevenido. Tengo la sensación de que te hemos atraído con engaños a este verdadero horror. Esa impresión empiezo a tener yo. Por eso paso tanto tiempo en el trabajo, Louise. *Mi vida en casa es un verdadero horror. ¿Lo entiendes?* —Habla con voz aguda y tensa y los ojos salidos de las órbitas a la vez que me apunta a la cara con el mentón.

Cabeceo y doy un paso atrás, intentando desentrañar qué puede estar pasando.

—Puedo marcharme cuando quiera. Y si la situación me desborda, me marcharé, Nathaniel. Pero de momento no creo que Copley esté haciendo nada de esto.

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué quiero decir, pero no creo que un niño como Copley sea capaz de hacer ni la mitad de las cosas que crees que hace.

Cuando tienen lugar estas conversaciones, Julia se desentiende, abandonando la habitación o sencillamente negándose a hablar, como si también ella dudara que su hijo es un demonio nocturno acechando a su familia.

Cada mañana al despertar me preparo para una nueva atrocidad. El vandalismo se había restringido a la planta baja hasta ayer, cuando, al despertar, encontré el contenido del armario de ropa blanca vaciado en el pasillo del piso de arriba y esparcido por la escalera de delante, las sábanas y las toallas anudadas en una larga cuerda, que en un extremo formaba lo que sólo puedo describir como una lazada. Copley sería incapaz de hacer eso. Las telas estaban atadas con demasiada pericia, la lazada nítidamente formada: un nudo operativo que se deslizaba como una soga y se mantenía firme al tirar. Por un momento pensé en guardarlo todo, desatar y doblar las sábanas antes de que alguien más subiera, pero de pronto decidí que *debían* verlo... o al menos si lo veía Julia, ella lo entendería. Nathaniel me contó que de niño salía en barco con su padre en Cape Cod. Él sabe hacer nudos.

Cuando vuelva a salir el sol, si es que sale, esta casa será cegadora, sus superficies blancas reflejarán la luz contra nuestras caras. Julia insiste en que nos descalcemos siempre al entrar en casa, para mantener blancos los suelos. Viene una mujer a limpiar una vez por semana. Acopla los tubos al sistema aspirador central, una toma en cada habitación, restriega cualquier mancha o rozadura, quita el polvo, limpia las huellas de los espejos y armarios, lo dispone todo en un orden perfecto. La mujer de la limpieza no habla inglés, y no sé de dónde es, si habla español o ruso o inuit, árabe o urdu o kazajo. Trabaja para una empresa que envía personal de limpieza por toda la ciudad, una tribu de mujeres conocidas por su silencio y eficiencia, por su pantalón blanco y blusón rojo y sus coches a juego. Después de la primera semana, renuncio a dar conversación, permitiendo a la mujer, que se llama Di, ocuparse de lo suyo y acabar el trabajo. No se la ve feliz. Quiere llegar, trabajar, comerse un sándwich a media mañana, llegar a casa a las cinco, volver el viernes siguiente, y repetir el proceso, tal como debe de repetirlo en otras casas otros días de la semana. Procuero sonreírle, pero ella no me devuelve la sonrisa. Hoy le ofrezco un trozo de pan de calabaza que preparé para Copley, pero la mujer cabecea, dice: «Permiso de residencia. Ganar lotería», y sigue con su trabajo, remetiéndose el pelo rubio artificial en el gorro azul de algodón. La próxima vez no hablaremos, ni siquiera nos dirigiremos un gesto en reconocimiento mutuo de nuestra presencia. Debo ocuparme de Copley y nada más. El niño requiere toda la atención que pueda concederle. No porque haga nada malo. No hay nada malo en él salvo los efectos que puedan causarle las pastillas que debo administrarle.

Invoco a mi madre pero ya no me habla. Mi gente se ha sumergido a gran profundidad, para esperar el fin de esta era. Me muevo en silencio, y sólo mi propia voz acompaña mis pensamientos. Vivir en esta casa ha cambiado mi manera de pensar, que ahora es más fría, más severa, helada, mientras que una corriente más cálida fluye en algún lugar muy profundo y todavía vivo: tengo que pensar así para permanecer alerta, para permanecer viva, para velar por el niño. Intento dormir con sueño ligero, aguzando el oído en busca de ruidos, pero quienquiera o lo que quiera que esté aterrorizando esta casa, lo hace de tal modo que nunca me despierta. He intentado permanecer despierta, sentada en la silla de mi habitación, leyendo un libro, reescribiendo mi relato sobre los antepasados Freeman y el señor Wright, pero siempre flaqueo, los párpados me pesan, la columna, flácida, languidece como una flor marchita. En el interior redondeado de mi dormitorio tengo un sueño recurrente: me extraen sangre, me conectan tubos a los brazos, tubos que serpentean por el suelo y salen de la habitación por el sistema aspirador central, tubos que desaparecen por la abertura situada justo encima del punto donde la pared se curva hacia el suelo.

Copley me dice que la casa no era así cuando se instalaron: «Era como las casas de los demás. Mis padres querían que se pareciera a nuestro apartamento de Boston. Cuando sueño que estoy en casa, estoy todavía en el apartamento. Y entonces me despierto aquí». Es invariablemente educado, reservado, comedido, todos sus procesos y emociones ocultos detrás de su cara, que casi nunca delata emoción alguna, ni siquiera placer o felicidad. La manifestación de sentimientos es poco habitual, y las confesiones de este tipo son verdaderamente insólitas. Si le gusta la comida que le preparo, no lo exterioriza; no se ríe de mis bromas. He aprendido a no tomármelo de manera personal, a reconocer que Copley sería así con cualquiera, y es exactamente así con sus padres cuando me voy a la cama o los dejo solos durante una hora por la noche. Habla con voz uniforme, monótona, sin afecto. Esta es una casa despojada de alegría, desprovista de risas, y salvo cuando canto o enciendo el estéreo, es una casa sin música. Di trabaja en silencio; la propia aspiradora es silenciosa, oculta su maquinaria en el sótano, dentro de un armario insonorizado con la forma y el tamaño de un ataúd. Recorro estas habitaciones perdida en un espacio que para mí es tan mausoleo como laberinto.

Como ha llovido sin cesar durante semanas, aparte del trayecto de ida y vuelta del colegio a casa, Copley y yo sólo hemos salido a jugar una vez, para dar un paseo por el bosque. Echamos un vistazo al viejo sótano antitormenta, las ruinas de la chimenea y su tubo entre los árboles, y en el jardín trasero las losas de granito que señalan el lugar donde yacen los dos cadáveres.

—¿Por qué están esas piedras allí si se supone que deberían señalar la dolina? — preguntó.

—Por temor a que también ellas sean devoradas si el agujero se ensancha para absorber más tierra.

—¿Para qué son las piedras?

—La historia.

—No lo entiendo —dijo.

—Son para recordar. Y recuerda esto, como te dije a través de la valla: nunca te acerques a la pila de compost. Es como arena movediza. Podría engullirte.

Pasamos las tardes de lluvia dentro de casa, ocupándonos en dibujar y leer. Los jueves por la noche Julia o Nathaniel sacan los cubos de basura a la acera. Hoy, cuando se pone el sol, Copley y yo observamos los camiones de basura, uno para los desechos domésticos, otro para los reciclables, equipado cada camión con un brazo mecánico que se extiende, coge el contenedor, lo levanta en el aire, lo eleva por encima del estómago de desechos del camión y lo vacía antes de dejar el contenedor de nuevo en el suelo, sin que el conductor abandone en ningún momento la cabina del camión.

—Antes iban tres o cuatro hombres en cada camión, uno o dos delante, uno o dos colgados en la parte de atrás. Algún día no muy lejano seguro que no habrá siquiera conductor. El camión se conducirá solo, recogerá todo aquello que considere que debe tirarse, ya sea un cubo de basura o no.

Copley me mira, con los ojos muy abiertos, unos cristales verde avellana rodeados de vidrio lechoso.

—Las máquinas son listas —dice, como si él supiera algo que yo no sé. Nos ponemos a dibujar otra vez en el suelo del cuarto de juego en lo alto de la casa, mientras la lluvia desplaza su mira y golpetea las ventanas con perdigones líquidos.

—¿Qué dibujas? —pregunto, contemplando su minuciosa representación de hombres con sombrero que sacan por puertas y ventanas bombas como las de los dibujos animados y las tiran a una calle vacía.

—Terroristas —contesta.

—¿Por qué terroristas?

—Lanzan bombas.

—¿Y qué es eso que hay en el cielo? —pregunto, señalando una pequeña masa negra de líneas en el ángulo superior derecho de la hoja blanca.

—Uno de nuestros drones.

—¿Y qué hace el dron?

—Bombardea a los terroristas.

Me acuerdo de cuando los niños dibujaban jardines y parques: una franja verde para la tierra, las flores y los árboles muy rectos, pájaros y ardillas y perros, contornos de nubes, un sol personificado, una franja azul en lo alto de cada hoja para representar el cielo. Los niños de hoy saben demasiado; habría que protegerlos de ciertos conocimientos. Pasa la hoja y empieza un dibujo nuevo, una habitación, una cama, un niño acostado, una puerta, piernas gruesas, un cuerpo grueso, un hombre alto y grueso con brazos mecánicos entrando por la puerta, un hombre alto y grueso

con brazos mecánicos, trajeado y con un maletín, que presenta cierto parecido con Nathaniel, amenazando esa monstruosa criatura al niño en su cama.

—¿Ese quién es? —pregunto, señalando al niño del dibujo.

—Un niño.

—¿Y ese otro? —Señalo la figura de brazos robóticos.

—El hombre que mueve los muebles.

El hombre que mueve los muebles: que forma lazadas con sábanas, vive en el sótano, surge de los elementos del banco de trabajo de Julia, que proyecta su sombra en las pesadillas del niño como una máscara tras la que se esconde su padre. No se me ocurre otra explicación, teniendo en cuenta el sistema de seguridad de la casa. Nos movemos libremente dentro de ella, pero toda irrupción, cualquier movimiento entre el interior y el exterior, activaría alarmas que echarían abajo el vecindario. No, estoy convencida de que el monstruo es un hombre que podría no ser consciente de lo que hace, que tal vez él mismo se crea tan inocente como un niño.

Un viernes por la mañana de finales de octubre. El vandalismo va a más. Si alguna parte de mí dudaba de la inocencia de Copley, este nuevo suceso es algo que no puede ser obra suya. Como de costumbre desde que vine a vivir con ellos, soy la primera en levantarme por la mañana. Me ducho, me visto, bajo a prepararme el desayuno antes de que se levante la familia. Vacío los cubos porque los techadores no han venido o quizá no hayan podido venir porque no ha parado de llover tiempo suficiente para poder reparar las goteras. Preparo café, retomando ritmos habituales, mirando por la ventana de la cocina el lodazal donde antes se alzaba mi casa, las obras detenidas aún a causa del mal tiempo. Muelo el café en su lustroso aparato negro, caliento el agua en un hervidor eléctrico de acero inoxidable, lo hago en una cafetera francesa, lo tomo negro, pasan cinco minutos desde que echo el agua hasta que alcanza la temperatura óptima para beberlo. Leería el periódico pero esta gente no está suscrita. Mientras escucho las noticias por la radio, pienso en el día que tengo por delante. Ni siquiera me doy cuenta de lo que ha ocurrido hasta que descorro las cortinas blancas del salón blanco y lo veo, todos esos muebles blancos apartados contra las paredes, y chorros de ketchup que trazan grandes arcos de vivo color rojo en el suelo, de pared a pared, que ascienden por esas curvas del interior oval, entrecruzándose y sombreando el salón blanco.

Se me cae el café, oigo el tazón golpear el suelo y hacerse añicos, siento en las piernas el salpición del líquido caliente que deja marcas marrones en las tablas blancas, y una sola gota vuela y aterriza en el respaldo del sofá blanco. Copley no podría haber hecho eso. Vuelvo a la cocina en busca de un paño, regreso para limpiar mi café, recojo los trozos del tazón, los echo a la trituradora de basura antes de que Julia se dé cuenta, porque la mujer se crispa cuando se rompe algo. No es más que un tazón barato, blanco como el resto de la porcelana y la loza, sin decoración ni

adornos, pero Julia se pondrá histérica si descubre que se ha roto uno, entierro los fragmentos bajo el papel de cocina y restos de comida.

¿A quién va dirigido el mensaje, porque debe de ser un mensaje? Visto el lazo de la escalera y ahora esto, sólo puedo pensar que es para mí. Pero en ese caso, ¿por qué en el salón y no en mi puerta? Si fuera para mí, seguramente me lo dirigirían sólo a mí, en lugar de mostrarlo en un espacio que, no por nada, la gente de por aquí todavía llama «salón familiar».

Por mucho que hable de los muertos, no creo en los fantasmas, no en el sentido habitual, pero aun así me preguntó si no andará rondando algún espíritu. Desde la cocina observo el lugar donde se forma en la tierra una depresión oscura, a cuyo lado descansan las dos losas de granito. No he explicado lo de ese lugar a Nathaniel y Julia, nunca se lo expliqué a Krovik, pero por alguna razón ese hombre entendió que no había que tocarlo, que cavar demasiado cerca sería tentar y provocar a una historia antigua y colérica. A través de las cortinas de lluvia veo que la depresión ha cambiado: ya no es cóncava, se ha curvado hacia arriba, se ha expandido, un forúnculo en la tierra anhelando una lanceta, toda esa agua oscura del río filtrándose en la tierra y aguas más profundas elevándose para llenar el vacío ya medio lleno, arrastrando la historia de nuevo a la superficie.

Bajo el arrullo de la lluvia salgo precipitadamente bajo los aleros del garaje, pisando tierra densamente cubierta de césped artificial, y encuentro un largo palo sin hojas caído de uno de los álamos. Lo hincó en el lugar hinchado donde no crecerá la hierba, alterando esa herida oscura, y mientras noto el palo penetrar en la superficie, atravesando una capa de hojas caídas, se produce un repentino cambio de tensión, un tirón trémulo al desprenderse de mis dedos y resbalar, rápidamente succionado por la tierra.

\* \* \*

*UN BREVE ANÁLISIS DE MI PRESENTE ESTADO DE ÁNIMO, DE JULIA LOVELACE-NOAILLES*

*INTENCIÓN:*

He escrito el siguiente texto para mí y para cualquier profesional de la salud al que quizá necesite consultar, así como para mi hijo, en el supuesto de que muera antes que él, y para cualquier descendencia que él pueda tener algún día. Es un documento para mi propio mejoramiento y una curiosidad histórica para aquellos a quienes al final deje atrás, o para la comunidad científica, si se considera que mi vida y mi obra tiene, en última instancia, algún interés duradero. Nathaniel, si estás leyendo esto, no lo leas; no es para ti. Copley, si algún día llegas a leer esto, espero que entonces estés mejor de salud de lo que estás en estos momentos. Sé que leer estas páginas puede ser doloroso para ti, pero digo todo lo que digo únicamente en

interés de la verdad forense, siendo mi perspectiva sólo una de las varias posibles.

*PREOCUPACIONES INMEDIATAS:*

1. Copley
2. Nathaniel (nuestro matrimonio)
3. La casa («nueva»)
4. Mi padre
5. La relación de Nathaniel con sus padres

*ACTUACIONES INMEDIATAS Y POSIBLES SOLUCIONES:*

1. Copley: terapia verbal y régimen psicofarmacéutico
2. Nathaniel/Matrimonio: terapia de pareja
3. La casa: presupuestos para un tejado nuevo y reparaciones del revestimiento exterior
4. Mi padre: investigar centro de atención a largo plazo, estudiar opciones de vida independiente/con asistencia
5. Nathaniel y sus padres: animarlo a someterse a una terapia individual y romper todo contacto con sus padres

*HISTORIAL MÉDICO PERSONAL:*

Ninguna intervención quirúrgica. Parto natural. Esporádicos tratamientos para alergias estacionales. Menos de media docena de antibióticos recetados en el transcurso de mi vida hasta la fecha, sin efectos adversos. Una fractura en un dedo del pie, pero ninguna otra lesión física de consideración aparte de un breve episodio de tendinitis en el pie derecho a los veinte años. A los treinta y nueve, no presento síntomas de menopausia. Apetito sexual óptimo, periodos regulares.

*MEDICACIÓN ACTUAL:*

No tomo ninguna medicación con receta. Complejo vitamínico, suplemento de vitamina D3, suplementos de vitamina C y cinc durante la temporada de rinovirus.

*CONVICCIONES:*

1. Soy acosada por locos (el procesador de textos me indica que eso es una construcción en voz pasiva, pero no puedo poner a los locos por delante de mí; soy el centro de una comunidad de locura, o incipiente locura; me niego a anteponer a los locos, a verlos como aquellos que definen lo que soy o puedo aún llegar a ser; yo voy primero, me veo, en este viaje, rodeada de pronto por ellos, invadida, perseguida, acosada). Mi hijo está loco, mi marido bien podría estarlo, e incluso la mujer que hemos contratado para cuidar de nuestro hijo parece loca. Me dice que la historia está a punto de estallar en nuestro jardín, debajo de la pila de compost. Le dije a Nathaniel

que no me parecía buena idea contratar a alguien que había estado viviendo ilegalmente en una casa expropiada, sin suministros, durante Dios sabe cuánto tiempo, pero él insistió en que sentía cierta responsabilidad por las acciones de su empresa, incluso aquellas llevadas a cabo por un departamento distinto al suyo; también dijo que, por lo visto, Copley había contraído un vínculo inmediato con Louise y que eso podía ser exactamente lo que buscábamos para ayudarlo a salir de los extraños comportamientos en que ha incurrido desde que nos marchamos de Boston. Aunque con el tiempo le he cogido simpatía y creo que su presencia le hace bien a Copley, traer a Louise Washington a casa de momento ha servido de poco para mejorar el comportamiento de mi hijo, que sigue siendo robótico de un modo que, no puedo evitar pensar, pretende ser, conscientemente o no, una crítica a su madre, porque ha sido mi trabajo lo que nos ha traído aquí, a esta ciudad y a esta casa que empezamos a odiar, cada uno a nuestra manera. (Tampoco la medicación parece ejercer un efecto positivo. Todo lo contrario, de hecho: las manifestaciones físicas de afecto de Copley se han vuelto, si acaso, menos humanas cuanto más medicación toma, y bajo la supervisión del doctor Phaedrus las dosis han aumentado gradualmente). Ahora incluso yo veo que comprar esta casa fue un error. Está mal construida y mal acabada, y por más que se redecore el interior, cosa que hemos hecho en un grado que pocos habrían asumido, esto nunca será como el apartamento de Boston que adorábamos y donde éramos, lo sé, más felices de lo que merecíamos. Ahora que han empezado a aparecer goteras y el revestimiento exterior se desprende en la esquina noroccidental de la casa, veo que este lugar puede fácilmente engullir todos nuestros ahorros y la mayor parte de nuestros ingresos disponibles, para quedarnos después igual de infelices en ella, atrapados en una casa en un mercado donde las casas no se venden. Nathaniel se queja de que no se siente como en casa, sino como en un plató insonorizado o una serie de salas de espera de hospital, y aunque a menudo yo tengo una sensación parecida, me irrita cada vez que expresa esas dudas. Una casa no se convierte en hogar por arte de magia. Hay que aplicar en ella bondad, semanalmente o mejor aún a diario. Aquí estamos demasiado ausentes, o al menos lo está Nathaniel, que pasa cada vez una mayor parte de su vida en la oficina bajo la mirada de una jefa a quien, según creo, desea tanto como teme, una mujer que, junto con esta casa y la extraña jovialidad de la gente de esta ciudad (a pesar de la inundación que la envuelve), está enloqueciendo a un hombre antes sensato. Así, esta convicción es a la vez simple y horrible: mi hijo está mentalmente trastornado, con un diagnóstico de depresión psicótica, y por consiguiente recibe una medicación que sólo parece alejarlo más de mis afectos, y mi marido aparentemente también está trastornado. Carezco de pruebas para esta última suposición. Estas, de hecho, no son tanto convicciones como verdades, sea cual sea su cualidad o grado. La convicción es esta: que yo soy de algún modo la responsable de sus enfermedades o aparentes enfermedades. Cada vez más me preocupa también mi propia cordura, como si la propia casa, y la parcela sobre la que se alza, estuvieran envenenando

nuestras almas. Nathaniel y yo antes bromeábamos sobre los «posibles desvaríos» de la gente, incluidos sus padres y mi difunta madre; yo ya no puedo bromear sobre las enfermedades mentales cuando mi hijo no sólo tiene posibles desvaríos, sino que su médico le ha diagnosticado una enfermedad que, según él, probablemente requiera medicación a largo plazo. Tiene ya la mirada remota del cerebro medicado. Louise lo mira y me dice: «No tiene nada que no se cure con un paseo diario por el bosque y un poco de comida casera». Quiero dar crédito a sus consejos llanos, pero no para de llover, las torrenceras que estaban secas cuando nos trasladamos aquí hace un mes ahora son prácticamente ríos, y he tenido que cambiar de ruta para ir al trabajo a fin de eludir la inundación, cada vez más extendida. ¿Cómo puedo permitir que mi hijo se aventure a salir al mundo a pie, aun bajo la supervisión de Louise? El agua ha arrastrado puentes, y cinco personas han muerto ya en la ciudad, la cual, si debemos creernos lo que se ve en las fotografías aéreas, es ahora una serie de islas: unas pequeñas, otras grandes, rodeadas de agua que alternativamente circula y se estanca, convirtiendo las autovías en dirección norte-sur que están en tierras llanas en torrentes y los barrios a nuestro alrededor en un inmenso lago cada vez más extenso. Todavía no se han recuperado dos de los cadáveres. De camino al trabajo pasé por un tramo interestatal semisumergido. Una mediana de un paso elevado era la única zona seca y la mediana se había convertido en un campamento de tiendas de campaña y refugios improvisados. Al parecer, un bote hinchable trasladaba a más personas hasta allí. Descubrí más tarde que esos son los sin techo que se han visto desplazados de sus anteriores refugios *bajo* los pasos elevados y los puentes, que no tuvieron más remedio que huir de la inundación saliendo bajo la lluvia. Sueño con cuerpos que flotan por la ciudad. Anoche soñé que los cimientos a medio construir al otro lado de la calle se llenaban de cadáveres, y que dentro un desagüe se llevaba a las profundidades a todas las víctimas de la inundación, tanto a los animales que caminan sobre dos patas como a los que caminan sobre cuatro.

2. Mi matrimonio no es lo que creía que sería. Quiero mucho a mi marido. Lo echo de menos durante el día en el trabajo. Tengo muchas ganas de verlo cada noche. Tengo muchas ganas de verlo por la mañana momentos antes de abrir los ojos. Pero el hombre que quiero y espero ver no es ya el hombre que encuentro ante mí. Cuando tengo un sueño sexual, sueño con él, la familiaridad de su cuerpo, que es acogedor de un modo que, más que excitar, reconforta: no es un adonis, no es un hombre de gran belleza física; no va al gimnasio ni corre ni hace nada para cuidar su salud física; se ha abandonado desde que nos conocimos, cuando era quizá rechoncho pero no gordo, un hombre de baja estatura que nunca se había planteado una dieta o el ejercicio, y que, pasados los treinta, empezó, como muchos, a caer en la saturación del apetito de este país por la excesiva autocomplacencia, caminando sólo de un medio de transporte a otro (del coche al ascensor, de la escalera mecánica al coche, del pasillo rodante al avión, del monorraíl al taxi), ingiriendo más calorías de las que necesita

pero que su cuerpo se ha acostumbrado a exigir. No sueño con hombres de cuerpos duros con los rasgos bien esculpidos y muy bronceados. Sueño con bondad y calidez y (¿cómo llamarlo?) atractivo *nominal*, las cualidades de Nathaniel que me atraieron al principio. La bondad sigue presente, creo, pero la calidez se ha enfriado, privada de energía por su obsesión con lo que considera el error de nuestro traslado desde Boston. Nuestra vida sexual es restringida, pero en general todavía satisfactoria; complemento mis necesidades en privado, en el baño, e incluso, en una o dos ocasiones, en el sótano por la noche cuando todos los demás se han acostado, observada sólo por mis aparatos, los cuales, que yo sepa, aprenderán de su observación de mi comportamiento. Pero incluso entonces pienso en mi marido, visualizo su cara, imagino su boca en mi cuerpo, arrancando temblores de mi vientre, haciendo girar los engranajes que me llevan a arquear la espalda, sensaciones que, sola, puedo evocar más poderosamente. (No sé si esto es fallo suyo o mío, o si el concepto de fallo no interviene en estos fenómenos, si es sencillamente una cuestión de oportunidad y fisiología unida a la psicología del comportamiento y la aversión cultural: Nathaniel tiene una boca pequeña e inexperta, se estremece cuando, lanzándome yo misma una mirada hacia la mitad inferior de mi cuerpo, hago un gesto de asentimiento y le pido, sin hablar, lo que más deseo que haga, lo que tan mal hace, pero que, incluso en sus peores actuaciones, anhelo, siendo el tejido humano húmedo y cálido más deseable que la fría y resbaladiza silicona que cobra vida por medio de una fuente de energía artificial). Y luego, demasiado a menudo, cuando sí lo tengo ante mis ojos después de estas separaciones en el espacio o la conciencia o la temporalidad, me siento decepcionada, no por su aspecto físico o la persona que es, sino porque vuelve a la misma narrativa que parecemos incapaces de eludir: la casa, y todo lo que tiene de malo la casa. Esta decepción y esta frustración han aflorado sólo desde que vinimos de Boston. No recuerdo haberme sentido realmente decepcionada por Nathaniel antes de la mudanza, salvo en las semanas anteriores, cuando advertí que él ya estaba decidiendo que habíamos cometido un error, dudando de una decisión que, según creía yo, y sigo creyendo, habíamos tomado juntos. Ahora dice que él nunca quiso trasladarse; afirma que me dijo que era mala idea, pero yo no recuerdo siquiera haberle oído decirlo. Puede que mi propia profesión haya sido el incentivo de esta migración, pero yo no se la impuse a Nathaniel, no le ordené que debíamos marcharnos de Boston. Más bien lo presenté como una opción, porque mi nuevo empleo estaba en la misma ciudad que la sede nacional de su empresa y me pareció entonces (quizá ahora ya no tanto) una oportunidad ideal para que los dos progresáramos. Admito que indudablemente habríamos avanzado en líneas distintas si nos hubiésemos quedado en Boston, donde hay más universidades, objetivamente mejores, que aquí, y donde hay más diversidad de trabajos, objetivamente más interesantes, para Nathaniel si él hubiese elegido dejar su empresa. Cuando conversamos ya no tengo la sensación de que hablamos en el mismo idioma, o quizá utilicemos dialectos distintos, siempre acusándonos mutuamente de malas

interpretaciones. Yo interpreto erróneamente su pánico como agresión; él interpreta erróneamente mi dedicación al trabajo como *froideur* y falta de interés sexual, mientras que yo interpreto, con razón o sin ella, su creciente obsesión con el trabajo como atracción sexual por su jefa. Hay momentos en los que parece haber entre nosotros un intérprete callado e invisible, momentos en los que la fluidez vuelve y nos entendemos tan plenamente como dos agentes humanos con sentidos del todo adaptados a las especificidades lingüísticas de sus contextos sociogeográficos y familiares. Nadie habla el mismo idioma. En este planeta hay x miles de millones de idiomas. Hay, me atrevería a decir, *estructuras verbales* y *vocabularios* —eso que llamamos «idiomas»—, pero los hablantes corrientes de cualquiera de estos utilizarán las estructuras de maneras distintas, forzándolas e incumpléndolas conforme a sus necesidades, y utilizarán los vocabularios con su propio diccionario particular de asociaciones e interpretaciones que nadie más entenderá totalmente. Cuando dos personas se entienden de un modo que parece genuino a ambas, aunque sea durante unos minutos u horas (qué bendición si disfrutan de años de esta clase de comprensión), es una especie de milagro. Nathaniel y yo todavía disponemos de minutos, a veces incluso de horas enteras, de lo que parece una comprensión casi perfecta. Escucho y creo que entiendo. Contesto y tengo la sensación de ser entendida. No hay necesidad de mayores explicaciones o aclaraciones o reelaboración de frases. En ocasiones como estas, los significados transmitidos a menudo son sencillos: conversaciones sobre el transporte, sobre la comida, sobre los horarios. El valor de la comprensión en asuntos tan menores no debe infravalorarse, y para mí, saber que puedo hablar y ser entendida con respecto a las acciones y contenidos más básicos de nuestra vida cotidiana resulta tranquilizador, apartándome del borde de esa sensación de que estoy a punto de precipitarme en un miasma de aislamiento, donde sólo las máquinas creadas por mí pueden comprenderme porque las he programado para hablar y entender tal como yo hablo y entiendo. En esas ocasiones de aparente fluidez con Nathaniel, debo admitir, esa es *mi* percepción del talante de nuestros intercambios; no puedo hablar por él, ya que muy a menudo ni siquiera puedo hablar *con* él. No tengo ni idea de si se siente comprendido, ni de si comprende, ni si tiene la sensación de estar moviéndose a través de un mundo en el que él es el único que habla su propio idioma particular.

3. Creo que la casa es una parte importante del problema. La casa está enloqueciéndonos. Ahora estoy sola en el sótano, y me parece oír un ruido, no arriba, sino a mis espaldas, como si procediera del propio suelo, un ruido sordo vibrante, o varios ruidos sordos sucesivos. Centro la atención en los ordenadores que tengo ante mí y en el aparato controlado por los ordenadores. Doy órdenes de voz, observo el aparato mientras intenta cumplirlas, aprendiendo de la observación de su entorno y de lo que descubre *online*. Le pido que me prepare un café y por primera vez concluye la tarea, aunque el café queda flojo. Cuando me lo entrega con una mano articulada más

precisa que la mía, vuelvo a oír un ruido, pero en lugar de ser un ruido sordo y grave, como el de hace unos minutos, este es un zumbido agudo, casi mecánico él mismo, como la muela de un dentista al taladrar el esmalte, el chirrido del metal, penetrante y húmedo, contra un material más blando. Permanezco atenta a las paredes, pero el ruido se interrumpe, o se interrumpe mi sensación. Miro el aparato y este me mira a mí, ladeando la cabeza, volviéndose de izquierda a derecha, esperando a que le diga qué hacer mientras escucha y observa la habitación, el ruido, y a mí. Le pregunto si oye un ruido, a sabiendas de que sus sentidos auditivos son mucho más finos que los míos. «Sí —contesta con la voz grabada de Copley—. Oigo un ruido». Le pregunto si puede identificar la fuente de ese ruido. Hace una pausa, volviéndose de un lado a otro mientras aguardamos en silencio. «Creo que es un taladro», dice. Si el aparato pudiera andar, tal vez le pediría que investigara, aunque aquí no hay nada que yo no pueda ver: el sótano es un espacio blanco, sus límites visibles, sin nada oculto excepto la despensa, y puedo mirar ese espacio a mis espaldas y cerciorarme de que dentro no hay nada más que estantes vacíos, que sé que debería llenar para un caso de emergencia. Aquí no hay nadie más que mis aparatos y yo. Si hay un taladro, está lejos, quizá en el sótano del vecino de la casa de al lado, pero no en esta casa. Nathaniel, Copley y Louise están arriba, acostados. He oído un ruido y el aparato ha confirmado lo que yo creía oír, aunque eso no demuestra nada, aparte de que no oigo sonidos imaginarios, sino sólo sonidos cuyo origen no puedo localizar. Pero está por otro lado la mayor duda, el problema de la continua alteración de la casa. Copley bien podría haber movido los muebles, por lo raro que es y porque tiene fuerza suficiente para eso; pero la lazada de las sábanas parece inaccesible para las aptitudes de un niño que, pese a su inteligencia y control físico, no supo atarse los cordones de los zapatos hasta hace un año, un niño que siempre ha tenido dificultades con los botones y los cordones y los nudos, que prefiere las cremalleras y los gafetes y el velcro. Sólo hay, pues, otras dos personas que habrían podido hacer la lazada y, en el supuesto de que Copley sea totalmente inocente, mover los muebles en innumerables ocasiones, malgastar comida, electricidad y agua (pese a las placas solares, las primeras facturas de luz y agua fueron asombrosamente altas). Los dos sospechosos son Louise y Nathaniel. En virtud de la lealtad, debería suponer que la culpable es Louise, sólo que el primer incidente se produjo antes de que ella se instalara con nosotros y parece no sólo improbable sino de hecho imposible que ella accediera al interior de la casa entonces, eludiendo la alarma. Todo esto implica que mi marido debe de ser quien está aterrorizándonos, y sin embargo, a cada nueva agresión, Nathaniel parece tan dolido como yo, aunque a diferencia de mí, cree —y lo deja muy claro, incluso al enfrentarse a este último incidente— que *debe* de haber sido Copley, porque no hay otra explicación lógica. Tengo mis dudas sobre el rigor de su lógica. Y de pronto concibo con horror que hay otro posible sospechoso: yo. Repaso los primeros síntomas de la esquizofrenia, pero me considero libre del mal y sana.

a) No oigo voces; mis pensamientos no resuenan en mi mente.

b) No tengo delirios de control, no pienso que alguien esté modificando mis pensamientos: imbuyéndome de los suyos, arrebatándome los míos o difundiéndolos para que cualquiera tenga acceso.

c) No creo tener ningún síntoma de percepción potenciada o alterada.

Y sin embargo la rareza de los sucesos que han tenido lugar desde que nos trasladamos aquí es tan intensa, cualquier explicación tan imposible, que me siento movida a preguntarme si acaso padezco de algún trastorno disociativo, una perturbación que me permita cometer estas atrocidades domésticas, si esta no es una palabra excesiva para lo que está ocurriendo, sin ser consciente de mis actos. Lo del ketchup es un misterio como todos los demás, porque nunca ha habido ketchup en la casa. Repaso mis últimos datos contables, con la esperanza de encontrar la prueba de una compra en una tienda de alimentación o un supermercado, pero no hay nada en el extracto que no recuerde, y ninguna mención de ketchup en los recibos más recientes de compras de comida. Me siento aliviada y al mismo tiempo ansío encontrar una prueba de que soy yo quien ha hecho todo eso, porque significaría que *no* es Nathaniel y *no* es Copley: implicarme a mí es exonerarlos a ellos, poder seguir adelante creyendo en su bondad como personas, en su salud y en su cordura y moralidad. Cuando oí a Nathaniel interrogar a Copley sobre el último acto de vandalismo, sólo pude permanecer muda, a punto de levantar la voz y declarar — aunque no lo crea ni por un momento—: «¡He sido yo!». Deseo querer a mi marido, quiero a mi marido, pero a cada nuevo acto de afeamiento y desorganización, creo más firmemente en sólo dos posibles explicaciones: mi marido es un hombre enfermo o malo, o está muy trastornado mentalmente, o es un genio cruel, tan capaz del engaño que siempre parece inocente.

4. Los padres son la raíz de todo mal. Nathaniel no procede de una familia sana: sé lo que su padre le hizo cuando era niño. Sé que deberían haberse presentado cargos hace mucho tiempo; si Nathaniel tuviera el valor necesario, aún podría hacerlo y, como mínimo, quedaría en paz con los recuerdos que lo persiguen. Anoche, cuando fui a la cama, él ya dormía. Cerré la puerta del dormitorio, eché la llave, me duché, me sequé, me puse el pijama, apagué la luz del baño y fui sigilosamente hacia la cama, pero Nathaniel ya roncaba. Me deslicé bajo la sábana y la colcha, cogí los tapones y me los metí en los oídos. Cerré los ojos, intenté dormirme. Empecé a contar hacia atrás desde mil en francés y al llegar al 322, todavía despierta, supe que lo de contar no iba a surtir efecto, porque los ronquidos de Nathaniel irrumpían cada tres o cuatro números. Entones, cerca del 200, se volvió de costado, de espaldas a mí, dejó de roncar y no llegué al cero. Soñé que tenía a Nathaniel encima, dentro de mí, pero

no podía abrir los ojos. Le toqué la espalda y las nalgas, le agarré los brazos, intenté apartarlo de un empujón, y aunque sabía que era él, lo notaba distinto: más duro, más delgado, musculoso, su piel suave allí donde debería haber habido vello. Soñé que una mano me tenía agarrada por la garganta y que el sexo era breve y brutal y doloroso. Me desperté a las 2:37 con la sensación de que oía un ruido sordo lejano, una vibración más que un sonido, y me incorporé en la cama. Estaba mojada y tenía el pantalón del pijama bajado en torno a las rodillas. El sueño no había sido sólo un sueño. Nathaniel nunca me ha hecho eso antes, al menos que yo sepa. Quizá pensó que estaba despierta, quizá parte de mí lo estaba. Pero, al despertar, estaba sola, la ropa de la cama en orden, como si Nathaniel se hubiera levantado y la hubiera alisado. Esperé, con la respiración acelerada, preguntándome si debía ir a investigar, hasta que por fin apoyé los pies en el suelo y crucé la habitación de puntillas. El cuarto de baño estaba vacío y a oscuras, la puerta que da al pasillo abierta. El rellano estaba a oscuras, las puertas de las habitaciones de Copley y Louise, cerradas; la lluvia azotaba las ventanas. La puerta del despacho de Nathaniel estaba cerrada; la luz, encendida. Me quité los tapones de los oídos y los sostuve en la mano. Me pareció oírlo teclear. Llamé a la puerta, pero no contestó, y a esa hora de la noche no quería despertar a nadie más. Hiperventilaba a causa del sobresalto, y mientras bajaba por la escalera de delante, procurando acompasar la respiración, vi una silueta oscura entre las sombras del vestíbulo, o quizá no una silueta sino sólo una sombra. Me detuve y la silueta se movió y desapareció en el comedor, pese a que ningún ruido acompañó el movimiento. Durante largo rato permanecí en la escalera, incapaz de moverme, convencida de que vi volver a esa sombra, desplazarse, moverse hacia atrás y hacia delante, mecerse y convulsionarse, a pesar de que tenía un contorno impreciso, amorfo y globular, y no semejaba más que humo condensado. Mientras observaba esa silueta silenciosa, me acordé de lo que Nathaniel me contó acerca de su padre después de casarnos: que perdía ciertos sentidos cuando su padre entraba en su habitación por la noche, que se le empañaba la visión, desdibujándose los contornos, que disminuía su capacidad auditiva, que no le salía la voz, que notaba un sabor a ceniza en la lengua, que esos cuatro sentidos mermaban a la vez que sus sentidos somáticos se afinaban, llevándolo a tomar dolorosa conciencia de su postura corporal, del calor del cuerpo de su padre, de los dolores penetrantes y sordos que Nathaniel experimentaba, mientras una mano le tapaba la boca, le cerraba herméticamente los labios, otra le cubría los ojos. Su padre lo violó repetidamente. No creo que Nathaniel lo haya llamado nunca así, pero para mí no hay duda de que lo que ocurría era una violación, tanto si había penetración como si no. Me contó que en los días posteriores a esos incidentes, la mengua sensorial perduraba, de modo que todo y todos se desdibujaban: sólo veía a su padre, el gran hombre y gran estudioso, una silueta oscura que se movía por la casa como un nubarrón. Mi padre no me maltrató ni tuvo un comportamiento delictivo, no fue cruel como lo fue el padre de Nathaniel, y aún amenaza con serlo, pero eso no significa que mi padre no sea culpable de ninguna

mala acción, ya que ¿cómo puede ser totalmente bueno un padre? Su fallo fue fingir —pese a que yo, a los seis años, encontré a mi madre colgada de la araña de luces del salón principal de la casa— que mi madre lo había abandonado por otra mujer, fantasía que alcanzó cierto grado de verdad, aunque yo era demasiado pequeña para entenderlo en ese momento. Él no asistió al entierro ni me permitió asistir a mí; todos los actos relacionados con su muerte y su duelo quedaron en manos de las dos hermanas y los afligidos padres de ella mientras mi padre y yo representamos una grotesca farsa, según la cual mi madre, la más joven e inteligente de su familia, se había fugado a San Francisco. Pese a lo pequeña que yo era por entonces, hubo momentos en que creí que quizá eso fuera verdad, pensando que ahorcarse uno en su casa era realizar una especie de migración transcontinental de la mente al cuerpo de otra persona. Imaginé a mi madre en un cuerpo casi reconocible como el suyo, pero con el pelo rojo en lugar de castaño y leves curvas en lugar de formas más redondeadas. Tenía ya diez años cuando comprendí totalmente, en todos los sentidos, que mi madre estaba en la tumba familiar de Portsmouth, convirtiéndose en polvo, y no llevando una nueva vida emparejada con otra mujer en la costa opuesta, y cuando tomé conciencia de que esa era la verdad, empecé a odiar a mi padre por insistir en la fantasía de que ella lo había abandonado. Ahora que su propia salud decae, es difícil no sentir compasión por el golpe que representó para él el suicidio de mi madre, pero todavía no soporto la idea de tenerlo cerca de mí. Una visita al año es más que suficiente, porque cada vez que lo veo llega un momento en que la antigua fantasía sale a la conversación de nuevo, y él especula sobre la vida que, según imagina, lleva mi madre en San Francisco, «en Marina District, probablemente —decía en tono burlón— con su nueva “familia”». Me enfado y pierdo la paciencia y le digo: «Ya basta, papá. Se mató y yo la encontré. Vi el cadáver. No tenía nada que ver con nosotros. Estaba enferma». Anoche, al ver la oscuridad en movimiento debajo de mí en el vestíbulo, me pregunté si no estaría yo también enferma, o si en realidad lo está mi marido, como ahora creo a la luz del día (la poca luz que hay en esta ciudad ensombrecida permanentemente por la lluvia), cuya enfermedad nos está causando un daño irreparable a todos. Al final la sombra desapareció, y después de unos minutos más allí de pie, escuchando el goteo del agua en los cubos repartidos por la casa, sonidos que no había registrado hasta ese momento porque se han convertido, a lo largo de la última semana poco más o menos, en acompañamiento constante de nuestras vidas, oí un ruido arriba. Pero, en lugar de moverme hacia el ruido, bajé a la planta baja y atravesé el salón, el comedor, la salita, la cocina, eché un vistazo al porche trasero, esperando encontrar alguna nueva atrocidad, los muebles apilados, la comida del frigorífico tirada por el suelo, las paredes embadurnadas de mierda. No había nada. Todo estaba en orden. El frigorífico emitía un zumbido, pero no había ningún otro ruido ni movimiento. Las luces del sótano estaban apagadas, las puertas cerradas con llave, el sistema de seguridad activado. Me preparé una taza de leche caliente y la bebí a oscuras, recobrando la calma, intentando decidir cómo abordaría

los incidentes de esa noche a la mañana siguiente. Cuando me sentí en condiciones, volví a subir por la escalera de atrás, encontré oscuridad y silencio, y la puerta de nuestro dormitorio entornada. Dentro, Nathaniel, ya en la cama, roncaba, y al verlo allí, donde me constaba que *no estaba* hacía sólo media hora, me flaquearon las piernas, me flojeó la columna. Me desplomé contra la pared por un momento y agucé el oído, con los tapones todavía en la mano; luego volví a la cama, aunque ya no pude conciliar el sueño y esta mañana he sido la primera en levantarme, decidida a no quedarme a solas con él en ningún momento, a no tener ocasión de mirar a mi marido y preguntarle qué estaba haciendo, por qué rondaba por la casa de noche, por qué se me folló mientras dormía. De pronto he caído en la cuenta de que no tenía ninguna prueba de que él estuviera haciendo esas cosas, salvo mi convicción de que no estaba en la cama cuando desperté en plena noche, de que me notaba húmedo el cuerpo, de que había tenido un sueño y una residual sensación física que inducía a pensar en una relación íntima. Tengo pruebas incontrovertibles para una única conclusión: anoche era yo quien rondaba por la casa, quien veía fantasmas que quizá estuvieran allí o quizá no.

## 5. Las madres, lo sé, no siempre son buenas.

a) Me cuesta afirmar que mi madre fue mala. Era depresiva, eso desde luego, y en vista de lo que he podido sonsacar a las hermanas que la han sobrevivido, padecía además con toda probabilidad alguna forma de lo que ahora se define como trastorno bipolar. Mis tías, Cassandra y Helen, no me contaron hasta el año pasado cómo se sumió mi madre en una prolongada depresión cuando, pese a ser aceptada en Smith, mi abuela le prohibió ir, obligándola a quedarse en casa para ayudar a cuidar de su padre. «Isidora era la más lista de las tres —me contó Helen—, y ninguna merecía ir a la universidad más que ella». «Siempre tan buena estudiante —dijo Cassandra—; nunca se perdía un día de clase. Incluso se las arregló para tener la varicela en las vacaciones de verano entre segundo y tercero». Pero en lugar de ir a la universidad, como debería haber hecho, y prepararse para una vida profesional en cualquiera de las materias en las que había destacado de niña, se quedó en casa y cuidó de su padre, un patriarca de Nueva Inglaterra que había heredado todo su dinero, el benjamín de su propia familia, malcriado y voluble e incapaz hasta de prepararse un café. Mi madre y mi abuela cuidaban de él por turnos, atendiendo enfermedades que nunca le fueron diagnosticadas pero que eran siempre un suplicio: dolores en las piernas y los pies, dolores de espalda, una tos crónica, un malestar general por el que se pasó treinta años yendo del dormitorio al estudio, de la cama al sofá o al cuarto de baño en el otro extremo del pasillo, casi sin quitarse nunca el pijama y la bata y las zapatillas. Mis padres se conocieron en la playa un verano, o al menos esa es la versión que me dio mi padre. Mis tías no tienen la menor idea de cómo se conocieron: «Tu padre vino un día a casa y pidió la mano de Isidora. Nuestros padres eran muchas cosas,

tozudos, retrógrados pero no inherentemente crueles. Se dieron cuenta de que Chilton e Isidora estaban enamorados, y nuestro padre dio su consentimiento», explicó Helen, pero Cassandra la interrumpió: «Se notó que fue un poco a regañadientes. Dice Helen que no eran crueles, y quizá sea verdad en cierto sentido: la crueldad no era el rasgo dominante de sus interacciones con nosotras, pero sin duda eran capaces de crueldad. Padecí la vara de sauce más de una vez, y cuando traje a casa a mi primer pretendiente, que con el tiempo sería presidente de un banco y más tarde senador del estado, mi padre lo acompañó a la puerta porque no se había lustrado los zapatos». Las crisis maniaco-depresivas de mi madre, según mis tías, no empezaron hasta después de casarse, cuando mis padres se instalaron en Portsmouth, y mi padre iba en coche a su trabajo en Durham mientras mi madre intentaba mantener el orden en una casa que requería continua atención; una casa, no puedo por menos de pensar, no muy distinta de la que ahora tenemos Nathaniel y yo: recién construida, pero cayéndose ya a pedazos. «Fue la casa lo que la enloqueció —prosiguió Cassandra—, intentar mantener en pie algo que ya de entrada no debería haberse construido, al menos no donde estaba, en medio de un *pantano*, por amor de Dios». «No es así cómo ocurren esas cosas —interrumpió Helen—: me refiero a las enfermedades mentales. Un sitio no puede enloquecer a una persona. La locura está en la sangre, en los genes, o si no, fíjate en papá, Cassandra. La locura es un viento que sopla de generación en generación, no sólo una tormenta pasajera. Tu madre tuvo su primera crisis después de tu nacimiento, Julia. Una terrible depresión posparto, y cuando empezaste a andar, volvieron las obsesiones. Estaba tan preocupada por el daño que pudieras hacerte que te ataba a la cuna y pegaba almohadillas de goma espuma una y otra vez en todos los ángulos agudos o romos. Tu padre estaba fuera de sí. Intentó inculcarle sentido común, y lo consiguió hasta cierto punto». «Las depresiones *empeoraron*, Helen, así de sencillo —la interrumpió Cassandra—. Cuando la obsesión desaparecía, ya no volvía, pero Isidora seguía hundiéndose cada vez más en ese pantano, hasta que no vio otra escapatoria posible para salir del pozo». Esa imagen de la situación me conmocionó, sobre todo porque siempre había visto el suicidio de mi madre como una agresión contra mi padre y contra mí; sólo me había detenido a pensar alguna que otra vez que quizá no hubiéramos desempeñado un papel en sus acciones salvo como extras para llenar el fondo del escenario en una escena multitudinaria, sin capacidad para alterar la conclusión que ella escribió sin consultarnos. Incluso antes de su muerte, me críe sin madre. Durante mis primeros seis años de vida, vivía en mi casa una mujer, que me levantaba de la cuna por la mañana, me bañaba, me cepillaba el pelo, me ponía vestidos immaculados, me daba de comer papillas y me ataba a las sillas, me metía en corralitos y nunca me dejaba salir de casa si no me acompañaba ella, me envolvía la cabeza y los brazos con almohadillas de goma espuma sujetas mediante gomas elásticas, me pegaba campanillas a los talones de los zapatos y las zapatillas para poder oír siempre donde estaba si me perdía de vista por un momento. Se llamaba Isidora Crutcher Lovelace. Yo la sobreviví. Y lo que fue, lo que me hizo,

pienso ahora, no fue culpa suya.

b) Para un retrato de una madre realmente mala, no hay más que ver a la madre de Nathaniel. Cuando conocí a Ruth y Arthur Noailles, ninguno de los dos me habló directamente, y hasta el día de nuestra boda, el padre de Nathaniel no me dirigió la palabra; incluso a partir de entonces hablamos sólo telegráficamente, con preguntas que no requerían más que un sí o no por respuestas, breves saludos y despedidas. Sé que ese hombre es malvado, y no le permitiré acercarse a mi hijo. Animo a Nathaniel a no ir a verlos, y finalmente decidí que Copley no los viera nunca más, no hasta que tenga edad para defenderse, y para entonces Arthur, espero, ya estará muerto. Toda auténtica comunicación se ha producido siempre a través de la madre de Nathaniel, que me descartó al conocerme por considerarme una «marimacho provinciana», y dijo a su hijo que habría encontrado a alguien mejor sólo con tender la mano hacia cualquiera de esas fraternidades universitarias femeninas y agarrar la primera falda de cuadros que se le cruzara. Aparte de los muchos horrores que el propio Nathaniel me ha contado sobre la conducta de su madre, hay algo que sólo he oído contar a su hermano, Matthew, y que, a instancias de Matthew, no he comentado con Nathaniel. Matthew me la confió con la esperanza de que me ayudara a comprender cosas sobre Nathaniel que quizá él mismo no entendiera. Todavía no tengo claro si conocer esos hechos le serviría de ayuda o si le causaría un daño irreparable. Sabe que su madre lo sometió a interrogatorios analíticos grabados a diario desde el momento en que tuvo edad para mantener una conversación coherente, y que esas «sesiones» las utilizaba directamente como material en las investigaciones que publicaba. Lo que al parecer no recuerda es que en sus primeros años prácticamente lo utilizó como sujeto de experimentación psicológica, mientras Matthew miraba, perplejo. Los experimentos eran una variante de otros, llevados a cabo antes en ese mismo siglo, en los que unos niños, después de ver a unos adultos asestar palizas a un muñeco inflable, tenían ocasión de jugar con el mismo muñeco. «En el caso de nuestra madre —me explicó Matthew—, ella experimentó sólo con Nathaniel. Aunque supongo que es posible que hiciera lo mismo conmigo cuando yo era muy pequeño, y que no me acuerde, o que haya fundido el recuerdo de mi propia experiencia con los recuerdos de ver a Nathaniel en esas situaciones. En la versión de mi madre, ella y Nathaniel, que por entonces tenía tres años, hicieron juntos un muñeco, del tamaño de un hombre adulto. Rellenaron de periódicos unas medias para hacer las piernas, que después enfundaron con un pantalón caqui que mi padre ya no usaba. Rellenaron una vieja camiseta térmica de mi padre con más papel de periódico para crear un torso y unos brazos, que luego envolvieron con una camisa desechada de mi padre. Todo esto era muy directo, no muy siniestro, y fue por las mismas fechas que Halloween; “estamos haciendo un espantapájaros” para el porche delantero, como decía mi madre. Las cosas empezaron a resultar más raras cuando llegó el momento de hacer la cabeza. Inflaron un globo rosa y lo recubrieron de cartón piedra, que dejaron endurecerse y

secarse antes de pintarlo de un nauseabundo color carne y pegarle cuidadosamente una imagen fotocopiada de la cara de mi padre, extraída de un reciente retrato académico, así que el espantapájaros era explícitamente una efigie de nuestro padre. A mí no se me permitió participar en todo este proceso. Lo llevaron a cabo en el porche trasero, mientras yo, encerrado en la cocina, tenía que hacer los deberes, a pesar de que era demasiado pequeño para tener deberes. Cuando el espantapájaros estuvo acabado, mi madre sentó a la figura erguida en una silla del jardín y se quedó mirándola durante largo rato, mientras Nathaniel la miraba también, y al final le dijo: “A veces me enfado mucho con tu padre. ¿Y sabes qué hago cuando me enfado? Me entran ganas de pegarle”. Había un bate de béisbol en el porche, y ella de pronto lo cogió. “Ahora estoy enfadada con él”, dijo, y asestó un golpe al espantapájaros en la cabeza, que estaba unida al torso mediante un palo de escoba. La cabeza de cartón piedra, quebradiza después de secarse, se partió y abrió como una piñata. La golpeó una y otra vez hasta hacerla pedazos, y a continuación empezó a dar puñetazos al cuerpo relleno de papel. Destrozándolo y desperdigando el papel de periódico por todo el porche ante la mirada de Nathaniel. Nuestra madre estaba fuera de sí, y daba la impresión de que Nathaniel no sabía qué pensar. Cuando ella terminó, se atusó el pelo y dijo: “Vaya por Dios, parece que vamos a tener que empezar otra vez”. Así que iniciaron el proceso desde el principio, pero sin que Nathaniel supiera que había ya una segunda cabeza preparada, que ella sacó de una caja en un rincón del porche. Con el segundo espantapájaros ya terminado y sentado en la silla del jardín, ella se fue y dejó a Nathaniel solo con el simulacro de su padre y el bate de béisbol, que él no podía manejar de tan grande y pesado. Intentó cogerlo, pero no pudo blandirlo, y entonces vio un bate más pequeño, de plástico, uno de juguete, al otro lado del porche. Fue a por él, se abalanzó contra el espantapájaros, y le aporreó la cabeza, con la imagen de la cara de nuestro padre pegada, hasta que empezó a agrietarse. Como no se rompió de la misma manera que la primera, soltó el bate, tiró el espantapájaros al suelo y empezó a pisotearlo mientras mi madre observaba desde la cocina sin dejar de tomar notas. Por lo que yo recuerdo, esto ocurrió una vez por semana, normalmente los viernes por la tarde, durante más de seis meses. Cuando a causa del frío ya no podía hacerse en el porche, ella trasladó el proceso al sótano, y el espantapájaros se convirtió en Papá Noel, y luego en el conejo de Pascua, y por último en el Tío Sam. A veces la figura tenía la cara de mi padre, pero a veces tenía la de mi madre, o incluso la mía, y a cada repetición del juego las palizas de mi madre y los malos tratos que Nathaniel infligía a los muñecos se volvieron más violentos, hasta que al final quemaron dos efigies de mi padre en el jardín el Cuatro de Julio, mientras él estaba en un congreso académico en Nueva York. Cuando las fogatas se apagaron, los fragmentos humeantes quedaron esparcidos por el jardín, y mi hermano, que ni siquiera había cumplido los cuatro años, sollozaba descontroladamente». Cuando Matthew me contó estos «experimentos», busqué entre las publicaciones de Ruth algún indicio de que hubiera utilizado sus hallazgos, como

tales, y encontré un largo artículo publicado a principios de la década de 1980, donde sostenía que había realizado un estudio similar con un grupo de treinta niños.

c) Nathaniel y yo acabamos unidos, en parte, como supervivientes de nuestras respectivas infancias. En nuestras conversaciones, así nos describimos. Y al abandonar Boston, los dos huimos, cada uno a su manera, de nuestros respectivos padres. Creo que soy una buena madre. Creo que no soy como mi madre depresiva ni como mi suegra maltratadora. Creo que crío bien a mi hijo y soy justa con él, y que no lo exploto cuando lo implico en mi trabajo. Disfruta grabando el léxico y comentamos los significados de las palabras nuevas para él. Gracias a eso, tiene un vocabulario muy superior a lo normal a su edad, como si hubiera algo realmente «normal» en este mundo en constante y sutil y sumamente individualizada variación. Aun así, me pregunto si no me engaño al creer que soy buena. Quizá trabajo demasiado, quizá debería quedarme en casa en lugar de intentar desarrollar una carrera profesional, aunque esa posibilidad me da miedo. Moriría si dejara mi trabajo. Me pregunto si las maneras en que lo he implicado en la producción de mi investigación, maneras que, como me digo, son simplemente temporales, porque con el tiempo su voz será sustituida por la voz de otra persona, un profesional, alguien remunerado para expresar las palabras de un modo neutro y natural, son de hecho formas de explotación no menos graves aunque sí menos perturbadoras que las de la madre de Nathaniel. Oigo ruidos y pido al aparato que confirme lo que creo oír; no confío en mis propios sentidos, y, en algunas ocasiones, el aparato es incapaz de confirmar lo que me parece haber oído, o incluso si hay algo que oír: «Oigo tu respiración», dice con la voz fragmentada de Copley. «Pero ¿oyes algo más? ¿Oyes algún ruido que no hago yo?», pregunto. El aparato piensa por un momento, mirándome las manos, el cuerpo, incluso me levanto delante de él para que vea claramente toda mi persona y sepa que no estoy haciendo ningún ruido a escondidas, y entonces dice: «No, no oigo ningún otro ruido». Compruebo sus sensores de sonido y, conteniendo la respiración y manteniendo el cuerpo totalmente quieto, confirmo que no registran nada. Si oigo ruidos que no existen, algo debe de fallar en la manera en que funciona mi propio cerebro, aunque no sea una enfermedad mental propiamente dicha. Oigo ruidos, veo sombras que se mueven, y no tengo forma de confirmar que estos fenómenos son «reales» en el sentido de que ocurren de un modo que otros podrían verificar, y no son sólo manifestaciones de mi mente. Cuando duermo, ¿duermo profundamente? ¿O me levanto de la cama y recorro la casa, cometiendo fechorías que no recuerdo al despertar? No. Una vez despierta, encontraría pruebas de mi sonambulismo. Debo creer que si yo fuese el agente de nuestro malestar, habría una señal: un rastro de migas que me llevara de regreso a mi propia culpabilidad. No existe tal rastro, o al menos no un rastro que señale en dirección a mí.

6. Temo a mi marido y temo por Copley. Ha pasado casi una semana desde que empecé este documento, desde la noche que creí despertar y verme sola en la cama, la noche que fui en busca de respuestas y encontré sólo la silueta oscura al pie de la escalera. Cuando hablé con Nathaniel al respecto a la mañana siguiente, montó en cólera: «Estás acusándome de violación», dijo. «No te acuso de nada. Te estoy preguntando si anoche hicimos el amor». «Yo estaba trabajando. Y no, no hicimos el amor. Yo no te habría... Tienes que creer que yo nunca te violaría, Julia». Ojalá pudiera creerle. Después de esa mañana, en que todo estaba en orden, la casa tranquila durante un breve periodo, ahora las incursiones se han reanudado. Nathaniel me mira como si yo fuera la culpable, y yo lo miro de la misma manera, más convencida a cada día que pasa de que debo de estar en lo cierto. Los cambios que ahora encuentro cada mañana han pasado de aparatosos a sutiles, de manera que incluso me pregunto si son intencionados. Un cepillo que tengo la certeza de haber dejado junto a la pila del cuarto de baño lo encuentro encima de un montón de jerséis en el cuarto ropero a la mañana siguiente. Las llaves de la ventana perdidas hace tiempo aparecieron de repente en un cajón, y ventanas que estaban cerradas acaban abiertas, con la lluvia entrando a través de las mosquiteras y encharcándose en el suelo. Por la mañana encuentro sin el cerrojo echado puertas que me consta que he cerrado con llave: no abiertas pero susceptibles de abrirse. Un día volvimos todos juntos a casa, después de ir los cuatro al cine, y encontramos la puerta de atrás sin el cerrojo echado y una vela encendida en el salón al lado de una foto enmarcada de Copley. Yo no recuerdo haber prendido la vela, ni recuerdo que la vela estuviese junto a su fotografía, pero Nathaniel me asegura que fue sólo un descuido, un olvido, por lo ocupados que estamos los dos. (Después pregunto a Louise, y ella se encoge de hombros, parece preocupada, dice que ni siquiera recuerda que hubiese una vela en el salón. Durante la película, recuerdo, Nathaniel salió a comprar más palomitas de maíz. Estuvo ausente casi media hora, y al final regresó con las manos vacías, diciendo que había ido al lavabo). Los fines de semana hay continuas llamadas telefónicas de números que no reconozco. Siempre que uno de nosotros contesta, se oye un breve silencio antes de que la persona que llama cuelgue. He consultado los números y todos son de cabinas dispersas por la mitad oeste de la ciudad, ninguna de ellas a más de dos kilómetros de nuestra puerta. Siento que se me contrae el vientre cada vez que suena el teléfono y amenazo con desconectarlo. Sé que Nathaniel no puede estar haciendo esas llamadas, pero quizá, creo, no guardan relación con los otros «incidentes». Todos ellos podrían haber sido obra de él, eso me parece obvio; más aún, en vista de los otros factores, deben de haber sido obra suya. Lo que sé con certeza, y no puedo pasar por alto, es que tengo la obligación de proteger a Copley de un padre que, no hace ni una hora, me ha susurrado al oído: «Odio a ese niño. Voy a matarlo».

Su mujer piensa que Maureen McCarthy y las expectativas generadas por el trabajo en la sede nacional de su empresa están conduciéndolo al colapso, pero la verdad es que Nathaniel, sin darse cuenta, ha estado distorsionando el peso de sus expectativas para poder pasar más horas en el despacho, que se ha convertido, junto con el propio trabajo, en refugio y liberación de los horrores de su casa, por más que la naturaleza de su trabajo le produzca cierta desazón. Cuanto más tiempo dedica al proyecto, maravillándose de la genialidad de la visión de Maureen, de esa concepción de la población delictiva como mano de obra sujeta a una forma de encarcelamiento permanente dentro o fuera de los muros de una prisión, sistema que genera unidades de producción para EKK y a la vez minimiza sus actividades delictivas, más sentido le ve. Quizá, piensa, algunas personas simplemente son delincuentes de una manera fundamental e inmutable que, por lo que él sabe, incluso podría persistir a nivel celular, genético: un impulso egoísta transmitido de generación en generación, de un continente a otro, impulsando a los portadores del gen, sea cual sea, a apropiarse de lo que no es suyo. Él buscará maneras de evitar toda forma de explotación en el sistema, de asegurar que quienes son inocentes permanezcan intactos, de reparar los posibles errores de la justicia. Será importante salvaguardar la posibilidad de la rehabilitación total. En el supuesto de que la delincuencia pueda ser de hecho innata y el primer crimen visible cometido pueda ser una forma de autoidentificación del criminal por la que pone de manifiesto que *debe* entrar en el sistema de rehabilitación penitenciaria (en otras palabras, ocupar su lugar debido, un lugar reservado para él, en el que su propia finalidad en el mundo pase a estar clara), la permanente supervisión de cualquiera que haya sido condenado por un delito, incluso después de haber cumplido sentencia, parece no sólo lógica, sino también natural. Es la única manera de proteger verdaderamente a los ciudadanos respetuosos con la ley, quienes son en sí mismos, por supuesto, también un grupo natural. Nathaniel se ha tomado muy en serio una de las máximas preferidas de Maureen: *Cualquiera que no crea en la libertad a los dieciocho años es un fascista. Cualquiera que no crea en la seguridad a los cuarenta es un delincuente.*

En cuanto está solo en el coche de la empresa, saliendo de su garaje, empieza a sentir que se disipan la agitación y la ira que han ido acumulándose durante las horas en casa. Pese a que no recibe la menor atención de su mujer y su hijo (estos no lo despiden con un gesto desde la ventana, y menos aún salen a desearle un buen día como hacían él y su hermano cuando Arthur Noailles se marchaba cada mañana, ya que fueran cuales fuesen sus sentimientos íntimos hacia ese hombre, mantenían una apariencia de respeto), al ver bajar la puerta del garaje, oler el aire filtrado que sale por las rejillas de ventilación, oír una voz femenina grabada dándole la bienvenida por su nombre y recordándole que se abroche el cinturón de seguridad, el odio hacia su hijo que ha estado creciendo desde antes de la mudanza empieza a cuajar en un

sentimiento más cercano a la irritación, el desinterés. Hablará con Julia sobre la conveniencia de pedir al doctor Phaedrus que aumente otra vez las dosis, y el número de sesiones a dos por semana. El seguro de salud de EKK es generoso, y aunque no lo fuera, ellos pueden permitirse holgadamente lo que sea necesario para que Copley vuelva a comportarse como un niño normal, antes de que se produzca cualquier nueva alteración en el colegio o desperfectos en casa. Indudablemente Copley es el culpable, ese criajo que desfila por sus vidas con sus movimientos automáticos. Eso no es más que un comportamiento sociópata, la manifestación diurna del caos que desencadena por la noche. Si eso no acaba pronto, Nathaniel va a tener que tomar medidas más serias: un cerrojo exterior en la puerta del dormitorio de Copley o, si Julia no está de acuerdo en eso, cámaras ocultas de vigilancia, lo que haga falta para demostrar a su mujer que su hijo es el monstruo entre ellos.

Pone una música ambiental suave, y para eludir los barrios inundados, toma por el carril preferente de la autovía (circulación más rápida, coste simbólico, sin cacharros viejos ni camiones) y llega en sólo veinte minutos a su plaza de aparcamiento reservada en el *parking* subterráneo para directivos. Cuelgan cuadros en las paredes de hormigón y, si llega tarde a una reunión, uno de los ayudantes aparca el coche por él y puede abandonar el asiento del conductor a toda prisa, superar la barrera acercando la palma de la mano al escáner y entrar en el ascensor que lo lleva a la vigésima planta, su oasis de moqueta gris de pelo corto, macetas con plantas y puertas de cristal que se abren y cierran pasando una mano por encima de los sensores de movimiento y emiten apenas un susurro.

Como anoche Letitia se quedó trabajando hasta tarde para ayudarlo a terminar el informe quincenal de los avances de su departamento en la identificación de procesos manufactureros «internalizables», le lleva un ramo de flores. Aún no son ni las ocho, y ella está ya en su mesa, sonriente, profesional, agradecida, sospecha él, por tener un empleo con prestaciones. Sabe que debe encontrar una manera de ayudarla a salir del escalafón inferior de las labores administrativas y ascender a un cargo de gestión; tiene buena formación, es inteligente, no comete errores en el dictado, y su ortografía, su gramática y tipografía son casi impecables. Pero ya siente que depende de ella y no quiere arriesgarse a que le asignen una sustituta menos versada en la organización y las expectativas de las altas jerarquías de la sede. Ella tiene apuntados todos los cumpleaños de los colegas importantes en su agenda, le recuerda que hay que tener con ellos algún detalle simbólico, hace sugerencias de regalos apropiados, se ocupa de cargar los pedidos en su tarjeta de crédito personal y guarda los recibos, recordándole que son todos gastos profesionales desgravables, que su contable debe reclamar la próxima primavera.

En las últimas semanas, a pesar de sus recelos, le ha dado por telefonar a su madre cada mañana por pura desesperación. Ella le ha asignado un espacio fijo en su agenda.

—Hola, Nathaniel. Pareces resacoso.

—No estoy resacoso. No he dormido bien.

—¿Todavía ronca tu mujer?

—Sí, Julia todavía ronca, pero yo también.

—¿Qué te he dicho yo de eso de repartir las culpas, Nathaniel? Busca el origen. El origen está tendido a tu lado en la cama cada noche. Necesitas plantarte y reclamar tu lugar como cabeza de familia. Siempre he dicho que tu mujer era una de esas descaradas que se creen que, por tener una vida profesional, pueden también subvertir las jerarquías tradicionales, que existen por la excelente razón de que dan buen resultado: las jerarquías de género mantienen el orden, previenen el caos y permiten a todo el mundo saber cuál es su lugar, no sólo en la relación de uno con otro, sino con el resto del mundo. Tu única culpa es no mantener tu posición en la jerarquía.

—Es difícil. Han creado un bloque muy unido. Cada vez que lo intento, forman piña. No parece haber una manera de imponerse.

—Divide y vencerás, Nathaniel. Tienes que separar al niño de su madre e imponer la clase de disciplina necesaria para devolver el orden a la unidad familiar. Y deshazte de la niñera si es posible. Expulsa de la casa a la persona que está alterando el equilibrio. Todo iba bien hasta que la contrataste, ¿o no?

—No exactamente bien.

—Pero parece que las cosas han empeorado muchísimo desde que ella legó.

—Sí, supongo que eso es verdad.

—Entonces tienes que deshacerte de ella.

—¿Y qué hacemos los días festivos y después de clase?

—Me has dicho que tu situación económica es sólida. Apunta, pues, al niño a una guardería los días festivos y contrata a una canguro para después de clase. A su debido tiempo, una vez restablecido el orden, puedes plantearte la posibilidad de una *au pair*; pero debe ser una mujer joven, alguien a quien puedas controlar, no una persona mayor que se considera tu igual o incluso tu superior, que es a todas luces lo que piensa esa tal Washington. Entiendo que actuaste movido por la desesperación y la culpabilidad cuando la contrataste, pero págale una indemnización y acaba con eso. Prométeme que tomarás cartas en el asunto.

—Tomaré cartas en el asunto, Ruth.

—Y recuérdame quién eres.

—Soy Nathaniel Noailles.

—Adelante. Vuelve a empezar.

—Soy Nathaniel Noailles. Soy el cabeza de familia, el marido de mi mujer, el padre de mi hijo. Yo tomo las decisiones, llevo el timón, abro camino a través del bosque.

—Y ahora cuéntame: ¿sigues teniendo aquellos sueños?

Dedica la mayor parte del día a leer un informe sobre el gasto general de EKK en

pintura y brochas en el último año. La cifra es mayor de lo que habría imaginado, y se le ocurre, a juzgar por investigaciones previas, que la mano de obra penitenciaria produce la mayor parte de la pintura y las brochas vendidas en el mercado del país, lo que significa, con toda probabilidad, que EKK está de hecho pagando al Gobierno o alguna empresa del ámbito penitenciario de la competencia por pintura y material que podría estar produciendo en sus propias cárceles a un coste muy inferior. No pasa un solo día sin que descubra un dato de estas características. En último extremo la pregunta será: ¿qué productos elaborados por los reclusos permitirán a la empresa no sólo ahorrar sino también obtener la mayor cantidad de dinero posible? Es poco probable que la pintura sea la respuesta, aunque es un buen punto de partida. Placas base, equipo de telecomunicaciones, esas son otras posibilidades, pero lo que más lo entusiasma es la posibilidad de que los presos manufacturen drones para las fuerzas del orden nacionales, los cuales, si sus investigaciones son correctas, podrían montarse en cadena en un tiempo relativamente corto, provistos de equipo de vigilancia y demás, incluidas balas de goma y pistolas *taser* antidisturbios, y o bien los utilizaría la propia EKK, o se venderían a gobiernos locales de todo el país y del mundo entero. Máquinas extraordinarias, algunas no mayores que un colibrí, que, una vez a su altitud de crucero, son tan silenciosas como la puerta de cristal del despacho de Nathaniel.

Mientras lleva a cabo este colosal proyecto de investigación, Nathaniel ha empezado a tener otras ideas, sobre un nuevo régimen de vida carcelaria que introduciría más disciplina y restricciones: la imposición de que los presos se levanten a las cinco de la mañana sea cual sea la época del año, que trabajen diez horas al día y que las luces se apaguen a las once de la noche. Durante las horas en que no estén produciendo o durmiendo, se les asignarán tareas de limpieza en la prisión y la asistencia a cursos obligatorios, así como un total de una hora para comer, cuarenta y cinco minutos para la higiene personal y treinta minutos para la observancia religiosa, todo dentro de un horario establecido e inamovible. Pasarán el día en silencio monástico, restringiéndose el uso de la palabra a las horas de trabajo y la práctica religiosa, y en esos casos sólo cuando sea necesario para alguna aclaración, respuestas de conformidad o rituales. En los periodos dedicados a la higiene, la limpieza y la comida debe guardarse silencio. Cualquier infracción conllevará una prolongación de sesenta días de la condena (circunstancia, se complace Nathaniel en observar, que generará mayores beneficios a EKK). En el nuevo horario de Nathaniel no hay cabida para el esparcimiento, en la idea de que las tareas de limpieza serán físicamente agotadoras, exigiendo levantar grandes cubos de agua, restregar, pasar la fregona y barrer. Antes, en la bárbara historia de este país, se castigaba a los presos mediante el dolor. En esta época de progreso se los disciplina mediante la privación de derechos y libertades, y mediante la imposición de trabajo productivo. Si eso no son avances, no sabe qué puede serlo.

No obstante, una cosa empieza a preocupar a Nathaniel. En unos tiempos en los

que tanta gente —las personas libres, inocentes— luchan por llevar vidas cómodas, los presos bajo su hipotética supervisión ejecutiva podrían de hecho estar en mejor situación que muchas de las personas en la calle, de modo que cometer un delito y someterse al castigo podría ser visto por los desfavorecidos como una manera de *mejorar* su vida: más estabilidad, mejor alimentación, mejor vivienda, durante más tiempo de lo que sería posible si estuvieran en libertad.

Más tarde en el día circula un comunicado interno del vicepresidente de la División de Operaciones Estadounidenses. En un lenguaje meridiano, declara que todos los empleados inscritos en el censo electoral deben, en las próximas elecciones, marcar la casilla del candidato que, sabidamente, vea con buenos ojos a corporaciones como EKK. No elegir al candidato correcto del partido correcto, explica el comunicado, pone en peligro los puestos de trabajo de innumerables empleados de EKK, desde los estamentos más bajos hasta los más altos. «Si es seguridad lo que ustedes quieren —concluye el comunicado—, la defensa de la seguridad de su propio empleo debe ser determinante en la elección de voto».

De camino a casa el tráfico es tan denso que la circulación es lenta incluso en el carril preferente, y mientras Nathaniel avanza despacio, observa el campamento de personas sin techo instalado en una mediana de un paso elevado situado al norte, rodeada de agua desbordada. Han plantado tiendas e improvisado refugios. Un fuego arde en un cubo de basura. Aunque estarían mejor presos, los refugios de los sin techo —los que han sobrevivido en la economía actual— están llenos a rebosar. Nathaniel toma nota mentalmente de que debe comprobar el rigor de las ordenanzas municipales contra el vagabundeo.

«Soy Nathaniel Noailles —se dice a sí mismo, repitiendo el mantra que le ha enseñado su madre—. Soy el cabeza de familia, el marido de mi mujer, el padre de mi hijo. Yo tomo las decisiones, llevo el timón, abro camino a través del bosque».

—¿Has hablado ya con Julia sobre tus planes a más largo plazo, sobre la visión de Alex con respecto al lugar que debes ocupar en la empresa? —le ha preguntado Maureen antes ese mismo día.

—Ha estado muy ocupada. Atravesamos dificultades en casa. Nuestro hijo tiene problemas en el colegio. Pero lo tengo en cuenta, créeme. No dejo de pensar en ello. No tardaré en hablar con Julia.

—*Mantén* esa conversación —dijo Maureen, dándole un apretón en el brazo—. Traerla al redil será muy provechoso para tu carrera, y para tu familia. Os queremos a los tres bajo nuestra protección.

Dos jóvenes de la empresa de jardinería mueven las máquinas por el césped mojado durante la primera tregua meteorológica que Nathaniel recuerda en semanas. Será la

última vez que se corta el césped antes del invierno. La hierba cortada se apelotona y obstruye los cortacéspedes. Los operarios pugnan con su equipo, y uno de ellos, el más joven de los dos, lanza continuas miradas en dirección al agua desbordada al otro lado de la calle, el impetuoso torrente entre la casa de su cliente y la del vecino de su cliente, como si pensara que el agua crecerá a tal velocidad que los arrastrará a todos ellos. Los dos hombres son altos, rubios, musculosos, como Nathaniel nunca lo ha sido, y puesto que hace un día anormalmente caluroso para octubre, los dos visten holgados pantalones cortos de baloncesto y enormes camisetas rojas con las mangas cortadas. Lo que queda de las camisetas se asemeja a un blusón o túnica suelto, dejando casi a la vista los costados del torso, lo cual les confiere un aspecto extrañamente vulnerable a pesar de la armadura de músculos. Tardan dos horas en cortar el césped del jardín delantero y del trasero, perfilar los contornos de los senderos y el camino de acceso, recoger con la aspiradora los tallos podados y la acumulación de hojas caídas en bolsas agroindustriales y recortar los arbustos con podadoras eléctricas. Bordean el lado norte de la finca, dejando una franja de hierba alta cerca del arroyo. Observándolos, Nathaniel se acuerda de su padre cuando cortaba el césped: Arthur Noailles en pantalón corto de béisbol y camiseta de tirantes, emprendiendo un asalto contra el césped y los setos con el ceño permanentemente fruncido, y luego el hedor de la gasolina y la hierba cortada y el sudor de un hombre adulto cuando su padre vuelve a entrar en casa y se sienta con las piernas abiertas en la cocina, con motas de tierra y césped en los brazos morenos, el pantalón corto azul hincado en la entrepierna, los testículos enfundados en calzoncillos bóxer de algodón, asomando por las perneras, mientras él bebía cerveza. A diferencia de algunos de sus amigos y vecinos, a Nathaniel y Matthew nunca les permitían cortar su propio césped para ganarse una paga. El mantenimiento del jardín era tarea exclusivamente de su padre, como parecía serlo gran parte de la vida. Con el olor del cuerpo mugriento de Arthur en la nariz, inclina la cabeza hacia las axilas, con la esperanza de descubrir que huele muy distinto del hombre cuyo recuerdo le provoca un amago de náuseas. Bajo sus brazos encuentra sólo los olores del desodorante, el suavizante de ropa, un sinfín de perfumes individuales y en conflicto, todos, piensa, envenenando su cuerpo a la vez que lo perfuman. Está seguro de que su padre diría que huele como una mujer.

Van a ir a una barbacoa a la casa de al lado, Julia y Copley y él, y Louise irá en coche al centro a ver a una amiga o prima o algún pariente lejano, la clase de persona, sospecha él, cuyo trato conviene evitar.

El vecino, Brandon Edwards, se disculpó por tardar tanto en presentarse él y presentar a su «pareja y a su hija».

—¿Crees que quiere decir que su pareja es el hombre? —pregunta Nathaniel a Julia.

—¿Tú has visto a alguna mujer? Yo sólo he visto a los dos hombres, y a la niña pequeña.

—No, no he visto a ninguna mujer.

—¿Cómo se llama la pareja?

—No lo sé, y no estoy seguro de qué opinión me merece esto.

—No seas intolerante —dice Julia, poniéndose un vestido tubo de lino negro que aumenta más aún su apariencia de espectro.

—No es intolerancia. Expreso especulaciones razonables. No sabemos nada de ellos y creo que es razonable hacerse preguntas acerca de las personas con quienes decidimos tratar.

—¿Qué diría Matthew si te oyera?

Cuanto más mira el vestido de Julia, más le parece que es demasiado urbano para una barbacoa en un barrio residencial; debería llevar un estampado floral, o al menos colores llamativos, pero él no sabe cómo plantear esas cosas. Nathaniel se ha puesto vaqueros, un polo azul marino y náuticas.

—Creo que deberías cambiarte.

—No pienso cambiarme. Me gusta este vestido.

—Pareces extranjera. Deberías ponerte algo con más color.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué quieres decir con eso de que parezco extranjera? Siempre he vestido así. ¿Y qué más te da si son dos hombres que viven juntos?

—No es eso de lo que estoy hablando, Julia. Me importa un rábano si son pareja. Si me permites que te lo explique, lo que quiero decir es que la pareja, si en realidad es eso, parece un terrorista. Y si ese vestido tuviera mangas, capucha y velo, también tú podrías pasar por terrorista.

—¿Hablas en serio? ¿Un hombre parece terrorista sólo por tener la piel oscura? ¿Y tu cuñado?

—Baldur es medio alemán. Y ese hombre de la casa de al lado, esa «pareja», lleva barba.

—Y aparentemente forma pareja con otro hombre, como Matthew y Baldur. Y tiene una hija. Creo que eso lo descarta casi automáticamente como candidato a la categoría de posible terrorista, pero ¿quién soy yo para juzgarlo, puesto que yo misma, según parece, entro en esa categoría por lo que a ti se refiere?

—Hoy día no puedes dar nada por sentado.

—¿Qué demonios te está pasando, Nathaniel?

—No me gusta el vestido. Si a tu marido no le gusta el vestido que llevas, deberías cambiarte. Vas a abochornarme. Pareces un vampiro.

—Francamente, Nathaniel, ya ni siquiera sé quién eres.

Brandon y su pareja, Azar, tienen un horno de ladrillo en la terraza, en torno al cual se han congregado los adultos, buscando el calor ante un repentino fresco traído desde el noroeste por un viento que se ha levantado al mediodía, mientras los niños juegan en el césped, tirándose puñados de hojas y persiguiéndose en un desordenado

corre que te pillo. Azar prepara *pizzas* vegetarianas en el horno mientras Brandon asa hamburguesas y salmón en la barbacoa contigua. Hay ensaladas, panecillos caseros, y en la cocina una mesa de postres, un bar completo, vino, cerveza, y, para los niños y los abstemios, refrescos y zumo. Los otros vecinos son cordiales, pero Nathaniel no se siente predispuesto a hacer el menor esfuerzo con esa gente: Cathy y Rob y Janet y Peter y Devon y Dermot y Zach y Molly y Mike y Denise, todos ellos blancos, insulsos, porciones de vida de espuma de poliestireno producidas en serie, algunos delgados, la mayoría gruesos, globulares, en forma de pera y lustrosos de sudor. Cruzan promesas de invitaciones a cenar y fiestas en Navidad y de ir en trineo en el «solar vacío», que es como los otros llaman a las hectáreas de tierra no urbanizada al norte. La comida, cuando llega, está deliciosa; la *pizza* es la mejor que ha comido Nathaniel en la costa este. Denise le dice que Azar es cocinero profesional.

—Supongo que no *puede* trabajar —susurra—, y por eso juega a amo de casa.

—Pero vive aquí.

—Yo no sé nada —dice Denise, levantando las manos y poniendo los ojos en blanco—, pero creo que sale del país cada tantos meses y vuelve a entrar como turista. Entre tú y yo, lo he oído hablar con Brandon en la cocina, y por lo visto se le ha acabado el tiempo. O sea, no han dicho nada concreto, pero he tenido la impresión de que él ya debería haberse marchado. No sé cómo se las arreglan. Me sabe mal por ellos, entiéndeme, con eso de la niña y demás... ya sabrás que Brandon es el padre y la hermana de Azar es la madre. Mi marido se mete con ellos, pero yo le digo que se calle. Mi lema es «vive y deja vivir», «cada uno a lo suyo». Personalmente no tengo ningún problema con eso, y según parece, cuidan bien de la niña. Siempre se la ve muy limpia, muy mona. Aunque ya veremos cómo se las apañan cuando llegue a la adolescencia.

Unos gruesos dedos se llevan una patata frita a la boca. Denise, según ha descubierto Nathaniel hace un momento, es higienista dental, y Mike trabaja en el escalafón intermedio en la sección administrativa del departamento de tecnología de la información de EKK, pese a que Nathaniel nunca lo ha visto en la oficina. Entre los dos pueden permitirse apenas mantener su nivel de vida: hipoteca, seguros y suministros de una casa de trescientos metros cuadrados (una de las más pequeñas de la urbanización), dos coches, una motonieve, vacaciones anuales, cumpleaños, compras, regalos y todos los costes que conlleva criar a dos hijos, uno de los cuales está en el «espectro autista». Mientras Denise habla, obsequiándolo con el catálogo de injusticias y dificultades que han atormentado su vida por lo general confortable, la pesadilla que fue su experiencia en el trato con Paul Krovik —«un auténtico aficionado, un chiflado absoluto»—, Nathaniel, sin darse cuenta, se queda mirando a Azar, su piel de color castaño y su barba negra bien recortada pero amplia, su prominente barriga, la holgada camisa étnica con el dobladillo bordado que le llega hasta la parte superior del muslo, las vaharadas de aromas exóticos procedentes de sus axilas y las especias poco corrientes que sazonan la *pizza*, que, de hecho, no es

una *pizza* sino algo menos europeo, más plano y sabroso y decididamente extranjero. Mira esas manos firmes y piensa que serían aptas para un trabajo que exigiera delicadeza y habilidad: montar placas base, cámaras, armamento avanzado, bombas, aviones.

—¿De dónde es?

Denise mueve la cabeza en un gesto de negación, mastica un bocado de hamburguesa, traga y, con comida todavía oculta en las mejillas, dice:

—Ni idea. De por ahí o de ahí abajo —apunta con la mano libre primero hacia el este y luego hacia el sur—. Nunca se lo he preguntado. No me gusta entrometerme. Es buena persona. Los dos son muy buenas personas, y excelentes vecinos. Nos cuidaron a los niños este año cuando tuve que ingresar en urgencias. Y Sofía es un encanto. Pero, ya me entiendes, lo que hacen es muy arriesgado. O sea, si es que es eso lo que están haciendo. Podría equivocarme.

Además del comunicado en que se indica a los empleados a quién votar, el viernes llegó otro para recordarles que, como contratista del Gobierno federal, y como empresa participante en el aprovisionamiento y el mantenimiento de la Seguridad Nacional, se espera de los empleados de EKK que informen de cualquier comportamiento ilícito que llegue a su conocimiento, incluida la presencia de inmigrantes ilegales en sus comunidades, sospechosos de terrorismo, o cualquiera que actúe contra los intereses del país. Se facilitaba un número de teléfono para *la notificación anónima de actividades y/o individuos sospechosos*. En rigor, como Nathaniel sabe, sin pérdida de tiempo debería llamar a ese número y avisar de la presencia sospechosa de un inmigrante indocumentado en su comunidad; mirando a ese hombre, su lenguaje corporal poco estadounidense, la manera de hablar con las manos, y oyendo la sonora voz y las risas estridentes, el inglés con marcado acento, es posible imaginar que Azar, sea cual sea su apellido, es un hombre a quien debe temerse, o del que, como mínimo, debe sospecharse, si no como posible terrorista, sí desde luego por violar las leyes estatales y federales, leyes destinadas a proteger a los ciudadanos estadounidenses, a defender la patria y resguardar las fronteras y asegurar que el país no se exponga a un ataque desde el interior. Un hombre como Azar podría ser de cualquier sitio, un enviado de un gobierno extranjero con la misión de infiltrarse en la sociedad de Estados Unidos, presentando una imagen lo menos parecida posible a la de un terrorista o agente amparado en la identidad de una sexualidad *aberrante* —Nathaniel piensa en esos mismos términos antes de tener un momento para corregir su lenguaje—, a fin de que la oficialidad estadounidense vea a un padre homosexual con una hija, cuando, en realidad, es un conspirador y confabulador de sangre fría quien, sin duda, sacrificaría la vida de una niña, incluso una niña de la que parece un padre afectuoso, con el objetivo de infligir nuevos horrores a hectáreas y hectáreas de pacíficas urbanizaciones como Dolores Woods.

—¿En qué curso está Copley? —pregunta Denise.

—En segundo.

—Igual que Austin. ¿A qué colegio va?

—La academia Pinwheel.

—¡Igual que Austin! ¿Con qué maestra?

—La señora Pitt.

—Qué raro, ¿no? Nunca he oído a Austin hablar de él.

—No. Y Copley... —Nathaniel intenta recordar si su hijo ha mencionado los nombres de alguno de sus nuevos compañeros de clase.

—Está muy flaco.

—¿Tú crees? —Nathaniel mira a su hijo, que recorre su habitual cuadrícula en el césped, mirándose los pies, pateando toda hoja que encuentra, mientras los otros niños se han organizado para jugar al relevo del pañuelo.

—¿Qué hace? ¿Se cree un personaje de *Amanecer de los muertos*?

—Mi mujer dice que todavía está adaptándose a la mudanza.

Evita precipitarse al exceso de intercambio de información que parecen propiciar esas reuniones vecinales. No quiere que todo el mundo sepa que su hijo va a un psiquiatra, se medica y con toda probabilidad está aterrizando a su propia familia.

—Yo conozco a una buena psicoterapeuta, si la necesitáis. Trabaja en el mismo edificio que yo. Le llevamos a Austin cuando empezó a bajarse el pantalón en el colegio, y ella acabó con eso en un pispás.

—No necesitamos a una psicoterapeuta —replica Nathaniel, y se levanta para rellenarse el plato—. A mi hijo no le pasa nada.

En cuanto se aleja de Denise sabe que los otros adultos han oído lo que ha dicho y los miran a él y a Copley, que camina a zancadas hacia el círculo de niños risueños entre pilas de hojas caídas de arce y álamo. Claro que le pasa algo a Copley, razón por la que el niño va a un psiquiatra, por la que está tomando un cóctel de medicamentos que daría que pensar incluso a la madre de Nathaniel, muy amiga de las pastillas. En la encimera de granito contigua al horno, se sirve varias porciones más de *pizza* o pan ázimo o pan tostado o lo que sea en el plato (no utilizan platos de papel, estos dos hombres, sino un surtido de vistosa loza). Al volverse, se topa cara a cara con Azar.

—¿Puedo ofrecerte algo más, Nathaniel? —pregunta.

—No, gracias, Azar. Estoy servido.

—¿Otra cerveza? ¿Un refresco? Debes entender que estoy culturalmente condicionado a asegurarme de que todas tus necesidades, como invitado mío, quedan satisfechas —dice Azar, su acento cada vez más marcado. Nathaniel no sabe bien cómo contestar y de pronto Azar despliega una sonrisa, modula el acento, ahora más americano—. Es una broma, hombre. Bien, pues, ¿qué más puedo ofrecerte?

—Nada, de verdad. *Estoy servido*.

Cuando Nathaniel usa por segunda vez esa absurda expresión que en sentido pleno significa *Gracias, tengo todo lo que podría necesitar, no necesito nada más en este momento, ya puedes dejarme en paz, joder*, estalla un griterío en el jardín. Al

volverse, ve a Copley entrar a paso de marcha en el círculo de niños, avanzar en línea recta y sin vacilar, pateando y pisando piernas y pies y torsos pequeños. Los otros niños se apartan mientras Copley sigue hacia la valla, se da media vuelta y vuelve a pasar a través de lo que queda del círculo. Julia ha recorrido ya medio jardín y, redoblando su velocidad, corta el paso a Copley antes de que pueda causar más daños. Otros padres se han acercado precipitadamente para atender a sus propios hijos mientras Julia lleva a un lado a Copley y habla con él, ve Nathaniel, con voz firme pero amable. Es hora de prescindir de la amabilidad; sin duda han llegado ya al punto en que es necesaria la disciplina física para que el niño entienda que sencillamente no puede hacer lo que le da la gana, indiferente a la felicidad y el bienestar de los demás, sin repercusiones. El primer capítulo de una vida de criminalidad, eso es lo que está manifestándose en los actos y la mente de su hijo: delincuencia, un pequeño hurto, la detención, el encarcelamiento, la drogadicción, la puesta en libertad, el robo, la detención, el encarcelamiento. No quiere que su hijo entre a ciegas en un sistema que no se ha concebido para personas como él.

No hubo recriminaciones ni reproches, sólo un nauseabundo despliegue de miradas compasivas y palabras susurradas, de gente que entendía *lo difícil que es trasladarse a una ciudad nueva*. Se ofrecieron invitaciones a jugar, y Denise anotó el nombre de la psicoterapeuta de su hijo en una servilleta de papel mientras su marido Mike llamaba la atención de Nathaniel con una mirada, señalaba con la cabeza en dirección a Azar y se encogía de hombros como si dijera: *¿No deberíamos hacer algo con esto?* Nathaniel fingió no comprender, pero empezó a preguntarse si debía hacerse algo, sobre todo ahora que él y otro empleado de EKK eran conscientes de que ambos tenían conocimiento de esa situación, fuera cual fuese. Mientras tanto, la fiesta continuó como si no hubiese pasado nada, ante lo que Nathaniel sintió gratitud e indignación a la vez.

Pasadas unas horas después de la fiesta, Nathaniel lamenta que nadie le haya dado gran importancia a lo ocurrido, porque de haberlo hecho, su hijo habría recibido el mensaje de que uno simplemente no puede actuar como un bicho raro y pisotear a los demás sin que haya consecuencias. En casa, en privado, ha insinuado a Julia que Copley debe afrontar algún castigo, aunque es difícil saber cuál. Ellos no pegan, no le permiten ver la televisión más de media hora a la semana, y se lo ve más contento cuando está a solas en su habitación, así que mandarlo allí difícilmente va a disciplinarlo.

—Habla con él, eso sería lo más productivo —dice Julia.

—Yo solo.

—No, yo también hablaré con él.

—Juntos.

—Bien, de acuerdo. Juntos. Pero no aquí. No quiero que se sienta arrinconado o

que lo vea como una emboscada. Vamos a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Por el bosque.

Es la primera vez que Nathaniel sale por la verja de atrás y accede a la porción boscosa de su parcela, que se extiende hasta el cartel que indica el límite con la reserva natural. Copley va por delante, caminando otra vez con normalidad, y se detiene sólo para esperar a que su padre saque la llave, abra la verja y vuelva a cerrarla al salir. Julia ha propuesto que exploren los caminos que llevan al río y a Demon Point.

—Yo ya he estado allí —dice Copley. Habla con un tono achulado y jactancioso que encoleriza a Nathaniel—. Hay una escalera y una chimenea. Antes aquí había casas. Me lo contó Louise.

Casi parece un bosque virgen, sus árboles altos y frondosos, otros caídos y cubiertos de hiedra, ya en plena podredumbre: árboles que son reclusos en una reserva carcelaria, que crecen y se ensanchan, algunos muriéndose por dentro, desplomándose, descomponiéndose, sin escapar, sin conseguir nunca la libertad, pero tal vez dando pie a un crecimiento regenerador positivo, a la producción de nueva vida y materia de la que otros se alimentarán. Andan durante cinco minutos hasta el límite de las tierras de su propiedad y entran en la reserva. Copley se adelanta corriendo hasta que Julia lo llama y le dice que no se aleje.

—¿Por qué?

—Por seguridad.

—Pero esto es seguro —dice Copley.

—Y porque queremos hablar contigo sobre lo que ha pasado antes.

Julia apoya una mano en el hombro del niño y lo obliga a quedarse entre ellos dos. ¿Por qué tiene que estar Copley siempre en medio? ¿Por qué no puede ponerse a un lado? Agarrando al niño por los hombros, Nathaniel desplaza a su hijo para que Julia y él puedan caminar juntos, cogidos de la mano, a la vez que con la mano derecha conduce a Copley por el cogote. Percibe que Julia da un respingo ante ese desplazamiento tan repentino, y le da un apretón en la mano, no como señal de cooperación o gesto tranquilizador, sino en sí mismo una especie de castigo, un pellizco y una reprimenda, dejando claro de qué lado está ella realmente, por si él tenía aún alguna duda.

—¿Qué ha pasado antes? —Copley se zafa de la mano de su padre y se aparta unos pasos a un lado.

—Eso de ponerte a dar patadas a los otros niños.

—Yo no les he dado patadas. Sólo caminaba. Y ellos estaban en medio.

—Pero, cariño —dice Julia, sin adoptar aún una postura firme—, no puedes hacer eso a la gente. Ellos estaban jugando y tú has tomado la decisión de no jugar. Y no

puedes ir y estropearles la diversión a otros porque no formas parte de ella.

—No es eso lo que yo estaba haciendo —exclama Copley, doblándose por la cintura y pateando el suelo.

—¿Qué hacías, pues?

—No lo sé.

Nathaniel se siente al límite de su paciencia.

—Eso no basta, Copley —dice, e hincha el pecho por la presión acumulada—. Tienes que saber qué demonios haces en el mundo.

—Nathaniel...

—¿Sabes qué les pasa a los niños como tú? —dice, y agarrando a Copley por los hombros, lo obliga a volverse. Se inclina y apunta con un dedo al pecho de Copley. De pronto lo asalta una imagen de su padre haciendo eso mismo con él, en algún sendero de los Berkshires, en la vibrante humedad del monte Greylock—. Has dado los primeros pasos por el camino equivocado. Te estás metiendo en problemas en el colegio, causas estragos en casa, mientes a tus padres, ahora haces daño a otros niños. Pronto te meterás en problemas más serios en el colegio, frecuentarás malas compañías, nos desobedecerás, te castigaremos, te rebelarás, te meterás en problemas con la policía y te mandarán a un correccional de menores donde niños mayores te harán cosas muy malas, cosas que no te imaginas ni de lejos.

—¡Nathaniel, ya basta! —exclama Julia.

Sin prestarle atención a su mujer, hinca una y otra vez el dedo índice en el pecho de su hijo.

—Con suerte, acabarás a duras penas el instituto, pero ya puedes olvidarte de la universidad, porque tu expediente será tan malo que ninguna universidad te aceptará. Sólo conseguirás empleos insignificantes, tendrás más roces con la policía, probablemente empezarás a consumir drogas. Y un día te detendrán por culpa de las drogas o te detendrán por hacer algo para mantener el hábito de la droga, y entonces irás a la cárcel, y durante el resto de tu vida ya nada será igual. Tu vida será la cárcel, estés entre sus muros o fuera. Estarás pensando en la cárcel todo el tiempo, en entrar, en salir, en poner a prueba los límites del sistema hasta que te mande a la trena. Tu vida no será nada, y no sólo arruinarás tu propia vida, sino también las nuestras. Serás un engranaje en una gran máquina en lugar de una de las personas que maneja la máquina. Las personas como nosotros, como tu madre y como yo, y las familias de las que venimos, somos las personas que manejamos la máquina. Estamos en lo alto, accionando las palancas. No somos los engranajes, Tú no vas a ser un engranaje.

La perplejidad asoma al rostro de Copley, y le sigue un súbito torrente de lágrimas y rubor, el niño gime y corre junto a su madre, que lo abraza y mira a Nathaniel con tal odio y tal temor que él sabe que ha hecho lo correcto, la única acción posible.

—¿Qué es un *engranaje*? —pregunta Copley entre sollozos.

Caminando en silencio, se cruzan con familias, parejas en zapatillas deportivas y vaqueros y cortavientos, adolescentes aficionados a las actividades al aire libre con botas de excursionismo y mochilas. Tardan media hora en llegar a Demon Point, ascendiendo a ritmo regular por un sendero a través del bosque hasta llegar a un claro donde la tierra amarillenta está desnuda y lodosa. Un cartel del Departamento de Parques del estado describe la composición del terreno, el equilibrio de arcilla, arena y limo, y el paisaje visible desde lo alto de Demon Point, la cuenca del río, el llano, los montes lejanos, las cordilleras invisibles al oeste. De pie cerca del borde de tierra compactada, contemplan el ancho río desbordado, kilómetros y kilómetros de tierras de labranza anegados, con árboles que asoman del agua negra, toda la región como un inmenso pantano salvo por la uniforme corriente, de sur a este, ramas de álamo rotas y troncos de árboles atrapados en el cauce. Cuántos animales ahogados y desplazados, y cuánta gente: los anónimos y los olvidados, los sin techo que dormían en hondonadas, a quienes nadie echa de menos. Cuando las aguas retrocedan, aparecerán cadáveres.

El niño y su madre, reafirmando en su posición, se separan de él, se quedan a un lado. Aunque sólo siente ira hacia su hijo, Nathaniel teme lo que puede llegar a ser la vida sin su mujer.

—Oye, lo siento —dice—, sólo pretendía que te dieras cuenta de lo grave que es la situación.

El niño se vuelve y Julia, con los ojos empañados, lanza una mirada furibunda a Nathaniel, y él vuelve a formar con los labios su disculpa, tendiéndole las manos. Ella mueve la cabeza en un gesto de negación, se enjuga los ojos, se aparta bruscamente. Otras personas los observan. Él detesta llamar la atención. Se dan media vuelta y adoptan otra vez su orden de costumbre, Copley delante de Julia, y Nathaniel detrás.

Copley insiste en buscar la chimenea y la escalera en ruinas. Vagan durante media hora entre los árboles, pero no encuentran el menor rastro, lo que demuestra, como sabe Nathaniel, que el niño es un embustero: mentiras puestas al descubierto por los hechos, por pruebas empíricas.

La luz declina, las distancias se acortan, el mundo visible se cierra, las hojas ambarinas se oscurecen salvo donde los últimos rayos del sol prenden en ellas y las tiñen de oro. Cuando abandonan la reserva, Nathaniel intenta de nuevo atraer a Julia y a Copley hacia sí, sintiendo que, por fin, se ha llegado a algún tipo de acuerdo y sus vidas retornarán al curso uniforme y regular que ha sido su tónica durante muchos años, pero Julia se aparta de nuevo, llevándose a Copley. Hay momentos, destellos, incluso en el transcurso de este paseo, en que piensa que su vida y la de Julia habría sido más feliz sin Copley, que sencillamente habrían seguido adelante sin hijos, centrándose el uno en el otro, y que si, por algún accidente, volvieran a quedarse sin hijos, podrían empezar de nuevo de cero, otra vez felices. El dolor marcaría la transición. Llorarían a su hijo si muriese, por el niño que era antes más que por el monstruo en que se ha convertido.

Su calzado de suela de goma no produce el menor sonido en la tierra apisonada donde las hojas caídas han quedado ya reducidas a polvo por el paso de otros pies. Nathaniel mira el camino que parte del letrero colocado en el perímetro de la reserva y conduce al centro de su parcela. Alguien más ha pasado por ahí, quizá sólo Louise, pero posiblemente también otros. Sería conveniente ampliar el cercado, vallar la parte del bosque que es de su propiedad, poner carteles de PROHIBIDO EL PASO; si la gente accede a su propiedad, podría ser él el responsable de cualquier actividad ilegal que tuviese lugar, incluso sin su conocimiento.

Un hombre alto y de anchas espaldas sale de una arboleda triangular compuesta de abetos, tan sorprendido aparentemente como ellos. Se produce una entrecortada y colectiva inhalación de aire, seguida de un gañido de Copley y un profundo bramido del hombre, que viste un traje de camuflaje verde y lleva un fusil de caza colgado al hombro. Es al menos un palmo más alto que Nathaniel; esbelto y musculoso, tiene la piel curtida, el pelo oscuro y lustroso, cortes en la cara y las manos vendadas.

—Eh, nos ha asustado —dice Nathaniel, intentando sonreír.

—Y ustedes me han asustado a mí —dice el hombre.

—Ya. ¿Qué hace aquí?

—Estaba cazando.

Apartándose a un lado, el hombre deja a la vista un ciervo caído entre las hojas, con los ojos muy abiertos y la mirada fija. Un amasijo de sangre y entrañas se esparce por el suelo. Nathaniel siente que se le aflojan los ligamentos de las piernas, una sensación caliente que le corre por las pantorrillas y los muslos, como si se hallara azotado por el viento, sin protección, al borde del precipicio de Demon Point.

—Eso ya lo veo. Supongo que no se ha dado cuenta de que está en una propiedad privada. —Nathaniel mantiene la sonrisa a la vez que su voz va adquiriendo un tono agudo y extraño.

—No, no me he dado cuenta. Pensaba que estaba aún en la reserva.

Nathaniel se ríe.

—No, no. Lo siento pero la reserva termina más allá, cerca del cartel. No tiene pérdida.

—Entonces cogeré mi presa, si no le importa, y seguiré mi camino.

—No se preocupe. No pasa nada. Tenía intención de colocar un letrero.

El hombre asiente y hace una mueca.

Nathaniel nota que Copley le coge de la mano. Es tal el alivio que siente por el contacto que le devuelve el apretón, procurando transmitir tranquilidad, a la vez que sabe que este hombre con un rifle y un cuchillo —la hoja destella en la cintura esbelta del hombre, el pantalón de camuflaje está manchado de sangre— podría abatirlos a los tres en un abrir y cerrar de ojos. Deciden que deben quedarse allí, inmóviles y esperando, observando mientras el hombre se carga el ciervo muerto al hombro y se aleja en dirección a la reserva. Cuando se pierde de vista, el bosque queda en silencio, salvo por el griterío de los arrendajos.

—Creo que ese era el hombre —susurra Copley cuando están a salvo en el jardín trasero y ya han cerrado la verja con llave.

—¿Qué hombre? —pregunta Julia.

—El gigante. El hombre del sótano.

—Por el amor de Dios, deja ya de fingir, Copley —grita Nathaniel. Todas esas fantasías, los gigantes, las casas en ruinas en el bosque, las escaleras que conducen bajo tierra... es agotador—. No tiene ninguna gracia andar inventándose cosas. Ese hombre podría haber sido peligroso.

—Ya lo sé —contesta Copley con un gimoteo—. Eso es lo que estaba *diciéndooos*.

Sigue la fiesta en casa de Brandon y Azar. La música que suena dentro de la casa sale por las puertas traseras abiertas y propaga un ritmo extranjero por el barrio, lo cual, como Nathaniel sabe, contraviene la normativa de Dolores Woods.

La llamada dura menos de dos minutos. Contesta una mujer, le pide el nombre —si lo sabe— y las señas del denunciado, así como una descripción física, la naturaleza del delito y cualquier otra información pertinente. Encerrado en su estudio, Nathaniel pronuncia el nombre de su vecino por el aparato, da las señas de la casa de al lado, describe el aspecto de Azar, menciona que corre el generalizado rumor de que es un extranjero ilegal que ha rebasado el plazo de su visado de turista, y vive con otro hombre y una niña que, aparentemente, son ciudadanos estadounidenses.

—¿Y no están implicados? —pregunta la mujer.

—El otro hombre no, no lo creo. Es tan estadounidense como usted o yo. La niña, no lo sé.

En cuanto cuelga, al caer en la cuenta de que no sabe nada en concreto sobre los vecinos, siente un creciente malestar en el estómago.

Después de la cena, Louise llega a casa visiblemente alterada. Tiene el pelo alborotado por la capucha del cortavientos, la piel gris, el labio superior agrietado. Una vez que Julia ha acostado a Copley, se sientan con Louise en la cocina y le ofrecen una copa, que ella rechaza. Prefiere un té.

—Por la inundación, he aparcado cerca de tu oficina, Nathaniel, y he ido en autobús al centro para comer con mi amiga —dice, intentando recobrar el aliento—. Antes de llegar a mi parada, un coche sin distintivos ha dado el alto al autobús. Han subido dos hombres de uniforme, pero no eran policías, y me he dado cuenta de que eran de tu empresa, Nathaniel. He pensado que sólo estaban revisando los billetes de los pasajeros, pero han obligado al conductor a cerrar las puertas. Nos han exigido a todos que enseñáramos alguna forma de identificación con foto que demostrara nuestro derecho a estar en el país. No podía creérmelo. He pensado que era una broma y me he reído sin saber que no era lo que más me convenía. Uno de ellos ha

venido derecho hasta mí y me ha pedido el carnet de conducir. Yo he abierto el bolso para sacar la cartera y he descubierto que me había dejado todos los carnets en el otro bolso. Sólo llevaba dinero en efectivo y el pase del autobús. Mientras tanto, los demás pasajeros mostraban sus carnets al otro guardia, que poco después ha llegado a un hombre de aspecto mexicano sentado al fondo que no iba identificado. Entonces el guardia uniformado ha cogido su teléfono y ha pedido refuerzos. No sé a quién ha avisado, pero ha llegado otro coche y han subido otros dos hombres. Entretanto yo seguía revolviendo el contenido de mi bolso para encontrar algo que demostrara que soy tan estadounidense como parezco. Han cogido al mexicano, le han puesto en las muñecas unas bridas de plástico y lo han metido a empujones en el asiento de atrás de ese coche, y he pensado que también yo estaba en un lío, pero al final he dicho a los hombres, oigan, trabajo para el señor Noailles, que es un pez gordo de EKK. Me han mirado con cara de escepticismo, pero les he rogado que te telefonaran. Como no has contestado, les he pedido que llamaran a la empresa y comprobaran si había allí un señor Noailles. Ellos lo han hecho, y esa ha sido la única razón por la que me han dejado marchar. Estaba tan alterada que me he bajado del autobús en la parada siguiente y he vuelto a pie hasta el coche.

—Qué horror, Louise —dice Julia. Tiende la mano para tocar el brazo a la anciana, con lo que la alianza entre ambas queda más clara que nunca—. ¿En qué clase de empresa trabajas, Nate?

¿Qué le da derecho a llamarlo *Nate*? Nunca lo había hecho, nunca en toda su vida de casados. Él se encoge de hombros, las mira a las dos y dice lo único que se le ocurre:

—Sólo hacían su trabajo. Tenemos un contrato de búsqueda y captura con Inmigración y Aduanas. No puedes culparlos por cumplir con su obligación. De hecho, se podría decir que han *incumplido* su deber. No deberían haberte dejado marchar sin ponerse en contacto conmigo para confirmar que trabajas para mí. Hoy día, sencillamente no puedes andar por ahí sin identificación, Louise. Debemos pensar en la seguridad nacional.

La anciana cabecea.

—Yo lo único que sé es que no me trataban así desde los años sesenta, y pensaba que esos tiempos nunca volverían.

Louise se excusa y sube con sonoras pisadas por la escalera de atrás a su habitación mientras Nathaniel y Julia se quedan en silencio. Ella pone las tazas y los platos en el lavavajillas, eludiendo su mirada hasta que no le queda más remedio que volverse. Tiene una expresión en la cara que él nunca le había visto. Cuando abre la boca, se le tensan los labios y le tiembla la barbilla.

—¿Tú quién eres? —pregunta.

—Ha sido un día muy largo —dice él—. Estás cansada.

—No estoy cansada. Estoy... en estado de *shock*. No te reconozco.

—Sólo he dicho la verdad. Tenemos que dejar de vivir entre algodones.

Enciende el televisor en la salita y sube el volumen para que todo el mundo sepa lo que está haciendo. Pasa de las noticias al parte meteorológico y al final se queda con *Saturday Night Live*. Durante una hora se ríe tan estridentemente como puede, incluso cuando no ocurre nada gracioso en la pantalla, y no apaga el televisor hasta pasadas las doce de la noche. Cuando va a acostarse, se encuentra con la puerta cerrada por dentro y en el pasillo a oscuras ve la luz encendida a través del resquicio. Sacude el picaporte, golpea con los nudillos, llama a Julia en voz baja pero ella no contesta. Cuando la luz se apaga, da un puntapié a la parte baja de la puerta y araña la pared con las uñas.

Se prepara el sofá del despacho y se encierra por dentro. Que intenten despertarlo por la mañana. Se pasará el día solo, sin hacerles el menor caso, para demostrarles qué significa ser condenado al ostracismo.

Cuando por fin se duerme, sueña con el hombre del rifle y el ciervo que ha visto en el bosque. El hombre lo tiene tendido en el suelo, en posición prona, con las manos atadas a la espalda mediante una cuerda de plástico, y está quitándole los vaqueros. Él forcejea, intentando zafarse, a la vez que siente una cuerda enrollarse en torno a sus tobillos desnudos; el hombre resopla y gruñe, apesta a gasolina y sudor y césped cortado. Nathaniel alza la vista y ve un ciervo colgado de un árbol, girando humeante por encima de una chimenea en ruinas, asándose lentamente, sus patas delanteras enormes, hinchadas de sangre y palpitantes. Siente que el hombre lo penetra, la conmoción intensa y dura de la presión que asciende repentinamente por su cuerpo, piel contra piel, áspera y resbaladiza.

Su padre nunca lo llevó de caza. Su padre no caza. Su padre no sabría qué hacer con un rifle o un ciervo, aparte de explicar la historia social y manufacturera del arma, el legado de la caza de ciervos y el lugar que ocupa su carne en la dieta estadounidense, la ley transmitida desde el Deuteronomio que aprueba el consumo y sacrificio de la especie. Al abrir los ojos, descubre que ya es de día, o al menos que ha amanecido, y hay un color gris y neblinoso. La pesadilla, como tantas de las más vívidas, se ha producido en el periodo de sueño menos profundo, cuando tenía el cerebro ya medio despierto, rumiando en estado de agitación. Su padre no es cazador ni mucho menos.

Son sólo las seis pero se levanta, va al baño anexo, se pone la misma ropa que llevaba ayer después de dormir toda la noche desnudo. Ve una mancha en la sábana ajustable que cubre el colchón plegable. Retira la sábana y, mientras hace un rebusco con ella, advierte que la mancha ha traspasado hasta el colchón de color azul claro y, todavía húmeda, oscura, parece propagarse y teñirlo de azul marino. Vuelve al baño, humedece una toalla e intenta eliminar la mancha, pero sólo consigue que se vea más grande, húmeda e incriminatoria. Colocando una toalla seca sobre la mancha, pliega la cama y vuelve a poner los cojines en su sitio. En algún momento tendrá que





\* \* \*

6:20 horas: Sentado en la cama, se sorbe la nariz a pesar de sus esfuerzos para dejar de hacerlo. Oye los gritos de su padre en el pasillo: «Odio a ese niño, voy a matarlo». Se cree lo que dice su padre y se echa a llorar mientras espera a que entre su madre o Louise con el desayuno. Su padre va a matarlo, pero antes lo oye bajar por la escalera. Estalla un griterío en la cocina, su madre y su padre, pero no entiende qué dicen. La puerta se abre y Louise entra, y vuelve a cerrar. «No lo has hecho tú, ¿verdad?», pregunta ella. Incapaz de hablar, Copley niega con la cabeza a la vez que se atraganta y le entra hipo y solloza. «Serénate —dice Louise—, y no te preocupes. No pasará nada. Ya lo arreglaremos». Le frota la espalda por un momento y luego vuelve a dejarlo solo. Copley sabe que ha sido el hombre del sótano, el hombre que vieron en el bosque con el rifle y el ciervo. Ha intentado decírselo a sus padres de todas las formas posibles. Le ha enseñado a su madre la trampilla de la despensa, y ella no se lo ha creído ni aun así. Mientras piensa en cómo convencerlos de que dice la verdad, se tumba y se adormece, pensando en la sorpresa que se llevó ayer al llegar a la barbacoa y ver a Austin en medio del jardín trasero del vecino. Sueña que Austin lo tira del trampolín de un empujón; mientras cae, mira abajo y descubre que no hay agua en la piscina.

7:10 horas: Huele a su madre sentada en la silla junto a su cama. Abre los ojos y se incorpora para mirarse en el espejo de la pared opuesta. Tiene las mejillas y los ojos enrojecidos, el pelo revuelto, cada bucle por su lado. Cuando ve la imagen del niño en la cama, por un momento no se reconoce. «Quiero que me digas la verdad —dice su madre—. ¿Has escrito tú eso en el pasillo?». «No —contesta él—, yo no he hecho nada de todo eso. Ha sido el *hombre*». «¿Qué hombre, Copley?». «El hombre que vimos ayer en el bosque, el del rifle, vive en el sótano». Su madre exhala un suspiro y dice: «Por favor, Copley. Vamos, cariño. No hay ningún hombre en el sótano». Copley sabe que a ella se le ha agotado la paciencia. «¿Por qué no me crees?», pregunta. «Quiero...», dice ella. Él no entiende qué es lo que quiere. Casi parece querer creer que él es el responsable. «Déjame enseñártelo otra vez, déjame enseñarte dónde vive». «¡Basta! Copley, en serio, ya basta. En esta casa hay cuatro personas. Tú, tu padre, Louise y yo». «No —dice él—, no somos sólo cuatro». «Para ya. Tienes que dejar de mentir. ¿Sabes qué significa la palabra que has escrito en la puerta de Louise?». «Yo no la he *escrito*», exclama él, indignado porque ella lo crea capaz de una cosa así. Claro que sabe lo que significa la palabra. Se la ha oído susurrar a otros alumnos del colegio cuando pasan Joslyn y él. Antes nunca la había oído, y al principio no entendía cuál era su sentido hasta que se lo preguntó a Joslyn. «Nunca digas esa palabra —dijo ella—; si eres mi amigo, no digas esa palabra». «No

entiendo qué significa. ¿Por qué nos llaman así?». «No nos lo llaman a los dos —dijo ella—. Me lo dicen a mí». «Pero ¿qué quiere decir?». «Es como las personas malas y estúpidas llaman a los que son como yo. Y es lo *peor* que puedes llamarme». Eso bastó como explicación. No necesitaba oír nada más. Mira a su madre y le habla de Joslyn. Le dice que él nunca usaría esa palabra. Su madre le da las pastillas de la mañana y él se las toma. Ella mira los frascos y los hace girar entre sus manos; luego lo mira a él. «Así que ya conocías esa palabra», dice. Agita las pastillas y se las lleva al cuarto de baño. Copley oye que abre los frascos, los vacía en el váter y luego tira los frascos de plástico a la papelería metálica. Cuando ella vuelve, sonrío pero no se la ve contenta. «Se acabaron las pastillas —dice—. Hoy dejamos las pastillas. Esa ha sido tu última dosis». «¿Por qué?», pregunta él. «Porque creo que te hacen más mal que bien. Creo que te llevan a hacer cosas que ni siquiera sabes que haces».

8:00 horas: Cuando su madre lo deja solo, él se ducha, se viste y baja a desayunar. Sus padres están de pie ante la isla, en tanto que Louise, sentada en un taburete, come un tazón de copos de avena. «Ven a sentarte a mi lado», dice ella. Su padre lo mira y le pide que se disculpe ante Louise. Piensa que los tres han estado discutiendo. Su madre se muerde el labio y Louise levanta la mano en dirección a su padre, pero este alza la suya y la mueve con la palma hacia ella, como un profesor indicándole que se calle. «Quiero oír la disculpa de Copley por lo que ha hecho», dice su padre. Copley mira a los tres adultos. Su padre fija la mirada en él, dividido su rostro en varios triángulos pequeños; su madre lo mira y luego, mordiéndose el labio, baja la vista al suelo. Louise, evitando mirarlo, se ha vuelto de cara a la ventana. Él entiende que sólo hay una escapatoria, aunque eso implique admitir algo que sabe que no ha hecho y nunca haría. En ese momento se fija en la caja de ceras que suelen estar en el cajón de actividades de la cocina. Su padre golpetea la tapa de la caja. «Esto estaba tirado por el suelo aquí en la cocina». No sabe muy bien qué espera su padre que diga en respuesta. Él nunca dejaría nada en desorden. Detesta el desorden. «Vamos, Copley, Oigámoslo». Oyendo el tono tranquilo de la voz de su padre se le eriza el vello de la nuca. «Lo *siento* —dice—, pero yo no lo he hecho. No he hecho *nada* de todo eso». Su padre arroja la caja de ceras al suelo y sale de la cocina con fuertes pisadas, y grita a su madre: «Espero que lo limpie él. ¡Nadie va a ayudarlo!». Su madre sale corriendo detrás de su padre y exclama: «*Nate*, sé razonable. Él no puede limpiarlo. Va a dar mucho trabajo. Mañana llamaré a Di y le preguntaré si esta semana puede venir antes». «¡No! —grita su padre—. Quiero que se limpie YA».

8:30 horas: Su madre le ha dado su secador de pelo, un cubo de agua caliente con jabón y una esponja tan grande como su cabeza. «Dirige el secador a una sección pequeña y caliéntala. Cuando la cera esté caliente y blanda, límpiala con la esponja»,

indica ella, como si estuviera al borde del llanto. Lo observa mientras él enciende el secador y calienta una sección de suelo del tamaño de una postal donde está escrita la palabra AQUÍ. Su propia caligrafía no se parece en nada a las letras garabateadas en el pasillo. Cuando ve que la cera empieza a derretirse, apaga el secador, saca la esponja del agua y la escurre antes de frotar el suelo con ella. Friega la palabra fundida, desplazando arcos de ligera espuma hacia delante y hacia atrás, observando la cera roja empezar a emborronarse y dispersarse. Ve que va a requerir mucho tiempo limpiar todo el pasillo. Parece imposible hacerlo en un solo día.

10:15 horas: Va por el quinto cubo de agua caliente con jabón y ha conseguido limpiar una sección del suelo del tamaño de una toalla de baño, aunque todavía queda una bruma de cera rosada en algunas partes donde no ha podido quitar toda la cera. Mientras calienta y restriega, ya con dolor en los brazos y la espalda y las rodillas y el cuello, todo él empapado de sudor, se pregunta quién es el hombre que ha hecho estas cosas espantosas, que lo cogió en brazos cuando salió a la calle, que ha intentado de tantas maneras echarlos de la casa. Ha leído sobre fantasmas y fenómenos sobrenaturales, pero cree que nada de eso describe al hombre. Ese hombre le recuerda más bien a un trol o un ogro, una criatura que es real y malvada y de carne y hueso, que vive en un lugar oculto y oscuro, y no quiere que nadie pase por encima de su puente o perturbe su descanso.

12:05 horas: Su madre se acerca a comprobar sus avances. Friega tan despacio que apenas ha limpiado una cuarta parte del pasillo, sin haber tocado siquiera las paredes y las puertas, y ella dice: «Bien, pues, es hora de un descanso. Ven a comer algo». Comen en silencio. Él no presta atención a la comida de su plato. Se la lleva a la boca, y todo le sabe a jabón y cera. Cuando su madre le vuelve la espalda, Louise le guiña el ojo y alarga el brazo para tocarle la mano, que tiene enrojecida y en carne viva, ya sea por la abrasión o el calor o la cera derretida. No sabe dónde está su padre.

13:00 horas: Sigue sentado en la isla de la cocina, entre Louise y su madre, cuando entra su padre por la puerta de atrás. «Creo que Copley y yo debemos ir a dar un paseo —anuncia su padre—. Creo que tenemos que hablar». Aunque no están tocándose, nota que su madre se tensa. «¿Adónde vais a ir?», pregunta. «Aquí cerca, al bosque, tal vez hasta la reserva». Su padre habla con voz tranquila y monótona. «Cop y yo tenemos que conversar acerca de qué significa todo esto». «Nathaniel...», empieza a decir su madre, pero su padre la interrumpe. «No pasa nada, Julia. No tardaremos. Volveremos enseguida. Tiene un trabajo que acabar esta tarde».

13:10 horas: Una nube flota sobre el bosque y la niebla de la noche aún no se ha disipado; si acaso, es cada vez más densa y opaca. Su padre no dice nada mientras los dos se dirigen hacia la verja de atrás, que no está cerrada con llave. «La verja», dice Copley. «A la verja no le pasa nada —dice su padre—, es sólo que he estado aquí hace un momento. Buscaba esa escalera y esa chimenea. ¿Y sabes qué? Sigo sin encontrarlas». Una vez que su padre cierra la verja y echa la llave, se quedan solos en el bosque, en medio de la niebla bajo las hojas de color maíz.

13:15 horas: Su padre lo conduce hacia los abetos que hay no muy lejos de la verja de atrás. Cuando mira hacia la casa, advierte que los árboles y la valla tapan la vista: no ve la casa y la casa no lo ve a él. Mira entre las ramas retorcidas de uno de los álamos. «Todavía no has trepado a un árbol, ¿verdad, Cop?». Él niega con la cabeza; las primeras ramas están muy por encima del suelo. «Realmente es una experiencia que todo niño debe tener, —dice su padre, y saca una cuerda enrollada del bolsillo de su abrigo—. Quiero ayudarte a subir a este árbol». Copley observa a su padre lanzar la cuerda por encima de la rama más baja, que está a una altura cinco o seis veces superior a la de su padre, y coger el otro extremo cuando cae. «Ven aquí». Avanza hacia su padre, que pasa la cuerda por las pequeñas trabillas de la cintura de sus vaqueros y la ciñe en torno al cinturón de cuero. Su padre hace un nudo, y luego otro nudo, y tira varias veces de la cuerda para comprobar que queda firmemente sujeta. «Bien, pues, te diré qué vamos a hacer. Voy a izarte hasta esa rama para que puedas colocarte encima». «No —dice él, sintiendo que le bailan las piernas—. ¡No, por favor, no!». Y de pronto, antes de que pueda echarse a correr, sus pies se despegan del suelo y la cuerda se ciñe en torno a su cintura. Se agarra a la cuerda por encima de la cabeza pero el lazo en torno a la cintura lo deja sin aire; le cuesta respirar cuando su padre lo levanta del suelo por el aire y el mundo se aleja en una precipitada rotación a la vez que su cabeza se acerca a la rama. «Ahora alarga los brazos —dice su padre desde abajo—, y cuando puedas, cógete a la rama y súbete. No tengas miedo, yo sujeto la cuerda».

—:— horas: Saliéndose del tiempo, olvida dónde está, pierde la percepción de su cuerpo, se le desprenden los brazos y las piernas, sólo su cabeza permanece conectada al cuerpo, suspendidos ambos, cabeza y cuerpo, en el aire, elevándose, elevándose, intentando separarse él mismo de su cuerpo, y de pronto un golpe devuelve sus brazos y sus piernas a su carne, sus dos cabezas son las primeras en unirse, doloridas por el topetazo contra la rama. Tiende las manos hacia la rama, busca a tientas la superficie húmeda y rugosa, se encarama, tembloroso, recupera el aliento, una pierna sobre la rama, a horcajadas, el pecho cae, los brazos se aferran,

pugnan por sujetarse a la corteza húmeda, buscan agarre en los contornos ásperos. Intenta localizar a su padre abajo, pero la niebla cubre el suelo y le llena los pulmones. «¿Copley? —dice su padre—. ¿Estás bien? Ponte de pie para que pueda verte. ¡Vamos, ponte de pie! Quiero verte de pie. ¡Estás trepando a un árbol!»». Separa el pecho de la rama y se sienta, se vuelve hacia el tronco, que está a alrededor de un metro de distancia, y empieza a retroceder, apretando las piernas en torno a la rama mientras se mueve, desplazándose de lado a lado, con precario equilibrio, hasta que llega al tronco. Exhala. Inhala. Su padre lo odia. Su padre intenta matarlo. «¡Ya, Copley! Quiero verte de pie. No voy a bajarte de ahí hasta que te pongas de pie en la rama y admitas lo que has hecho. Quiero una confesión. Quiero que te pongas de pie y me digas lo que has hecho. ¿Copley? ¡Di algo!»».

—:— horas: Puede que hayan pasado segundos o minutos, aunque se le antojan muchos días, durmiéndose y despertando, entrando y saliendo del estado de vigilia, mientras la niebla lo envuelve, espesándose y elevándose hasta quedar por debajo de la rama, la superficie de un lago blanco y plateado. Recorrerá la rama en toda su longitud, creyendo que si cae, caerá sólo en el agua, que podrá volver a nado a la rama, salir del agua, y seguir adelante. Sabe nadar, siempre se le ha dado bien la barra de equilibrio, su profesora de *ballet* de Boston decía que trazaba la línea recta más natural que había visto en su vida. Había un tronco flotante en el lago cerca de la casa de su abuelo en New Hampshire, que visitaron por última vez hace dos años durante las vacaciones de verano. Nadó con su madre hasta el tronco y ella lo sostuvo por un extremo mientras él se subía encima, se erguía lentamente y lo recorría de un extremo a otro varias veces; luego su madre soltó el tronco y él caminó por encima, durante todo un minuto, dijo ella, cronometrándolo, mientras el tronco giraba suavemente bajo sus pies en la superficie del lago blanco y plateado de Nueva Inglaterra. Aquí es el árbol el que sujeta la rama en lugar de su madre, así que no girará bajo sus pies. Está húmeda, como lo estaba el tronco, tiene surcos a lo largo de la corteza como los tenía el tronco. Puede recorrerlo en toda su longitud, de un extremo a otro, sin tener que preocuparse ante la posibilidad de que empiece a girar demasiado deprisa y él al final caiga al vacío hacia delante o hacia atrás. No al vacío, no al aire, sino al agua, el lago blanco y plateado de niebla sobre el que flota la rama del álamo, una masa de agua que lo sostendrá si cae.

—:— horas: Oye la voz de su padre, débil y lejana, pero no lo ve, ni cree que su padre lo vea a él. Su único deseo es volver al suelo. Su único deseo es que termine este horror y los tres regresen a Boston. Echa los brazos hacia atrás, se agarra al tronco áspero con la mayor firmeza posible y levanta las piernas hasta colocar los pies ante sí encima de la rama. Desplaza las piernas a un lado a la vez que gira el torso. Ahora,

si quisiera, podría dejarse caer hacia atrás y quedar colgado de la rama por las piernas. En lugar de eso, agarrado al tronco, empieza a ponerse en pie, notando que le flojean las rodillas, y cuando está casi erguido, con la cuerda atada aún a la cintura, grita, «¡Ayúdame!», antes de resbalar y volar hacia el lago de niebla.

\* \* \*

Cuando sale del sótano, con el rifle al hombro, apartando las puertas formadas de ramas y árboles de camuflaje, Paul ve allí al hombre, que mantiene sujeta la cuerda, que tira de ella, inclinándose hacia el torrente y medio resbalando en el suelo. En el otro extremo de la cuerda, el niño, suspendido en el aire, forcejea, alarga los brazos, intenta subir por la cuerda, gimotea con voz apagada: «¡Ayuda! ¡Ayúdame!». Da la impresión de que el hombre está ahorcando a su hijo, de que se estrecha el lazo en torno al cuello del niño mientras el padre, gruñendo, tira de la cuerda desde abajo. Se oye una exclamación ahogada del niño y luego el roce de sus mangas contra la cuerda, resbaladiza y sintética. Desde este ángulo y a través de la niebla, el niño se parece más que nunca a Carson.

Paul echa mano al rifle, apunta hacia arriba, afirma bien las piernas y aprieta el gatillo. Ve que el hombre se sobresalta al oír la detonación. Se vuelve hacia Paul y, en ese momento, abre las manos y suelta la cuerda. El niño flota en la niebla, ligero como una pluma, y mientras Paul corre hacia el árbol, convencido de que puede atrapar al niño antes de que caiga al suelo, ve esos ojos céreos, vidriosos, fijos en él, aterrorizados, la expresión de desconcierto en la cara, el cuerpo contorsionándose y revolviéndose a través del vapor, intentando encontrar agarre en la bruma, sujetarse a algo, mirando siempre hacia abajo, hacia Paul, y lanzando por fin un grito cuando sus pies, sus rodillas, sus caderas, su pecho y sus brazos golpean el suelo; la cabeza cae en último lugar, se parte contra una piedra que asoma entre el mar de hojas caídas, la cuerda firmemente atada en torno a la cintura, sin una sola marca en el cuello.

El hombre mira a Paul y, sin detenerse siquiera a auxiliar a su hijo, corre en dirección al arroyo. Paul tiene aún el rifle en las manos y se lo lleva al hombro, fija la mira en el hombre y aprieta el gatillo. El movimiento completo, levantar el arma, apuntar, accionar el gatillo con el dedo, ocurre todo en un solo instante. No piensa. O más bien, Paul ha mirado al hombre que intentaba matar al niño que se parecía a Carson y ha visto a un hombre que ponía en peligro a su propio hijo, al hijo de Paul: ha disparado al hombre que intentaba matar a su hijo.

En la niebla no ve si el hombre está muerto, pero oye el ruido del cuerpo al caer al agua. Corre cuesta abajo y lo encuentra braceando con el agua al cuello, intentando alejarse de él a nado. Tras dejar caer el rifle en la orilla, Paul vadea el cauce, nada hasta el hombre y lo coge en brazos. Se miran fijamente por un momento, manteniéndose a flote, arrastrados por la corriente, que los lleva hacia el este. Paul deja escapar una bocanada de aire, vacía los pulmones y vuelve a llenarlos. Cerrando

los ojos, se inclina hacia delante y sumerge su cuerpo y el del otro hombre bajo el agua, saturada de cieno y hojas y sangre. Paul siente que el hombre forcejea entre sus brazos, revolviéndose y gritando, retorciéndose y topando contra el fondo lodoso, y oye su voz reverberar en la arteria semiobstruida del torrente.

Cuando el hombre deja de moverse, Paul saca bruscamente la cabeza a la superficie, aspira el aire denso y húmedo y vuelve a hundirse. Tiende las manos hacia el cuerpo del hombre, tira de él, lo lleva a nado hasta la orilla y deja el cuerpo prendido por los brazos muertos de una raíz que asoma.

Cuando da la vuelta al niño, este tiene los ojos abiertos, fijos en el cielo. Paul se agacha y mantiene la mejilla justo por encima de su boca. Acerca el oído a su pecho para comprobar si aún le late el corazón, busca el pulso en el delgado cuello, en las muñecas. La piedra está oscurecida por la sangre; los ojos del niño, dos canicas vidriadas, miran en direcciones opuestas; la sangre mancha su frente. Cuando Paul contempla esos ojos muertos, una convulsión le sacude el vientre. Nunca ha visto unos ojos humanos tan fijos, inalterables, sin luz. Tendido sobre las hojas, se da cuenta de lo mojado y frío que está. Si no vuelve adentro, tendrá hipotermia.

Con las manos vendadas goteando, le toca las pestañas, cierra los párpados, le alisa el pelo, mira de cerca el cuero cabelludo, las uñas, la línea de la mandíbula, examina parte por parte al niño que tiene entre sus brazos. No es Carson. No se parece en nada. Sus hijos están vivos en la otra punta del país. Desearía estar en cualquier sitio menos aquí, en estas tierras, merodeando por este bosque. No hay razón para quedarse.

\* \* \*

De pie en la cocina, teníamos las dos la sensación, creo, de que debíamos ir tras ellos, conscientes ambas de que Nathaniel estaba fuera de sí, o de que, en el transcurso de los días, las semanas, quizá incluso los meses, se había convertido en una persona a la que su mujer ya no conocía.

Entonces las dos oímos aquel sonido, pese a que llegó amortiguado. Miré a Julia y a continuación, al cabo de unos segundos, desgranándose los segundos entre nosotras, se produjo otro sonido, y lo supimos. A todo correr, salimos por la puerta de atrás, cruzamos el porche, bajamos por los peldaños, superamos el montículo que se alzaba en medio del jardín. Accionamos el pestillo de la verja, tiramos del picaporte, pero no cedió.

—¿Las llaves?

Julia movió la cabeza en un gesto de negación y regresó a toda prisa a la casa mientras yo intentaba encaramarme a la valla con la intención de lanzarme al otro lado, pero era demasiado alta y no había nada a lo que agarrarse. Los segundos se

desgranaron en torno a mí, acumulándose en la niebla, amarrándome los pies y trabándome la lengua. Busqué palabras con que emitir un grito articulado, pero mi voz estalló en forma de absurdo ruido blanco.

Apartándome de un empujón, Julia insertó la llave de reserva en la cerradura, accionó el pestillo, y cuando la verja se abrió, vi la silueta marrón y verde del hombre agachado delante de nosotras, a cincuenta pasos, al pie del árbol. Reconocí a Krovik sin verle la cara, aquel cuerpo que antes se pavoneaba por estas tierras, violando y revolviendo. A sus pies, entre sus manos, vi el cuerpo del niño, flácido como un trapo de cocina, las manos más blancas que la niebla. El rifle estaba en el suelo, justo detrás del hombre. Advertí que Julia estaba a punto de gritar, pero me volví hacia ella, le tapé la boca y avancé a través de la niebla. Me agaché a corta distancia de él, ya a su alcance, cogí el rifle con las puntas de los dedos, lo levanté del suelo, me lo llevé al hombro y apunté a Krovik al mismo tiempo que él giraba a cuatro patas para mirarme, su rostro y su cuerpo empapados, manchados de sangre y mugre, goteándole la nariz sobre el labio superior, el pecho agitado por efecto de los sollozos más horribles que he oído jamás. El rifle era ingrátido en mis brazos. Lo sostuve de modo que él no tuviera la menor duda acerca de mis aptitudes. Mantenía los brazos y la espalda firmes. Le di órdenes con el cañón: ahora en marcha, a un lado, apártate del niño.

Y la madre debía de haber visto a su hijo, porque en ese momento estaba ya junto al hombre. Gritando, lo empujó contra la tierra y a continuación levantó el cuerpo húmedo y pequeño del niño, cuya cabeza, goteante, cayó inerte sobre la piedra.

Cuando llegó la policía, me ordenaron que soltara el arma. Retiré los dedos del gatillo, dejé el rifle en el suelo, y Julia les explicó quién era yo, que no era la persona a quien debían detener. Mientras esposaban a Krovik, este se volvió hacia Julia:

—Su marido está en el agua.

Colocaron los cadáveres en el suelo, juntos, al pie del árbol donde habíamos descubierto a Krovik y Copley. Seguimos a la policía hacia el torrente. Julia, temblando en silencio, apartó las manos que alguien le tendía para sujetarla. Se sentó en el suelo a unos pasos de su hijo y su marido muertos y observó mientras yo contestaba las preguntas. La policía se había llevado a Krovik y registraba la zona, rebuscando entre las hojas y los matorrales, mientras la niebla se condensaba y la luz del día se desvanecía, hasta que uno de ellos, conociendo bien su papel, anunció a gritos: «He encontrado algo». Los demás se apiñaron alrededor y desaparecieron en el antiguo sótano antitormenta.

—En cuando he visto a Krovik, lo he sabido —dije al agente que me tomó declaración.

—¿Qué ha sabido?

—Que ha estado viviendo en alguna parte de estas tierras, oculto.

—¿Y eso?

—El niño me lo dijo, se lo dijo a todo el mundo, pero ninguno de nosotros fue capaz de entenderlo. Krovik estaba desquiciado. Quería estas tierras tanto como yo. Yo simplemente me negaba a aceptarlo.

Cuando la policía terminó y se llevaron los cadáveres del bosque, cargados en ambulancias camino del depósito, llevé a Julia de regreso a esa casa que siempre parece ceñuda, sobre todo en el crepúsculo, hora en que, sin el menor parpadeo en esas ventanas negras y reflectantes, las luces de las farolas se estremecen y empiezan a emitir su turbio resplandor.

Ninguna de las dos quería hablar ni comer. Danzamos lentamente una en torno a la otra, bebiendo *bourbon*, y luego, inmóviles en la cocina durante largo rato, la estreché entre mis brazos mientras ella lloraba y temblaba, ese cuerpo menudo de huesos delicados, tenso por la energía y la ira y la inverosimilitud del dolor.

Antes de que nos acostáramos, pararon en la calle tres camionetas de EKK. Al principio pensé que tal vez venían a ofrecer apoyo, pero luego vi que los guardias, con equipo antidisturbios, echaban abajo la puerta de la casa de los vecinos y sacaban a rastras al hombre moreno que vivía allí, mientras el otro, el blanco, y la niña gritaban desde el porche, mantenidos a raya por los guardias con sus viseras como espejos. Observando a esos dos hombres, el moreno y el blanco, no pude evitar acordarme del benefactor, el señor Wright, y del tío abuelo George, todavía enterrados a su peculiar manera, sin entierro, sin consagración, sin más duelo que el mío, que permanezco aquí meditando sobre la tierra y los tiempos, la ondulación y el flujo, la unión y la separación.

Esa noche oí a Julia levantada, que se movía por la casa. Por la mañana nos miramos a la cara, hablando sólo con los ojos y la expresión: la contracción de un músculo, los párpados entornados, los labios apretados en un mohín sobre una barbilla temblorosa. El lenguaje era mudo. La policía vino y se fue, tras examinar la casa, el sótano, la despensa, la entrada que descubrieron, la madriguera bajo el jardín trasero, lo escondido y el escondrijo.

Los policías eran unos ineptos. Hasta la mañana siguiente no se nos indicó, por medio de un hombre no uniformado, que nos fuéramos a otro sitio durante un par de días para que pudieran buscar huellas dactilares en la casa, seguir rastros de marcas invisibles, construir una narración de la acción pasada.

Fuimos en coche, yo al volante, a un hotel nuevo situado al oeste del casco antiguo.

—¿Te importaría quedarte conmigo, en la misma habitación? —preguntó Julia. Era la primera vez que me hablaba en treinta y seis horas. Si había dormido la noche

anterior, no lo parecía: tenía los ojos muy hundidos en las cuencas, las mejillas chupadas, el pelo adherido al cráneo en mechones enredados y untuosos.

En la habitación de una planta alta, nos sentamos en nuestras respectivas camas, desde donde se veía la tierra inundada alrededor, al oeste y al sur.

—Ya va siendo hora de que te des un baño.

—Una ducha —dice Julia—. No quiero cocerme en mi propia mugre.

—Una ducha, pues.

Me miró, una mirada repentina y furtiva.

—¿Te quedarás ahí?

—¿Dónde?

—¿Te quedarás en el cuarto de baño mientras yo me ducho?

Esperé mientras Julia se desvestía y se metía en la bañera, corría la cortina y me avisaba de que ya podía entrar. Me senté en el inodoro con la tapa bajada.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Aquí estoy.

—¿Puedes hacer otra cosa?

—¿Qué?

—¿Puedes hablarme?

—¿De qué quieres que te hable?

—Cuéntame una historia.

Sólo una historia acudió a mi cabeza. No era una historia feliz ni la conocía de primera mano. Era la historia que he confeccionado a base de rumores y documentos históricos, de cuchicheos que oí de niña, de lo poco que pude sonsacar a mi madre cuando ella, ya anciana, recorrió el cerrojo que tenía en la lengua para hablar de sus recuerdos. La historia trata de unas tierras, de los hombres en esas tierras, de la manera en que los hombres se enzarzan a golpes por las tierras. Es una historia, lo sé, sin mujeres. No es mi propia historia. Yo soy sólo su custodia, su guardiana, su creadora parcial, ya que más de la mitad es invención mía, especulación necesaria mía. Soy yo quien la mantiene viva, quien la devolvió a la vida inicialmente, la resucitadora. Al principio, mientras hablaba, oía a Julia lavarse, moverse bajo el agua, enjabonarse el pelo, pasarse la esponja por brazos y piernas, pero al cabo de cinco minutos supe que se había quedado quieta, dejando que el agua le corriera por la espalda, escaldándose la piel blanca, atenta mientras yo hablaba por encima del murmullo de esa lluvia caliente.

—Sabemos que otros fueron dueños de las tierras antes que el benefactor, cuyo nombre era Morgan Priest Wright. Lo precedieron su padre, Ambrose Balthazar Wright, que vino al oeste desde Filadelfia, y antes un inmigrante alemán llamado Carl Hauschildt, de Hesse. Antes de Hauschildt no hay constancia de que las tierras fueran propiedad de ningún individuo, aparte del presidente de la compañía ferroviaria, o el presidente de Estados Unidos, o los lejanos reyes de España y Francia. El ferrocarril compró las tierras al Gobierno de Estados Unidos, y el Gobierno se las compró a

Francia en 1803 como parte de la Adquisición de Louisiana, y antes de eso habían estado bajo el control de España o Francia, según a quién se le pregunte, y habían sido exploradas y cartografiadas a principios del siglo XVIII por obra de un francés que tomó por concubina a una sioux mientras las tierras se hallaban bajo el control cambiante de varias naciones indígenas que llevaban allí establecidas desde tiempos inmemoriales y no reconocían las pretensiones de las potencias europeas que querían controlarlas.

»Antes de pertenecer a esas naciones, estas tierras eran del mundo animal, estuvieron sumergidas bajo el agua durante decenas de millones de años, y antes de pertenecer al mundo animal eran de la propia naturaleza, del cosmos, o comoquiera llamarse a lo que existió antes de que la vida en este planeta adquiriese complejidad. Morgan Priest Wright heredó la finca de 65 hectáreas de su padre, Ambrose Balthazar Wright, quien se la compró a Hauschildt, quien a su vez se la compró a la compañía ferroviaria por ochocientos dólares. El padre de Wright era dueño de casi quinientas hectáreas en el momento de su muerte, y dejó 65 a cada uno de sus hijos. Morgan, el mayor, que había aprendido el arte de la jardinería junto a las faldas de su madre, heredó la casa familiar y fue el único que conservó su parcela; sus hermanos, en cambio, vendieron las suyas sin detenerse mucho a pensar quién las compraba o cuál sería el futuro de las tierras y de las personas que las habitaran. Tenían buenas intenciones en los labios pero vil interés en el corazón. Wright se consideró un benefactor desde muy temprana edad, o si no un benefactor, sí al menos un protector. Su padre contrataba aparceros para cultivar la mayor parte de sus hectáreas, y cuando sus hermanos vendieron las tierras, indiferentes al destino de las familias que las trabajaban, Morgan Wright intentó ayudar a cuantos pudo, convirtiendo a los aparceros en arrendatarios que le pagaban un alquiler pero podían vender todo lo que producían. Y es ahí cuando entran en escena los Freeman.

»Los padres de George Freeman habían labrado las tierras para Ambrose, y George nació y creció en ellas con su hermano John, mi abuelo. Cuando los padres de ambos hermanos murieron, ellos siguieron trabajando las tierras para Morgan una vez recibida la herencia. John contrajo matrimonio con Lottie Marshal, del condado vecino, y ella trabajó con los hermanos. George no se casó, y cuando llegó a la plena madurez, él y el dueño de las tierras se dieron cuenta de que existía entre ellos cierto interés mutuo. Mis abuelos vivían en la casa donde antes vivía yo, pero George vivía más cerca de la casa de Wright, en una pequeña cabaña cuya chimenea en ruinas es lo único que queda ahora en estos bosques. Al oír «interés mutuo», te parecerá un eufemismo y pondrás en duda que eso fuera posible, y preguntarás si no existía cierta explotación, querrás saber cómo se reunían esos dos hombres, en unas tierras todavía rurales y alejadas de la próspera ciudad, sin que se dieran cuenta John y Lottie y los dueños y aparceros de las tierras cercanas. El primer encuentro entre George y el señor Wright se produjo durante un tornado en 1915, cuando George tenía 21 años, en el sótano antitormenta que todavía existe bajo tierra. Al igual que durante un

fatídico suceso posterior, John y Lottie estaban ausentes, de visita en casa de unos parientes, y George y el señor Wright se hallaban ostensiblemente solos en la granja, a resguardo de la luz verde del tornado, de sus truenos retumbantes como un tren de mercancías y la tregua sin lluvia antes del cataclismo que no se produjo. Digamos que en esos minutos, quizá horas, que pasaron solos bajo tierra en catres utilizados por primera vez por soldados del ejército de la Unión, con una lámpara de queroseno para iluminarse y nada más que el incómodo silencio del poder desigual entre ambos, encontraron la manera de derribar las barricadas sociales y acceder a la posibilidad de la conversación, y al hablar, no como señor y arrendatario, sino como dos hombres apartados durante un momento del mundo, dos hombres excepcionales en sus diferencias, descubrieron un interés común y una comprensión mutua.

»O tal vez, dirás tú, Wright sencillamente se impuso al hombre de menor edad, se lo apropió de la misma manera que él y los suyos se habían apropiado de otras muchas cosas. Y de hecho no hay forma de saber con certeza si fue lo uno o lo otro, y por tanto la historia continúa por un doble cauce, avanzando ambas posibilidades hacia, quizá, una única conclusión inevitable. Esos dos hombres tuvieron trato carnal, relaciones en la penumbra, bajo tierra, en un sótano antitormenta enterrado en el bosque, entre la gran casa blanca donde el señor Wright vivía y se había criado y la cabaña de madera gris donde George Freeman pasaba sus noches en soledad, leyendo su Biblia a la luz de un candil y zurciéndose él mismo sus calcetines. Tras descubrir esta posibilidad, se estableció un acuerdo: ya fuera un acuerdo por mutuo deseo, o un acuerdo en el que George renunció a una más de sus libertades conquistadas con tanto esfuerzo en interés de conservar la casa y el sustento en las tierras del dueño, haciendo lo que fuese necesario para no perder la escasa seguridad que tenía en el mundo.

»La casa de Morgan Priest Wright era blanca y rectangular, con veinticuatro ventanas en las dos plantas inferiores: ocho orientadas al frente, ocho atrás, y cuatro a cada lado (había otras seis ventanas en las buhardillas, pero estas no contaban). Después de su primer encuentro con George, el señor Wright utilizó las veinticuatro ventanas como una especie de reloj de señales, atribuyendo una hora específica a cada ventana e informando a George del código. A las ocho de la tarde, a fin de concertar una cita con su arrendatario, el señor Wright colocaba un candil de queroseno encendido en la ventana correspondiente a la hora en que deseaba ver a George al día siguiente. A partir de ese momento, George, tanto si deseaba él mismo ver al señor Wright como si consideraba que no tenía elección libre en el asunto, se las ingeniaba cada noche para circunvalar todos los edificios de la granja y verificar así la señal. La hora de encuentro era casi siempre al final del día, después de anochecer, cuando era poco probable que John y Lottie o cualquier desconocido, cazador furtivo o granjero vecino de paso por allí, los viese entrar en el sótano antitormenta.

»Así pues, empezaron a verse con regularidad, según lo permitieran el tiempo o

las estaciones. O eran encuentros basados en un sincero amor, un intercambio libre de carne y sentimientos, o eran encuentros basados en la explotación y el sometimiento. George no dejó texto alguno para contárnoslo, y si Wright escribió algún texto (al margen de su testamento, en el que dejaba todas sus propiedades a George, y en caso de morir George, a mi abuelo John), se quemó irrecuperablemente. Incluso si hubiera sobrevivido un texto, no podríamos considerarlo objetivo o imparcial o medianamente verídico dada la época de su origen y la naturaleza de la relación que, por improbable que fuera, quizá se hubiese descrito. En otras palabras, sólo porque Morgan Priest hubiera podido describir la intimidad de la que gozaba con mi tío abuelo como un amor o una reciprocidad entre iguales apartada de las fuerzas de la sociedad, no significaría que lo fuera, no significaría que fuese siquiera capaz de reconocer la influencia persuasiva de su propia posición y poder sobre un hombre que no poseía nada más que su ropa, su calzado y las escrituras de su Dios.

»Las relaciones prosiguieron así, sin que John y Lottie las descubrieran, aunque quizá las medio entendieran, las entendieran de un modo inefable, hasta el fatídico veranillo de San Martín de 1919, cuando una turbamulta salió de la ciudad y vino hacia el oeste en busca del señor Wright, que para entonces había salido electo alcalde, y descubrió a los dos hombres no en el sótano antitormenta, sino en la casa del señor Wright, refugiados los dos juntos en el dormitorio del señor Wright. John y Lottie estaban ausentes, y podemos deducir que, considerándose a salvo de ser descubiertos, y que estando el alcalde dolido por el caos que había causado estragos en la ciudad en los días anteriores, George y él hicieron lo que nunca se habían atrevido a hacer en el pasado: se reunieron y midieron su relación, fuera cual fuese su naturaleza, en una casa, no ya una caverna ahuecada de piedra y tierra. La turbamulta los sacó de allí, vistió a George con ropa de Lottie, ataron a los dos hombres cara a cara y los colgaron de un álamo hasta que murieron. La turbamulta prendió fuego a la casa del señor Wright, pero dejó intacta la casa donde vivían mis abuelos. Cuando John y Lottie regresaron al día siguiente, el árbol y los hombres ahorcados en él se habían hundido en la tierra, y allí siguen a día de hoy, colgados en la zona blanda que palpita en tu jardín trasero.

»Esta es la historia de tu finca. Antes yo decía que era una tierra perfecta, una tierra redentora, pero ya no lo creo. No existen tierras buenas o tierras malas. Simplemente se suceden en ellas ciclos de bondad y ciclos de maldad. Durante millones de años los monstruos marinos recorrieron el espacio situado por encima del lecho del mar que se convertiría en la granja de mi familia, monstruos depredadores que combatían y mataban y se devoraban mutuamente, llenando las aguas de sangre, que luego se filtraba, se embebía en las profundidades, se posaba y allí se quedaba, enriqueciendo y abonando la tierra, esperando las semillas que algún día vendrían y a los monstruos que poblarían la tierra, los hombres. Tal vez sólo seamos la prehistoria de una civilización futura, simios terribles que empapan la tierra con su propia sangre.

Esta noche no duermo: tendida en la cama del hotel, pienso en el tío abuelo George y el benefactor, en el hombre blanco y el hombre moreno de la casa de al lado, en Nathaniel y Copley, en toda la muerte y la pérdida ocurridas en las tierras que antes eran mi granja. Las únicas muertes en esas tierras cuando eran mías fueron las de mis padres y Donald, y esas fueron naturales, llevándose el tiempo lo que era suyo, a veces demasiado pronto, pero no con terror o cólera. Tendida entre sábanas almidonadas, miro por la ventana las luces parpadeantes de los aviones, el destello más rápido de los satélites, las letras azules resplandecientes de la cercana sede de la empresa, letras que flotan en el espacio en lo alto de un edificio que parece no estar siquiera ahí. En este hotel oigo el mismo zumbido que ahora oigo en todas partes: el motor del edificio, la maquinaria de sus circuitos ocultos, un zumbido y un ronroneo del que únicamente puedo escapar adentrándome a solas en el bosque, donde todavía puedo acomodarme al pie de la chimenea fría de George Freeman, invadida de hierba, cada vez más llena de hojas muertas, y pensar otra vez en encender una chispa.

# PRESENTE

... En nuestra esperanza aguardamos a una nación  
que no puede salvarnos.

Lamentaciones 4:17

En la casa más cercana a la rotonda, la más expuesta al páramo ya marronzco de la zona no urbanizada y los riesgos que acompañan a ese lugar, un técnico está instalando un sistema de alarma. Tiene la camioneta aparcada en el camino de acceso y la radio emite música *country* a todo volumen mientras acopla una caja de plástico blanca hexagonal encima de la puerta delantera. Cuando Louise rodea la rotonda y enfila hacia la casa de Julia, repara en que la camioneta es de EKK. Se detiene y baja la ventanilla.

—¿Instalan muchos de esos sistemas en Dolores Woods? —pregunta, levantando la voz.

El hombre baja de la escalera de mano y, acercándose al trote al coche, apoya un brazo en el techo. Es poco más que un niño, y el pelo le asoma bajo la gorra de EKK medio ocultándole los ojos.

—Esta era la última casa de Dolores Woods sin alarma. Entraron a robar la semana pasada. Ahora tenemos aquí cobertura total.

—Cobertura total. ¿Eso qué significa?

—Tenemos un contrato con todas las casas de esta urbanización. Dolores Woods es una ZonaSegura EKK.

Los sábados no tiene responsabilidades en la casa. El enfermero de día viene para ayudar a Julia a atender a su padre, Chilton, que grita y llora, protestando cuando es hora de comer, beber, darse un baño o hacer sus necesidades. Cualquier acción que no sea sentarse en el sofá para ver la televisión o jugar con su cámara, sacando fotos de Julia o Louise, de la nueva mujer de la limpieza o el enfermero de día, arranca protestas. El hombre no está interesado en su propia supervivencia o existencia, sino sólo en ver. De hecho, ya no está claro hasta qué punto es consciente de que su cuerpo tiene necesidades: de comida, de sueño, de excreción. Hay más de un bebé en la casa.

Al entrar en el vestíbulo, levanta la voz y anuncia: «¡He vuelto!». No dice ni dirá nunca, «¡Ya estoy en casa!», porque no ve como su casa ese lugar donde ahora vive. Su casa está allí donde ahora se encuentran la vía de acceso y el bulevar. Su casa está cubierta de hormigón y asfalto y plantas ornamentales. Lo que queda de su casa está en el viejo baúl donde Donald guardaba sus jerséis, cuyo interior conserva un resto de su olor. Cada año lo abre el día de su cumpleaños e inhala brevemente antes de cerrarlo de nuevo durante otros doce meses.

Nadie contesta, y Louise sube por la escalera y encuentra a su jefa y la persona que tiene a su cargo, ese viejo delgado incapaz ya de aprender, sentado en la habitación que antes era el despacho de Nathaniel. Después de los asesinatos, Julia dijo a Louise que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, garantizándole trabajo de un tipo u otro hasta el día que estuviera dispuesta a retirarse.

—Y después de eso, quién sabe —dijo Julia—. Pero desde mi punto de vista, no

veo ninguna razón para que te marches a menos que tú quieras.

—No quiero aprovecharme —contestó Louise.

—No, eso no será así. Tú me ayudas a recordar.

Chilton sonríe cuando ve a Louise. Siempre sonríe, por alguna razón que ninguna de ellas conoce, porque ya no habla de un modo comprensible. A los enfermeros de día les tiene antipatía, a la mujer de la limpieza la detesta, y sólo Julia, aparte de Louise, recibe alguna sonrisa de su padre. Tiene la cámara en las manos, y cuando Louise entra en la habitación, él la levanta y le saca una foto. Ya han renunciado a decirle que es de mala educación fotografiar a la gente sin pedirle permiso, porque él nunca recuerda la norma. En todo caso, las tarjetas de memoria, que Julia retira en cuanto se llenan, no están destinadas a una amplia distribución. Chilton mira las fotos que ha tomado, pero sólo durante el tiempo que recuerda haberlas tomado. El conjunto de las imágenes está en una caja, y en uno de los ordenadores de Julia, en espera de un futuro análisis, en busca del sentido que pueda extraerse de tantos detalles cotidianos y abstractos.

—¿Cómo está, Chilton? —pregunta Louise. El hombre sonríe y Julia le da unas palmadas en el hombro.

—Hoy ha comido muy bien, para variar —dice Julia—. Esta mañana nos hemos acercado al solar. Creo que quizá sea mejor pasear por la mañana.

—¿Dónde está Sandy?

—Echándose una siesta.

Esta es su rutina, el tono de casi todas sus conversaciones: hablan de Chilton, de las mejores formas de tratarlo, de proporcionarle mayor comodidad, de aumentar su apetito, y hablan de Sandy, ese ser pequeño y agreste de largos miembros y pelo rubio con mechones oscuros que ahora duerme en la habitación que antes ocupaba su hermano. No hablan del pasado. No hablan de Nathaniel ni de Paul Krovik. Sobre todo, no hablan de Copley. Los nombres de los muertos no se pronuncian nunca. Son los muertos quienes deben hablar.

Louise baja al sótano y pasa por el taller de Julia. El aparato montado en el banco de trabajo se despierta cuando el movimiento de Louise activa el sensor. Tiene la cara de un niño, pero la piel es de un material blanco, duro y traslúcido, y las facciones parecen de dibujos animados, salvo por los ojos, húmedos y móviles, que parpadean y fijan la mirada.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta.

Julia insiste en que va a cambiar la grabación, pero el aparato sigue hablando con la voz de Copley, y el sonido, tan natural, sobresalta a Louise. Sabe que esa voz seguirá ahí porque es lo único que queda de Copley. Casi todas las noches Julia se retira al sótano, cierra la puerta con llave, y pasa horas hablando con esta simulación de su hijo muerto, presentándola como una investigación: un aparato se ha convertido

en su compañero mejor y más íntimo, el único solaz y consuelo que tiene.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta el aparato, a la vez que vuelve la cabeza para mirar a Louise cuando ella se aleja de su campo visual en dirección a la despensa.

—¿Cuál es la temperatura exterior? —pregunta Louise alzando la voz.

—Cinco grados, con viento del noroeste a una velocidad de ocho kilómetros por hora —contesta el aparato. Prototipo de una unidad de ayuda doméstica, siempre está a punto para ayudar, para contestar a cualquier pregunta que esté a su alcance.

La pared del fondo de la despensa ha sido retirada y la puerta de cámara acorazada que da al refugio nuclear ahora siempre está abierta. Cuando la policía les dio permiso para volver a la casa, Julia mandó vaciar y redecorar el refugio, y tapar con pintura blanca las paredes rojas y la media docena de puertas imaginarias que había dibujadas en ellas. En la entrada descubrieron un caos de tablas y vigas y cristales rotos, clavado todo en extraño desorden, el rompecabezas de un loco, rodeado de tierra y ramas, hojas y piedras. Más allá de esos escombros, estaban los cuerpos medio despedazados de al menos ocho ciervos, podridos y pestilentes, infestados de gusanos, un hedor que Louise no había conocido en toda una vida en la granja. Unos profesionales tardaron un mes en limpiarlo, vaciarlo y volver a ponerlo todo en orden. Louise no sabe ahora cómo llamarlo: un gran sótano con puertas blindadas, una salida oculta, un plan de respaldo, un sitio donde refugiarse en la temporada de los tornados o en el fin del mundo, lo que hoy día podría ser la misma cosa. Las tres habitaciones y el cuarto de baño siguen ahí, y los armarios se han llenado de una nueva remesa de comida deshidratada y enlatada. En el otro extremo, Louise abre el cerrojo de la puerta de contención posterior y entra en el frío sótano antitormenta de piedra, que está a oscuras hasta que abre de par en par las puertas de madera en lo alto de la escalera.

El bosque está en silencio, las ramas deshojadas, y el sol ya se pone. Todavía no ha nevado, ni siquiera ha helado. Sale, cierra con llave y se abre paso entre los árboles, sin seguir los senderos, hasta que se halla ante la chimenea de piedra en ruinas, más de un tercio reducido a cascotes entre las hojas, una enredadera desnuda trepando por los restos, entrando y saliendo entre las piedras de la construcción, derruyendo la estructura gradualmente.

Avanzando en la penumbra, llega al árbol donde ocurrió. La primera rama, a diez metros o más del suelo, está unida al tronco en un ángulo casi recto. Ve a Paul allí sentado, esperando a los ciervos, observando la entrada del sótano antitormenta. Y con la misma facilidad ve la versión que ofreció Paul en el juicio: un padre y un hijo enzarzados en una extraña pugna de poder con la cuerda, el niño bien atado, el padre, en baja forma, izando el cuerpo del niño, este en pleno forcejeo, hasta la rama, una situación en la que la menor sorpresa, y no digamos ya la detonación de un arma, habría bastado para que el padre, desbordado en su esfuerzo, perdiera su precario agarre y dejara que su hijo se precipitara en el vacío y fuera a dar contra la piedra al

pie del árbol, una piedra que, aún en esta luz crepuscular, se ve marcada por una mancha. Aunque la autopsia no fue concluyente, también ve a Paul tender una emboscada a padre e hijo, atar al niño, matarlo de un golpe y ahogar al padre. Lo ve sin la menor dificultad.

El día mismo en que conoció a Nathaniel, se dio cuenta de que era un hombre fuera de su territorio, en un lugar que no era el que le correspondía y donde no sabía cómo comportarse. Y tenía un hijo que también estaba fuera de su territorio, en un lugar que no era el que le correspondía. Cuando uno pone a una persona en un sitio que no es su espacio natural, nunca se sabe qué puede llegar a hacer en su esfuerzo por integrarse, por encontrar una manera de sobrevivir. Louise sabe que la versión ofrecida por Krovik de ese día es verosímil, y sabe también que Julia nunca la aceptará. Al final, Krovik, mal defendido por su abogado, fue condenado por ambos delitos: el asesinato del padre y el del hijo. Louise sospecha que podría haber habido también otro delito del cual Krovik nunca fue acusado. Examinando al nuevo niño a diario, el pequeño que no se parece ni remotamente a Nathaniel, con la nariz larga y estrecha, los ojos inexpresivos de un color azul ártico y los movimientos feroces de un león, Louise apenas alberga la menor duda de que ese hombre debe de ser culpable. *Y las mujeres engendraron gigantes*. Todo ha acabado escindido.

A petición de Paul, Louise va a verlo una última vez. Julia no está al corriente de estas visitas, y Louise no ve ninguna razón para informarla.

O bien la seguridad de EKK está relajándose, o su dependencia de la tecnología ha aumentado, pero en esta ocasión los dejan solos a Paul y a ella en la sala de visitas sin guardia que los vigile. ¿Cuánto tiempo tardaría alguien en llegar hasta ellos si Paul hiciera un movimiento repentino, rodeara su garganta con sus anchas manos, sacara un pincho del calcetín e intentara clavárselo en el vientre? Pero no, no puede haber pincho. Louise recuerda que lo desnudan y registran, que no existe la menor probabilidad de que lleve un arma o material de contrabando sobre su persona, a menos que los celadores sean corruptos.

—Hola, amiga —dice, y se sienta delante de Louise y rodea la silla de ella con las piernas.

—Hola, Paul.

—¿Seguimos sin ser amigos?

—No, no creo que podamos ser amigos.

—No, supongo que no —dice él, aparentemente decepcionado, con el mismo tono que antes oía en tantos chicos como Paul, resignándose a circunstancias que ellos habían creado pero no elegido.

—¿Ha venido a verlo alguien más?

—Sólo mi madre. Viene casi a diario.

—¿Y su padre?

—Normalmente una vez por semana. Aún tengo la esperanza de que venga mi mujer, o al menos de que telefonee. He intentado llamar a sus padres, pero cambiaron de número de teléfono hace mucho tiempo. Así que no sé en qué situación me deja eso. O más bien, supongo que sí sé en qué situación me deja. Por un lado están usted y mis padres; por otro, la gente que quiere que me fríen.

—Sólo que no lo van a freír.

—Ya sabe lo que quiero decir. Según dicen algunos de los otros presos, esa es la sensación que da, si se equivocan con la mezcla. Es como si tuvieras fuego en las venas y ardieras hasta perder el conocimiento. Y después...

—¿Y después?

—Antes creía en algo, pero ahora ya no. No creo que vaya a ir a ninguna otra parte. Simplemente creo que todo se detiene, y quizá por un segundo esté solo, como si estuviese fuera de los muros de esta cárcel, fuera de la ciudad, de pie en un campo, con los pies descalzos en el suelo, y de pronto estalla un fuego alrededor antes de que todo quede a oscuras.

—¿Dirá algo antes de que llegue el momento?

—No. Ya pedí perdón en el juicio por lo que pasó. Yo no tenía nada personal contra Nathaniel, ya lo sabe. Él sólo pretendía hacer las cosas lo mejor posible. No tengo nada más que decir. Yo no maté al niño. Y no voy a pedir perdón por algo que no hice.

Louise abre la boca para sugerir que quizá fuera un acto de generosidad por su parte, uno de esos gestos que proporcionaría consuelo a otra persona.

—Sería altruista.

—Sí, conozco esa palabra. Sé que piensa que lo que usted hace es altruista, venir aquí y hablar conmigo y verme morir. Pero no lo es... Lo hace por interés. Intenta aliviar su conciencia.

—Yo tengo la conciencia tranquila, Paul. Yo a usted nunca le hice nada. Y no pierdo nada por pronunciar unas pocas buenas palabras.

—Tampoco gano nada. La gobernadora no estará en la misma sala.

—Puede que la gobernadora no esté en la misma sala, pero quizá esté viéndolo.

Él mira a Louise y luego a las cámaras del techo, enarca una ceja, se encoge de hombros.

—Tal vez sí, tal vez no. Seguro que tiene mejores cosas que hacer que estar viéndome a mí.

Un suspiro animal, largo y grave, escapa de su boca, y él se desliza la mano entre el pelo corto e hirsuto. Louise no se imagina lo que pasa por su cabeza. No ha conocido nunca a nadie que se enfrentara a un final de la vida con fecha fija, consignado y anunciado, con la perspectiva de que fuera una muchedumbre grite de júbilo por una muerte, mientras que un grupo menor suplica clemencia y guarda vigilia con velas. Quizá él quiera realmente una amiga; ella sabe que le vendría bien. A esas alturas, un amigo es prácticamente el único auxilio que va a recibir, a no ser

que su exmujer decida, en una reconciliación milagrosa, que va a permitirle ver a sus hijos antes de que sea demasiado tarde, antes de que le pidan que se quede en calzoncillos y luego lo acompañen a la sala, donde se abrirán las cortinas para dejarlo a la vista de una galería después de inmovilizarlo a la mesa, sus miembros sujetos con correas acolchadas, la aguja ya clavada en su vena, y le concederán una oportunidad para hacer una última declaración de arrepentimiento.

—¿Qué quiere que haga, Paul? —pregunta ella—. Me gustaría hacer algo por usted.

—¿Ahora, quiere decir?

—No habrá otra ocasión. Aquí se acaba su tiempo. Esta es la última vez que lo veré y la última vez que usted pondrá los ojos en mí. Fíjese en que no doy por supuesto que me *vea*, sino sólo que pose los ojos en mi cuerpo. Creo que nunca me ha *visto* realmente, no de la manera que yo lo he visto a usted.

La jactancia se desvanece, se esfuma, las muecas y las rarezas y las miradas al techo acaban, desaparecen por completo, hasta que sólo queda el rostro oscuro y endurecido de un niño con ojos de color azul aguamarina y verde lima y la pesadumbre de la pérdida en torno a él, lastrándolo ahora que la máscara ya no puede mirar por él, apoyarlo en su interpretación.

—No, sí la veo. Ahora la veo —dice él, cruzando las manos sobre la mesa—. Con eso me basta. No tiene que hacer nada más. Sólo quédese ahí sentada. Sólo míreme.

A las doce menos diez, Louise dice a Julia que va a salir a dar el paseo que tiene planeado desde el amanecer, sabiendo que su único deseo es estar en los campos abiertos de lo que en otro tiempo fue su granja en el momento en que un día dé paso al siguiente, y una vida más, el fuego y el horror de esa vida en concreto, abandone este mundo.

Pese a ser diciembre, el aire es fresco pero aún no frío, el cielo está despejado, las familiares constelaciones invernales aparecen allí donde ella espera que estén. Las calles están secas, las inundaciones de hace tres años se retiraron, en tanto que las casas inacabadas siguen en su estado peligroso, cuencas de ojo descomponiéndose y a oscuras, toda la tierra vacía intacta, invadida por las malas hierbas, salpicada de tomas de suministros y farolas, en espera de casas que tal vez nunca lleguen. La hierba está crecida y marrón; las flores silvestres, secas en lugar de heladas, desintegrándose en el barro nutriente; todo seco como la yesca, todo dolorido, partiéndose, la tierra rebosante de raíces. Aún una buena tierra, una tierra fértil, hectáreas que podrían volver a producir, pero necesitan renovación, un nuevo comienzo. Tras coger el extremo de un alto tallo de una planta silvestre, esparce las semillas al viento, riéndose de sí misma como si un compañero invisible hubiera adivinado sus intenciones. Sí, *todo* el tiempo, cada día, siente un hormigueo en los dedos, el impulso se agita por sus nervios, la mano tiende hacia lo que no debe tocar,

hacia lo que lleva en el bolsillo esta noche, luz traqueteante.

Cuando no está ya a la vista de las casas, cuando llega al pie de una pendiente, más allá de uno de los viejos barrancos donde todavía crecen álamos, un caos de ramas en el claro de luna, bestias-árboles ladeadas, se detiene y encuentra un lugar a resguardo en los campos abiertos donde la hierba muerta está apilada en haces por efecto del viento y del paso de los ciervos. Según su reloj, la primera inyección se administrará dentro de treinta segundos, y la muerte sobrevendrá poco después. Del bolsillo de su abrigo saca la caja, la abre, extrae dos cerillas, cierra la caja y frota las cabezas de azufre contra la tira de fricción lateral. Dos dardos amarillos surgen y confluyen mientras se guarda la caja de nuevo en el bolsillo del abrigo. Ahueca la mano en torno a la llama, se agacha hacia la tierra y espera a que el fuego prenda, atraiga el oxígeno hacia su calor y se propague.

## Agradecimientos

Por la ayuda y consejos de distintas clases, gracias a Michael Holtmann, Deborah Seddon, Aimée Stoffel, Skyler Dalley, la doctora Claudia M. Toth, Sonja Amber Kuchma Hosler, Ana María Sánchez-Arce, Paul Tick, Jim Owens, Katy Breuer, Fernando Melendez, Clemens Mackay de Solstice Hill Farm, Carolyn y Frederick Wellington y el personal y los reclusos del Centro Penitenciario del Estado de Nebraska.

Un profundo agradecimiento a todos en Atlantic Books, pero muy especialmente a Margaret Stead, Ravi Mirchandani, Karen Duffy, Toby Mundy, James Roxburgh y Tamsin Shelton, así como a Sarah McGrath de Riverhead Books.

Por sus incansables esfuerzos en mi representación, gracias a los incomparables Victoria Hobbs, Jennifer Custer y George Lucas.

Por no parecerse en nada a mis personajes, gracias a mis padres.

Por su sabiduría, paciencia y afecto, gracias sobre todo a Andrew van der Vlies.



PATRICK FLANERY (California, EE. UU., 1975). Se crio en Omaha, Nebraska y actualmente vive en Londres. Tras estudiar Cinematografía en la Tisch School of the Arts de la Universidad de Nueva York, trabajó durante tres años en la industria del cine antes de trasladarse al Reino Unido donde se doctoró en Literatura Inglesa Contemporánea por la Universidad de Oxford.

Publica regularmente artículos sobre cine y literatura británica y sudafricana en revistas académicas y también en *Slightly Foxed* y en el *Times Literary Supplement*.

Se publicó su primera novela, *Absolución*, en 2012. *Tierra hundida* es su segunda novela.

# Notas

[1] En castellano en el original. <<